La traición de la derecha estadounidense

Murray N. Rothbard



Publicado en 2019 por el Instituto Mises

Mises Institute
518 West Magnolia Ave. Auburn, Ala. 36832
mises.org

Prólogo

Hay una costumbre en la publicación de señalar, cuando un libro aparece ante el público después de años de haber sido escrito, que ahora es más relevante que nunca. Pero es difícil pensar cómo podría describirse de otra manera *La traición de la derecha estadounidense*. Murray N. Rothbard hace una crónica de la aparición de una derecha estadounidense que presuntamente defiende los principios del mercado libre y el «gobierno limitado», pero cuya prioridad principal, por la cual estaba dispuesta a sacrificar todo lo demás, era el intervencionismo militar en todo el mundo. Es verdad que esto suena familiar, pero, como demuestra Rothbard, no es algo reciente ni anómalo. Se remonta a los mismos principios del movimiento conservador organizado en los años 50.

Como es probable que este libro llegue más allá de la audiencia tradicional de Rothbard, resulta apropiado incluir algunas palabras sobre su autor. Murray N. Rothbard fue un investigador y erudito de una productividad tan extraordinaria que casi resulta increíble. Su *El hombre, la economía y el estado*, un tratado de principios económicos de más de mil páginas, fue una de las grandes contribuciones a la llamada Escuela Austriaca de economía. *Hacia una nueva libertad* se convirtió en el manifiesto libertario por excelencia. En *La ética de la libertad* Rothbard desarrollaba las implicaciones filosóficas de la idea de autopropiedad. Contó la historia de la América colonial en los cuatro tomos de su *Conceived in Liberty*. Su *La gran depresión*, ahora en su quinta edición, empleaba el poder explicativo de la teoría austriaca del ciclo económico para demostrar que había que culpar al intervencionismo monetario y no al «capitalismo» por esa catástrofe. También escribió muchísimos artículos innovadores. Por nombrar solo dos: «Hacia una reconstrucción de la economía de la utilidad y del bienestar» ofrecía una aproximación característicamente austriaca a la polémica área de la economía del bienestar y «Ley, derechos de propiedad y contaminación del aire» puede ser la mejor contribución austriaca breve al estudio del derecho y la economía. Además de sus 25 libros y tres mil artículos, que abarcan varias disciplinas, Rothbard también enseñó economía, editó dos revistas académicas y varias publicaciones periódicas populares, escribió críticas de cine y mantuvo una enorme correspondencia con multitud de intelectuales estadounidenses.

Este resumen de la obra de Rothbard no puede hacer justicia a su legendaria productividad. Pero aprendemos mucho acerca de Murray N. Rothbard de un hecho sencillo: han aparecido más libros de Rothbard desde su muerte que los que la mayoría de los profesores universitarios publican en vida. Los dos tomos de *Historia del pensamiento económico*, en los que estaba trabajando Rothbard

cuando murió, se publicaron en 1995. *The Logic of Action* (1997), constaba de mil páginas de artículos académicos de Rothbard, ahora fácilmente accesibles al público general. *A History of Money and Banking in the United States* (2002) reunía buena parte de la obra más importante de Rothbard sobre historia monetaria, mucha de la cual solo había estado antes disponible en revistas académicas o como capítulos de libros descatalogados hacía tiempo. También podría haber sido un libro completamente nuevo de Rothbard.

No fue solo la obra académica de Rothbard la que se reunió en buenos libros y se puso a disposición del consumidor en general: sus escritos populares empezaron a aparecer también en nuevas recopilaciones. *Making Economic Sense* (1995) recogía cien artículos más cortos de Rothbard en un libro que puede instruir y entretener por igual al que empieza y al experto. Un artículo de 20.000 palabras que Rothbard había escrito para un boletín de inversión de pequeña circulación se convirtió en la monografía de 1995 del Center for Libertarian Studies, *Wall Street, Banks, and American Foreign Policy*. *The Irrepressible Rothbard* (2000) reunía algunas de las contribuciones de Rothbard al *Rothbard-Rockwell Report* de la década de 1990, donde encontramos al maestro más divertido y, a veces, más mordaz.

Sin embargo, este libro consta de material que se hace público por primera vez. El manuscrito se escribió en la década de 1970, como señala Rothbard en su prólogo y sufrió ediciones y añadidos periódicos a lo largo de los años al ir apareciendo oportunidades de publicación. Sin embargo, en cada caso circunstancias imprevistas interfirieron en la publicación del libro, así que finalmente solo ha podido publicarse ahora, imprimido por el Instituto Mises.

Es verdad que Rothbard publicó artículos sobre la Vieja Derecha: en *Journal of Libertarian Studies*, *Continuum* y el *Rothbard-Rockwell Report*, entre otros medios. Pero aquí cuenta la historia completa, desde el punto de vista de alguien que no solo fue testigo de los acontecimientos, sino también un partícipe importante.

De todos modos, ¿qué era esa Vieja Derecha? Rothbard la describe como una banda diversa de opositores al New Deal en el interior y al intervencionismo en el exterior. Más una vaga coalición que un «movimiento» consciente, la Vieja Derecha se inspiraba en gente como H. L. Mencken y Albert Jay Nock e incluía a escritores, pensadores y periodistas como Isabel Paterson, Rose Wilder Lane, John T. Flynn, Garet Garrett, Felix Morley y el coronel Robert McCormick, del *Chicago Tribune*. No se describían ni se consideraban como conservadores: querían derogar y abolir, no conservar.

Una visión retrospectiva de Rothbard de 1992 sobre la Vieja Derecha describía sus principios:

Si sabemos en contra de qué estaba la Vieja Derecha, ¿*a favor* de qué estaba? En términos generales, estaba a favor de restaurar la libertad de la Vieja República, de un gobierno limitado estrictamente a la defensa de los derechos de propiedad privada. En concreto, como en el caso de cualquier coalición amplia, había diferencias de opinión dentro de este marco general. Pero podemos reducir estas diferencias a esta pregunta: ¿en qué medida debemos abolir el gobierno actual? ¿Hasta dónde habría que hacer retroceder al gobierno?

La reclamación *mínima* en la que casi todos en la Vieja Derecha estaban de acuerdo y que prácticamente define el movimiento, era la abolición total del New Deal, todo lo que compone el estado del bienestar, la Ley Wagner, la Ley de Seguridad Social, el abandono del oro en 1933 y todo los demás. Más allá de esto, había amigables desacuerdos. Algunos se conformaban con la abolición del New Deal. Otros presionarían más hasta abolir la Nueva Libertad de Woodrow Wilson, incluyendo el Sistema de la Reserva Federal y especialmente esos poderosos instrumentos de tiranía que son el impuesto sobre la renta y Hacienda. Otros más extremistas, como yo mismo, no nos detendríamos hasta revocar la Ley Judicial Federal de 1789 e incluso pensaríamos en lo impensable y restauraríamos los estupendos antiguos Artículos de la Confederación.[1]

Además de ser una historia de la Vieja Derecha, este libro es lo más cercano a una autobiografía de este hombre extraordinario que puedan esperar los lectores. No es solo una historia de la Vieja Derecha, ni de la tradición antiintervencionista en Estados Unidos. Es la historia (al menos en parte) de la evolución política e intelectual del propio Rothbard: los libros que leyó, la gente que conoció, los amigos que hizo, las organizaciones a las que se unió y mucho más.

La explicación de Rothbard de su evolución intelectual empieza cuando era joven y se desarrolla con su paso por el seminario de Ludwig von Mises en Nueva York (del que surgirían tantos libertarios importantes), sus primeros pasos como escritor y su activismo libertario, hasta llegar a su interacción con la Nueva Izquierda en la década de 1960. Acompañamos a Rothbard en el momento en que descubre que ya no puede ser un libertario de estado mínimo, o minarquista, y conocemos qué es exactamente lo que le llevó al anarquismo, explica su deducción (sobre la base del principio de no agresión) de que la paz y el no intervencionismo son los principios libertarios, la evolución de sus lealtades

---

[1] Murray N. Rothbard, «A Strategy for the Right», en *The Irrepressible Rothbard*, Llewellyn H. Rockwell, Jr., ed. (Burlingame, Calif.: Center for Libertarian Studies, 2000), p. 4.

políticas en la década de 1950 a la vista de su decidido antiintervencionismo y su atracción por el tema prohibido del revisionismo de la Guerra Fría.

Aun así, no podemos olvidar ni infravalorar la importancia de este libro como trabajo de historia. Rothbard cubre un hueco importante en la historia de la política exterior estadounidense, así como en las historias del conservadurismo y libertarismo estadounidenses. De hecho, incluso podemos ir más allá: *La traición de la derecha estadounidense* es un importante capítulo olvidado en la historia común de Estados Unidos. Es importante porque devuelve a la vida en estas páginas a pensadores, escritores y activistas olvidados hace tiempo. Pueden recuperarse diversos temas para trabajos de investigación e incluso libros completos a partir de los temas que plantea aquí Rothbard.

Podemos decir con seguridad que pocos estadounidenses, conservadores incluidos (de hecho, *especialmente* los conservadores), saben que algunos de los opositores más constantes y declarados de las primeras medidas de la Guerra Fría de Harry Truman fueron republicanos preocupados por el presupuesto e ideológicamente opuestos a las campañas internacionales. Por ejemplo, el senador Robert A. Taft fue el más ilustre, aunque tal vez el menos coherente de los antiintervencionistas republicanos que acogieron las primeras políticas de la Guerra Fría de Truman con escepticismo. Taft criticó la Doctrina Truman, el Plan Marshall y la OTAN, viendo cada una de estas medidas como innecesariamente provocativa o ruinosamente cara. Taft, junto con personajes menos conocidos de la Cámara y el Senado, como George Bender, Howard Buffett y Kenneth Wherry, fueron el brazo político de la Vieja Derecha.

Contrariamente a la impresión errónea del liberalismo de izquierdas como antibelicista y amante de la paz, las voces del liberalismo ortodoxo adoptaron la línea intervencionista común en contra de la herejía «aislacionista»: Taft, escribía el ilustre columnista liberal Richard Rovere, era un candidato presidencial inapropiado en 1948, ya que el próximo presidente «debería ser un administrador de la raza humana (…) que defienda con valentía la libertad ante el mundo y para el mundo (…) [algo que] Taft sencillamente no podría hacer». Igualmente, *The Nation* calificaba a Taft y sus aliados en el Congreso como «superapaciguadores», cuyas políticas «deberían hacer sonar las campanas de alegría en el Kremlin».[2]

Naturalmente, por sus actividades, el propio Rothbard fue acusado de rojo de vez en cuando por gente de la derecha. El que sus credenciales anticomunistas fueran tan a prueba de balas como cualquiera pudiera reclamar no parecía importar: se oponía a la campaña anticomunista global y eso era lo que importaba. Paradójicamente, fue precisamente el *desprecio* de Rothbard por el

[2] John Moser, «Principles Without Program: Senator Robert A. Taft and American Foreign Policy», *Ohio History* 108 (1999): 177-192.

comunismo lo que le convenció de que una campaña militar continua contra este, que tendría sin duda terribles consecuencias a corto y largo plazo para la sociedad y el gobierno estadounidenses (por no mencionar el daño que podía causar en el exterior) era en realidad innecesaria: Ludwig von Mises ya había demostrado los obstáculos insuperables a los que se enfrentaban las economías verdaderamente socialistas y la adquisición de la Unión Soviética de una serie de satélites, cada uno de los cuales era un caso económico perdido necesitado de subvenciones, no parecía una estrategia imperial especialmente amenazadora.

Miembros de la Vieja Derecha en el Congreso como Howard Buffett argumentaban, entre las alabanzas de Rothbard, que la causa de la libertad en el mundo tenía que promoverse por la fuerza del ejemplo estadounidense y no por la fuerza de las armas y que el intervencionismo estadounidense permitiría a la propaganda soviética mostrar a EEUU como un imperialista egoísta en lugar de un defensor desinteresado de la humanidad. Esta era la postura libertaria tradicional, tomada de los grandes estadistas del siglo XIX, la época del liberalismo clásico. Así, Richard Cobden, el gran liberal clásico británico, dijo una vez:

> Inglaterra, dirigiendo tranquilamente sus energías no divididas hacia la purificación de sus propias instituciones internas, hacia la emancipación de su comercio, (…) sirviendo, por decirlo así, como faro de otras naciones ayudaría más eficazmente a la causa del progreso político en todo el continente de lo que podría hacerlo inmiscuyéndose en las luchas europeas.[3]

Igualmente, Henry Clay, que no era un liberal clásico, resumía sin embargo la opinión prácticamente unánime de Estados Unidos a mediados del siglo XIX:

> Con la política que hemos seguido desde los tiempos de Washington (…) hemos hecho más por la cusa de la libertad de lo que hayan podido conseguir las armas: hemos demostrado a otras naciones la vía a la grandeza y la felicidad. (…) Mucho mejor para nosotros, para Hungría y para la causa de la libertad es que, siguiendo con nuestro sistema pacífico y evitando las guerras distantes de Europa, mantuviéramos brillando nuestras lámparas en esta orilla occidental, como una luz para todas las naciones, en lugar de arriesgar su completa extinción entre las ruinas de las repúblicas decaídas y decadentes en Europa.[4]

---

[3] Richard Cobden, «Commerce is the Great Panacea», en *The Political Writings of Richard Cobden*, F.W. Chesson, ed. (Londres: T. Fisher Unwin, 1903), vol. 1, p. 35.

[4] Ralph Raico, «American Foreign Policy—The Turning Point, 1898–1919», en *The Failure of America's Foreign Wars*, Richard M. Ebeling y Jacob G. Hornberger, eds. (Fairfax, Va.: Future of Freedom Foundation, 1996), pp. 55-56.

Este era el principio en el que Rothbard continuaba creyendo.

Lo que hoy llamamos risiblemente el «movimiento conservador» tiene pocos incentivos para recordar a la gente lo escépticos ante el intervencionismo que se mostraban los republicanos conservadores en los años de Truman. En estas páginas, Rothbard da una explicación convincente de que la adopción del intervencionismo global por la derecha no era inevitable, sino que fue por el contrario el resultado de factores contingentes: las muertes de representantes clave de la Vieja Derecha en momentos particularmente adversos, la habilidad organizativa de la oposición y las dificultades internas dentro de las instituciones de la Vieja Derecha.

Pero el conservadurismo moderno no es el único culpable de la desaparición de la Vieja Derecha en el agujero orwelliano de la memoria. También los libertarios deben compartir la culpa en algunos casos. A finales de la década de 1970, Rothbard era personalmente responsable de incluir la postura no intervencionista en el programa del Partido Libertario, en un momento en el que, para su asombro, la política exterior parecía generar relativamente poco interés entre los libertarios. La Guerra de Irak de 2003 se justificó con una propaganda digna del antiguo *Pravda*. El que personas que se calificaban a sí mismas como libertarias (quienes, al fin y al cabo, se supone que están prevenidos ante la propaganda del gobierno) se tragaran todo el alegato del gobierno sugiere que el problema no ha desaparecido del todo. (No podemos sino imaginar lo que Mencken, uno de los héroes de Rothbard, habría dicho acerca de esta guerra, sus promotores y un pueblo estadounidense que continúa creyendo las afirmaciones desacreditadas sobre armas de destrucción masiva mucho después de que todos, en todos los bandos, estuvieran de acuerdo en que eran falsas).

La cooperación de Rothbard con la Nueva Izquierda en la década de 1960 ha generado mucho interés y algunas críticas. Con la derecha no intervencionista esencialmente derrotada y sin ninguna rama institucional o editora interesada en el no intervencionismo y el laissez-faire, Rothbard empezó a buscar aliados en otras partes en la lucha contra la guerra, que iba a considerar el problema más importante de todos. («Cada vez estoy más convencido de que la cuestión de la guerra y la paz es *la clave* de todos los asuntos libertarios», había señalado en privado Rothbard en 1956).[5] El liberalismo dominante estaba naturalmente descartado, ya que desde hacía mucho tiempo había adoptado los contornos principales del intervencionismo de la Guerra Fría. Fueron los liberales, como hemos visto, los que condenaron al conservador Taft por su escepticismo frente a la intervención exterior. En este momento de aislamiento intelectual, Rothbard

---

[5] John Payne, «Rothbard's Time on the Left», *Journal of Libertarian Studies* 19 (Invierno de 2005): p. 9.

contemplaba con interés y simpatía la aparición de la Nueva Izquierda y los instintos libertarios que encontraba allí (particularmente en su interés por la descentralización y la libertad de expresión) que esperaba que florecieran.

Rothbard llegó a apreciar la obra del historiador de la Nueva Izquierda, William Appleman Williams, y se hizo amigo de sus alumnos (incluyendo a Ronald Radosh, con quien Rothbard editó posteriormente *A New History of Leviathan*, una importante recopilación de ensayos sobre el estado corporativo). En el propio Williams, Rothbard encontró, no solo un análisis amigable en política exterior, sino también pistas importantes de oposición al estado centralizado en asuntos internos. «Las ideas y valores radicales nucleares de comunidad, igualdad, democracia y humanidad», citaba Rothbard de Williams, «sencillamente no puede llevarse a cabo ni sostenerse (ni buscarse) mediante más centralización y consolidación. Estos valores radicales pueden casi en su mayoría llevarse a cabo mediante descentralización y mediante la creación de muchas comunidades verdaderamente humanas. Si se siente la necesidad de escarbar en el pasado estadounidense y encontrar lo que es relevante para nuestros problemas contemporáneos, lo que hay que buscar son los Artículos de la Confederación».[6]

Aunque aisladas y tal vez desanimadas, sigue habiendo algunas voces hoy en la izquierda que recuerdan lo que trataba de promover Rothbard en la Nueva Izquierda. Las palabras de 2006 de Kirkpatrick Sale bien podrían ser una posdata a las de William Appleman Williams sobre los Artículos de la Confederación:

> Estoy convencido, aunque no os lo creáis, que la secesión, por estados cuando están cohesionados (el modelo es Vermont, donde el movimiento secesionista es la Segunda República de Vermont) o por regiones, donde tiene más sentido (California del Sur o Cascadia son aquí el modelo), es el objetivo más fructífero para nuestro futuro político. Una secesión pacífica, ordenada, popular, democrática y legal habilitaría una amplia variedad de gobiernos, abierta a toda la gama antiautoritaria, establecida dentro de un contexto político moderno. Una variedad tan amplia, tal y como yo lo veo, que si no te gusta el lugar en el que vives, siempre puedes encontrar un lugar que te guste.[7]

Durante un tiempo, el optimismo de Rothbard acerca de la alianza fue recíproco. «En muchos sentidos, la Vieja Derecha y la Nueva Izquierda están coordinadas moral y políticamente», escribía Carl Oglesby, de Estudiantes por

---

[6] Ibíd., p. 14.

[7] Kirkpatrick Sale, intervención en una mesa redonda, *The American Conservative* (28 de agosto de 2006): 28.

una Sociedad Democrática (SDS, por sus siglas en inglés) en 1967.[8] Lo que fue mal (el colapso de SDS y la ruptura de Rothbard con todo el movimiento) es el tema del capítulo final de este libro.

Aquí encontramos otro aspecto entrañable de *La traición de la derecha estadounidense*: la voluntad de Rothbard de reconocer errores o casos en los que las cosas siguieron un curso desafortunado que no previó (rarezas en el género de las memorias). «Mirando atrás al experimento de alianza con la Nueva Izquierda», recordaba Rothbard, «queda también claro que el resultado en muchos casos había sido desastroso para los libertarios, pues, aislados y dispersos como estaban estos jóvenes libertarios, los Clark y los Milchman y algunos del grupo Glaser-Kansas prontamente se *convirtieron* en izquierdistas y especialmente abandonaron la misma devoción por el individualismo, los derechos de propiedad y la economía de libre mercado que les había llevado en primer lugar al libertarismo y después a la alianza de la Nueva Izquierda».[9]

Concluía que:

> un grupo sin organización y sin un programa continuo de «formación interna» y reforzamiento, está condenado a las deserciones y a desaparecer cuando trabaja con aliados más fuertes.[10]

Por supuesto, ese grupo hace tiempo que se creó, gracias en buena medida al trabajo del propio Rothbard.

En su prólogo, Rothbard habla de un capítulo final del texto original que prolongaba el relato hasta el final de la Guerra Fría y las realineaciones intelectuales y estratégicas que hizo posible esa feliz ocasión. Por desgracia, no se ha encontrado ese capítulo y por tanto la historia que nos cuenta debe permanecer en cierto modo incompleta. Con la reaparición de una derecha no intervencionista tras el fin de la Guerra Fría, la retórica de Rothbard en ese momento reflejaba una inconfundible sensación de vuelta a casa. Al ir desapareciendo los frentes de batalla, empezaban a abrirse más oportunidades que nunca para una cooperación transideológica entre los opositores a la guerra. Se volvían a escuchar preguntas que no se habían planteado en algunos grupos intelectuales durante décadas (acerca del papel apropiado de EEUU en el mundo y de los peligros morales y materiales de las intervenciones exteriores) y algunos de los ataques más devastadores contra la política exterior de EEUU provenían

---

[8] Carl Oglesby y Richard Shaull, *Containment and Change* (Nueva York: Macmillan, 1967), pp. 166-167.

[9] Ver página 184 de este libro.

[10] Ibíd.

de conservadores de la vieja escuela. «¡De repente ha vuelto la Vieja Derecha!», declaraba encantado Rothbard en 1992.

Los frutos de esta colaboración acabaron siendo desalentadores, aunque Rothbard forjó algunas amistades valiosas y preciosas con muchas personas que continúan admirándole. Hoy las alianzas formales de este tipo, aunque sigan siendo útiles estratégicamente, parecen mucho menos importantes de lo que eran incluso hace 15 años. Cuando solo hay un puñado de publicaciones y programas simpatizantes con las ideas libertarias, hay un deseo natural de querer forjar alianzas entre los libertarios y esos canales. Pero en la época de Internet, cuando el número de canales en los que se puede publicar (y llegar a mucha más gente) es tan grande y cuando cada persona puede tener su propio sitio web y blog, los libertarios pueden levantar mucho la voz sin forjar ninguna alianza formal con algún otro grupo.

En cierto sentido, puede ser una suerte que *La traición de la derecha estadounidense* se publique ahora y no hace veinte años. La locura de la Guerra de Irak y la compaña de propaganda que la inició están haciendo que gente que hasta ahora tenía sus ideas asentadas se pare a pensar. Escuchando la propaganda de Bush no pueden sino preguntarse si es así como sonaban ellos mismos durante la Guerra Fría. E incluso si no comparten el análisis de Rothbard de la Guerra Fría, al prever con temor las interminables guerras de EEUU que parece presagiar el futuro, muchas personas hoy pueden estar dispuestas a considerar al menos un argumento importante en contra del intervencionismo de la Guerra Fría: esta alimentó un complejo militar-industrial, nacido en la Segunda Guerra Mundial, que es evidentemente imposible que se desmantele nunca. La frase de Milton Friedman de que no hay nada tan permanente como un programa público «temporal» no ha encontrado una expresión más evidente que en el sector estadounidense de la «defensa», que siempre parece encontrar una justificación para más gasto y más intervención.

En resumen, más personas que nunca se muestran escépticas ante la versión del gobierno sobre prácticamente todo y están abiertas a revisar antiguas preguntas. Como es habitual, Rothbard está listo para plantear esas preguntas y seguir las respuestas a dondequiera que le lleven.

Thomas E. Woods, Jr.
Auburn, Alabama
Mayo de 2007

Prólogo de la revisión de 1991

El manuscrito de la mayor parte de este libro, *La traición de la derecha estadounidense*, se escribió en 1971 y se revisó en 1973. Se ha cambiado poco del texto original. En un sentido profundo, es más actual hoy que cuando se escribió. El libro era un grito solitario en contra de lo que consideraba la traición a lo que aquí llamo la «Vieja Derecha». O, por evitar la confusión entre diversas «viejas» y «nuevas», la llamaremos Derecha Original. La Vieja Derecha nació en la década de 1930 como una reacción en contra del Gran Salto Adelante (o Atrás) hacia el colectivismo que caracterizó al New Deal. Esa Vieja Derecha continuó y floreció a lo largo de la década de 1940 y hasta aproximadamente la mitad de la de 1950. La Vieja Derecha se oponía firmemente al Gran Gobierno y al New Deal en el interior y el exterior, es decir, a las dos caras del estado de bienestar y guerra. Combatió la intervención de EEUU en asuntos exteriores y guerras en el extranjero tan fervientemente como se opuso a la intervención en el interior.

Actualmente, muchos conservadores se han dado cuenta de que se ha desgastado el antiguo espíritu luchador contrario al gobierno de los conservadores y en cierto modo se ha transformado en su opuesto estatista. Es tentador, y en parte indudablemente correcto, culpar a derecha de adoptar en la década de 1970 a los liberales Truman-Humphrey de la Guerra Fría calificándose como «neoconservadores» y admitir no solo a estos antiguos trotskistas y mencheviques, en la tienda, sino también que dirigieran el espectáculo. Pero la tesis de este libro es que quienes se preguntan qué pasó con la vieja y buena causa no deben detenerse en los neocones: la podredumbre empezó mucho antes, con la fundación en 1955 de *National Review* y su rápido ascenso al dominio del movimiento conservador. Fue *National Review* la que, consciente e inteligentemente, transformó el contenido de la Vieja Derecha en algo casi completamente opuesto, manteniendo las formas y rituales antiguos, como la defensa de boquilla del mercado libre y la Constitución de Estados Unidos. Fue, como dijo el gran Garet Garrett acerca del New Deal en la política estadounidense, una «revolución dentro de las formas». Como señala este libro, la derecha resultó ser vulnerable a su invasión en ese momento, con sus viejos líderes recientemente fallecidos o jubilados. Aunque a los conservadores jóvenes pueda desconcertarles esto, los buenos y viejos tiempos de la Vieja Derecha en la política no se dieron en la campaña de Goldwater, sino en la campaña de Robert A. Taft.

Este libro explica la Vieja Derecha, detalla la invasión de la *National Review* y trata mi odisea, y la de muchos libertarios con una mentalidad similar, debido a mi anteriormente respetada postura como la rama «extremista» de la Vieja Derecha, rompiendo con el conservadurismo de *National Review* y buscando ansiosamente un hogar para ideas y actividades libertarias. El libro se escribió

después de fin de nuestra alianza con la Nueva Izquierda, que se había iniciado de forma prometedora a principios y mediados de la década de 1960, pero había terminado en una loca, aunque breve, orgía de violencia y destrucción a finales de la década. El texto termina con el inicio de la aparición del movimiento libertario como una entidad ideológica e incluso política independiente y consciente de sí misma en Estados Unidos, aspirando a ser una tercera fuerza independiente que tome los mejores elementos tanto de la izquierda como de la derecha.

La última sección, el capítulo 14, escrito en la actualidad, cubre la historia del movimiento libertario y de la derecha en las últimas dos décadas y explica cómo circunstancias completamente nuevas, sobre todo la sorprendente muerte de la Guerra Fría, combinada con el colapso del movimiento conservador y los cambios entre los libertarios, presentan nuevos retos y alianzas fructíferas para los libertarios.[11]

La inspiración de este libro vino de Bob Kephart, entonces editor de la *Libertarian Review*, que planeaba publicar libros con la editorial Libertarian Review Press. Esta editorial publicó una colección de mis ensayos en aquel entonces.[12] Ramparts Press publicó un anuncio de la publicación de este libro en su catálogo de 1971, pero quería grandes cambios, que rechacé realizar.[13] Desde principios de la década de 1960 he tratado de publicar mi historia de la traición a la Vieja Derecha, pero no ha habido revistas que aceptaran este mensaje. Especialmente indignado por la campaña de Goldwater de 1964, la primera campaña dominada por la derecha de *National Review*, solo pude exponer mis opiniones muy brevemente en la única revista libertaria existente, el boletín de Los Ángeles *The Innovator*. Buscando un medio para un artículo más largo, solo pude encontrar una desconocida revista trimestral pacifista católica, *Cotinuum*.[14]

---

[11] Ese capítulo no se ha encontrado entre los papeles de Rothbard. (N. del e.)

[12] Murray N. Rothbard, *Egalitarianism as a Revolt Against Nature and Other Essays* (Washington, D.C.: Libertarian Review Press, 1974).

[13] Había publicado mi opinión sobre la Vieja Derecha y su caída en *Ramparts*, entonces la revista principal de la Nueva Izquierda. Murray N. Rothbard, «Confessions of a Right-Wing Liberal», *Ramparts* 6, nº 11 (15 de junio de 1968): 48-52. [«Confesiones de un progresista de derechas», Instituto Mises, 27 de abril de 2015, https://www.mises.org.es/2015/04/confesiones-de-un-progresista-de-derechas/]

[14] Murray N. Rothbard, «The Transformation of the American Right», *Continuum* 2 (Verano de 1964): 22-31. [«La transformación de la derecha estadounidense», Instituto Mises, 10 de octubre de 2015, https://www.mises.org.es/2015/10/la-transformacion-de-la-derecha-estadounidense/]

Desde entonces, mis opiniones políticas se expresaron sobre todo en mis propias publicaciones: *Left and Right*, 1965-1968, editada por Leonard Liggio y yo mismo, un instrumento para la alianza con la Nueva Izquierda; la semanal y luego mensual *Libertarian Forum*, 1969-1984, una expresión de un movimiento libertario consciente, y, para artículos más científicos, el *Journal of Libertarian Studies*, fundado en 1977 como brazo editor del Center for Libertarian Studies y todavía en marcha. Parte del análisis del libro actual apareció como «The Foreign Policy of the Old Right».[15]

Aproximadamente al mismo tiempo en que escribí la *Traición*, también apareció un ensayo magistral en una línea similar por parte del joven historiador libertario Joseph R. Stromberg.[16] De los trabajos investigadores realizados desde entonces, uno de los más valiosos sobre la Vieja Derecha es el estudio sobre Frank Chodorov de Charles Hamilton.[17] También es especialmente valioso el estudio de Justus Doenecke sobre la respuesta de los aislacionistas de la Segunda Guerra Mundial a la aparición de la Guerra Fría hasta 1954 y la autobiografía de Felix Morley, especialmente los dos últimos capítulos sobre su experiencia en *Human Events*.[18,19]

---

[15] *Journal of Libertarian Studies* 2 (Invierno de 1978): 85-96. La versión original de este artículo fue un trabajo enviado a una convención sobre la derecha en la reunión anual de 1972 de la Organization of American Historians, organizada por el brillante historiador marxista, Eugene D. Genovese.

[16] Joseph R. Stromberg, «The Cold War and the Transformation of the American Right: The Decline of Right-Wing Liberalism» (Trabajo de máster, Florida Atlantic University, 1971).

[17] Charles H. Hamilton, prólogo de *Fugitive Writings: Selected Writings of Frank Chodorov*, Hamilton, ed. (Indianapolis, Ind.: Liberty Press, 1980), pp. 11-30.

[18] Justus D. Doenecke, *Not to the Swift: The Old Isolationists in the Cold War Era* (Lewisburg, Penn.: Bucknell University Press, 1979). Ver también Ronald Radosh, *Prophets on the Right: Profiles of Conservative Critics of American Globalism* (Nueva York: Simon and Schuster, 1975).

[19] Un estudio especialmente valioso realizado antes de escribir la *Traición* fue la tesis doctoral sobre el movimiento libertario en la década de 1950 realizado por Eckard Vance Toy, Jr., aunque se base casi exclusivamente en los afortunadamente abundantes papeles y correspondencia del industrial de Seattle, James W. Clise. Toy es particularmente bueno acerca de la Foundation for Economic Education (FEE) y la Spiritual Mobilization, aunque no menciona el Fondo William Volker ni se preocupa por la política exterior. Eckard Vance Toy, Jr., «Ideology and Conflict in American Ultra-Conservatism, 1945-1960» (Tesis doctoral, Universidad de Oregón, 1965).

Desde la década de 1970, *La traición de la derecha estadounidense* ha permanecido en hibernación, aunque algunas copias, algunas apenas legibles, han estado circulando en *samizdat* entre jóvenes intelectuales libertarios.

Finalmente, el espectacular desplome del comunismo y la Guerra Fría en 1989 y la consiguiente revisión entre tanto conservadores como libertarios, ha generado recientemente cierto interés por la *Traición*. Un estudio de Tom Fleming, editor de *Chronicles*, me llevó a busar el manuscrito y la entusiasta sugerencia de Justin Raimondo, editor de *Libertarian Republican*, me inspiraron para actualizar la *Traición* y llevaron directamente a la actual publicación. Como siempre, estoy profundamente agradecido a Burt Blumert y Lew Rockwell por su entusiasmo y ayuda a lo largo de los años y con esta publicación.

Murray N. Rothbard

Las Vegas, 1991

1. Dos derechas: La Vieja y la Nueva

En la primavera de 1970, surgió en la conciencia estadounidenses un nuevo término político: «los cascos». Cuando los trabajadores en la construcción, «los cascos» se abrieron paso hasta el área de Wall Street, atacando a jóvenes estudiantes universitarios y grupos pacifistas, ganándose la admiración de la derecha y una mención del presidente Nixon, una de las pancartas que portaban decía en una sola frase lo notablemente que habían cambiado la derecha en las últimas dos décadas. La pancarta decía simplemente: «Dios bendiga al Aparato Gubernamental». En una sola frase, tan típica de la derecha actual, los cascos estaban expresando la anticuada filosofía política del conservadurismo, esa filosofía que formaba el núcleo central de lo que se llamaba originalmente el «conservadurismo» de la Europa de principios del siglo XIX. De hecho, es la filosofía que ha marcado el pensamiento genuinamente conservador, independientemente de su etiqueta, desde los tiempos antiguos del despotismo oriental: una adoración por «el trono y el altar» por la que por alguna sanción divina resultaba existir el aparato estatal. De una manera u otra, «Dios bendiga el Aparato Estatal» ha sido siempre el grito a favor del poder estatal.

¿Pero cuantos estadounidenses saben que, no hace mucho tiempo, la derecha americana era casi exactamente lo opuesto a lo que hoy conocemos? Por cierto, ¿cuántos saben que el término «aparato estatal» o «establishment», usado ahora solamente como un término oprobioso por la izquierda, lo aplicó por primera vez a Estados Unidos, no C. Wright Mills o algún otro sociólogo izquierdista, sino el teórico Frank S. Meyer, en la revista *National Review*, durante los primeros tiempos de ese órgano central de la derecha estadounidense? A mediados de la década de 1950, Meyer usó una expresión que previamente se había usado únicamente (y bastante afectuosamente) para describir a las instituciones gobernantes de Gran Bretaña y aplicó el término con una apropiada acidez al escenario estadounidense. Más amplio y sutil que «la clase gobernante» y más permanente e institucionalizado que la «élite del poder», el «aparato estatal» pasó rápidamente a ser una palabra de uso común. Pero lo paradójico y esencial de Meyer y de la *National Review*, es que el término en esos días era amargamente critico: el espíritu de la derecha, entonces y particularmente incluso antes era más que «Dios maldiga» a que «Dios bendiga» el aparato estatal.[20] La diferencia entre las dos posiciones derechistas, «Vieja» y «Nueva» y como una se transformó en la otra, es el tema central de este libro.

---

[20] Durante la campaña de 1964 el irreverente Derechista Noel E. Parmentel, Jr., escribió en sus «Canciones Pueblerinas para conservadores»:

La Vieja Derecha, que constituyó la derecha de los estadounidenses desde aproximadamente mediados de 1930 hasta mediados de 1950, fue al menos un movimiento de oposición. La hostilidad al aparato estatal era su marchamo, su verdadera esencia vital. En realidad, cuando en 1950 el boletín mensual *RIGHT* trataba de transmitir a sus lectores noticias de la derecha, se vio obligada a definir el movimiento acerca del cual iba a escribir y descubrió que solamente podía definir la derecha en términos negativos: en su total oposición a lo que se concebía que eran las tendencias dominantes de la vida estadounidense. En pocas palabras, la Vieja Derecha nació y tuvo su razón de ser como un movimiento de oposición al New Deal y a todo lo extranjero y nacional que abarcara el New Deal: primero, el floreciente New Deal estatista en el interior y después, más tarde en los 30, el pujante deseo de intervencionismo estadounidense global en el exterior. Como la esencia de la Vieja Derecha era una reacción en contra de un gran gobierno desbocado en el interior y el exterior, eso significaba que la Vieja Derecha era necesariamente, aunque no siempre conscientemente, libertaria en lugar de estatista, «radical» en lugar de defensora de conservadores tradicionales dentro del orden existente.

2. Los orígenes de la Vieja Derecha: El primer individualismo

El individualismo y su corolario económico, el liberalismo de laissez-faire, no siempre han adoptado un tinte conservador, no siempre han funcionado, como hoy lo hacen habitualmente, como defensores del status quo. Por el contrario, la revolución de los tiempos modernos fue originalmente, y continúo siendo por mucho tiempo, individualista de laissez-faire. Su propósito era el de liberar a la persona individual de las restricciones y los grilletes, de los arraigados privilegios de las castas y de las guerras explotadoras, de los órdenes feudal y mercantilista, del *ancien régime* de los tories. Tom Paine, Thomas Jefferson, los militantes en la Revolución Americana, el movimiento jacksoniano, Emerson y Thoreau, William Lloyd Garrison y los abolicionistas radicales, todos eran básicamente individualistas de laissez-faire que llevaron a cabo la vieja batalla por la libertad y en contra de todas las formas de privilegio estatal. También los revolucionarios franceses, no solamente los girondinos, sino incluso los muy maltratados jacobinos, que se vieron obligados a defender la Revolución contra las coronas de Europa. Todos estaban más o menos en el mismo bando. La herencia

---

¿Por qué no regresas a casa, Bill Buckley,
Por qué no regresas a casa
Lejos del aparato estatal?

individualista, de hecho, se remonta a los primeros radicales modernos del siglo XVII, a los niveladores en Inglaterra y a Roger Williams y Anne Hutchinson en las colonias americanas.

La visión histórica convencional afirma que mientras que los movimientos en Estados Unidos eran realmente individualistas de laissez-faire antes de la Guerra Civil, a partir de entonces los laissez-faire se volvieron conservadores y el testigo radical se lo apropiaron los grupos más identificados con la izquierda moderna: socialistas y populistas. Pero eso es una distorsión de la verdad. Pues fueron los antiguos brahmanes de Nueva Inglaterra, comerciantes e industriales de laissez-faire como Edward Atkinson, que habían financiado la campaña electoral de John Brown en Harpers Ferry, quienes dieron un paso adelante y se opusieron son todas sus fuerzas al imperialismo de EEUU en la Guerra Hispano-Estadounidense. Ninguna oposición a esa guerra fue más radical que la del economista de laissez-faire y sociólogo William Graham Summer o la de Atkinson, quien, como jefe de la Liga Anti-Imperialista enviaba folletos contra la guerra a las tropas estadounidenses que estaban por entonces conquistando Filipinas. Los folletos de Atkinson pedían a nuestras tropas que se amotinaran, y consecuentemente eran confiscadas por las autoridades del servicio postal de EEUU.

Al mantener su postura Atkinson, Summer y sus colegas no estaban siendo «deportivos»: seguían una tradición antibelicista y antiimperialista tan antigua como el liberalismo clásico. Era la tradición de Price, Priestley y los radicales británicos de finales del siglo XVIII, que los llevó a prisión repetidamente por parte de la maquinaria británica de guerra y de Richard Cobden, John Bright y la Escuela de Manchester de laissez-faire de mediados del siglo XIX. Cobden en particular denunciaba valientemente todas las guerras y todas las maniobras imperiales del régimen británico. Hoy estamos tan acostumbrados a pensar en la oposición al imperialismo como marxista que este tipo de movimiento nos parece casi inconcebible hoy en día.[21]

Sin embargo, cuando empieza la Primer Guerra Mundial, la muerte de la antigua generación estadounidense del laissez-faire provocó que el liderazgo de la oposición a sus guerras imperiales pasara a manos del Partido Socialista. Pero otras personas de mentalidad más individualista se unieron a la oposición, muchos de los cuales más tarde formarían el núcleo de los aislacionistas de la Vieja Derecha de finales de la década de 1930. Así, los lideres duros antibelicistas, incluidos el senador individualista Robert La Follette, de Wisconsin y liberales de laissez-faire como los senadores William E. Borah (republicano), de Idaho, y James

---

[21] Así, ver William H. Dawson, *Richard Cobden and Foreign Policy* (Londres: George Allen and Unwin, 1926).

A. Reed (demócrata), de Missouri. También incluía a Charles A. Lindberg, Sr., padre del famoso aviador, que era congresista por Minnesota.

Casi todos los intelectuales estadounidenses se apresuraron a alistarse durante el fervor bélico de la Primera Guerra Mundial. Una importante excepción fue la del formidable individualista de laissez-faire Oswald Garrison Villard, editor de *Nation*, nieto de William Lloyd Garrison y antiguo miembro de la Liga Anti-Imperialista. Otras dos prominentes excepciones fueron amigos y asociados de Villard, que más tarde actuaron como líderes del pensamiento libertario en Estados Unidos: Francis Neilson y especialmente Albert Jay Nock. Neilson fue el último de los liberales ingleses del laissez-faire, que había emigrado a los Estados Unidos; Nock trabajó con Villard durante la guerra, y fue su artículo publicado en *Nation* en el que denunciaba las actividades progubernamentales de Samuel Gompers el que hizo que ese número de la revista fuera prohibido por la oficina de correos de EEUU. Y fue Neilson quien escribió el primer libro revisionista sobre los orígenes de la Primera Guerra Mundial, *How Diplomats Make War* (1915). En realidad, el primer libro revisionista escrito por un estadounidense fue el de Nock, *Myth of a Guilty Nation* (1922) que fue publicado por capítulos en *LaFollette*'*s Magazine*.

La guerra mundial constituyo un trauma tremendo para todo los individuos y grupos que se opusieron al conflicto. La movilización total, la represión salvaje a los opositores, la matanza y la intervención global de EEUU a una escala sin precedentes, todo esto polarizó a un gran número de personas distintas. El impacto y el hecho completamente predominante de la guerra aunó inevitablemente a diversos grupos que estaban en contra de la guerra, en un frente unido vago, informal y opositor, un frente de un nuevo tipo de oposición esencial opositora al sistema estadounidense y a buena parte de la sociedad estadounidense. La rápida transformación del brillante joven intelectual Randolph Bourne desde un pragmatismo optimista a un anarquismo radicalmente pesimista fue algo habitual, aunque en una forma más intensa en su caso, en esta nueva oposición recién creada. Gritando «La guerra es la salud del Estado»", Bourne declaraba:

> El país es un concepto de paz, de equilibrio, de vivir y dejar vivir. Pero el Estado es esencialmente un concepto de poder. (…) Y tenemos la desventura de haber nacido no solo en un país, sino en un Estado. (…)
>
> El Estado es el país actuando como una unidad política, es el grupo actuando como una fuerza depositaria. (…) La política internacional es una «política de poder», porque es una relación de los Estados y eso es lo que son infalible y calamitosamente los Estados, una gran agregación de fuerzas humanas e industriales, que pueden ser lanzadas unas contra otras en una guerra. Cuando un país actúa en su conjunto con especto a otro país o

> imponiendo leyes a sus habitantes o coaccionando o castigando a individuos o a minorías, está actuando como un Estado. La historia de Estados Unidos como país es diferente a la de Estados Unidos como Estado. En un caso es el drama de los primeros conquistadores del territorio, del crecimiento de la riqueza y de las maneras en que se usó (…) y la puesta en práctica de ideales espirituales. (…) Pero, como Estado, su historia es la de participar en el mundo, iniciando guerras, obstruyendo el comercio internacional (…) castigando a aquellos ciudadanos a quienes la sociedad considera ofensivos y recaudando dinero para pagarlo.[22]

Si la oposición estaba polarizada y forzada a aunarse debido a la guerra, esta polarización no cesó al terminar esta. Por un lado, la guerra y el corolario de su represión y militarismo fueron sacudidas que hicieron que la oposición empezara a pensar profunda y críticamente sobre el sistema estadounidense en sí; por otro lado, el sistema internacional establecido por la guerra se paralizó en el estatus quo de la posguerra. Pues era obvio que el Tratado de Versalles significaba que el imperialismo británico y el francés habían socavado y humillado a Alemania y que luego intentaron usar la Sociedad de Naciones como un garante mundial permanente del nuevo estatus quo impuesto. Versalles y la Sociedad significaban que Estados Unidos no podía olvidar la guerra y a las filas de la oposición se unieron entonces un grupo de wilsonianos desilusionados que veían la realidad del mundo que había creado el presidente Wilson.

La oposición de tiempo de guerra y de posguerra se unieron en una coalición que incluía socialistas y todo tipo de progresistas e individualistas. Ya que estos y la coalición eran ahora claramente antimilitaristas y anti«patriotas», ya que eran cada vez más radicales en su antiestatismo, los individualistas fueron calificados universalmente como «izquierdistas»: de hecho, cuando el Partido Socialista se dividió y se apagó poco a poco en la época de la posguerra, la oposición tuvo una participación individualista cada vez mayor durante la década de 1920. Parte de esta oposición también era cultural: una rebelión contra las enraizadas costumbres y literatura victorianas. Parte de esta revuelta cultural se encarnó en los famosos expatriados de la «Generación Perdida» de jóvenes escritores americanos, escritores que expresaban su intensa desilusión con el «idealismo» de la época de la guerra y la realidad que el militarismo y la guerra habían revelado acerca de Estados Unidos. Otra fase de esta revuelta se encarnó en la nueva libertad social de la época *flapper* y del jazz, y en el florecimiento de la expresión individual en número creciente en hombres y mujeres jóvenes.

[22] Randolph Bourne, *Untimely Papers* (Nueva York: B.W. Huebach,1919), pp. 229-230.

3. Los orígenes de la Vieja Derecha: El anarquismo tory de Mencken y Nock

El líder de la lucha cultural en Estados Unidos fue H. L. Mencken, sin duda alguna el intelectual más influyente de la década de 1920: notable individualista y libertario, Mencken se lanzó a la batalla con un lenguaje e ingenio característicos, denunciando la pesadez de la cultura y el «chismorreo» de los hombres de negocios y reclamando una libertad individual sin restricciones. También en el caso de Mencken, el trauma de la Primera Guerra Mundial y sus males nacionales e internacionales movilizaron e intensificaron su interés por la política, un interés agravado por el despotismo de la Ley Seca, seguramente el mayor acto de tiranía impuesto nunca en Estados Unidos.

Hoy en día, cuando se considera la Ley Seca como un movimiento de «derecha», se olvida que todos los movimientos reformadores del siglo XIX (todo grupo moralista tratando de «mejorar» Estados Unidos por la fuerza de la ley) incluía la Ley Seca como uno de sus programas principales. Para Mencken, la batalla contra la Ley Seca no era más que una batalla contra la más conspicua de las «reformas» tiránicas y estatistas que se proponían contra los ciudadanos estadounidenses.

Y así, su publicación mensual de gran influencia *The American Mercury*, fundada en 1924, abrió sus páginas a todos los escritores de todos los bandos de la oposición, especialmente a ataques a la cultura estadounidense y sus costumbres, a críticas a la censura y defensa de las libertades civiles y al revisionismo sobre la guerra. Así pues, el *Mercury* publicaba a dos prominentes revisionistas de la Primera Guerra Mundial: Harry Elmer Barnes y su alumno, C. Hartley Grattan, cuya entretenida serie de la revista, «Cuando los historiadores se desbocan», demolía sarcásticamente la propaganda de guerra de los historiadores estadounidenses más conocidos. El desprecio cultural de Mencken por el «baboseo» americano se plasmaba en su famosa columna «Americana», en la que sencillamente se reimprimían noticias de las idioteces de la vida estadounidense sin comentario editorial.

El enorme abanico de intereses de Mencken, unido a su brillante humor y estilo (Mencken fue calificado por Joseph Wood Krutch como «el mejor escritor en prosa del siglo XX») hizo que su generación de seguidores y admiradores jóvenes no advirtieran la notable coherencia de su pensamiento. Cuando, décadas después de su prominencia anterior, Mencken recopiló lo mejor de sus antiguos escritos en *A Mencken Chrestomathy* (1948), el libro fue reseñado en el *New Leader* por el eminente crítico literario Samuel Putman. Putman reaccionó con una considerable sorpresa: recordando a Mencken en su juventud como un

mero cínico superficial, Putman se dio cuenta para su sorpresa y admiración que H. L. M. siempre había sido un «anarquista tory», un resumen apropiado para el líder intelectual de la década de 1920.

Pero H. L. Mencken no fue el único editor que lideró el surgimiento de la oposición individualista durante la década de 1920. Desde una postura más moderada, la *Nation* del amigo de Mencken, Oswald Garrison Villard, continuó actuando como una voz sobresaliente a favor de la paz, el revisionismo de la Primera Guerra Mundial y la oposición al estatus quo imperialista impuesto en Versalles. Cuando terminó la guerra, Villard admitió que esta lo había llevado muy hacia la izquierda, no en el sentido de adoptar el socialismo, sino en el de estar totalmente «en contra del presente orden político». Denunciado por los conservadores como pacifista, proalemán, y «bolchevique», Villard se vio obligado a una alianza política y periodística con socialistas y progresistas que compartían su hostilidad al orden estadounidense y mundial existente.[23]

Desde una perspectiva aún más radical e individualista, el amigo y compañero de Mencken y «anarquista tory» Albert Jay Nock fundó y coeditó, junto con Francis Neilson, la nueva publicación semanal *Freeman* de 1920 a 1924. *Freeman* también dio voz en su publicación a todos los opositores de izquierdas al orden político. Con el individualista de laissez-faire Nock como editor principal, *Freeman* era un centro de pensamiento y expresión radicales entre los intelectuales de la oposición. Rechazando la bienvenida de *Nation* a *Freeman* como compañero liberal, Nock declaraba que no era un liberal sino un radical. «No podemos dejar de recordar», escribía Nock disgustado, «que esta era una guerra liberal, una paz liberal, y que el actual estado de cosas es la consumación de un largo, extenso y extremadamente costoso experimento con el liberalismo en el poder político».[24] Para Nock, radicalismo significaba que el Estado tenía que considerarse una institución antisocial y no un instrumento típicamente liberal de reforma social. Y Nock, como Mencken, abría gustosamente las páginas de su revista a toda clase de opiniones radicales contra el aparato estatal, incluyendo a Van Wyck Brooks, Bertrand Russell, Louis Untermeyer, Lewis Mumford, John Dos Passos, William C.Bullitt y Charles A. Beard.

Particularmente, aun siendo un individualista y un libertario, Nock dio la bienvenida a la revolución soviética, considerándola un derrocamiento con éxito

---

[23] Villard a Hutchins Hapgood, 19 de mayo de 1919. Michael Wreszin, *Oswald Garrison Villard* (Bloomington: Indiana University Press, 1965), pp. 75 y 125-130.

[24] Albert Jay Nock, «Our Duty Towards Europe», *Freeman* 7 (8 de Agosto de 1923): 508; citado en Robert M. Crunden, *The Mind and Art of Albert Jay Nock* (Chicago: Henry Regnery, 1964), p. 77.

de un aparato estatal paralizado y reaccionario. Sobre todo Nock, al oponerse al acuerdo de posguerra, denunciaba la intervención estadounidense y aliada en la Guerra Civil [Rusa]. Nock y Neilson vieron claramente que la intervención estadounidense estaba preparando el escenario para una imposición continua y permanente de su poderío en todo el mundo. Después de clausurar *Freeman* en 1924, Nock continuó siendo importante como distinguido ensayista en revistas importantes, incluyendo su famoso «Progreso anarquista».[25]

La mayoría de esta coalición informal de radicales individualistas estaba totalmente desilusionada con el proceso político, pero, hasta donde podían diferenciar entre los partidos existentes, el Partido Republicano era el gran enemigo. Eternos defensores hamiltonianos del Gran Gobierno, y de la «asociación» intima del gobierno con las grandes empresas a través de aranceles, subsidios, y contratos, blandiendo la vara imperial durante mucho tiempo, los republicanos habían culminado sus pecados antilibertarios siendo el partido más partidario de la tiranía de la Ley Seca, un mal que enojaba especialmente a H. L. Mencken. Mucha de la oposición (por ejemplo, Mencken y Villard) apoyó el movimiento progresista de corta vida de LaFollette de 1924 y el senador progresista William E. Borah, de Idaho, fue un héroe de la oposición que encabezó la lucha contra la guerra y la Sociedad de Naciones y defendió el reconocimiento de la Rusia soviética. Pero el político nacional más cercano fue el conservador Bourbon, de la rama antiwilsoniana de «Cleveland» del Partido Democrata, una rama que como mínimo se inclinaba a «mojarse», se oponía a la guerra y a la intervención extranjera y estaba a favor del libre comercio y de un gobierno estrictamente mínimo. Mencken, la persona con mayor mentalidad política del grupo, se sentía más cerca en cuestiones políticas del gobernador Albert Ritchie, demócrata de Maryland y partidario de los derechos de los estados, y del senador James Reed, demócrata de Missouri, un hombre fuertemente «aislacionista» y antiintervencionista en asuntos exteriores y partidario del laissez-faire en el interior.

Fue el bando conservador del Partido Demócrata, encabezado por Charles Michelson, Jouett Shouse y John J. Raskob, el que lanzó un ataque decidido contra Herbert Hoover en las postrimerías de la década de 1920, por su apoyo a la Ley Seca y el Gran Gobierno en general. Fue este bando el que más tarde daría origen a la muy atacada Liga de la Libertad.

De hecho, a Mencken y a Nock, Herbert Hoover (el belicista e intervencionista wilsoniano, el zar de la alimentación durante la guerra, el defensor del gran gobierno, de los aranceles altos y los cárteles empresariales, el moralista piadoso

---

[25] Albert Jay Nock, *On Doing the Right Thing, and Other Essays* (Nueva York: Harper and Row, 1928).

y elogiador de la Ley Seca) representaba todo lo que aborrecían en la vida política estadounidense. Eran claramente los líderes de la oposición individualista al estatismo conservador de Hoover.

Ya que fueron, en sus diferentes estilos, los líderes del pensamiento libertario estadounidense durante la década de 1920, Mencken y Nock merecen un análisis más cuidadoso.

La esencia del «anarquismo tory» notablemente coherente de Mencken se manifestaba en su explicación del gobierno, que seleccionaría posteriormente en su *Chrestomathy*:

> Todo gobierno, en esencia, es una conspiración contra el hombre superior: su objetivo permanente es en oprimirlo y deformarlo. Si es una organización aristocrática, entonces busca cómo proteger al hombre que es superior solo legalmente en contra del hombre que es superior en la práctica; si es democrática, busca cómo proteger al hombre que es inferior en todo contra ambos. Una de sus funciones primordiales es segmentar a los hombres por la fuerza, para volverlos lo más parecidos posible (…) buscar y combatir la originalidad entre ellos. Todo lo que se puede ver en una idea original es un cambio potencial y por tanto una invasión de sus privilegios. El hombre más dañino para cualquier gobierno es el hombre que es capaz de pensar por sí mismo, sin importar las supersticiones ni los tabús prevalecientes. Casi inevitablemente llega a la conclusión de que el gobierno bajo el que vive no es honrado y es demente e intolerable y, por tanto, si es un romántico, tratará de cambiarlo. E incluso si no es personalmente un romántico [como Mencken claramente no era] es muy capaz de dispersar descontento entre los que lo son. (…)
>
> El gobierno ideal de todos los hombres que reflexionan, desde Aristóteles, es aquel que deja en paz al individuo, uno que casi llega a no ser un gobierno en absoluto. Creo que este ideal se alcanzará en el mundo veinte o treinta siglos después que yo (…) haya asumido mis obligaciones públicas en el Infierno.[26]

De nuevo Mencken, sobre el Estado como explotador:

> El hombre promedio, cualesquiera que sean sus errores, por lo menos ve claramente que el gobierno es algo que se encuentra fuera de él y fuera de la generalidad de sus conciudadanos, que es un poder aparte, independiente y muchas veces hostil, solo en parte bajo su control y capaz de hacerle mucho

---

[26] De *Smart Set*, Diciembre de 1919. H.L. Mencken, *A Mencken Chrestomathy* (Nueva York: Knopf, 1949), pp. 145-146. Ver también Murray N. Rothbard, « H.L. Mencken: The Joyous Libertarian», *New Individualist Review* 2, nº 2 (Verano de 1962): 15-27.

daño. (…) ¿Es un hecho insignificante que el robo adel gobierno sea en todas partes considerado como un delito de menor magnitud que el robo de un individuo o de una empresa?

Creo que lo que está detrás de todo esto es una sensación profunda del antagonismo esencial entre el gobierno y el pueblo al que gobierna. No se entiende como un comité de ciudadanos escogidos para que ocuparse de los asuntos comunales de toda la población, sino como una corporación independiente y autónoma dedicada principalmente a explotar a la población en beneficio de sus propios miembros. Robarle es así un acto casi desprovisto de infamia. (…) Cuando se roba a un ciudadano común y corriente, un hombre digno se ve privado del fruto de su trabajo y su ahorro; cuando se roba a un gobierno, lo peor que puede pasar es que algunos sinvergüenzas y haraganes tengan menos dinero para gastar de lo que tenían antes. Nunca se piensa en la idea de que se hayan ganado ese dinero, a la mayoría de los hombres sensatos les parecería ridículo. Son sencillamente sinvergüenzas que, por casualidades de la ley, tienen un derecho dudoso a compartir las ganancias de sus conciudadanos. Cuando esa participación disminuye por empresas privadas, el negocio es, en su totalidad, mucho más laudable que no.

El hombre inteligente, que paga sus impuestos, indudablemente no cree que está haciendo una inversión prudente y productiva de su dinero: por el contrario, siente que está siendo multado en una cantidad excesiva por servicios que, en general, le resultan abiertamente adversos. (…) Ve, incluso en los más esenciales, una forma de hacer más fácil el robo a los explotadores que constituyen el gobierno. No tiene la menor confianza en estos explotadores. Los ve como simples depredadores e inútiles. (…) Estos constituyen un poder que lo controla constantemente, siempre alerta para tener la oportunidad de apretarlo. Si lo pudieran hacerlo sin riesgo, le llegarían a despellejar. Si le dejan algo es simplemente por prudencia, igual que un granjero deja a la gallina algunos de sus huevos.

Esta banda es casi inmune al castigo. (…) Desde los primeros días de la Republica, menos de una docena de sus miembros han sido juzgados y solo unos pocos subordinados sin importancia han ido a la cárcel. El número de hombres recluidos en Atlanta y Leavenworth por oponerse a las extorsiones del Gobierno es siempre diez veces tan grande como el número de funcionarios públicos condenados por oprimir a los contribuyentes en su propio beneficio. El Gobierno, hoy, se ha vuelto muy fuerte como para estar a salvo. Ya no hay ciudadanos en el mundo: solo hay súbditos. Trabajan todos los días para sus amos y están condenados a morir según la voluntad de sus

amos. (…) En alguna brillante mañana, en una época geológica o dos, llegara el fin de su resistencia.[27]

En cartas a sus amigos, Mencken reiteraba su énfasis en la libertad individual. Una vez escribió que creía en la libertad humana absoluta «hasta el límite de lo intolerable, y más allá». A su amigo Hamilton Owen le dijo:

> Solo creo en una cosa y esa cosa es la libertad humana. Si algún día un hombre alcanza algo similar a la dignidad, solo puede ocurrir porque se dé libertad absoluta a los hombres superiores para pensar lo que quieran pensar y decir lo que quieran decir (…) [y] el hombre superior solo puede estar seguro de su libertad si esta se da a todos los hombres.[28]

Y en un *adendum* privado sobre objetivos, Mencken declaraba que:

> Soy extremadamente libertario, y creo en la libertad absoluta de expresión. (…) Estoy en contra de encarcelar a los hombres por sus opiniones o, en ese sentido, por cualquier otro motivo.[29]

Parte de la antipatía de Mencken hacia la reforma derivaba de su reiterada creencia en que «todo gobierno es maligno y tratar de mejorarlo es una gran pérdida de tiempo». Mencken destacaba este tema en la noble y conmovedora perorata de su Credo, escrito para una serie llamada «Lo que creo», escrita para una importante revista:

> Creo que todo gobierno es maligno, que todo gobierno necesariamente debe hacer la guerra a la libertad, y que la forma democrática es tan mala como cualquier otra forma. (…)
>
> Creo en la completa libertad de pensamiento y expresión, tanto para el hombre más humilde como para el más poderoso y en la completa libertad de comportamiento que sea compatible con vivir en una sociedad organizada.
>
> Creo en la capacidad del hombre para conquistar el mundo, y descubrir de qué está hecho y cómo funciona.
>
> Creo en la realidad del progreso. Yo…

---

[27] Del *American Mercury*, Febrero de 1925. Mencken, *Chrestomathy*, pp. 146-148.

[28] Guy Forgue, ed., *Letters of H.L. Mencken* (Nueva York: Knopf, 1961), pp. xiii, 189.

[29] Ibíd.

Pero, después de todo, esto puede decirse muy sencillamente: Creo que es mejor decir la verdad que mentir. Y creo que es mejor ser libre que esclavo. Y creo que es mejor saber que ignorar.[30]

En la medida en que estaba interesado en asuntos de economía, Mencken, como corolario de sus opiniones libertarias, era un ferviente defensor del capitalismo. Alabó el panegírico de Sir Ernest Benn a la economía de libre mercado y declaró que al capitalismo «le debemos (…) casi todo lo que hoy incluye el nombre general de civilización». Estaba de acuerdo con Benn en que «nada de lo que hace el gobierno se hace tan barato y eficiente como lo puede hacer la empresa privada». [31]

Pero, al mantener su individualismo y libertarismo, la devoción de Mencken por el capitalismo era hacia al libre mercado y no al monopolio estatista que estaba gobernando Estados Unidos en la década de 1920. Por consiguiente, estaba tan dispuesto como cualquier socialista a señalar con el dedo a la responsabilidad de las grandes empresas por el crecimiento del estatismo. Así, analizando las elecciones presidenciales de 1924, Mencken escribía:

Parece como si las grandes empresas estuvieran a su favor [el de Coolidge]. (…) Este hecho debería bastar para hacer la consideración juiciosa sobre él algo sospechosa. Pues las grandes empresas en Estados Unidos (…) actúan en su provecho una y otra vez. (…) Las grandes empresas estaban a favor de la Ley Seca, al creer que un trabajador sobrio sería un mejor esclavo que uno con unos cuantos tragos. Estaban a favor de todos los grandes robos y extorsiones que se produjeron durante la guerra y se beneficiaron de todos ellos. Estaban a favor de estrangular la libertad de expresión que se vio acosada en nombre del patriotismo, y siguen a favor de ello.[32]

Con respecto al candidato demócrata, John W. Davis, Mencken indicaba que se decía que era un buen abogado, lo que, para Mencken, no era una recomendación favorable ya que los abogados

son responsables de nueve de cada diez de las leyes inútiles y maliciosas que ahora atestan los códigos legales, y de todos males que trae el vano

---

[30] H.L. Mencken, «What I Believe», *The Forum* 84 (Septiembre de 1930): 139.

[31] H.L. Mencken, «Babbitt as Philosopher» (Reseña de Henry Ford, *Today and Tomorrow*, y Ernest J.P. Benn, *The Confessions of a Capitalist*), *The American Mercury* 9 (Septiembre de 1926): 126-127. Ver también Mencken, «Capitalism», *Baltimore Evening Sun*, 14 de enero de 1935, reimpreso en *Chrestomathy*, p. 294.

[32] H.L. Mencken, «Breathing Space», *Baltimore Evening Sun*, 4 de agosto de 1924; reimpreso en H.L. Mencken, *A Carnival of Buncombe* (Baltimore: Johns Hopkins Press, 1956), pp. 83-84.

intento de aplicarlas. Todo juez federal es un abogado. Igual que muchos congresistas. Todo ataque a los derechos sencillos del ciudadano tiene un abogado detrás. Si todos los abogados fueran colgados mañana (…) todos seríamos más libres y estaríamos más seguros. Y nuestros impuestos se reducirían a casi la mitad.

Y lo que es más:

El Dr. Davis es un abogado cuya vida se ha dedicado a proteger a las grandes empresas. Solía trabajar para J. Pierpont Morgan y se dice que está orgulloso de ello. Mr. Morgan es un banquero internacional, dedicado a exprimir naciones que están en dificultades y problemas. Sus operaciones están protegidas por el poder de los Estados Unidos. Fue uno de los principales beneficiarios de la última guerra y ganó millones en ella. Los hospitales públicos están hoy llenos de soldados a quienes les falta una pierna y que entonces protegieron valerosamente sus inversiones y los colegios públicos están llenos de niños que protegerán sus inversiones el día de mañana. [33]

De hecho, el breve análisis que va a continuación acerca de los acuerdos después de la Guerra combina la evaluación de Mencken de la influencia determinante de las grandes empresas con la amargura de todos los individualistas durante la guerra y después de esta:

Cuando estuvo en el Senado, el Dr. Harding era conocido como el Senador de la Standard Oil y, como todos sabemos, la Standard Oil estaba muy en contra de que entráramos en la Sociedad de Naciones, primordialmente porque Inglaterra dirigiría la Sociedad y estaría en disposición de mantener a los estadounidenses alejados de los nuevos yacimientos de petróleo en Oriente Medio. Los Morgan y sus prestamistas aliados, por supuesto, estaban igualmente muy a favor en entrar, ya que colocar al Tío Sam bajo la pezuña de los ingleses protegería materialmente sus inversiones inglesas y de otros países. Así se planteaba el problema y, en el martes posterior al primer lunes de noviembre de 1920, los Morgan, después de seis años de magnífico *Geschaft*, recibieron una gran paliza bajo el anglomaniaco Woodrow.[34]

Como consecuencia, continuaba Mencken, los Morgan decidieron ponerse de acuerdo con el enemigo, y así en la Conferencia en Lausana de 1922-23, «los ingleses acordaron permitir a la Standard Oil entrar en los campos petrolíferos del Levante» y J.P. Morgan visitó a Harding en la Casa Blanca, después de lo cual

---

[33] Ibíd.

[34] H.L. Mencken, «Next Year's Struggle», *Baltimore Evening Sun*, 11 de junio de 1923; reimpreso en Mencken, *A Carnival of Buncombe*, pp. 56-57.

«El Dr. Harding empezó a oír una voz que le aconsejaba que se olvidara de los prejuicio de los votantes que lo eligieron y que tratara de evitar que EEUU entrara en la Gran Corte Internacional de Justicia».[35]

Aunque menos conocido que Mencken, Albert Nock, más que cualquier otra persona, dio al libertarismo una teoría positiva y sistemática. En una serie de ensayos en *Freeman* en 1923 sobre «El Estado», Nock, se basaba en Herbert Spencer y el gran sociólogo alemán y seguidor de Henry George, Franz Oppenheimer, cuyo brillante pequeño clásico, *The State*[36] se acababa de reimprimir. Oppenheimer había señalado que el hombre trata de adquirir riqueza de la manera más fácil y que había dos vías mutuamente exclusivas para obtener riqueza. Una era la vía pacífica de producir algo y cambiar voluntariamente ese producto por el producto de algún otro: a esta manera de producir e intercambiar voluntariamente la llamó «medios económicos». La otra vía para obtener riqueza era la expropiación coercitiva: el obtener por la fuerza el producto de otra persona usando la violencia. A esto Oppenheimer lo llamó los «medios políticos». Y a partir de su investigación histórica sobre la génesis de los Estados, Oppenheimer definía al Estado como la «organización de los medios políticos». Así que Nock concluía que el Estado en sí era maligno y siempre era la vía por la cual grupos diversos podían apropiarse del poder del Estado y usarlo para convertirse en explotadores o en clase dirigente, a expensas del resto la población a quien gobernaba. Nock, por tanto, definía al Estado[37] como la institución que «reclama y ejerce el monopolio del crimen» sobre un área territorial; «prohíbe el asesinato privado, pero organiza asesinatos a escala colosal. Castiga el robo privado, pero toma en sus manos inescrupulosas todo lo que quiere».

En su obra maestra, *Nuestro enemigo, el Estado*, Nock expandía su teoría y la aplicaba a la historia estadounidense, particularmente a la formación de la Constitución de Estados Unidos. Contrariamente a los tradicionales adoradores conservadores de la Constitución, Nock aplicó la tesis de Charles A. Beard a la historia de Estados Unidos, viéndola como una sucesión de gobiernos de clases por varios grupos de comerciantes privilegiados y a la Constitución como un fuerte gobierno nacional ideado para crear y extender tales privilegios. La Constitucion, escribía Nock:

---

[35] Ibíd.

[36] Albert Jay Nock, *Our Enemy, the State* (1922; Nueva York: William Morrow, 1935), pp. 162 y ss. [Publicado en España como *Nuestro enemigo, el Estado* (Madrid: Unión Editorial, 2013)]

[37] Ibíd.

permitía una centralización cada vez mayor del control sobre los medios políticos. Por ejemplo, (…) muchos industriales podían ver las grandes ventajas de poder extender sus oportunidades de explotación sobre un área de libre comercio en toda el área nacional protegida por un arancel general. (…) Cualquier especulador en títulos públicos depreciados estaría fuertemente a favor de un sistema que le pudiera ofrecer el uso de medios políticos para lograr que liquidaran a su valor original. Cualquier dueño de barcos o comerciante con el extranjero se daría cuenta rápidamente de que su pan estaba untado con mantequilla del lado de un Estado nacional en el que, si se acercaba apropiadamente, podía hacer uso de los medios políticos por medio de una subvención o podría respaldar alguna empresa de contrabando rentable pero dudosa con «representaciones diplomáticas» o represalias.

Nock concluía que esos intereses económicos, en oposición a la mayoría de los granjeros nacionales, «planearon y ejecutaron un golpe de estado, simplemente arrojando a la basura los Artículos de la Confederación».[38]

Aun cuando superficialmente el análisis de Nock-Oppenheimer se asemeja al de Marx, y un nockiano, igual que Lenin, vería toda la acción del Estado en términos de «¿Quién? ¿De quiénes?» (¿Quién se beneficia a costa de quiénes?) es importante apreciar las diferencias cruciales. Ya que mientras que Nock y Marx estarían de acuerdo con respecto a los privilegios de las clases gobernantes sobre los gobernados en los periodos Despótico Oriental y feudal, discreparían en el análisis de los hombres de negocios en el mercado libe. Pues para Nock, las clases antagónicas, gobernantes y gobernados, únicamente pueden *crearse* por acceso a los privilegios del Estado: es el uso del instrumento del Estado el que crea estas clases antagónicas. Mientras Marx estaría de acuerdo con respecto a las eras precapitalistas, por supuesto también concluiría que hombres de negocios y trabajadores son antagonistas de clase aun en una economía de mercado libre, con los empresarios explotando a los trabajadores. Para el nockiano, hombres de negocios y trabajadores están en armonía (como todos los demás) en un mercado libre y una sociedad libre y es solamente por medio de la intervención estatal por lo que se crea el antagonismo de clases.[39]

---

[38] Ibíd.

[39] Esta idea de las clases como creadas por los Estados era la idea premarxista de las clases. Dos de sus primeros teóricos fueron los pensadores individualistas y libertario del periodo postnapoleónico de la Restauración, Charles Comte y Charles Dunoyer. Durante varios años después de la Restauración, Comte y Dunoyer fueron los mentores del conde de Saint-Simon, que adoptó su análisis de clase. Los posteriores sansimonianos la modificaron posteriormente para incluir a los empresarios como explotadores de clase de los trabajadores y esto último fue adoptado por Marx. Estoy en deuda con las

Así que, para Nock, las dos clases básicas en cualquier momento son las que dirigen el Estado y las de los dirigidos por este: como dijo una vez el líder populista Jerry «Sockless» Simpson: «los que roban y los robados». Nock acuñó así los conceptos «poder del Estado» y «poder social». El «poder social» era el poder sobre la naturaleza ejercido por hombres libres en sus relaciones económicas y sociales voluntarias: el poder social era el poder de la civilización, su aprendizaje, su tecnología, su estructura de inversión de capital. El «poder del Estado» era la expropiación coactiva y parasitaria del poder social en beneficio de los gobernantes: el uso de los «medios políticos» para obtener riqueza. Así que la historia del hombre podía verse como una carrera eterna entre poder social y poder estatal, con la sociedad creando y desarrollando nueva riqueza, que más tarde sería expropiada, controlada y explotada por el Estado.

Nock estaba igual de descontento que Mencken acerca del papel de las grandes empresas del siglo XX que se encaminaban hacia el estatismo. Ya hemos visto su cáustica opinión beardiana hacia la adopción de la Constitución. Cuando llegó el New Deal, Nock solo pudo gruñir con desprecio ante los falsos lamentos acerca del colectivismo que surgía en diversos círculos empresariales.

> Una de las pocas cosas divertidas en nuestro aburrido mundo es que aquellos que hoy se comportan con más tremendismo acerca del colectivismo y la amenaza roja son los mismos que han alabado, sobornado, adulado e importunado al Estado para que diera todos y cada uno de los pasos sucesivos que llevaban directamente al colectivismo. (…) ¿Quiénes hostigaron al Estado para que entrara al negocio del transporte marítimo, y promovieron la creación del Consejo Marítimo? ¿Quiénes empujaron al Estado a crear la Comisión Interestatal de Comercio y la Junta Federal de Fincas? ¿Quién metió al Estado en el negocio de transporte en nuestras aguas interiores? ¿Quién está siempre reclamando al Estado que «regule» y «supervise» esto y lo otro y los demás procesos rutinarios de empresas financieras, industriales y comerciales? ¿Quién se quitó la chaqueta, se arremangó y sudó sangre hora tras hora ayudando al Estado a formular los códigos de la vieja y lamentabla Ley de Recuperación Nacional? Nada menos que el mismo Peter Schlemhil, que está ahora medio loco por la aparición del fantasma del colectivismo.[40]

---

investigaciones del profesor Leonard Liggio sobre Comte y Dunoyer. Hasta donde yo sé, la única, e inadecuada, mención está en Elie Halevy, *The Era of Tyrannies* (Garden City, N.Y.: Doubleday and Co., 1965), pp. 21-60. La crítica de la teoría del Estado de Marx de Gabriel Kolko se realiza desde una perspectiva bastante similar. Gabriel Kolko, *The Triumph of Conservatism* (Glencoe, Ill.: The Free Press, 1963), pp. 287 y ss.

[40] Albert Jay Nock, «Imposter-Terms», *Atlantic Monthly* (Febrero de 1936): 161-169.

O, como lo resumía Nock:

> La simple verdad es que nuestros empresarios no quieren un gobierno que deje en paz a los negocios. Quieren un gobierno que puedan usar. Ofrecedles uno que siga el modelo de Spencer y veréis estallar al país antes que aceptarlo.[41]

4. El New Deal y la aparición de la Vieja Derecha

Durante la década de 1920, por tanto, los individualistas y libertarios emergentes (los Mencken, los Nock, los Villard y sus seguidores) eran generalmente considerados como hombres de izquierdas: como la izquierda en general, se oponían con desagrado al surgimiento de un Gran Gobierno en los Estados Unidos del siglo XX, un gobierno aliado con las grandes empresas, en un entramado de privilegios especiales, un gobierno que dictaba los hábitos personales en el beber de los ciudadanos y reprimía las libertades civiles, un gobierno que se había unido al imperialismo británico como socio menor para presionar a las naciones de la tierra. Los individualistas se oponían a este florecimiento de los monopolios estatales, se oponían al imperialismo y militarismo y a las guerras en el exterior, se oponían al Tratado de Versalles impuesto por Occidente y a la Sociedad de Naciones y generalmente eran aliados de socialistas y progresistas en esta oposición.

Sin embargo, todo esto cambió, y cambió drásticamente, con el surgimiento del New Deal. Porque los individualistas veían claramente al New Deal como una mera extensión lógica del hooverianismo y de la Primera Guerra Mundial: como la imposición de un gobierno fascista en la economía y la sociedad con una grandeza mucho peor que la de Theodore Roosevelt («Roosevelt I» como lo llamaba Mencken) o Wilson, o Hoover. El New Deal, con su creciente estado corporativo, dirigido por las grandes empresas y los grandes sindicatos como sus socios menores, aliado con intelectuales progresistas corporativos y usando una retórica bienhechora, era percibido por estos libertarios como el fascismo llegando a Estados Unidos. Y su asombro y amargura fueron grandes cuando descubrieron que sus anteriores y supuestamente inteligentes aliados, los socialistas y progresistas, en vez de unirse a este punto de vista, se apresuraron a abrazar e incluso deificar el New Deal y a formar su vanguardia de intelectuales apologistas. Esta acogida de la Izquierda se hizo rápidamente unánime cuando el

[41] Nock a Ellen Winsor, 22 de agosto de 1938. F.W. Garrison, ed., *Letters from Albert Jay Nock* (Caldwell, Id.: Caxton Printers, 1949), p. 105.

Partido Comunista y sus aliados se unieron al desfile con el advenimiento del Frente Popular en 1935. Y la generación de los intelectuales más jóvenes, muchos de los cuales habían sido seguidores de Mencken y Villard, dejaron a un lado su individualismo para unirse a la «clase trabajadora» y asumir su papel como expertos y planificadores de la aparentemente nueva Utopía que se estaba formando en Estados Unidos. El espíritu de los mandatos tecnocráticos a los ciudadanos estadounidenses se expresó de la mejor manera en el famoso poema de Rex Tugwell, cuyas palabras quedarían grabadas con horror en todos los corazones de los «derechistas» en todo el país:

He reunido mis herramientas y mis gráficos,
Mis planes están terminados y son prácticos.
Me arremangaré: volveré a crear Estados Unidos.

Solamente unos pocos liberales del laissez-faire vieron la relación directa entre los programas cartelizadores de Hoover y la cartelizacion fascista impuesta por la NRA y la AAA del New Deal y pocos se dieron cuenta de que el origen de estos programas fueron específicamente los planes colectivistas de las grandes empresas, como el famoso Plan Swope, ideado por Gerard Swope, jefe de General Electric a finales de 1931, y adoptado al año siguiente por la mayoría de los grandes grupos de negocios. De hecho, fue cuando Hoover rehusó llegar tan lejos, denunciando el plan como «fascismo», aun cuando él mismo se había inclinado en esa dirección durante años, cuando Henry I. Harriman, presidente de la Cámara de Comercio de EEUU avisó a Hoover de que las grandes empresas usarían su influencia a favor de Roosevelt, quien estaba de acuerdo en poner en marcha el plan y de hecho iba aplicar dicho acuerdo. El mismo Swope, Harriman y su poderoso mentor, el financiero Bernard M. Baruch, estuvieron de hecho muy involucrados en redactar y administrar la NRA y la AAA.[42]

Los individualistas y liberales del laissez-faire estaban asombrados y amargados, no solo por la deserción en masa de sus anteriores aliados, sino también por las acusaciones de estos aliados al referirse a ellos como «reaccionarios», «fascistas» y «neandertales». Hombres de la izquierda durante décadas, los individualistas, sin cambiar su postura o perspectiva ni un ápice, se veían ahora atacados duramente por sus anteriores aliados como ignorantes «extremistas de derecha». Así, en diciembre de 1933, Nock escribía con enfado a Canon Bernard Iddings Bell: «Veo que ahora se me ha califica como tory. A usted también, ¿verdad? ¡Qué ignorante charlatán ha de ser FDR! Se nos ha llamado

[42] Ver Murray N. Rothbard, *America's Great Depression* (Princeton, N.J.: D. Van Nostrand Co., 1963), pp. 245-251. [Publicado en España como *La Gran Depresión* (Madrid: Unión Editorial, 2013)]

con muchos nombres despectivos, a usted y a mí, pero este se lleva la palma». El biógrafo de Nock agrega que «Nock pensó que era raro que un declarado radical, anarquista, individualista, defensor de un solo impuesto y apóstol de Spencer fuera calificado como conservador».[43]

De haber sido el intelectual más importante de su tiempo, Mencken pasó rápidamente a ser denostado por sus lectores como reaccionario y *passé*, incapaz de tratar la era de la Depresión. Al jubilarse del *Mercury*, y por consiguiente verse privado de acceso a un foro nacional, Mencken solo pudo ver caer su creación en manos de los liberales del New Deal. Nock, que había sido la estrella de las revistas mensuales, prácticamente desapareció de la vista. Villard sucumbió al atractivo del New Deal y de todas maneras se jubiló como editor de *Nation* en 1933, dejando también la revista en manos firmes de liberales del New Deal. Solo persistieron algunos casos aislados, como John T. Flynn, un periodista económico escandaloso, que escribía en *Harper's* y *New Republic*, criticando las grandes empresas y los orígenes monopolísticos de medidas tan cruciales del New Deal como el RFC y la NRA.

Aislados y atacados, tratados por los nuevos dispensadores como hombres de la derecha, los individualistas no tuvieron más alternativa que la de *convertirse*, en efecto, en derechistas y aliarse con los conservadores, monopolistas, seguidores de Hoover, etc., a quienes previamente habían despreciado.

Fue así como se creó la derecha moderna, la «Vieja Derecha» en nuestra terminología: como una coalición de furia y desesperanza en contra de la enorme aceleración del Gran Gobierno generada por el New Deal. Pero lo curioso es que a medida que los grupos conservadores más grandes y respetables iniciaban los ataques contra del New Deal, la única retórica, las únicas ideas que tenían disponibles eran precisamente los puntos de vista libertarios e individualistas que anteriormente habían desdeñado o ignorado. De ahí el súbito, aunque muy superficial, advenimiento de estos conservadores republicanos y demócratas a las filas libertarias.

Así, estaban Herbert Hoover y los republicanos conservadores, que habían hecho tanto en los 20 y antes para preparar el terreno para el corporativismo del New Deal, pero que ahora se quejaban amargamente por su aplicación completa. El propio Herbert Hoover paso de repente a las filas libertarias con su libro contra el New Deal de 1934, *Challenge to Liberty*, que impulsó al desconcertado y

[43] Robert M. Crunden, *The Mind and Art of Albert Jay Nock* (Chicago: Henry Regnery, 1964), p. 172.

sorprendido Nock a exclamar: «¡Imaginaos un libro sobre este tema, escrito por este hombre!». Un profético Nock escribió:

> Cualquiera que mencione la libertad en los próximos dos años, supuestamente será alguien que esté comprometido con el Partido Republicano, igual que cualquiera que lo haya mencionado desde 1917, supuestamente era el portavoz de destiladores y cerveceros.[44]

Demócratas conservadores como los anteriormente antiprohibicionistas Joutte Shouse, John W. Davies y John J. Raskob, de Dupont, formaron la American Liberty League como una organización contra el New Deal, pero esto fue solo un poco menos desagradable. Aunque Nock escribía en su publicación acerca de su desconfianza por los orígenes poco honrados de la League, ya mostraba su voluntad de considerar una alianza:

> Esto puede abrir ocasionalmente una vía para algo (…) un poco más inteligente y objetivo que el deprimente flujo de propagandistas (…) voy a verlo (…) y si se abre una oportunidad echaré una mano.[45]

De hecho, los individualistas estaban en un brete ante esta súbita asunción de viejos enemigos como aliados. Del lado positivo, significaba una rápida aceleración de la retórica libertaria por parte de numerosos políticos influyentes y, además, no había disponibles otros aliados políticos concebibles. Pero, en el lado negativo, la aceptación de las ideas libertarias de Hoover, la Liberty League, *et al*, era claramente superficial y solo en el ámbito de la retórica general: dadas sus verdaderas preferencias, ninguno de ellos habría aceptado el modelo spenceriano de laissez-faire para Estados Unidos. Esto significaba que el libertarismo, aunque diseminado por todo el país, permanecería en un plano superficial y retórico y, además, mancharía a todos los libertarios, a los ojos de los intelectuales, con la acusación de duplicidad y de súplicas especiales.

Aun así, los individualistas no tenían otro lugar adonde ir más que a una alianza con los conservadores que se oponían al New Deal. Y así, H.L. Mencken, hasta entonces la persona más odiada en la izquierda derechista de la década de 1920, empezó a escribir en la revista conservadora *Liberty* y concentró sus energías en oponerse al New Deal y en hacer propaganda de la candidatura de Landon en la campaña de 1936. Y cuando el joven libertario Paul Palmer asumió el cargo de editor de *American Mercury* en 1936, Mencken y Nock aceptaron encantados escribir como columnistas habituales en oposición al régimen del New Deal, con Nock como virtual coeditor. Recién publicado *Nuestro enemigo, el Estado*, Nock

---

[44] Albert Jay Nock, *Journal of Forgotten Days* (Hinsdale, Ill.: Henry Regnery, 1948), p. 33.

[45] Ibíd.

en su primera columna para el nuevo *Mercury*, señalaba muy astutamente que el New Deal era una continuación de las dos cosas que toda la Izquierda había odiado en el estatismo de la década de 1920: la Ley Seca y la ayuda pública a las empresas. Era como la Ley Seca porque en ambos casos una minoría decidida de hombres «deseaban hacer algo a Estados Unidos para su propio beneficio» y «ambos se apoyaban en la fuerza para conseguir sus fines»; era económicamente como la década de 1920, porque

> Coolidge había hecho todo lo posible para usar al gobierno en apoyo de las empresas y Roosevelt estaba haciendo exactamente lo mismo. (…) En otras palabras, la mayoría de los estadounidenses querían que el gobierno solamente los ayudara solo a ellos: esta era la «tradición estadounidense» de recio individualismo.[46]

Pero el intento fue inútil: a los ojos del grueso de los intelectuales y del público en general, Nock, Mencken y los individualistas eran, simplemente, «conservadores» y «extremadamente derechistas» y así quedaron encasillados. En cierto modo, la etiqueta «conservadora» para Nock y Mencken era y había sido correcta. como para todos los individualistas, en el sentido que los individualistas creen en las diferencias humanas y por tanto en las desigualdades. Es verdad que estas son desigualdades «naturales», que, en sentido jeffersoniano, surgirían de una sociedad libre como «aristocracias naturales» y que esto contrasta enormemente con las desigualdades «artificiales» que los políticos estatistas de casta y privilegios especiales imponen a la sociedad. Pero los individualistas siempre deben estar siempre en contra del igualitarismo. Mencken siempre había sido un franco y feliz «elitista» en este sentido y por lo menos se había opuesto con el mismo vigor a un gobierno democrático igualitario que a todas las demás formas de gobierno. Pero Mencken destacaba que, como en el mercado libre «la aristocracia debe justificar constantemente su existencia. En otras palabras, no debe haber una conversión artificial de su fortaleza presente en derechos perpetuos».[47] Nock llegó gradualmente a este elitismo a lo largo de los años, y alcanzo su pleno florecimiento a finales de la década de 1920. A partir de esta evolución de opinión Nock llegó su brillante y profético, aunque completamente olvidado, *Theory of Education in the United* States, que derivó de sus discursos de 1931 en la Universidad de Virginia.

Defensor de la antigua educación clásica, Nock reprendía a los típicos detractores conservadores de las innovaciones educativas progresivas de John Dewey por no haber entendido nada. Estos conservadores atacaban la educación

---

[46] Crunden, *Mind and Art*, pp. 164-165.

[47] Robert R. LaMonte y H.L. Mencken, *Men versus the Man* (Nueva York: Henry Holt and Co., 1910), p. 73.

moderna por seguir las opiniones de Dewey, pasando de una educación clásica a una proliferación de una educación paleolítica profesional y de lo que ahora se llamarían cursos «relevantes»: educación vial, cestería, etc. Nock señalaba que el problema no estaba en la formación profesional en sí, sino en acelerar el compromiso en Estados Unidos con el concepto de educación *en masa*. La educación clásica se confinaba a una pequeña minoría, una élite, de la población joven. Y solamente una pequeña minoría, según Nock, es verdaderamente «educable» y por tanto apropiada para esta clase de currículo. Promover la idea de que *todos* deben tener una educación superior, por el contrario, lleva a las universidades a una gran masa de jóvenes no educables y las universidades *necesariamente* tienen que recurrir cursos de cestería y educación vial, a una mera formación profesional, en vez de a una genuina educación. Por tanto, Nock creía claramente que las leyes de asistencia obligatoria, así como el nuevo gran mito de que todos deben graduarse en la escuela secundaria y la universidad, estaba destruyendo la vida de la mayoría de los jóvenes, forzándolos a trabajos y ocupaciones para las cuales no eran aptos y que no les gustaban y también destruía entretanto el sistema educativo.

Está claro que, desde una perspectiva igualmente libertaria (a través de un anarquista de «derechas» y no de «izquierdas») Nock estaba anticipando una postura muy similar de Paul Goodman, treinta y cuarenta años después. Aunque disfrazado con una retórica igualitarista, la visión de Goodman condena igualmente el sistema actual, incluyendo leyes de asistencia obligatoria, obligando a una masa de niños a asistir a la escuela, cuando en realidad deberían estar trabajando en empleos beneficiosos y relevantes.

Uno de los puntos más fuertes del desarrollo de la ideología de la derecha era el enfoque en los peligros de una tiranía creciente del poder ejecutivo y especialmente del presidente, a costa del debilitamiento del poder en el resto de la sociedad: en el Congreso y en el poder judicial, en los estados y entre la ciudadanía. Cada vez más poder se concentraba en el presidente y el poder ejecutivo: el Congreso se iba reduciendo a un sello para los decretos ejecutivos, los estados a sirvientes de la generosidad federal. Las instituciones regulatorias sustituían con sus propios decretos arbitrarios, o «leyes administrativas» al proceso imparcial habitual de los tribunales. Una y otra vez, la Liberty League y otros derechistas protestaban por el enorme aumento del poder ejecutivo. Fue este temor el que llevó a la tormenta y a la derrota de la administración en el famoso plan de «manipular» el Tribunal Supremo en 1937, una derrota diseñada por asustados liberales, quienes previamente habían estado de acuerdo con toda la legislación del New Deal.

Gabriel Kolko, en su brillante *Triumph of Conservatism*, ha señalado el grave error en la historiografía liberal y de la Vieja Izquierda del supuesto papel «reaccionario» del Tribunal Supremo a finales del siglo XIX y principios del XX a la

hora de abolir legislación regulatoria. El Tribunal siempre ha sido tratado como un portavoz de los intereses de las grandes empresas, tratando de obstruir medidas progresistas y en realidad, estos jueces eran sinceros creyentes en el laissez-faire que estaban tratando de bloquear medidas estatistas ideadas para los intereses de las grandes empresas. Lo mismo se diría en su momento de los «reaccionarios» Nueve Hombres Viejos que echaron abajo la legislación del New Deal en la década de 1930.

Uno de los ataques más brillantes e influyentes contra el New Deal fue escrito en 1938 por el conocido escritor y editor Garet Garrett. Garrett empezaba su panfleto «The Revolution Was» sobre una percepción asombrosa: los conservadores, escribía, se estaban movilizando para tratar de impedir una revolución estatista que impondría el New Deal, pero esta revolución ya se había producido. Como Garrett escribía estupendamente en sus frases de iniciales:

> Hay quienes todavía creen que están deteniendo el avance de una revolución que podría estar en camino. Pero miran en la dirección equivocada. La revolución está detrás de ellos. Paso en la Noche de la Depresión, cantando himnos a la Libertad.[48]

Garrett acusaba al New Deal de ser una «revolución dentro de las formas» sistemáticas de las leyes y las costumbres estadounidenses. El New Deal no era, como aparentaba superficialmente, una masa contradictoria y caprichosa de errores pragmáticos.

> En una situación revolucionaria errores y fracasos no son lo que aparentan. Son andamios. El error no se rechaza. Está compuesto por una ley superior, por más decretos y regulaciones y por consiguientes extensiones de la mano de la administración. Como decía deLawd en *The Great Pastures*, cuando alguien ha aprobado un milagro, tiene que aprobar otro para que ocuparte de él y lo mismo pasa con el New Deal. Todo milagro aprobado, haya ido bien o mal, obtuvo resultados. El poder ejecutivo sobre la vida social y económica de la nación se ha incrementado. Si dibujamos una curva que represente el aumento del poder ejecutivo, y buscamos los errores, no los encontraremos. La curva es consistente.[49]

El New Deal y sus empresarios usaban palabras de dos sentidos muy diferentes, añadía Garrett, cuando hablaban de preservar el «sistema estadounidense de empresa libre privada». Para los empresarios, estas palabras «defienden un mundo que está en peligro y puede tener que defenderse» y el

---

[48] Garet Garrett, «The Revolution Was», en *The People's Pottage* (Caldwell, Id.: Printers, 1953), p. 15.

[49] Ibíd., pp. 16-17.

New Deal tenía la interpretación correcta, ya que el «poder último de iniciativa» había pasado de los empresarios privados al gobierno. Guiados por una élite revolucionaria de intelectuales, el New Deal centralizaba el poder político y económico en el ejecutivo y Garrett seguía paso a paso este proceso. Como consecuencia, el «poder último de iniciativa» pasó de la empresa privada al gobierno, que «se convirtió en el gran capitalista y empresario. Inconscientemente, las empresas aceptaban esto al hablar de una economía mixta e incluso lo aceptaban como inevitable».[50]

5. El aislacionismo y el New Deal en el extranjero

Durante la Primera Guerra Mundial y la década de 1920, el «aislacionismo»”, es decir, la oposición a la intervención en el extranjero y las guerras estadounidenses se consideraba un fenómeno de izquierda, e incluso a los aislacionistas y revisionistas de laissez-faire se les consideraba «izquierdistas». La oposición al sistema de Versalles en Europa en la posguerra se consideraba liberal o radical y, por el contrario, los «conservadores» defendían la guerra y expansión estadounidenses y el tratado de Versalles. De hecho, Nest Webster, la inglesa que fue decana de historiografía antisemítica del siglo XX, unió la oposición al esfuerzo aliado de la guerra al socialismo y el comunismo como los principales males de ese tiempo. Igualmente, a mediados de la década de 1930, para la señora derechista Elizabeth Dilling el pacifismo era, de por sí, un mal «rojo». No solo consideraba como «rojos» a pacifistas de toda la vida, como Kirby Page, Dorothy Detzer y Norman Thomas, sino que la señora Dilling condenaba igualmente al General Smedley D. Butler, antiguo jefe de los marines y considerado «fascista» por la Izquierda, por atreverse a afirmar que las intervenciones de los marines en Latinoamérica habían sido un «plan de Wall Street». No solo el Comité Nye de mediados de la década de los 30, que investigó a los fabricantes de municiones y la política exterior de EEUU en la Primera Guerra Mundial, sino también antiguos progresistas como los senadores Burton K. Wheeler y especialmente el defensor del laissez-faire William E. Borah fueron condenados como partes esenciales de la omnipresente «Red Roja» comunista.[51]

Y, aun así, en muy pocos años, la ubicación del aislacionismo en el espectro ideológico iba a sufrir un cambio súbito y drástico. A finales de la década de 1930,

---

[50] Ibíd., p. 72.

[51] Elizabeth Dilling, *The Roosevelt Red Record and Its Background* (Chicago: Elizabeth Dilling, 1936).

la administración Roosevelt viró rápidamente hacia la guerra en Europa y el Lejano Oriente. Al hacer esto, y especialmente después que estallara la guerra en septiembre de 1939, el gran grueso de los liberales y la izquierda dieron un giro drástico a favor de la guerra y la intervención en el exterior. Desapareció sin dejar rastro la idea de la Vieja Izquierda de los daños del Tratado de Versalles, el desmembramiento aliado de Alemania y la necesidad de la revisión del tratado. Desapareció la antigua oposición al militarismo estadounidense y al imperialismo estadounidense y británico. No solo eso: sino que, para liberales e Izquierdistas, la inminente guerra contra Alemania e incluso Japón se convirtió en una gran cruzada moral, una «guerra del pueblo por la democracia» y en contra del «fascismo», rivalizando en lo absurdo de su retórica con la misma apología wilsoniana de la Primera Guerra Mundial que estos mismos liberales habían repudiado durante dos décadas. El presidente que estaba arrastrando a la nación que se negaba a ello era ahora elogiado y casi divinizado por la Izquierda, como lo fueron retrospectivamente todos los presidentes fuertes (es decir, dictatoriales) a lo largo de la historia estadounidense. Para los liberales y la izquierda el Panteón de Estados Unidos se convertía entonces en una letanía casi infinita: Jackson-Lincoln- Wilson-FDR.

Todavía peor fue la actitud de estos nuevos intervencionistas hacia aquellos anteriores amigos y aliados que continuaban persistiendo en sus antiguas creencias: estos últimos eran ahora castigados e insultados continuamente, con amargura extrema y venenosa, llamándolos «reaccionarios», «fascistas», «antisemitas», y «seguidores de la línea de Goebbels».[52] Uniéndose con gran entusiasmo a esta sucia campaña estaba el Partido Comunista y sus aliados de la campaña de «seguridad colectiva» de la Unión Soviética a finales de la década de 1930 y de nuevo tras el ataque nazi a Rusia el 22 de junio de 1941. Antes y durante la guerra los comunistas estaban encantados de interpretar su papel recién hallado como superpatriotas estadounidenses, proclamando que «el comunismo es el americanismo del siglo XX», y que cualquier campaña por la justicia social en Estados Unidos tendría que quedar atrás frente al sagrado objetivo de la victoria en la guerra. La única excepción para los comunistas en este papel fue su «periodo aislacionista», que, de nuevo en subordinación a las necesidades de la Unión Soviética, duró desde el pacto de Stalin-Hitler de agosto de 1939 al ataque a Rusia dos años más tarde.

La presión sobre liberales y progresistas que continuaban oponiéndose a la guerra inminente fue increíblemente amarga e intensa. Se produjeron muchas

---

[52] Para ver el terrible historial del cambio liberal de opinión, ver James J. Martin, *American Liberalism and World Politics,* 2 vols. (Nueva York: Devin-Adair, 1964)

tragedias personales. Charles A. Beard, distinguido historiador y el más eminente de los revisionistas, fue castigado despiadadamente por los liberales, muchos de ellos antiguos alumnos y discípulos suyos. El Dr. Harry Elmer Barnes, el decano liberal de los revisionistas de la Primera Guerra Mundial (y luego de la Segunda Guerra Mundial), cuyo artículo en el *World Telegram* de Nueva York, «The Liberal Viewpoint» fue destacado por Walter Lippmann, fue expulsado sin ceremonias de su columna en mayo de 1940 por la presión de los anunciantes a favor de la guerra.[53]

Un ejemplo de trato dispensado a los que se aferraron a sus principios fue la purga de las filas del periodismo progresista de John T. Flynn y Oswald Garrison Villard. En su columna periódica de *Nation*, Villard había continuado oponiéndose al «abominable militarismo» de Roosevelt y su propensión a la guerra. Para su desgracia, Villard fue expulsado de la revista en la que trabajó tanto tiempo como editor importante. En su artículo «Valedictory» del número del 22 de junio de 1940, Villard declaraba que «mi jubilación se vio precipitada por el abandono de la oposición previa de los editores de *Nation* a todos los preparativos bélicos, lo que, en mi opinión, ha sido la mayor gloria de su gran y honorable pasado». En una carta a su editora, Freda Kirchwey, Villard se preguntaba cómo era que

> Freda Kirchwey, pacifista en la última guerra, capaz de ver a través de farsas e hipocresías y militante de los derechos de las minorías y los oprimidos estrecha ahora la mano a todas las fuerzas de la reacción contra las que *Nation* ha batallado con tanta energía.

La respuesta editorial de Kirchwey fue la típica: escritos como los de Villard eran temibles y «un peligro más actual que el fascismo», pues la política de Villard era «exactamente la política para Estados Unidos que apoya la propaganda nazi en este país».[54]

A su vez, John T. Flynn se vio privado de su columna «Other People's Money» en noviembre de 1940: la columna había aparecido continuamente en *New Republic* desde mayo de 1933. Tampoco los editores ahora favorables a la guerra pudieron tolerar los continuos ataques de Flynn a las preparaciones bélicas y al auge artificial inducido por el gasto en armamento.

Tampoco les fue mucho mejor a los líderes libertarios veteranos. Cuando el libertario y aislacionista Paul Palmer perdió su puesto de editor en *American*

---

[53] Clyde R. Miller, «Harry Elmer Barnes' Experience in Journalism», en *Harry Elmer Barnes: Learned Crusader*, A. Goddard, ed. (Colorado Springs, Colo.: Ralph Myles, 1968), pp. 702-704.

[54] Martin, *American Liberalism and World Politics*, pp. 1155-1156; Michael Wreszin, *Oswald Garrison Villard* (Bloomington: Indiana University Press, 1965), pp. 259-263.

Mercury en 1939, H.L. Mencken y Albert Jay Nock perdieron su oportunidad mensual de arremeter contra el New Deal. Al desaparecer su expositor nacional, Mencken se retiró de la política para dedicarse a su autobiografía y a su estudio del idioma estadounidense. Aparte de unos pocos ensayos en *Atlantic Monthly*, Nock solo pudo encontrar una vía de expresión en el aislacionista *Scribner's Commentator*, que cerró sus puertas después de Pearl Harbor y dejó a Nock sin ninguna posibilidad de ser escuchado. Entretanto, los discípulos personales de Nock, que constituían la rama libertaria del movimiento de Henry George, recibieron un duro golpe cuando su principal discípulo, Frank Chodorov, fue despedido como director de la Escuela Henry George de Nueva York por mantener su oposición a la entrada en guerra de Estados Unidos.

Pero Nock consiguió dar algunos golpes antes del cambio de guardia en el *Mercury*. Nock había advertido que la inminente guerra en Europa era la vieja historia de imperialismos en competencia, con los progresistas, una vez más, disponibles para proporcionar cobertura ideológica con lemas wilsonianos como «hacer al mundo seguro para la democracia». Nock comenta con sorna que «hacer al mundo seguro para las inversiones, privilegios y mercados de EEUU» expresaba mucho mejor el propósito real de la inminente intervención. Así que «después del lamentable ejemplo que dieron los progresistas estadounidenses hace veinte años» estaban de nuevo listos para «salvarnos de los horrores de la guerra y el militarismo llevándonos a la guerra y el militarismo». Denunciando la historia que se estaba desarrollando acerca del enemigo exterior, Nock precisaba el verdadero peligro para la libertad en el interior:

> Ninguna política de un estado extranjero puede perturbarnos, salvo que el gobierno se interponga. No corremos ningún peligro debido a ningún gobierno, salvo al nuestro y el peligro es muy grande, así que, por tanto, es nuestro gobierno al que hay que vigilar y atar en corto.[55]

Los opositores a la guerra no solo fueron silenciados en las revistas y organizaciones progresistas, sino también en muchos de los medios de comunicación de masas. Mientras la administración Roosevelt se dirigía inexorablemente hacia la guerra, buena parte del aparato estatal al que había repelido la retórica izquierdista del New Deal hizo rápidamente las paces con el gobierno y se trasladó de inmediato a los puestos de poder. Según una frase famosa de Roosevelt, el «Dr. New Deal» había sido remplazado por el «Dr. Gana la Guerra» y, al irse desgranando los pedidos de armamento, los elementos conservadores de las grandes empresas dieron un giro de ciento ochenta grados: en particular, los aparatos de Wall Street y el Este, los banqueros e industriales,

---

[55] Albert Jay Nock, «The Amazing Liberal Mind», *American Mercury* 44, nº 176 (Agosto de 1938): pp. 467-472.

los intereses de los Morgan, la entente de la Ivy League, todos retornaron alegremente a los buenos viejos tiempos de la Primera Guerra Mundial y la batalla del Imperio Británico contra Alemania. La nueva reconciliación se ejemplificó en la vuelta a un alto cargo público del eminente abogado de Wall Street, Dean Acheson, ahora en el Departamento de Estado, que había abandonado su puesto de subsecretario del Tesoro a principios de la década de 1930, irritado por los absurdos planes monetarios y fiscales de Roosevelt. Aún más significativo fue el nombramiento por FDR como secretario de Guerra de un hombre que prácticamente encarnaba la comunidad de los ricos del Este y era el mentor de Acheson, Henry Lewis Stimson: un abogado republicano conservador, belicista e imperialista de Wall Street, cercano a los intereses de los Morgan, que había sido un devoto seguidor de Teddy Roosevelt, Secretario de Guerra con Taft y Secretario de Estado con Hoover. El fruto de la nueva política fue el famoso «blitz de Willkie» en la convención nacional republicana, en la que la nominación republicana de 1940 fue prácticamente robada a los favoritos antibelicistas a la presidencia: el senador Robert A. Taft y Thomas E. Dewey. Una tremenda campaña de presión de Wall Street, usando todos los dispositivos de los medios controlados en el Este y el chantaje a delegados por parte de los banqueros de Wall Street otorgaron la nominación al desconocido, pero fiable gran empresario prointervencionista, Wendell Willkie.

Si las grandes empresas conservadoras del Este respaldaban con vigor el bando de Roosevelt en el programa acordado de entrada en guerra, ¿por qué tuvieron éxito las fuerzas intervencionistas en colocar la etiqueta de «extrema derecha» sobre la postura antiintervencionista o «aislacionista»? Por dos razones. Primera, porque la Vieja Izquierda y los órganos oficiales del progresismo habían sido ocupados por las fuerzas favorables a la guerra, que habían purgado con éxito los medios progresistas de todos los que continuaban aferrándose a los principios originales del liberalismo y el izquierdismo pacifista. Los liberales favorables a la guerra fueron así capaces deservir como apologistas de la administración Roosevelt y el establishment del Este, encabezando a estos, vilipendiando a los aislacionistas como «reaccionarios», «neandertales» y herramientas de los nazis. Y, segundo, no todas las empresas se habían alineado a favor de la guerra. Mucho del capital del Medio Oeste, no ligado a inversiones en Europa ni Asia, fue capaz de reflejar los sentimientos aislacionistas de la gente de su región. Las empresas del Medio Oeste y de pueblos pequeños fueron por tanto los baluartes del sentimiento aislacionista y los años previos a la guerra fueron testigos de una dura lucha entre los poderosos intereses del Este y Wall Street, ligados a inversiones en el exterior y mercados extranjeros, y el capital del Medio Oeste, que tenía pocas relaciones de ese tipo. Por ejemplo, no fue casualidad que el America First Committee, la principal organización contra la guerra, fuera fundado por R. Douglas Stuart, entonces estudiante en Yale, pero heredero de la fortuna de Quaker Oats de Chicago, o que los principales apoyos

de la organización fueran el general Robert E. Wood, jefe de Sears Roebuck de Chicago, y el coronel Robert R. McCormick, director del *Chicago Tribune*. O que el líder aislacionista en el Senado, Robert A. Taft, proviniera de la familia más importante de Cincinnati. Pero los propagandistas del Este fueron astutamente capaces de usar esta división para divulgar una imagen de su oposición como personas estrechas de miras y mentalidad, provincianas y reaccionarias del Medio Oeste, sin el conocimiento que tenían ellos de los grandes asuntos cosmopolitas de Europa y Asia.

Con Taft (que había sido acusado de ser un «progresista» peligroso por Mrs. Dilling solo unos pocos años antes) hubo un especial ensañamiento, al ser rechazado por la alianza de la izquierda liberal del aparato estatal calificándolo de ultraconservador. La ocasión para el análisis crítico del senador Taft surgió de un ensayo publicado poco antes de Pearl Harbor por un joven Arthur Schlesinger, Jr. (*Nation*, 6 de diciembre de 1941). Siempre dispuesto a calificar como «negocios» a toda oposición al progresismo, Schlesinger atacaba al Partido Republicano como reflejo de una comunidad de negocios que arrastraba los pies ante la entrada en guerra. El senador Taft, en una respuesta que apareció en la semana posterior a Pearl Harbor (*Nation*, 13 de diciembre de 1941) corregía aguda y amablemente la opinión de Schlesinger sobra la verdadera ubicación del «conservadurismo» dentro del Partido Republicano:

> También se equivoca Mr. Schlesinger al atribuir la postura de la mayoría de los republicanos a su conservadurismo. Los miembros más conservadores del partido (los banqueros de Wall Street, el grupo de la sociedad, nueve décimas partes de los periódicos plutócratas y la mayoría de los contribuyentes financieros del partido) son los que están a favor de la intervención en Europa. La declaración de Mr. Schlesinger de que la comunidad empresarial en general ha tendido a favorecer el apaciguamiento de Hitler es sencillamente mentira. (…)
>
> Yo diría sin dudar que son los hombres y mujeres medios (granjeros, trabajadores, salvo unos pocos líderes sindicales probritánicos, y pequeños empresarios) los que se oponen a la guerra. El partido de la guerra está compuesto por las comunidades empresariales de las ciudades, los escritores de periódicos y revistas, los comentaristas de radio y televisión, los comunistas y la intelectualidad de la universidad.[56]

En resumen, en muchos sentidos, la lucha fue populista, entre la masa del pueblo opuesta a la guerra y los grupos de élite que controlaban los mecanismos del poder y la manipulación de la opinión pública.

---

[56] Citado en Martin, *American Liberalism and World Politics*, p. 1278.

Así que la deriva del New Deal hacia la guerra reordenó otra vez el espectro ideológico y el significado de izquierda y derecha en la política estadounidense. Los opositores a la guerra de izquierda y liberales fueron expulsados de los medios y publicaciones de opinión por sus anteriores aliados y condenados por ser reaccionarios y neandertales. Estos hombres, así como los antiguos progresistas jaleados por la izquierda pocos años antes (como los senadores Nye, LaFollette y Wheeler) se vieron obligados a formar una alianza con los republicanos de laissez-faire del Medio Oeste. Condenados en todas partes como «ultraconservadores» y «extremistas de derecha», muchos de estos aliados se encontraron también moviéndose ideológicamente «hacia la derecha», moviéndose hacia el liberalismo del laissez-faire de la única base de masas que las quedaba disponible. En muchos sentidos, su movimiento hacia la derecha fue una profecía autocumplida de la izquierda. Así que, bajo los martillazos del aparato liberal de izquierdas, los antiguos aislacionistas progresistas también se hicieron más partidarios del laissez-faire. Fue así como se completó la forja de la «Vieja Derecha». Y el feo papel del Partido Comunista como vanguardia de la campaña de desprestigio comprensiblemente convirtió a muchos de estos progresistas, no solo en liberales clásicos, sino hasta en anticomunistas completos y casi fanáticos. Esto fue lo que pasó con John T. Flynn y con John Dos Passos, lo que pasó hasta cierto punto con Charles A. Beard y lo que pasó con antiguos simpatizantes de la Unión Soviética como John Chamberlain, Freda Utley y William Henry Chamberlin. En buena medida, fue su incómoda postura de «tercer bando» o aislacionista sobre la guerra lo que empezó a llevar a importantes trotskistas como Max Schachtman y James Burnham a la vía de la posterior campaña anticomunista y lo que llevó al trotskista y pacifista Dwight MacDonald a su furibunda oposición a la campaña de Henry Wallace de 1948.

La ponzoña dirigida contra los opositores a la guerra por la coalición belicista de la comunidad liberal de izquierdas fue casi inconcebible. Publicistas responsables acusaron constante y sistemáticamente a los aislacionistas de ser «fascistas» y miembros de una «correa nazi de transmisión». Walter Winchell, al inicio de su larguísima carrera como calumniador de todo disidente contra las campañas estadounidenses (fue luego un ferviente seguidor de Joe McCarthy y siempre, al principio y al final, un decidido defensor del FBI), fue el primero en denunciar a los opositores a la guerra. Mientras el líder comunista William Z. Foster denunciaba a los líderes aislacionistas, el general Wood y el coronel Charles A. Lindbergh como «fascistas conscientes», la publicista intervencionista Dorothy Thompson acusaba al America First Committee de ser «fascistas de Vichy» y el Secretario de Interior, Harold C. Ickes, el matón de la administración Roosevelt, denunciaba a Wood y Lindbergh como «compañeros de viaje de los nazis» y etiquetaba de la misma manera a su antiguo amigo Oswald Garrison Villard. Y *Time* y *Life*, cuyo director, Henry Luce, era un ferviente defensor no solo de nuestra entrada en guerra, sino también del «siglo estadounidense», que

preveía que aparecería después de la guerra, llegaron a caer tan bajo como para afirmar que los saludos a la bandera estadounidense de Lindbergh y el senador Wheeler eran similares al saludo fascista. Una organización que se convirtió en denigradora casi profesional de los aislacionistas fue la liberal de izquierda Friends of Democracy, del reverendo Leon M. Birkhead, que denunciaba al America First Committee como un «¡Frente nazi! ¡Es una correa de transmisión por medio de la cual los apóstoles del nazismo están divulgando sus ideas antidemocráticas en millones de hogares estadounidenses!»[57]

La opresión de los aislacionistas no se limitó a su denigración o pérdida de empleo. En numerosas ciudades, como Miami, Atlanta, Oklahoma City, Portland (Oregon), Pittsburgh y Philadelphia, el America First Committee encontró difícil o imposible conseguir lugares para mítines públicos. Otra táctica que se usó sistemáticamente antes, durante y después de la guerra fue el espionaje privado contra la Vieja Derecha por parte de grupos intervencionistas. Estos agentes empleaban engaño, abuso de confianza, robo de documentos y posterior publicación de datos sensacionalistas. A veces esos agentes actuaban como provocadores. El uso más conocido de agentes secretos privados fue el de Friends of Democracy, que infiltraron a Avedis Derounian en grupos aislacionistas bajo el nombre de «John Roy Carlson». Carlson publicó la historia de sus aventuras en el superventas *Under Cover* por Dutton en 1943. El libro de Carlson agrupaba a aislacionistas, antisemitas y verdaderos pronazis en un potaje de culpables por asociación, como si constituyeran el «inframundo nazi de Estados Unidos». *Under Cover* estaba dedicado a los «hombres y mujeres oficiales encubiertos, quienes, anónimos e ignorados, luchan contra el enemigo común de la democracia en el frente militar en el exterior y en el psicológico en el interior» y el libro comenzaba con una cita de Walt Whitman:

¡Ruge! ¡Avanza Democracia!
¡Golpea con golpes vengativos!

Carlson y sus cohortes tenían sin duda ansia por seguir las órdenes de Whitman.

La campaña de desprecio fue tan virulenta que, al acabar la guerra, John T. Flynn quiso escribir un texto angustiado de protesta titulado *The Smear Terror*. Fue normal para su tiempo que, mientras que el fárrago de Carlson era un superventas y recibía una aprobación seria y favorable en las páginas del *New York Times*, la respuesta de Flynn solo pudo aparecer como un panfleto impreso

---

[57] Ver Wayne S. Cole, *America First* (Madison: University of Wisconsin Press, 1953), pp. 107-110.

privadamente, desconocido salvo para lo que ahora se llamaría el «submundo» de los lectores fieles de derechas.

Una de las acusaciones más comunes contra los aislacionistas era la de antisemitismo. Aunque las filas de la Vieja Derecha incluían algunos verdaderos antisemitas, los propagandistas a favor de la guerra tenían pocos escrúpulos o intereses como para hacer distinciones sutiles: simplemente agrupaban a todos los aislacionistas como antisemitas, a pesar del hecho de que el America First Committee, por ejemplo, incluía a muchos judíos entre su personal y oficina de investigación. La situación se complicaba por el hecho de que la mayoría de los judíos estadounidenses estaban indudablemente a favor de la entrada en guerra de Estados Unidos y prácticamente divinizaban a Franklin Roosevelt por entrar en la guerra, como ellos pensaban, para «salvar a los judíos».[58]

Judíos y organizaciones judías influyentes ayudaron a hacer campaña a favor de la guerra y también a presionar a los opositores a la guerra. Por supuesto, este mismo hecho sirvió para amargar a muchos aislacionistas contra los judíos y crear de nuevo una especie de profecía autocumplida: este resentimiento se intensificó por el tratamiento histérico hacia cualquier aislacionista que se atreviera a mencionar estas actividades de los judíos. A principios de 1942, el *Saturday Evening Post* imprimía un artículo crítico con los judíos del cuáquero liberal pacifista Milton Mayer, una acción usada por el aparato para despedir al editor conservador y aislacionista Wesley N. Stout y todo su equipo editorial (que incluía a Garet Garrett) y remplazarlo por intervencionistas conservadores.

El caso más famoso de crítica sobre falsas acusaciones de antisemitismo derivó del celebrado discurso de Charles A. Lindbergh en Des Moines el 11 de septiembre de 1941. El más popular y carismático de todos los opositores a la guerra y no un hombre esencialmente apolítico, Lindbergh fue sometido a un acoso especial por parte de las fuerzas intervencionistas. Hijo de un congresista progresista de Minnesota que se había opuesto firmemente a la entrada en la Primera Guerra Mundial, Lindbergh enfurecía especialmente a las fuerzas belicistas, no solo por su carisma y popularidad, sino también debido a su evidente sinceridad y su postura completamente en contra de cualquier ayuda a Gran Bretaña y Francia. Mientras la mayoría de los aislacionistas contemporizaban, aprobando cierta ayuda a Gran Bretaña y preocupándose por un posible ataque alemán a EEUU, Lindbergh defendía clara y coherentemente una neutralidad absoluta y esperaba una paz negociada en Europa. El asunto era todavía más peliagudo porque Lindbergh era en cierto modo un «traidor a su

---

[58] De hecho, la vocación de Roosevelt de salvar a los judíos era mínima, como se puede ver en libros «revisionistas» tan recientes sobre el tema como Arthur D. Morse, *While Six Million Died* (Nueva York: Random House, 1968).

clase», ya que su esposa, Anne Morrow, también ilustre opositora a la guerra, era hija de un importante socio de Morgan y prácticamente el único miembro de su familia y círculo que no estaba entusiasmado con la guerra.

Después de muchos meses de ataques constantes (por ejemplo, el autor teatral ultraintervencionista Robert E. Sherwood llamó directamente a Lindbergh un «nazi» en las augustas páginas del *New York Times*), Lindbergh mencionó con calma las fuerzas concretas que estaban dirigiendo a Estados Unidos hacia la guerra. Es evidente en sus memorias que el pobre, ingenuo y honrado Charles Lindbergh no tenía ni idea de la histeria que iba a desatar cuando señaló que:

> Los tres grupos más importantes que han estado presionando a este país hacia la guerra son los británicos, los judíos y la administración Roosevelt. Detrás de estos grupos, pero de menor importancia, hay varios capitalistas, anglófilos e intelectuales que creen que su futuro y el futuro de la humanidad dependen de la dominación del Imperio Británico.

No ayudó a Lindbergh que añadiera:

> No es difícil entender por qué el pueblo judío desea el derrocamiento del régimen nazi. La persecución que sufren en Alemania bastaría para hacerles firmes enemigos de cualquier raza. Ninguna persona con un sentido de la dignidad de la humanidad podría perdonar la persecución de la raza judía sufrida en Alemania.

Entonces el ataque a Lindbergh se convirtió en un verdadero torrente, con el secretario de prensa de la Casa Blanca comparando el discurso con la propaganda nazi, mientras que *New Republic* reclamaba que la Asociación Nacional de Emisoras censurara todos los futuros discursos de Lindbergh. El asustado general Robert E. Wood, líder de America First, disolvió la organización casi de inmediato.[59]

---

[59] La reacción confundida de Lindbergh a las críticas a su discurso por aislacionistas con más experiencia política fue la típica. Así:

> John Flynn (…) dice que no cuestiona la verdad de lo que dije en Des Moines, pero cree inconveniente mencionar el problema judío. Me es difícil entender la actitud de Flynn. Cree tan firmemente como yo que los judíos son una de las mayores influencias que están empujando al país hacia la guerra. (…) Está perfectamente dispuesto a hablar acerca de ello en un grupo pequeño de personas en privado. Pero aparentemente preferiría vernos entrar en guerra a mencionar en público lo que están haciendo los judíos, sin que importe lo tolerante o moderadamente que se haga.

También habla de su conversación con Hoover:

La calumnia, la deshonra social, el espionaje privado: estas no fueron todas las adversidades a las que se enfrentó la "Vieja Derecha" aislacionista. Tan pronto como empezó la guerra, la administración Roosevelt recurrió a su brazo civil para aplastar cualquier resto de disidencia aislacionista. Además del acoso habitual del FBI, aislacionistas como Laura Ingalls, George Sylvester Viereck y Ralph Townsend fueron acusados y condenados por ser agentes alemanes y japoneses respectivamente. William Dudley Pelley, junto con otros 27 aislacionistas, fue juzgado y condenado en Indianápolis por «sedición» bajo la Ley de Espionaje de 1917. La tristemente famosa Ley Smith de 1940 se usó, primero para condenar a 18 trotskistas de Minneapolis por conspiración para promover el derrocamiento del gobierno (con gran regocijo del Partido Comunista) y luego para actuar, en el juicio masivo por sedición de 1944 de un grupo heterogéneo de 26 panfletistas aislacionistas de derechas bajo la acusación de contribuir a causar insubordinación en las fuerzas armadas. La acusación de aquellos que fueron descritos universalmente en la prensa como los «sedicionistas acusados» fue apoyada con gran entusiasmo por el Partido Comunista y sus aliados, la Vieja Izquierda en general y gacetilleros del aparato como Walter Winchell. Para disgusto de la izquierda y el centro, el juicio fracasó gracias a la inspirada defensa legal, especialmente la liderada por el brillante abogado Lawrence Dennis, un importante intelectual aislacionista al que se le llamaba generalmente, y con poco fundamento, el «mayor fascista estadounidense». La muerte del presidente del tribunal, Eicher (algo que aprovechó la izquierda para lanzar la acusación de que había sido «asesinado» por la persistencia de la defensa) ofreció al gobierno la oportunidad de renunciar al caso, a pesar de la insistencia de la izquierda en que se reanudara la acusación.[60]

> Hoover me dijo que pensaba que mi discurso de Des Moines era un error. (…) Le dije que creía que mis declaraciones habían sido al tiempo moderadas y ciertas. Replicó que cuando has estado en política el suficiente tiempo, aprendes a no decir cosas solo porque sean verdad. (Pero, después de todo, yo no soy un político… y esa es una de las razones por las que no quiero serlo). (Charles A. Lindbergh, *The Wartime Journals of Charles A. Lindbergh* [Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1970], pp. 541 y 546-547).

[60] Un relato excelente y detallado del juicio de la sedición en masa puede encontrarse en el libro completamente olvidado: Maximilian St. George y Lawrence Dennis, *A Trial on Trial* (National Civil Rights Committee, 1946). St. George y Dennis fueron lo suficientemente astutos como para ver la paradoja del hecho de que habían apoyado abiertamente la Ley Smith de 1940 bajo la que iban a ser encausados. «La moraleja», añadían St. George y el «fascista» Dennis,

> es uno de los temas importantes de este libro: las leyes que se dirigen contra un grupo pueden ser usadas por este para atacar a los autores y defensores de la ley. Es

En general, la Vieja Derecha era comprensiblemente pesimista al contemplar la inevitable proximidad de la guerra. Preveía que la Segunda Guerra Mundial transformaría a estados Unidos en un Estado Leviatán, en un colectivismo totalitario interno, unido a un eterno imperialismo global en el exterior, buscando lo que Charles A. Beard llamaba una política de «una guerra perpetua para una paz perpetua». Nadie en la Vieja Derecha vio estos nuevos Estados Unidos con tanta perspicacia como John T. Flynn, en su brillante obra *As We Go Marching*, escrita en medio de la guerra que había hecho tanto por impedir. Después de analizar la política y la economía del fascismo y el nacionalsocialismo, Flynn analizaba con dureza el New Deal, que culminaba con la sociedad de tiempo de guerra, como una versión estadounidense del fascismo: el «fascismo bueno», que comparaba con ironía con el «fascismo malo» que pretendíamos erradicar con la guerra. Flynn observaba que el New Deal había establecido por fin el estado corporativo que habían estado buscando las grandes empresas desde el final del siglo XIX. Los planificadores del New Deal, declaraba Flynn:

> pensaban en un cambio en nuestra forma de sociedad, en el que el gobierno se insertaría en la estructura de negocios, no solo como policía, sino también como socio, colaborador y banquero. Pero la idea general era primero reordenar la sociedad haciendo de ella una economía planificada y coactiva en lugar de una libre, en la que las empresas se agruparían en grandes gremios o en una inmensa estructura corporativa, combinando los elementos del autogobierno y la supervisión pública con un sistema nacional de policía económica para aplicar estos decretos. (…) Después de todo, esto no se alejaba mucho de aquello de lo que habían estado hablando las empresas. (…) Estaban dispuestas a aceptar la supervisión del gobierno. (…) Las empresas decían que un autogobierno apropiado en los negocios eliminaría la mayoría de las causas que infectaron el organismo con los gérmenes de las crisis.[61]

El primer gran intento del New Deal de crear una sociedad así se encarnó en la NRA y la AAA, modeladas al estilo del estado corporativo fascista y descritas

---

otro buen argumento a favor de las libertades civiles y la libertad de expresión. (Ibíd., p. 83)

Un paralelismo particularmente sorprendente entre este juicio masivo de sedición y el juicio por conspiración de Chicago una generación después fue que el juez Eicher, notablemente hostil a la defensa, hizo que Henry H. Klein, abogado de uno de los acusados que se había retirado del caso, fue detenido por el tribunal y encarcelado por retirarse del caso sin el permiso del juez. Ibíd., p. 404.

[61] John T. Flynn, *As We Go Marching* (Garden City, N.Y.: Doubleday, Doran and Co., 1944), pp. 193-194.

por Flynn como «dos de las máquinas más poderosas de reglamentación detallada y completa nunca inventadas en ninguna sociedad organizada». Estas máquinas fueron alabadas por quienes supuestamente estaban en contra de la reglamentación: «Altos cargos de sindicatos y cámaras de comercio, corredores de bolsa y banqueros, comerciantes y sus clientes se unieron en grandes desfiles en todas las ciudades del país en una aprobación eufórica del programa».[62] Tras el fracaso de la NRA, la llegada de la Segunda Guerra Mundial reestableció este programa colectivista, «una economía basada en grandes torrentes de deuda y una economía bajo un control completo, con casi todas las agencias de planificación funcionando con un poder casi totalitario bajo una enorme burocracia».[63] Después de la guerra, profetizaba Flynn, el New Deal intentaría expandir este sistema a los asuntos exteriores.

Previendo que el gobierno federal mantendría enormes gastos y controles después de acabada la guerra, Flynn predecía que la mayor parte de este gasto sería militar, porque esta es la forma de gasto a la que nunca se opondrán los conservadores y que los trabajadores siempre alabarán por su creación de empleos. «Así que el militarismo es el gran y atractivo proyecto de obras públicas sobre el que se puede poner de acuerdo a una gran variedad de elementos en la comunidad».[64] Por tanto, como parte de este estado de acuartelamiento perpetuo, el servicio militar tenía que continuar de forma permanente. Flynn declaraba:

> Todo tipo de gente está a su favor. Numerosos senadores y representantes (a derecha e izquierda) han expresado su intención de establecer una formación militar universal cuando acabe la guerra.
>
> La gran y atractiva industria está aquí: la industria del militarismo. Y, cuando acabe la guerra, se va a preguntar al país si realmente desea desmovilizar una industria que puede emplear a tantos hombres, crear tanta renta nacional cuando la nación se enfrente a la probabilidad de un enorme desempleo en la industria. A todos los conocidos argumentos, usados durante tanto tiempo y con tanto éxito en Europa (…) se les quitará el polvo: Estados Unidos, con sus propósitos altruistas de regeneración mundial debe tener el poder para respaldar sus magníficos ideales, Estados Unidos no puede permitirse suavizarse y el Ejército y la Armada deben permanecer a una escala enorme para reforzar el vigor moral y físico de nuestra juventud, Estados

---

[62] Ibíd., p. 198.

[63] Ibíd., p. 201.

[64] Ibíd., p. 207.

Unidos no tolerará vivir en un mundo de matones y agresores sin mantener agrupado todo su poder (…) y por encima, debajo y alrededor de estos sentimiento estará el siniestro atractivo de la perpetuación de la gran industria para que nunca pueda conocer una depresión, porque solo tendrá un cliente: el gobierno estadounidense cuyos bolsillos no tienen fondo.[65]

Flynn predijo acertadamente que el imperialismo seguiría al despertar del militarismo:

> Embarcados (…) en una carrera de militarismo, como todos los demás países, cuando termine la guerra tendremos que encontrar los medios para obtener el consentimiento del pueblo para las cargas que conllevan las bondades que confiere a sus grupos y regiones favorecidos. Siempre habrá activa una poderosa resistencia y tendrán que encontrarse los medios eficaces para combatir dicha resistencia. Inevitablemente, al haberse rendido al militarismo como dispositivo económico, haremos lo que han hecho otros países: mantendremos vivos los miedos de nuestro pueblo a las ambiciones agresivas de otros países y nos embarcaremos en empresas imperialistas propias.[66]

Flynn señalaba que el intervencionismo y el imperialismo ahora se llamaban «internacionalismo», así que a cualquiera que se opusiera al imperialismo «se le califica desdeñosamente como aislacionista». Flynn continuaba:

> El imperialismo es una institución bajo la cual una nación afirma el derecho a apropiarse del territorio o al menos a controlar el gobierno o los recursos de otros pueblos. Es una afirmación de una agresión pura y dura. Por supuesto, es internacional en el sentido de que la nación agresora cruza sus fronteras y entra en el territorio de otra nación. (…) Es internacional en el sentido de que la guerra es internacional. (…) Esto es internacionalismo en un sentido, en el de que todas las actividades de un agresor se producen en el escenario internacional. Pero es un internacionalismo maligno.[67]

Flynn señalaba después que países como Gran Bretaña, dedicados en el pasado a una «extensa agresión imperialista», trataban ahora de usar las esperanzas de una paz mundial para mantener su estatus quo.

> Este estatus quo es el resultado de la agresión, es una continua reafirmación de agresión, una reafirmación de un internacionalismo maligno. Ahora apelan a este otro tipo benevolente de internacionalismo para

---

[65] Ibíd., p. 212.

[66] Ibíd., p. 212-213.

[67] Ibíd., p. 213.

establecer un orden mundial en el que, todos coaligados, conservarán un mundo que se han dividido entre ellos. (…) Los agresores se han apropiado del internacionalismo benevolente como la máscara detrás de la cual se perpetuará y protegerá el intervencionismo maligno. (…) No veo cómo cualquier persona sensata que vea cómo van las cosas en Estados Unidos pueda dudar que nos movemos en dirección tanto al imperialismo como al internacionalismo.[68]

El imperialismo, según Flynn, aseguraría la existencia de «enemigos» perpetuos:

Nos las hemos arreglado para tener bases por todo el mundo. (…) No hay ninguna parte del mundo en la que puedan surgir problemas y no tengamos bases de algún tipo en las que, si queremos fingir, no podamos afirmar que nuestros intereses están amenazados. Estas amenazas deben persistir cuando acabe la guerra como argumento continuo en manos de los imperialistas para una enorme flota y un enorme ejército, listos para atacar en cualquier lugar o para resistir un ataque de todos los enemigos que nos vemos obligados a tener. Porque siempre el argumento más poderoso para un ejército enorme mantenido por razones económicas es que tenemos enemigos. Debemos tener enemigos.[69]

Una economía planificada, militarismo, imperialismo… para Flynn la suma de todo esto era algo muy cercano al fascismo. Advertía:

La prueba del fascismo no es la rabia contra los señores de la guerra italiano y alemán. La prueba es… cuántos de los principios esenciales del fascismo aceptas. (…) Cuando puedes señalar con el dedo a los hombres y grupos que piden que Estados Unidos sea un estado que se apoye en la deuda, un estado corporativo autárquico, un estado inclinado hacia la socialización de las inversión y el gobierno burocrático de la industria y la sociedad, el establecimiento de la institución del militarismo como el gran y atractivo proyecto de obras públicas de la nación y la institución del imperialismo bajo el que se propone regular y gobernar el mundo y, a lo largo de este proceso, propone alterar las formas de gobierno para acercarse lo más posible a un gobierno absoluto sin restricciones, entonces sabes que has encontrado al verdadero fascista.

El fascismo llegará de manos de estadounidenses perfectamente auténticos (…) que están convencidos de que el sistema económico actual está en decadencia (…) y que quieren colocar a este país bajo el gobierno del estado

[68] Ibíd., p. 214.

[69] Ibíd., p. 225-226.

> burocrático, interfiriendo en los asuntos de los estados y las ciudades, tomando parte en la dirección de la industria y las finanzas y la agricultura, asumiendo el papel de gran banquero e inversor nacional, tomando prestados miles de millones de cada año y gastándolos en todo tipo de proyectos a través de los cuales ese gobierno pueda paralizar la oposición y conseguir el apoyo del público, dirigiendo grandes ejércitos y armadas con unos costes aplastantes para apoyar la industria bélica y de preparación para la guerra, que se convertiría en nuestro sector más importante y hay que añadir a todo esto las aventuras más románticas de planificación, regeneración y dominación globales, todo realizado bajo la autoridad de un gobierno poderosamente centralizado en el que el poder ejecutivo tendría en la práctica todos los poderes, con el Congreso reducido al papel de un club de debate. Ahí está vuestro fascista. Y cuanto antes Estados Unidos se dé cuenta de este terrible hecho, antes se armará para acabar con el fascismo estadounidense oculto bajo el disfraz de defensor de la democracia.[70]

Finalmente, Flynn advertía que aunque el Partido Comunista era un seguidor entusiasta de esta nueva disposición de las cosas, sería un error llamar «comunismo» al nuevo orden: más bien sería «una forma muy elegante, refinada y agradable de fascismo, al que no se le podría llamar fascismo en absoluto, al ser tan virtuoso y educado». En su última frase, Flynn proclamaba elocuentemente que:

> Mi único propósito es hacer sonar la alarma en contra del oscuro camino al que dirigimos nuestros pasos mientras marchamos hacia la salvación del mundo y en el que cada paso que damos ahora nos alejará cada vez más de las cosas que queremos y de las cosas que nos gustan.[71]

6. La Segunda Guerra Mundial: El nadir

La llegada de la Segunda Guerra Mundial llevó a la Vieja Derecha a sus días más oscuros. Acosada, vilipendiada, perseguida, los intelectuales y activistas de la Vieja Derecha, los libertarios y los aislacionistas, recogieron sus bártulos y desaparecieron de la vista. Aunque es cierto que los aislacionistas republicanos experimentaron un resurgimiento en las elecciones de 1942, ya no estaban apoyados por una vanguardia ideológica. El America First Committee se desintegró rápidamente después de Pearl Harbor y fue a la guerra a pesar de los ruegos de una gran mayoría de sus militantes para que continuara siendo el

[70] Ibíd., p. 252-253.

[71] Ibíd., pp. 255, 258.

centro de la oposición al rumbo de la nación. Charles Lindbergh abandonó totalmente el campo de la ideología y la política y se unió al esfuerzo de guerra.

Entre la monolítica propaganda de la guerra, no había entre de los intelectuales, espacio u oídos para opiniones libertarias o pacifistas. Los líderes veteranos del libertarismo perdieron su voz. H.L. Mencken, se había retirado de la política para escribir su encantadora y nostálgica autobiografía. Albert Jay Nock encontró todos los noticieros y revistas cerrados a su pluma. Su discípulo principal, Frank Chodorov, fue despedido de su puesto como director de la Henry George School de Nueva York por su oposición a la guerra. Oswald Garrison Villard fue virtualmente despedido de las revistas y se vio obligado a limitarse a cartas dirigidas a sus amigos; en una de ellas profetizaba amargamente que «cuando usted y yo ya no estemos en el escenario, el país llamará a algún pobre diablo blanco como Harry Truman para salvar el mundo frente al bolchevismo y preservar la religión cristiana». Para la Vieja Derecha estos eran tiempos verdaderamente tristes. Y Villard estaba listo para escoger su epitafio:

Llegó a viejo en una época que condenaba
Sentía la agonía que se extinguía
Del orden social que amaba
Y como el visionario tebano
Murió en el día de sus enemigos. [72]

Por el contrario, para la Vieja Izquierda la Segunda Guerra Mundial fue una época gloriosa, la culminación y la promesa de un Nuevo Amanecer. En todas partes, en Estados Unidos y en Europa Oriental, las ideas progresistas de la planificación centralizada, de un orden nuevo planificado compuesto por un grupo de pensadores e intelectuales progresistas, parecía ser la ola del futuro, así como del presente. En las universidades y dentro de los formadores de opinión, cualquier idea conservadora parecía estar tan muerta y pasada de moda como un pájaro dodo, confinado al vertedero de la historia. Y nadie estaba más satisfecho del florecimiento colectivista del New Deal que el Partido Comunista. Su nuevo Frente Popular a finales de la década de 1930, un camino que había reemplazado sus viejas y duras opiniones revolucionarias, parecía estar más que justificado por el glorioso Nuevo Orden que estaba naciendo. En política exterior, Estados Unidos caminaba de la mano de la Unión Soviética en una guerra gloriosa para vencer al fascismo y expandir la democracia. En el país, los comunistas, con Earl Browder como su líder, se entusiasmaban con su nueva respetabilidad; la línea de Browder de llegar al socialismo a través de reformas cada vez mayores y más centralizadas del New Deal parecían funcionar maravillosamente. Los comunistas se

---

[72] Michael Wreszin, *Oswald Garrison Villard* (Bloomington: Indiana University Press, 1965), p. 271.

vanagloriaban de que «El comunismo era el americanismo del siglo XX» y de que estaban en la vanguardia del nuevo patriotismo y de una superidentificacion con el Leviatán estadounidense, exterior e interior. Los comunistas desempeñaron un papel vivificante, aunque subordinado, en los esfuerzos de guerra, en la planificación de la producción bélica, en dar clases de orientación a las fuerzas armadas y en reclamar la persecución de todos los posibles oponentes a la guerra. Earl Browder incluso pareció encontrar quien le escuchara en la Casa Blanca. En su papel como líderes en el sindicato CIO, los comunistas sofocaron firmemente cualquier intento de huelga o protesta sobre derechos civiles que pudiera desviar alguna energía de la gloriosa guerra. De hecho, los sueños de los comunistas eran tan embriagadores que tomaron la delantera al defender una promesa permanente de no sublevarse incluso después de la guerra. Como dijo Earl Browder:

> Declaramos firmemente que estamos dispuestos a cooperar para que el capitalismo funcione eficazmente en el periodo de posguerra. (…) Nosotros los comunistas nos oponemos a que se permita una explosión de lucha de clases en nuestro país cuando termine la guerra. (…) ahora estamos extendiendo la perspectiva de una unidad nacional por muchos años y hacia el futuro. [73]

Un elocuente llamado en contra esta atmosfera de guerra se hizo sentir en una brillante novela contra el New Deal, publicada después de la guerra por John Dos Passos, un radical e individualista de por vida al que se le empujó de la «extrema Izquierda» a la «extrema derecha» por la marcha de la guerra y el estatismo corporativo en Estados Unidos. Dos Passos escribía:

> En casa organizamos bancos de sangre y defensa civil e imitamos al resto del mundo creando campos de concentración (solo que los llamamos centros de reubicación) y llenándolos de ciudadanos americanos de origen japonés (Pearl Harbor, la fecha que pervivirá en su infamia) sin derecho de habeas corpus. (…)
>
> El presidente de Estados Unidos habló como un sincero demócrata, igual que los miembros del Congreso. En la Administración había devotos creyentes en las libertades civiles, «Ahora estamos ocupados librando una guerra; nos ocuparemos de las cuatro libertades más tarde», decían. (…)
>
> La guerra es el momento de los césares.
>
> El presidente de los Estados Unidos era un hombre de gran valor personal y confianza suprema en sus poderes de persuasión. No paraba ni un momento, voló a Brasil y a Casablanca y El Cairo para negociar a la altura de los lideres; a Teherán el triunvirato se entrometió en la historia sin pedir que nadie se fuera;

[73] Art Preis, *Labor's Giant Step* (Nueva York: Pioneer Publishers, 1964), p. 221.

sin consultar a sus electores, reorganizó la geografía, dividió el maldito globo y dejó fuera las libertades.

Y el pueblo estadounidense supuestamente debía agradecer que el siglo del Hombre Común cambiara para reubicarlo detrás de alambradas y que Dios lo ayude.

Aprendimos. Hay cosas que aprendimos a hacer, pero no hemos aprendido, a pesar de la Constitución y la Declaración de Independencia y los grandes debates de Richmond y Philadelphia, cómo poner el poder sobre las vidas de los hombres en las manos de un hombre y hacer que lo use sabiamente.[74]

Yo adquirí conciencia política en esta asfixiante atmósfera política e ideológica. Económicamente, había sido un conservador desde el octavo grado, y el contacto exclusivo con liberales e izquierdistas en la secundaria y en la universidad solo había servido para avivar e intensificar mi compromiso. Durante la Segunda Guerra Mundial, era estudiante en la Universidad de Columbia y a mi espíritu conservador y libertario en desarrollo le parecía que no había esperanza ni aliados ideológicos en ninguna parte del país. En Columbia, en Nueva York en general y en la prensa intelectual solo existía un monolítico Centro Izquierda proclamando el Nuevo Orden. La opinión en el campus iba desde los liberales socialdemócratas a los comunistas y sus aliados, y parecía que entre ellos había poco donde escoger. Aparte de los muchachos de la fraternidad y de los jóvenes que parecían ser conservadores por instinto, pero que no tenían interés por la política o la ideología, yo me sentía totalmente solo. En realidad, se rumoreaba que había otro «republicano» en el campus, pero era un estudiante de filología inglesa al que solo le interesaban los asuntos literarios, así que nunca tuvimos contacto. A mi alrededor, los Lib-Izq repetían el mismo horror: «*Somos* el gobierno, así que ¿por qué eres tan negativo con de las acciones del gobierno?» «Debemos *aprender* de Hitler, aprender cómo planificar la economía». Y mi tío, miembro toda su vida del Partido Comunista, decía condescendientemente a mi padre conservador, que estaría a salvo en el mundo de la posguerra, «siempre que se mantuviera callado acerca de la política». El Nuevo Orden verdaderamente parecía al alcance de la mano.

Pero justo cuando más oscuros eran los días y cuando la desesperanza parecía estar a la orden del día para los oponentes al estatismo y el despotismo, se agitaban individuos y pequeños grupos, desconocidos para mí o para cualquier otro, en la profundidad de las catacumbas, pensando y escribiendo para mantener viva la débil llama de la libertad. Los libertarios veteranos se vieron

[74] John Dos Passos, *The Grand Design* (Boston: Houghton Mifflin, 1949), pp. 416-418.

obligados a encontrar un oscuro hogar entre los publicistas conservadores de la «extrema derecha». El anciano Albert Jay Nock, ya con más de 70 años, encontró refugio en el National Economic Council del veterano aislacionista de derecha Merwin K. Hart; en la primavera de 1943, algunos amigos adinerados indujeron a Hart a que fundara una publicación mensual, la *Economic Council Review of Books*, donde Nock escribió y editó mientras duró la guerra. Frank Chodorov, despedido de la Henry George School, llevaba una vida muy precaria, fundó en 1944 una publicación soberbiamente escrita, el tabloide mensual *analysis*, escrito solo por él y publicado desde un pequeño apartamento en el bajo Manhattan. Allí empezó Chodorov a aplicar y expandir el análisis nockiano del Estado y trabajó en un complemento teórico económico del histórico *Our Enemy, the State*, de Nock, un trabajo que Chodorov publicó mimeografiado poco después de finalizada la guerra.[75] John T. Flynn encontró lugar en el grupo de los veteranos derechistas del Committee for Constitutional Government, y su retoño, America's Future, Inc. El veterano publicista Garet Garrett, despedido en la reestructuración del *Saturday Evening Post*, pudo encontrar una poco conocida publicación trimestral, *American Affairs*, publicada como una parte minoritaria del funcionamiento de la organización estadística de las empresas estadounidenses, el National Industrial Conference Board. En el área de Los Ángeles, Leonard E. Read, director general de la Cámara de Comercio de Los Ángeles, fue convertido al credo del laissez-faire por William C. Mullendore, jefe de la Commonwealth Edison Company, mientras que Raymond Cyrus Hoiles, publicista anarcocapitalista del diario *Santa Ana Register* (y posteriormente publicista de una serie de «periódicos de la libertad») reimprimió los trabajos del economista francés libertario del siglo XIX, Frederic Bastiat. Y, en la izquierda, el antiguo trotskista convertido en anarcopacifista, Dwight Macdonald, fundó la revista mensual *Politics* prácticamente solo, atacando incansablemente la guerra y su correspondiente estatismo.

Lo que estaba destinado a ser la aventura periodística de «derecha» de mayor duración iniciada durante la guerra, fue el semanal de Washington *Human Events*, fundado en 1944 como una hoja informativa de cuatro páginas con un anexo periódico de un artículo de análisis de cuatro páginas. *Human Events* fue fundado por tres veteranos: Frank Hanighen, coautor del más famoso y escandaloso libro antimilitarista de la década de 1930, *The Merchants of Death*; Felix Morley, escritor distinguido y expresidente del Quaker Havenford College y Henry Regnery, empresario de Chicago.

Pero sin duda lo más importante después de la guerra para el resurgimiento del libertarismo fueron varios libros publicados durante la guerra, libros que

---

[75] Frank Chodorov, *The Economics of Society, Government, and State* (Nueva York: Analysis Associates, 1946).

fueron en buena parte ignorados y olvidados en ese momento pero que ayudaron a formar los cimientos de un renacimiento de posguerra. Tres de los libros, todos publicados en 1943, fueron escritos por mujeres singularmente independientes, de mentes fuertes, e individualistas. La guionista Ayn Rand escribió la novela *El manantial*, un himno al individualismo que había sido rechazado por diversos editores y finalmente fue publicado por Bobbs-Merrill. Muy ignorado en aquel entonces, *El manantial* se convirtió en un constante superventas «secreto» a lo largo de los años, diseminándose mayormente por el boca a boca de sus lectores. (La novela había sido rechazada por los editores diciendo que el tema era demasiado «polémico», su contenido demasiado intelectual y que su héroe tan tenaz que resultaba poco simpático como para tener posibilidades comerciales).[76]

Desde un semiaislamiento en su casa en Danbury, Connecticut, Rose Wilder Lane, que había sido miembro del Partido Comunista en la década de 1920, publicó *The Discovery of Freedom*,[77] un elocuente poema en prosa cantable alabando la historia de la libertad y el capitalismo de libre mercado.

El tercer libro libertario importante de los tiempos de guerra escrito por una mujer fue el de Isabel Paterson, que dejó su huella como autora de varias novelas publicadas como pasquines en la década de 1920 y que había sido columnista habitual del *Herald Tribune Review of Books* de Nueva York. Su libro de no ficción *The God of the Machine* fue un acontecimiento excéntrico, pero importante en el pensamiento libertario. El libro era una serie de ensayos, algunos pomposos y marcados por el uso abusivo de analogías de ingeniería eléctrica en asuntos sociales, pero estos ensayos estaban salpicados por destellos de ideas y análisis brillantes. Particularmente importante eran sus capítulos sobre la promoción estatal del monopolio después de la Guerra de Secesión, su demostración de la imposibilidad de la propiedad «pública» y su defensa del patrón oro. Los dos capítulos que causaron mayor impacto entre los libertarios fueron «Lo humanitario de la guillotina», una brillante crítica del buenismo y su consecuencia, la ética del bienestar, y «Nuestro sistema educativo japonés», en el que Patterson hace una crítica filosófica feroz a la educación progresista, una crítica que ayudaría a que se iniciara la reacción en contra del progresismo en la era de posguerra. Así, Patterson explicaba elocuentemente la interconexión de política social, parasitismo y coacción como sigue:

> ¿Qué es lo que puede hacer en realidad un ser humano por otro? Puede darle parte de su dinero y su tiempo, lo que pueda dar. Pero no puede darle facultades que la naturaleza le ha negado ni su propia subsistencia sin volverse

---

[76] Ver la hagiografía de Barbara Branden en Nathaniel Branden, *Who Is Ayn Rand?* (Nueva York: Paperback Library, 1964), pp. 158 y ss.

[77] (Nueva York: John Day, 1943).

él mismo en dependiente. Si gana lo que regala, *primero* debe ganarlo. (…) Pero si se supone que no tiene medios propios y se imagina que aun así «puede ayudar a otros» como su propósito *principal* y como forma normal de vida, que es la doctrina central del credo humanitario, ¿cómo se las va a arreglar?

Si el objetivo principal de un filántropo, su justificación para vivir, es ayudar a otros, su mayor deseo *requiere que otros estén necesitados*. Su felicidad es lo opuesto a la miseria de otros. Pero si desea ayudar a la «Humanidad», toda la humanidad debe estar necesitada. El humanitario desea ser el motor principal la vida de otros. No puede admitir el orden divino ni el natural por medio de los cuales el hombre tiene el poder de ayudarse a sí mismo. El humanitario se coloca en el lugar de Dios.

Pero se enfrenta a dos hechos molestos. Primero, que el afectado no necesita de su ayuda y, segundo, que la mayoría de la gente (…) no quiere que el humanitario «le haga el bien». (…) Por supuesto, lo que el humanitario propone en realidad es que *él* hará lo que piensa es lo mejor para todos. Es en este momento en el que el humanitario instala la guillotina.

¿Qué tipo de mundo contempla el humanitario que cumpla con sus expectativas? Solamente puede ser un mundo lleno de personas hambrientas y hospitales, en donde nadie conserve el poder natural de un ser humano de ayudarse a sí mismo o de resistirse a que le hagan cosas. Y ese es precisamente el mundo que el humanitario dispone cuando se sale con la suya. (…) Solo hay una manera, que es usando el poder político en su máxima extensión. Así que el humanitario siente su mayor gratificación cuando visita u oye hablar de un país en donde todos están restringidos por tarjetas de racionamiento. Allí donde se reparte la subsistencia, se logra el desiderátum de la necesidad general y de un poder superior para «aliviarla». El humanitario en la teoría es el terrorista en la acción.[78]

Igualmente importante y olvidada en su tiempo fue la publicación del último gran trabajo de Albert Nock, su autobiografía intelectual, *Memories of a Superfluous Man.*[79] En sus memorias, Nock expande y entreteje al tiempo los temas de sus libros anteriores sobre historia, teoría, cultura y Estado y, en torno a todo ello, aparece un pesimismo intensificado acerca de la perspectiva de una adopción muy difundida de libertarismo que era muy comprensible para la época

---

[78] Isabel Paterson, *The God of the Machine* (Nueva York: G.P. Putnam's Sons, 1943), pp. 240-242.

[79] (Nueva York: Harper and Bros., 1943).

en la que escribía. La Ley de Gresham (lo malo desplaza a lo bueno) funcionaba inevitablemente, creía, tanto en el campo de la cultura y las ideas como en el del dinero y la moneda. Al irnos dirigiendo a una nueva barbarie, la naturaleza tendría que seguir su curso.[80]

Entretanto, en el campo de la economía, parecía que keynesianos y planificadores de la economía estaban arrasando con todo. El economista del laissez-faire más importante, Ludwig von Mises, quien había estado en primera fila en el mundo económico en el Continente durante las décadas de 1910 y 1920, había sido casi olvidado con el surgimiento de la «Revolución Keynesiana» de la década de 1930. Y este olvido se produjo a pesar de que Mises había ganado mucha fama entre los economistas de habla inglesa al principio de la década de 1930, basada en su teoría del ciclo económico, que atribuía la Gran Depresión a la intervención estatal. Siendo un refugiado de los nazis, Mises había publicado un gigantesco tratado de laissez-faire en economía en Ginebra en el año 1940, un libro que se perdió entre las tormentas gemelas de la marcha hacia el colectivismo del pensamiento económico y el holocausto de la Segunda Guerra Mundial. Mises emigró a Nueva York en 1940 y, sin tener un puesto académico, logró escribir y publicar dos libros durante la guerra. Los dos fueron trabajos muy importantes que tuvieron poco o ningún impacto en el mundo académico. El breve *Burocracia*[81] es todavía uno de los mejores tratados sobre la naturaleza de la burocracia, y de la inherente y aguda divergencia, entre la gestión con ánimo de lucro y la gestión sin ánimo de lucro o burocrática. *Gobierno omnipotente*,[82] de Mises tuvo cierto reconocimiento académico como la exposición más importante de la postura antimarxista de que la esencia de la Alemania nazi no era un reflejo de las grandes empresas, sino una variante del socialismo y el colectivismo. (En esos tiempos, en Columbia, *Gobierno omnipotente* estaba siendo leído como las antípodas del muy popular trabajo de Franz Neumann sobre nazismo, *Behemoth*).

Pero el trabajo literario de la época de la guerra que estaba destinado a tener con mucho el mayor impacto inmediato no fue el de Mises, sino el de su seguidor austriaco de libre mercado más importante, Friedrich A. Hayek. Hayek había emigrado a Inglaterra a principios de la década de 1930 para dar clases en la

---

[80] Para a recepción de las *Memoirs*, ver Robert M. Crunden, *The Mind and Art of Albert Jay Nock* (Chicago: Henry Regnery, 1964), pp. 189-191; para las opiniones positivas de Nock de los libros de Lane y Paterson, ver *Selected Letters of Albert Jay Nock*, F.J. Nock, ed. (Caldwell, Id.: Caxton Printers, 1962), pp. 145-151.

[81] (Madrid: Unión Editorial, 2005).

[82] (Madrid: Unión Editorial, 2002).

London School of Economics, y allí tuvo un considerable impacto en los economistas jóvenes, así como prominencia en los círculos intelectuales ingleses y entre filósofos emigrantes en Inglaterra tan distinguidos como Karl Popper y Michael Polanyi. Fue tal vez esa fama en Inglaterra lo que ayudo al abrumador éxito popular y académico de Hayek, *Camino de servidumbre*.[83] Pues ciertamente no fue el estilo de Hayek, marcadamente germánico más que deslumbrante y mucho menos legible que el de Mises, que había tratado un tema similar. Tal vez los intelectuales después sufrir años de propaganda estatista y favorable a la planificación, estaban más dispuestos a escuchar una explicación desde el otro lado de la moneda.

Fuera cual fuera la razón, *Camino de servidumbre* llegó a los círculos intelectuales de los Estados Unidos y Gran Bretaña como un superventas. Su tesis principal era que el socialismo y la planificación central eran incompatibles con la libertad, el estado de derecho o la democracia. Los regímenes nazis y fascistas eran considerados como un aspecto de este colectivismo moderno y Hayek describía contundentemente las grandes similitudes entre planificación estatal de la República de Weimar y el posterior programa económico de Hitler. La tan alabada socialdemocracia de la República de Weimar no era más que fascismo embrionario.[84]

Camino de servidumbre tuvo impacto a todos los niveles de opinión. Los periódicos de Hearst publicaron el libro en capítulos, alabando su ataque al socialismo. Se volvió obligatorio en casi todos los cursos universitarios como el alegato del «otro lado» (aunque, de hecho, era poco coherente con sus puntos de vista de laissez-faire). Los intelectuales ingleses quedaron tan molestos que se imprimieron a toda prisa dos intentos socialdemócratas de refutar a Hayek: el vituperante de Hermann Finer *Road to Reaction* y el de Barbara Wooton *Plan or No Plan* (al que Mises replicó que las economías de libre mercado favorecían que las personas planificaran *por sí mismas*). Y el trabajo de Hayek tuvo un efecto incalculable en convertir o ayudar a convertir a muchos intelectuales socialistas a las filas de los individualistas y capitalistas. John Chamberlain, uno de los principales escritores y críticos de la izquierda en la década de 1930 y autor de la famosa *Farewell to Reform*, aceleró enormemente su conversión al individualismo conservador por influencia de este libro y Chamberlain contribuyó

---

[83] (Madrid: Alianza Editorial, 2015).

[84] Es curioso que el análisis de la socialdemocracia de Hayek como totalitarismo y fascismo era muy similar, aunque por supuesto con palabras muy distintas, a la crítica del marxista inglés R. Palme Dutt en los días radicales antes de la llegada del Frente Popular, por supuesto. Cf. R. Palme Dutt, *Fascism and Social Revolution* (Nueva York: International Publishers, 1934).

al prólogo de *Camino de servidumbre*. F.A. Harper, un profesor de libre mercado en el Departamento de Economía Agrícola en Cornell, redobló su dedicación al pensamiento libertario. Y Frank S. Meyer, uno de los principales teóricos del Partido Comunista, miembro de su comité nacional y jefe de su Escuela de Trabajadores de Chicago, encontró perturbadoramente convincente la explicación de Hayek de la incompatibilidad entre socialismo y libertad. En un pie de página, resulta paradójico y fascinante para la historia ideológica de nuestros tiempos que *Camino de servidumbre* tuviera una de sus críticas más positivas en *Communist New Masses*, una reseña positiva que constituyó una de las ultimas contribuciones de Frank Meyer al movimiento comunista. Y seguramente estos fueron solo unos pocos de los impactos vitales de la obra de Hayek.

Pero este impacto, y también en las ondas más silenciosas de otras obras de libertarios durante la guerra, resultaron ser solo flor de un día. No *parecía* que fuera a haber un éxito perdurable, algún tipo de movimiento que emergiera de los días oscuros en los cuales había caído el credo libertario. Superficialmente, cuando la guerra llegó a su fin, parecía que había poca esperanza para la causa del individualismo y el libre mercado como había habido durante la guerra.

7. El renacimiento de la posguerra I: El libertarismo

Durante un tiempo, el ambiente ideológico de la posguerra parecía ser el mismo que durante la guerra: internacionalismo, estatismo, adulación de la planificación económica y estado centralizado prosperaban en todas partes. Durante el primer año de la posguerra, 1945-46, entré en la Escuela de Grado de Columbia, donde la atmosfera intelectual era opresiva y exactamente la misma. Al principio de 1946, los veteranos habían regresado de la guerra y el ambiente en el campus estaba lleno de planes e ilusiones estimulantes de diversas ramas de la Vieja izquierda. Casi todos los veteranos se habían unido al recién creado American Veterans Committee (AVC) un grupo limitado a veteranos de la Segunda Guerra Mundial que ambicionaba reemplazar a los viejos y reaccionarios American Legion y Veterans of Foreign Wars. Durante estos años el AVC estaba dividido en la universidad entre los socialdemócratas a la derecha y los comunistas y sus aliados a la izquierda y estos grupos establecieron los parámetros del debate político en el campus.

En esta sofocante atmósfera me di cuenta de que no estaba totalmente solo, de que había una especie de «movimiento» libertario, aunque pequeño y embrionario. En el otoño de 1946, un joven profesor de economía de la Universidad de Brown empezó a dar clases en Columbia: George J. Stigler, quien más tarde fue un distinguido miembro de la «Escuela de Chicago» de economía

de libre mercado. Alto, ingenioso, seguro de sí mismo, Stigler entró a dar una clase enorme sobre teoría de precios y procedió a confundir a los diversos izquierdistas dedicando sus dos primeras clases a atacar el control de alquileres y a refutar las leyes de salario mínimo. Cuando Stigler salió del aula, lo rodearon varios círculos de estudiantes asombrados y desconcertados, discutiendo su punto de vista, que les parecía que venía directamente de la época de los neandertales. Yo, por supuesto, estaba encantado: ¡al fin había un punto de vista de libre mercado con sustancia intelectual y no simplemente concebido con el tono terrible y confuso de la prensa de Hearst! El Profesor Stigler nos remitió a un folleto (que hace mucho tiempo que esta descatalogado, pero *todavía* es uno de los pocos estudios acerca del control de alquileres) escrito conjuntamente por él y por otro economista de libre mercado, Milton Friedman, «Roofs or Ceilings?» y publicado por un grupo llamado Foundation for Economic Education (FEE), en Irvington-on-Hudson, Nueva York. Stigler explicó que Friedman y él habían publicado un folleto en este desconocido grupo porque «ningún otro lo habría publicado». Encantado, les escribí pidiendo el folleto y obtener información sobre esta organización y, debido a este hecho, sin darme cuenta, había «entrado» en el movimiento libertario.

La FEE fue fundada en 1946 por Leonard E. Read, quien durante muchos años fue su presidente y director, quien decidía qué se escribía, recaudaba fondos y actuaba como guía. En esos años, y por muchos años más, la FEE fue el mayor foco y centro de actividad libertaria en Estados Unidos. No es solo que virtualmente todo libertario prominente de este país de mediana edad o mayor hubiera estado alguna vez trabajando en su organización, sino que, debido a sus actividades, la FEE sirvió como el primer faro que atraía a innumerables jóvenes libertarios. Su primer personal giraba en torno a un grupo de economistas agrícolas de libre mercado dirigido por el Dr. F.A. («Baldy») Harper, que había llegado de Cornell y había escrito un folleto antiestatista, «The Crisis of the Free Market», para el National Industrial Conference Board y para el que había trabajado Leonard Read después de dejar la Cámara de Comercio de Los Ángeles. Entre los economistas jóvenes que llegaron a FEE procedentes de Cornell con Harper, estaban los Doctores Paul Poirot, William Marshall Curtiss, Ivan Bierly y Ellis Lamborn. Procedente de Los Ángeles junto con Read llegó el Dr. V. Orval Watts, que había sido economista de la Cámara de Comercio de Los Ángeles.

Una de las personas importantes, pero poco reconocida al principio en el movimiento libertario de la posguerra, fue Loren («Red») Miller, que había estado activo en movimientos de reformas municipales en Detroit y otros lugares. En Kansas City, Miller se unió a William Volker, jefe de la William Volker Company, una importante compañía especializada en la distribución de venta de muebles al por mayor en los estados del Oeste, que se enfrentaba a la maquinaria corrupta de Pendergast. El carismático Miller fue aparentemente esencial para convertir al

laissez-faire a muchos reformadores municipales en todo el país, incluyendo a Volker y su sobrino y heredero Harold W. Luhnow.[85]

Luhnow, ahora presidente de la Volker Company y del Fondo de Caridad William Volker de su tío, había sido un aislacionista activo antes de la Guerra. Luego se convirtió en un contribuyente activo de la FEE y ansiaba especialmente continuar con la casi olvidada causa del conocimiento libertario. Otro converso de Red Miller fue el joven genio administrativo Herbert C. Cornuelle, quien por un periodo corto fue vicepresidente ejecutivo de la FEE. Después del fallecimiento de Volker en 1947, Luhnow empezó a cambiar la orientación del Fondo Volker de la caridad convencional en Kansas City a promover estudios libertarios y de laissez-faire. A finales de la década de 1940 puso con valentía todo su empeño en obtener puestos académicos prestigiosos para los líderes de la Escuela Austriaca de economía, Ludwig von Mises y F.A. Hayek. Lo más que pudo hacer por Mises, que había estado languideciendo en Nueva York, fue conseguirle un puesto como «Profesor Visitante» en la Escuela de Grado de Empresa de la Universidad de Nueva York. Mises también formó parte, a tiempo parcial, del personal de la FEE. Luhnow tuvo más suerte con Hayek, consiguiéndole una cátedra en el nuevo establecimiento del Comité de Pensamiento Social para graduados en la Universidad de Chicago (después que el Departamento de Economía en Chicago hubiera rehusado un acuerdo similar). Sin embargo, en ambos casos, la universidad rehusó pagar un salario a estos eminentes investigadores. Durante el resto de sus carreras en la universidad estadounidense, los sueldos, tanto de Mises como de Hayek, los pagó el Fondo William Volker. (Después de que el Fondo quebrara en 1962, la financiación de la cátedra de Mises en la NYU lo asumió Read y un consorcio de hombres de negocios).

Después de un par de años actuando solo en el Fondo Volker, Harold Luhnow decidió expandir las actividades del Fondo estimulando las investigaciones libertarias y conservadoras y Herb Cornuelle pasó de la FEE al Fondo Volker como primer responsable de enlace.

Después de una pequeña incursión en el activismo político en contra del control de rentas, Read decidido mantener la FEE como una organización puramente educativa. Durante su primera década, la FEE publicaba folletos escritos por su personal y otros, muchos de los cuales se reunieron en una serie en forma de libro, *Essasys on Liberty*, pero fue probablemente más importante su papel como un centro abierto para el movimiento, al patrocinar seminarios, reuniones, y veladas nocturnas, y en su hospitalidad hacia libertarios visitantes y amigos. Fue en y a través de la FEE como conocí o descubrí todos los anteriores

---

[85] Sobre William Volker, ver Herbert C. Cornuelle, *"Mr. Anonymous": The Story of William Volker* (Caldwell, Id.: Caxton Printers, 1951).

canales «clandestinos» del pensamiento y la expresión libertarios: los libros publicados durante la guerra, los nockianos (Nock había fallecido en el verano de 1945), y las continuas actividades de John T. Flynn y Rose Wilder Lane (quien sucedió a Nock como editora del *Economic Council Review of Books*) y *Human Events*.

Fue en medio de esta nueva y excitante experiencia cuando pasé de mi anterior y algo vago «conservadurismo de cámara de comercio» a convertirme un libertario duro y «doctrinario» de laissez-faire, creyendo que ningún hombre ni gobierno tenía derecho a agredir a una persona o su propiedad. Fue también en este periodo cuando me convertí en «aislacionista». Durante los años en los que me estaba volviendo cada vez más «conservador» en lo económico, había tenido poco o ningún pensamiento independiente acerca de los asuntos exteriores. Me contentaba literalmente con obtener mi pensamiento sobre política extranjera en los artículos del bueno y gris *New York Times*. Sin embargo, ahora me quedaba claro que el «aislacionismo» en asuntos exteriores no era más que la contraparte exterior de un gobierno estrictamente limitado dentro de las fronteras de cada nación.

Una de las influencias más importantes para mí fue Baldy Harper, cuya tranquila y amable hospitalidad hacia los recién llegados nos atrajo a muchos a la creencia libertaria pura que defendía y ejemplificaba, una creencia mucho más eficaz al destacar los aspectos filosóficos de la libertad, por encima de los estrictamente económicos. Otro fue Frank Chodorov, a quien conocí en la FEE y así descubrí su excelente *analysis* global. Mas que una fuerza única, Frank Chodorov (ese noble, valiente, sincero y espontaneo hombre gigante, que no cedía ni una pizca en sus elocuentes denuncias a nuestro enemigo el Estado) fue quien me inició en el libertarismo intransigente.

La primera vez que me crucé con el trabajo de Frank fue un verdadero (e infinitamente estimulante) shock cultural. Un día estaba en la librería de la Universidad de Columbia, en 1947, cuando, dentro de una pila de las usuales publicaciones estalinistas, trotskistas, etc., vi un folleto estaba adornado con letras rojas con el título «Los impuestos son un robo», de Frank Chodorov.[86] Tal cual. Una vez vistas esas brillantes e irrefutables palabras, mi visión ideológica no volvió a ser la misma. Por supuesto, ¿qué otra cosa podían ser los impuestos sino un acto de robo? Y me quedó claro que no había ninguna forma mejor para definir los impuestos que no fuera aplicable a un tributo exigido por una pandilla de ladrones.

---

[86] Frank Chodorov, *Taxation Is Robbery* (Chicago: Human Events Associates, 1947), reimpreso en Chodorov, *Out of Step* (Nueva York: Devin-Adair, 1962).

Chodorov empezaba su folleto diciendo que únicamente había dos posturas alternativas morales básicas sobre el Estado y los impuestos. La primera sostiene que «las instituciones políticas salen de la "naturaleza del hombre", gozando así de divinidad vicaria», o que el Estado es «la clave de la integración social». Los seguidores de esta postura no tienen dificultad en estar a favor de los impuestos. Las personas del segundo grupo «mantienen la primacía del individuo, cuya mera existencia justifica sus derechos inalienables», creen que «con la recaudación por fuerza de tasas y cargos, el Estado está meramente ejerciendo poder, sin considerar lo moral». Chodorov sin dudarlo se coloca en este segundo grupo:

> Si asumimos que el individuo tiene un derecho indiscutible a la vida, debemos conceder que tiene un derecho similar al goce del producto de su trabajo. Esto es lo que llamamos derecho de propiedad. El derecho absoluto de propiedad se deduce del derecho original a la vida porque uno sin el otro no tiene sentido: los medios para la vida deben identificarse con la misma vida. Si el Estado tiene derecho prioritario al producto del trabajo de alguien, su derecho a la existencia queda degradado (…) no pueden establecerse tales derechos prioritarios, excepto declarando al Estado como autor de todos los derechos. (…) Protestamos contra la toma de nuestra propiedad por una sociedad igual que cuando una sola unidad de la sociedad comete esta misma acción. En este último caso llamamos sin lugar a duda a la acción un robo, un *malum in se*. No es la ley la que define en primera instancia el robo: es un principio ético y la ley puede violar este pero no imponerse a él. Si por la necesidad de vivir nos sometemos a la fuerza de la ley, si por una larga costumbre se pierde de vista su inmoralidad, ¿se ha eliminado el principio? Robo es robo y ninguna cantidad de palabras puede convertirlo en otra cosa.[87]

La idea que los impuestos son simplemente un pago por servicios sociales recibidos solo recibe desdén por parte de Chodorov:

> Los impuestos por servicios sociales sugieren un comercio equitativo. Sugieren un *quid pro quo*, una relación justa. Pero la condición esencial del comercio de que debe realizarse voluntariamente está ausente en los impuestos: el mero uso de la coacción saca a los impuestos del ámbito del comercio y los pone directamente en el de la política. Los impuestos no pueden compararse con pagos a una organización voluntaria por servicios que uno espera de su membresía, porque no existe la alternativa de retirarse. Cuando se rehúsa comerciar, uno puede negarse una ganancia, pero la única alternativa a pagar impuestos es la cárcel. La sugerencia de equidad en

---

[87] Chodorov, *Out of Step*, p. 217.

tributación es espuria. Si nos dan algo por los impuestos que pagamos no es porque lo queremos, sino porque nos obligan.[88]

Acerca del principio de «capacidad de pago» de los impuestos Chodorov señalaba agriamente: «¿No es sino la norma de los bandoleros la de tomar donde se puede tomar más?» Concluía mordazmente: «No puede haber un tributo bueno o justo: todo impuesto se basa en la coacción».

O tomemos otro titular que me gritaba desde el *analysis* de Chodorov: ¡NO COMPRAR BONOS! En una época en que los bonos de ahorro se vendían universalmente como indicadores de patriotismo, esto también fue un shock. En el artículo, Chodorov se concentraba en la inmoralidad básica, no simplemente en la debilidad fiscal del proceso de pago de impuestos y bonos.

Es típico de Frank Chodorov que su coherencia, su propia presencia, ponía al descubierto a los más numerosos grupos de partidarios de la libre empresa frente a los contemporizadores o incluso charlatanes que tendían a ser. Mientras otros grupos conservadores pedían una disminución en la carga tributaria, Chodorov pedía que se aboliera, mientras otros advertían acerca de la creciente carga de la deuda pública, Chodorov en solitario (y magníficamente) pedía su *repudio* como única alternativa moral. Pues si la deuda pública es gravosa e inmoral, repudiarla totalmente es la forma mejor y más moral de acabar con ella. Si los titulares de bonos, como quedaba claro, vivían coercitivamente del contribuyente, entonces esta expropiación legalizada tenía que terminarse lo antes posible. El repudio, escribía Chodorov, «puede tener un efecto saludable sobre la economía del país, ya que la rebaja de la carga impositiva deja a los ciudadanos más para usar. El mercado se vuelve en esa medida más sano y vigoroso». Además, «El repudio se justifica por sí mismo, porque también debilita la fe en el Estado. Cuando las generaciones posteriores olviden este hecho y las promesas del Estado encuentren pocos creyentes, su crédito se hará añicos». [89]

Con respecto al argumento de que comprar bonos es la expresión patriótica pública de apoyo para la guerra, Chodorov contestaba que el verdadero patriota daría dinero para el esfuerzo de guerra, no lo prestaría.

Como discípulo de Albert Jay Nock y como opositor inflexible y coherente al poder y los privilegios del Estado, Frank Chodorov era completamente consciente lo mucho que lo separaba de los típicos grupos de libre empresa y grupos antisocialistas. Señalaba con precisión y brillantez la diferencia en su «Socialism by Default»:

---

[88] Ibíd., pp. 228-229.

[89] Ibíd., p. 2.

La cusa de la propiedad privada ha sido defendida por hombres que no tenían interés en ella: su principal preocupación siempre ha sido la institución de privilegios que han crecido juntamente con la propiedad privada. Empiezan definiendo la propiedad privada como algo que puede obtenerse por ley: por lo tanto, buscan astutamente el control de la maquinaria de la elaboración de leyes, para que así las nuevas leyes les permitan obtener ganancias a costa de los productores. Hablan de los beneficios de la competencia y ejercen prácticas monopolísticas. Ensalzan la iniciativa individual y apoyan limitaciones legales a las personas, que puedan dificultar su ascenso. En resumen, están a favor del Estado, el enemigo de la propiedad privada, porque se benefician de sus planes. Su única objeción al Estado es su inclinación por atacar su posición privilegiada o a extender privilegios a otros grupos.[90]

Específicamente, Chodorov señalaba que, si los grupos de «libre empresa» estuvieran sinceramente a favor de la libertad, pedirían la abolición de: aranceles, cuotas de importación, manipulación del dinero por el estado, subvenciones a ferrocarriles, líneas áreas y transportistas y soporte a precios agrícolas. Las únicas subvenciones que atacarán estos grupos, agregaba, son aquellas «que no pueden capitalizarse» en valores de acciones corporativas, como desembolsos a veteranos o desempleados. Tampoco se oponen a los impuestos: por un lado, los titulares de bonos públicos no atacarán el impuesto sobre la renta y, por otro, los intereses de los productores de bebidas alcohólicas se oponen a la abolición de impuestos a los alambiques porque entonces «cualquier granjero podría abrir una destilería» y, sobre todo,

el militarismo es sin lugar a duda el mayor desperdicio de todos, además de ser la mayor amenaza para la libertad del individuo, pero es más bien tolerado que opuesto por aquellos cuyos corazones se desangran por la libertad, de acuerdo con lo que escriben.[91]

Fue en gran medida a través de Chodorov y su *analysis* como descubrí a Nock, Garrett, Mencken y otros gigantes de pensamiento libertario. De hecho, fue Chodorov quien le dio a este joven y ansioso autor su primera oportunidad de escribir y publicar (aparte de cartas al director), con una entusiasta reseña de *Chrestomathy*, de H.L. Mencken en la publicación de *analysis* en agosto de 1949. Fue mi primer contacto con Mencken y quedé permanentemente deslumbrado por su brillante estilo y agudeza y pasé muchos meses devorando todo lo que pudo llegar a mis manos de H.L.M. Y, como consecuencia de mi artículo, en los meses venideros empecé a reseñar libros para Chodorov.

---

[90] Frank Chodorov, *One Is a Crowd* (Nueva York: Devin-Adair, 1952), pp. 93-94.

[91] Ibíd., p. 95.

De hecho, en el invierno de 1949-50 fui testigo de los dos acontecimientos intelectuales más emocionantes y devastadores de mi vida: mi descubrimiento de la economía «austriaca» y mi conversión al anarquismo individualista. Había acabado mis estudios en Columbia y el programa de grado en economía en el mismo lugar, aprobando mi examen oral de doctorado en la primavera de 1948 y no había oído hablar ni una sola vez de la economía austriaca, excepto como algo que se había integrado sesenta años antes en el cuerpo principal de economía por medio de Alfred Marshall. Pero descubrí en la FEE que Ludwig von Mises, de quien yo solamente había oído que argumentaba que el socialismo no podía calcular económicamente, enseñaba en un seminario abierto continuo en la Universidad de Nueva York. Empecé a asistir al seminario semanal y el grupo se convirtió en una especie de lugar informal de encuentro para personas con orientación al libre mercado en la ciudad de Nueva York. También había oído que Mises había escrito un libro que cubría «todo» en economía, y cuando se publicó ese otoño su *La acción humana* fue una genuina revelación. Aunque siempre había disfrutado de la economía, nunca había podido encontrarme cómodo con ninguna teoría económica: Tendía a estar de acuerdo con las críticas de los institucionalistas a keynesianos y matemáticos, pero también con las críticas de estos últimos a los institucionalistas. No me parecía que ningún sistema positivo tuviera sentido o integridad. Pero en *La acción humana* de Mises encontré la economía como una magnifica arquitectura, un poderoso edificio con cada bloque de edificios relacionado e integrado. Tras leerlo, me convertí en un decidido «austriaco» y misesiano, y leí tanto como pude encontrar acerca de economía austriaca.

Aunque era economista y ahora había encontrado un hogar en la teoría austriaca, mi motivación básica para ser libertario nunca fue económica, sino moral. Es verdad que la enfermedad de muchos economistas es pensar solamente en términos de una «eficiencia» fantasma y creer que pueden hacer pronunciamientos políticos como puros técnicos sociales libres de valores, fuera del ámbito de la ética y la moral. Aunque estaba convencido de que el libre mercado era más eficiente y traería un mundo más próspero que el del estatismo, mi mayor preocupación era moral: la idea de que la coacción y la agresión de un hombre a otro era criminal e inicua y debía ser combatida y abolida.

Mi conversión al anarquismo fue un simple ejercicio de lógica. Continuamente tenía discusiones amistosas acerca del laissez-faire con amigos liberales de la escuela de grado. Aunque condenaba los impuestos, todavía sentía que eran necesarios para proveer protección policial y judicial y solo para eso. Una noche, dos amigos y yo tuvimos una de nuestras usuales largas discusiones, aparentemente improductivas, pero esta vez, cuando se fueron, sentí que por una vez se había dicho algo vital. Mientras recordaba la discusión, me di cuenta

de que mis amigos, como liberales, habían planteado el siguiente reto a mi postura de laissez-faire:

Ellos: ¿Cuál es el fundamento legítimo de tu gobierno de laissez-faire, ya que esta entidad política se limita a defender la persona y la propiedad?

Yo: Bueno, la gente se une y decide establecer ese gobierno.

Ellos: Pero si «la gente» puede hacer eso, ¿por qué no puede hacer exactamente lo mismo y reunirse para escoger un gobierno para construir acerías, presas, etc.?

Me di cuenta rápidamente de que su lógica era impecable, de que el laissez-faire era lógicamente insostenible, y de que, o bien me tenía que volver un liberal, o bien pasarme al anarquismo. Me volví anarquista. Además, aprecié la total incompatibilidad de las ideas de Oppenheimer y Nock sobre la naturaleza del Estado como conquista, con una vaga base de «contrato social» que yo había estado postulando para un gobierno de laissez-faire. Vi que el único contrato *genuino* tenía que ser el de una persona disponiendo o usando específicamente su propiedad.

Naturalmente, el anarquismo que había adoptado era individualista y de libre mercado, una extensión lógica del laissez-faire, y no el confuso comunalismo que marcaba casi todo el pensamiento de los anarquistas contemporáneos. Además de Mencken y economía austriaca, empecé a devorar toda la literatura anarquista individualista que pude descubrir: por suerte, como neoyorquino, estaba cerca de dos de las mejores colecciones anarquistas en el país, en Columbia y en la Biblioteca Pública de Nueva York. Pasé por las fuentes no simplemente por simple interés intelectual, sino también para ayudarme a definir mi propia postura ideológica. Me encantó particularmente *Liberty*, de Benjamin R. Tucker, la gran revista anarquista individualista publicada durante casi tres décadas en la última parte del siglo XIX. Me maravillaba especialmente la lógica incisiva de Tucker, su estilo claro y lúcido y su implacable disección de numerosas «desviaciones» de su línea concreta. Y me encantaba Lysander Spooner, el abogado constitucional anarquista y socio de Tucker, con su brillante idea de la naturaleza del Estado, su devoción por la moral y la justicia y su estilo de invectivas anarquistas con un encantador estilo legal.

Descubrí que La *Carta a Grover Cleveland* de Spooner era una de las mayores demoliciones jamás escritas del estatismo.[92] Y para mi propio desarrollo personal, encontré el siguiente pasaje en su libro *No Treason*, decisivo para confirmar y fijar

---

[92] Lysander Spooner, *A Letter to Grover Cleveland, On His False Inaugural Address, the Usurpations and Crimes of Lawmakers and Judges, and the Consequent Poverty, Ignorance and Servitude of the People* (Boston: Benjamin R. Tucker, 1886).

permanentemente mi odio al Estado. Estaba convencido que ninguno podía leer estas líneas claras y bellas sobre la naturaleza del Estado y mantenerse impertérrito:

> El hecho es que el gobierno, como el bandolero, le dice a un hombre: «La bolsa o la vida». Y muchos, si no la mayoría, de los impuestos se pagan bajo la compulsión de esa amenaza.
>
> De hecho, el Gobierno no acechará a un hombre en un lugar solitario, saltando desde el borde del camino y, apuntándole con una pistola a la cabeza, procederá a registrarle sus bolsillos. Pero un robo no deja de ser un robo en ese sentido y es mucho más ruin y vergonzoso.
>
> El salteador de caminos asume la responsabilidad, el peligro y la pena de su propio acto. No pretende tener derecho a reclamar tu dinero, ni decir que intenta usarlo para tu beneficio. No pretende ser nada más que un ladrón. No ha adquirido suficiente descaro como para afirmar que es únicamente un «protector» y que les quita el dinero a los hombres en contra de su voluntad solo para poder «proteger» a esos viajeros extravagantes, que se sienten perfectamente capaces de defenderse por sí mismos o no aprecian su peculiar sistema de protección. Es un hombre demasiado sensato como para hacer declaraciones de ese tipo. Además, tras quitarte tu dinero, te deja hacer lo que quieras. No persiste en seguirte por el camino, contra tu voluntad, suponiendo ser tu legítimo «soberano», debido a la «protección» que te ofrece. No sigue «protegiéndote» obligándote a reverenciarle y servirle, forzándote a hacer esto y prohibiéndote hacer lo otro, robándote más dinero tan a menudo como le interese o le plazca y calificándote como rebelde, traidor y enemigo de tu país y disparándote sin misericordia si discutes su autoridad o te resistes a sus demandas. Es demasiado caballeroso como para ser culpable de tales imposturas y villanías. En resumen, aparte de robarte, no intenta hacer de ti su bufón o su esclavo. [93]

De hecho, el anarquismo estaba en el aire en esos días en nuestro pequeño movimiento. Mi amigo y compañero alumno de Mises, Richard Cornuelle, hermano pequeño de Herb, fue mi primer y voluntarioso converso. El fermento anarquista también bullía nada menos que en la FEE. Ellis Lamborn, uno de sus miembros del personal se calificaba abiertamente a sí mismo, como un «anarquista» y Dick informaba sonrientemente de que en su propia estancia en la FEE estaba «teniendo cada vez más dificultades para responder a las explicaciones anarquistas». Dick informaba también con alegría acerca de que, en medio de una larga discusión acerca de qué nombre darle a esta nueva

---

[93] Lysander Spooner, *No Treason* (Larkspur, Colo.: Pine Tree Press, 1966), p. 17.

creencia libertaria pura («libertario», «voluntarista», «individualista», «verdadero liberal», etc.) este miembro pionero del personal interrumpió, con su acento del Medio Oeste: «Diablos, "anarquista" es suficiente para mí». Otro miembro del personal, F.A. Harper, en una de mis visitas a Irvinton, sacó lentamente de debajo de su mesa una copia de *La ley de la violencia y la ley del amor*, de Tolstoi y así me presentó una variante pacifista absoluta del anarquismo. De hecho, se rumoreaba que casi todo el equipo de la FEE se había vuelto anarquista, a excepción de Mr. Read (y que incluso él titubeaba al respecto). Lo más cercano al titubeo público de Read fue su folleto «Students of Liberty», escrito en 1950. Después de exponer la necesidad de mantener la violencia del gobierno estrictamente limitada a la defensa de la persona y la propiedad, Read confesaba que aun estos límites propuestos le dejaban con dos preguntas a las cuales no había encontrado respuestas satisfactorias. Primero, «¿puede instituirse la violencia, independientemente de lo oficial o lo limitada en intención, sin engendrar violencia fuera del oficialismo y más allá de la limitación prescrita?» Y segundo:

> ¿No es imposible la limitación del gobierno, salvo en periodos relativamente cortos? ¿No será que los instintos predatorios de algunos hombres, que el gobierno pretendería reprimir, acaban apareciendo en los agentes seleccionados para llevar a cabo la supresión? Estos instintos tal vez sean compañeros inseparables del poder. (…) Si hay criminales entre nosotros, ¿qué les impide obtener y usar el poder del gobierno?[94]

Difícilmente puede ser una coincidencia que la influencia tolstoyana, la comparación de la «ley de amor» con la «ley de violencia» que constituye el gobierno, aparezca como un leitmotiv en todo el ensayo.[95]

El idilio libertario en la FEE llego abruptamente a su fin en 1954, con la publicación del manual de Leonard, Read *Government – An Ideal Contempt*. El libro desató oleadas de indignación que reverberaron en los círculos libertarios, puesto que con esta obra Read volvía decididamente al bando favorable al gobierno. Read había abandonado el liderazgo de los anarcocapitalistas, que hubiera sido suyo con solo reclamarlo, para así romper una lanza a favor del Viejo Orden.

---

[94] Leonard E. Read, *Students of Liberty* (Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1950), p. 14.

[95] «On That Day Began Lies», de Read, escrito en torno al mismo periodo, empieza explícitamente con una cita de Tolstói y se escribe como una crítica tolstoyana a organizaciones que reprimen o violan las conciencias de los miembros individuales. Ver «On That Day Began Lies», *Essays on Liberty* (Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1952), vol. 1, pp. 231-252.

Antes de que se publicara este libro, ni uno solo de los numerosos ensayos de la FEE habían dicho una sola palabra de alabanza al gobierno, toda su fuerza se había dedicado a la oposición a la acción ilegitima del gobierno. Aunque el anarquismo nunca había sido defendido explícitamente, todo el material de la FEE era coherente con un ideal anarquista, porque la FEE nunca había defendido positivamente al gobierno, ni declarado que era un ideal noble. Pero ahora esa tradición se había liquidado.

Numerosas cartas y largos manuscritos llegaron a la FEE como protesta de amigos anarquistas de todo el país. Pero Read no quería escuchar.[96] Entre los anarquistas, se extendió la opinión desfavorable de que Leonard literalmente se había «vendido» y el cotilleo incluía que un factor importante en la retractación de Leonard era un informe objetivo y minucioso de la FEE por parte de una organización que estudiaba y resumía institutos y fundaciones para potenciales empresarios contribuidores. El equipo había calificado a la FEE, de manera coherente, como una organización «anarquista tory» o «anarquista de derecha» y el rumor era que Leonard había reaccionado por miedo al efecto que tendría la etiqueta «anarquista» en las tiernas sensibilidades de los ricos contribuidores de la FEE.

La publicación de FEE del libro de Read tuvo un impacto duradero en la productividad y erudición en la FEE. Pues, hasta este momento, una de las reglas de trabajo había sido que no se publicaría nada bajo el nombre de la FEE sin el consentimiento unánime del personal, asegurando así que se preservaría la preocupación tolstoyana por la conciencia individual frente a su supresión y tergiversación por cualquier organización social. Pero en este caso, a pesar de una fuerte y virtualmente unánime oposición del personal, Read rompió descaradamente este pacto social y siguió adelante y publicó su alabanza del

---

[96] Uno de los escritos de protesta que circulaban entre los libertarios en ese tiempo fue escrito por Mr. Mercer Parks. Parks escribía:

> Defender el uso de la coacción para recaudar de quienes se resista a pagar impuestos afirmando que el gobierno «se limita a ejercer su papel de defender a sus miembros» (…) es evasivamente incoherente con las creencias publicadas por los miembros de la FEE. Así que la coacción ya no es coacción, dice este ensayo. Pero la coacción es siempre coacción si usa la fuerza para que alguien haga algo sin quererlo. No importa si el impuesto es equitativo o no, si se toma a una persona contra su voluntad mediante fuerza o amenaza de fuerza por el gobierno, no importa si es solo un centavo, si se consigue mediante el uso de coacción (Mercer H. Parks, «In Support of Limited Government» [inédito, 5 de marzo de 1955]).

Un comentario triste sobre el tamaño y la influencia de los anarcocapitalistas en ese momento es el hecho de que críticas como las de Parks no pudieran publicarse por falta de canales de expresión, fuera de la FEE, para la publicación de escritos libertarios.

gobierno bajo el *imprimatur* de la FEE. Fue esta actitud la que inició un lento, pero largo y continuo, descenso de FEE como centro de productividad e investigación libertarias, así como el éxodo de la FEE de sus mejores talentos, empezando por F.A. Harper. Cuando se inauguró la FEE en 1946, Read le prometió a Harper que la organización sería un instituto o un think-tank de estudios libertarios avanzados. Estas esperanzas se habían desvanecido, aun cuando Read más tarde negaría su fracaso diciendo serenamente que la FEE era una designada «escuela secundaria de libertad».

El invierno de 1949-50 fue ciertamente trascendental para mí, no solamente porque me había convertido al anarquismo y economía austriaca. Mi adopción de la Escuela Austriaca y mi asistencia al seminario de Mises determinarían el curso de mis estudios por muchos años venideros. Herb Cornuelle, ahora en el Fondo William Volker, sugirió a finales de 1949 que escribiera un texto universitario resumiendo *La acción humana* de Mises en una forma adecuada para estudiantes. Ya que Mises en aquel entonces no sabía nada de mí, sugirió que escribiera un capítulo de ejemplo, así que durante el invierno escribí un capítulo sobre moneda y la aprobación de Mises llevó al Fondo Volker a concederme una beca de varios años para un libro de texto austriaco, un proyecto que acabó convirtiéndose en un tratado sobre economía austriaca a gran escala, *El hombre, la economía y el Estado*, en el que empecé a trabajar a principios de 1952. Así empezó mi relación con el Fondo William Volker, que continuó durante una década e incluyó trabajo de consultoría para el fondo como crítico y analista de libros, revistas y escritos.

De hecho, a medida que la FEE se alejaba de su firme promesa de productividad e investigación, el Fondo Volker empezó a tomar el relevo. Herb Cornuelle dejó pronto el fondo para iniciar una brillante carrera en la alta administración industrial: una ganancia para la industria, pero una gran pérdida para el movimiento libertario. Su lugar en Volker (que se había mudado de Kansas City a Burlingame, California) lo tomó su hermano menor Dick y pronto se agregaron otros mandos intermedios, tomando así forma el concepto único del Fondo Volker. Este concepto incluía no solo el financiar becas de investigación conservadora y libertaria (conferencias, becas universitarias, distribuciones de libros en librerías y finalmente publicación directa de libros), sino también la concesión de fondos a investigadores individuales en vez de la técnica usual fundacional de dar fondos *en masse* a organizaciones y universidades cercanas al aparato del estado (como el Social Research Council). Conceder fondos a individuos significaba que el Fondo Volker tenía que tener mucho más personal de enlace que fondos mucho mayores que su comparativamente modesto tamaño (aproximadamente 17 millones de díolares).

Y así el Fondo Volker acabó añadiendo a Kenneth S. Templeton, Jr., un joven historiador que impartía clases en la Kent School de Connecticut; F. A. Harper,

uno de los éxodos de la FEE; el Dr. Ivan R. Bierly, un alumno de doctorado de Harper en Cornell y luego en la FEE, y H. George Resch, recién graduado de Lawrence College y especialista en revisionismo de la Segunda Guerra Mundial. Trabajando dentro del marco de referencia del mandato de Mr. Volker de anonimato filantrópico, el Fondo Volker nunca pidió ni recibió mucha publicidad, pero sus contribuciones fueron vitales para promover y aunar un gran grupo de becas libertarias, revisionistas y conservadoras. En el campo del revisionismo, el Fondo desempeñó un papel en la financiación del enorme proyecto de Harry Elmer Barnes de una serie de libros acerca del revisionismo de la Segunda Guerra Mundial.

A principios de la década de 1950, toda esta actividad libertaria forzó a la opinión ortodoxa a reflexionar y tomar nota. En concreto, en 1948, Herb Cornuelle y el Fondo William Volker habían ayudado a Spiritual Mobilization, de Los Ángeles, una organización de derecha encabezada por el Reverendo James W. Fifield, a crear una revista mensual, *Faith and Freedom*. Cornuelle colocó a William Johnson, un libertario que había sido su ayudante en la Marina, como editor de la nueva revista. Chodorov, que fusiono su *analysis* con *Human Events* en marzo de 1951 y se mudó a Washington para convertirse en editor asociado de esta última publicación, empezó a escribir regularmente una columna para *Faith and Freedom*, «Along Pennsylvania Avenue».

En 1953, apareció el primer reconocimiento ortodoxo del nuevo movimiento libertario en la forma de un injurioso libro con acusaciones de fascismo escrito por un joven ministro metodista denunciando a «extremistas» en las iglesias protestantes. El libro de Ralph Lord Roy, *Apostles of Discord: Study of Organized and Disruption on the Fringes of Protestantism*,[97] era una tesis escrita bajo la tutela del alto sacerdote del liberalismo de izquierda en el Union Theological Seminary de Nueva York, el Dr. John C. Bennette. Esta obra fue parte de un género popular de ese tiempo al que podría llamarse «hostigamiento extremista», en el que el evidente propio y correcto «centro vital» se defiende contra extremistas de toda clase, pero particularmente contra los de derechas. Así, Roy, dedicando un capítulo superficial a atacar a protestantes procomunistas, dedicaba el resto del libro a varias clases de derechistas, a los que dividía en dos funestos grupos: Apóstoles del Odio, y Apóstoles de la Discordia. En el menos amenazante Ministerio de la Discordia (junto con procomunistas y algunos derechistas) estaban, en el capítulo 12, «Dios y los "Libertarios"», colocado por alguna razón entre comillas. Pero, con o sin comillas, bajo ataque o no, pudimos por lo menos conseguir una atención general y supongo que deberíamos estar agradecidos de que nos colocara en la categoría de la Discordia en vez de en la del Odio.

---

[97] (Boston: Beacon Press, 1953).

Roy denunciaba la «fachada» de Spiritual Mobilization y su *Faith and Freedom*, así como a la FEE, Nock y Chodorov. Su trato es bastante preciso, aunque el Fondo Volker logró eludir advertirlo; sin embargo, la inclusión del FEE bajo el protestantismo era poco consistente, al basarse solamente en el hecho que Leonard Read era miembro del comité consultivo de Spiritual Mobilization. En el capítulo de Roy también se atacaba a *Christian Economics* (*CE*), un tabloide bimensual de libre empresa editado por el veterano Howard E. Kershner, que creó la Christian Freedom Foundation y en 1950 empezó a publicar *CE*. Después de la Primera Guerra Mundial, Kershner había sido el segundo de Herbert Hoover en su programa de ayuda alimentaria y era viejo amigo de su compañero cuáquero. En *CE* trabajaba como columnista, en la oficina en Nueva York, Percy L. Greaves, Jr., veterano periodista de economía, quien se estaba volviendo un fiel seguidor de Ludwig von Mises en el seminario de este. Antes de llegar a Nueva York para unirse a *CE* en 1950, Percy había sido un miembro importante del Comité Nacional Republicano en Washington y era consejero sobre minorías del senador Brewster, de Maine, y del comité investigador de Pearl Harbor en el Congreso. Esta experiencia hacía de Percy uno de los más importantes revisionistas de Pearl Harbor en el país. Percy fue un raro ejemplo de alguien con tanta experiencia política como interés por la investigación económica. Todavía estando en Washington en 1950, pensó seriamente presentarse como candidato al Senado por Maryland en las primarias republicanas. Como resultó ser el año en el cual el aparentemente inexpugnable senador Millard E. Tydings perdió contra el desconocido John Marshall Butler debido a la pelea que tuvo con Joe McCarthy, Percy pudo haber sido senador ese año en vez de Butler. Como consecuencia de su comportamiento en general, en nuestro grupo del seminario Mises, afectuosamente nos referíamos a Percy como «el senador».

Un aspecto gratificante de nuestro paso a tener cierta prominencia fue que, por primera vez por lo que recuerdo, nosotros, «nuestro lado», le habíamos quitado una palabra crucial al enemigo. Otras palabras, tales como «liberal», se habían originalmente identificado con libertarios de laissez-faire, pero las habían capturado los estatistas de izquierda, obligándonos en 1940 a llamarnos bastante débilmente liberales «verdaderos» o «clásicos».[98] «Libertarios», por el contrario, había sido desde hacía mucho sencillamente una palabra cortés para anarquistas de izquierda, o sea para los anarquistas contrarios a la propiedad privada, ya fuera de la variedad comunista o sindicalista. Pero ahora nos la habíamos apropiado, y

---

[98] Otra palabra capturada por los estatistas fue «monopolio». Del siglo XVII al XIX, «monopolio» significó sencillamente la concesión de un privilegio exclusivo por parte del estado para producir o vender un producto. Si embargo, hacia el final del siglo XIX la palabra se había transformado en prácticamente lo contrario, pasando a significar en su lugar el logro de un precio en el mercado libre que era en algún sentido «demasiado alto».

más correctamente desde el punto de vista de la etimología, ya que defendíamos la libertad individual y por consiguiente al derecho individual a la propiedad.

Algunos libertarios, como Frank Chodorov, prefirieron continuar con la palabra «individualista». Por cierto, lo que Frank pensaba que sería su mayor legado a la causa fue la fundación de la Intercollegiate Society of Individualists de ámbito educativo. Frank dedicó en octubre de 1950 una edición especial de *analysis* a «Un proyecto de cincuenta años» para recuperar la vida intelectual frente al estatismo predominante en Estados Unidos. Chodorov atribuía la «transmutación del carácter estadounidense de individualista a colectivista» a organizaciones del inicio del siglo XX como la Intercollegiate Socialist Society: lo que se necesitaba era un antagonista para educar y recobrar a los jóvenes universitarios, el futuro del país. Chodorov reelaboró su enfoque en «For Our Children`s Children» dirigido a una mayor audiencia en el número del 6 de septiembre de 1950 de *Human Events*. Como consecuencia, se fundó la Intercollegiate Society of Individuals en 1953, con la ayuda de una donación de mil dólares de J. Howard Pew, de Sun Oil, siendo en esos días el contribuidor principal de la causa de la Vieja Derecha, y con la ayuda de personas de una lista de correos de la FEE. Después del primer año en las oficinas de *Human Events*, Chodorov trasladó la sede de la ISI a la Foundation for Economic Education, cuando abandonó *Human Events* en el verano de 1954, para hacerse cargo como editor de una revista mensual, *The Freeman*, publicada por la FEE.

8. El renacimiento de la posguerra II: Política y política exterior

En el ámbito de la política directa, parecía claro que solo había un lugar para aquellos de nosotros no totalmente desilusionados con la acción política: la «derecha extrema» del Partido Republicano. La derecha extrema estaba especialmente bien representada en la Cámara de Representantes e incluía hombres como Howard H. Buffett, de Omaha, Ralph W. Gwinn, de Nueva York, Frederick C. Smith, de Ohio, y H.R. Gross, de Iowa (prácticamente el único del grupo que queda), que eran firmemente aislacionistas y se oponían a las guerras e intervenciones en el extranjero y eran en general promercado y libertarios en asuntos interiores. Por ejemplo, se oponían con firmeza al servicio militar, que se había impuesto mediante una coalición de liberales y los que solían llamarse conservadores e internacionalistas «ilustrados». La derecha extrema también incluía al *Chicago Tribune* del coronel McCormick, al que estuve suscrito encantado durante un tiempo y que continuaba destapando trapos sucios contra Wall Street y los intervencionistas, así como continuos artículos a favor de la liberación nacional de galeses y escoceses de aquella Inglaterra odiada por

McCormick. El senador Taft era el personaje político más importante de esa rama del partido, pero la confusión (entonces y después) provenía de la devoción filosófica de Taft por el consenso como un bien en sí mismo. Como consecuencia, Taft estaba siempre consensuando y «vendiendo» la causa individualista: El mercado libe en el interior y la no intervención en el exterior. Así que en la jerga de ese momento Taft era realmente la «izquierda extrema» de la rama de la derecha extrema de los republicanos y sus renuncias a los principios nos eran arrojadas por los liberales: «Vaya, incluso el senador Taft está a favor» de la ayuda federal a la educación o la defensa de Chiang o lo que fuera.

En todo caso, me identifiqué rápidamente con la derecha republicana tan pronto como fui políticamente activo al acabar la Segunda Guerra mundial. Me uní al Club de Jóvenes Republicanos de Nueva York, donde escribí un informe de campaña en 1946 atacando a la Oficina de Administración de Precios y los controles de precios y adopté el bando del laissez-faire en una serie de debates internos sobre el futuro del Partido Republicano. Era una postura minoritaria y solitaria, especialmente entre los JR, que eran en buena parte juristas oportunistas buscando un lugar y un patrocinio dentro de la maquinaria de Dewey. (Bill Rusher, que posteriormente se convirtió en director del *National Review*, era en ese momento un republicano usual de los de Dewey en los JR). Sin embargo, mi entusiasmo no tuvo límites cuando los republicanos, en su mayoría conservadores, arrasaron en el Congreso en 1946. Por fin, el socialismo y el internacionalismo iban a ceder. Uno de mis primeros escritos publicados fue una carta de «Aleluya» que envié al *World-Telegram* de Nueva York para celebrar la gloriosa victoria. Sin embargo, enseguida apareció en la manzana un malvado gusano: fiel a su naturaleza de componendas, Bob Taft concedió el liderazgo de la política exterior en el Senado al aislacionista renegado Arthur Vandenberg, ahora un héroe del entorno del *New York Times* y el aparato estatal del Este. (El peor rumor en la derecha era que Vandenberg había sido literalmente seducido para cambiar su postura en política exterior por una amante inglesa). Fue Vandenberg, ignorando la ferviente oposición de la rama derechista aislacionista del partido, quien movilizó el apoyo para el inicio de la Guerra Fría, el préstamo a Gran Bretaña, el Plan Marshall y la ayuda a Grecia y Turquía, para asumir el antiguo papel imperial británico y aplastar la revolución griega.

Otro golpe duro para la causa de la Vieja Derecha en el Partido Republicano fue la nominación de Tom Dewey para la presidencia en 1948, al ser entonces Dewey un representante del poder «izquierdista», estatista e internacionalista del Este de Wall Street. Dewey rechazaba defender la propuesta del 80º Congreso contra las burlas de Harry Truman llamándonos «donnadies» (en realidad, habían ido mucho más lejos). Yo no podía apoyar a Dewey para la presidencia y era el único norteño de Columbia que se unió al Club de Estudiantes por Thurmond, de corta vida, basando mi apoyo en el programa descentralizador y de los derechos

de los estados de Strom Thurmond. Taft y los taftianos eran aislacionistas y por tanto mucho más antiintervencionistas que Henry Wallace en la campaña de 1948. La prueba del algodón es que el propio Wallace y la mayoría de su Partido Progresista apoyaron nuestra aventura imperialista en Corea en nombre de la «seguridad colectiva» dos años después, mientras que los republicanos aislacionistas de derecha extrema constituyeron la única oposición política a la guerra.[99]

El factor más importante a tener en cuenta acerca de la Vieja Derecha en la posguerra es que se oponía terca y firmemente tanto al imperialismo e intervencionismo estadounidenses en el exterior como a su corolario del militarismo en el interior. Se oponía con rotundidad al servicio militar como algo mucho peor que otras formas de regulación estatista, pues el reclutamiento, como la esclavitud, se apropiaba de la «propiedad» más preciosa del reclutado: su propia persona y ser. Por ejemplo, casi todos los días, el veterano activista John T. Flynn, ahora portavoz y escritor para el conservador America's Future, Inc. (un derivado del Committee for Constitutional Government) echaba pestes contra el militarismo y el servicio militar. Y eso a pesar de su creciente apoyo a la Guerra Fría en el exterior. Incluso el semanario de Wall Street *Commercial and Financial Chronicle* publicó un largo artículo contrario al reclutamiento obligatorio. Y Frank Chodorov, alabando en su *analysis* un folleto publicado por el National Council Against Conscription, escribía que «el Estado no puede intervenir en los asuntos económicos de la sociedad sin crear su maquinaria coactiva y eso, después de todo, es militarismo. El poder es su correlativo en política».

En política exterior, eran los republicanos de derecha extrema los que eran particularmente fuetes en la Cámara de Representantes, oponiéndose con energía al servicio militar, la OTAN y la Doctrina Truman. Consideremos, por ejemplo, al representante de Omaha, Howard Buffett, director de la campaña del senador Taft en el Medio Oeste en 1952, uno de los más «extremos» de los extremistas, un hombre que recibía constantemente ceros clasificadores liberales de congresistas como ADA y *New Republic*, y a quien *Nation* calificaba en esa época como «un hombre capaz cuyas ideas trágicamente se han fosilizado». Llegué a conocer a Howard como un libertario genuino, coherente y amable. Atacando la Doctrina Truman en la tribuna del Congreso, Buffett declaraba:

> Incluso si fuera deseable, Estados Unidos no es lo suficientemente fuerte como para ser la policía del mundo mediante el uso de fuerza militar. Si se

---

[99] Para una interpretación revisionista de Henry Wallace como internacionalista, ver Leonard Liggio y Ronald Radosh, «Henry A. Wallace and the Open Door», en *Cold War Critics*, Thomas Paterson, ed. (Chicago: Quadrangle, 1971), pp. 76-113.

intentara, las bondades de la libertad se verían remplazadas por la coacción y la tiranía en la nación. Nuestros ideales cristianos no pueden exportarse a otros territorios mediante dólares y armas de fuego. (…) No podemos practicar el poder y la fuerza en el exterior y mantener la libertad en el interior. No podemos hablar de cooperación mundial y practicar una política de poder.[100]

También en 1947, el representante George Bender, de Ohio, que iba a ser secretario de Taft en el Congreso en 1952 y posteriormente sucesor de este en el Senado, mantenía una crítica persistente contra la Doctrina Truman. Atacando al corrupto gobierno griego y las elecciones fraudulentas que lo mantuvieron en el poder, Bender declaraba:

Creo que el programa de la Casa Blanca es una reafirmación de la creencia del siglo XIX en la política del poder. Es un refinado de la política adoptada por primera vez después del Tratado de Versalles en 1919, pensada para rodear a Rusia y establecer un «cordón sanitario» alrededor de la Unión Soviética. Es un programa que apunta a una nueva política de intervencionismo en Europa como corolario de nuestra Doctrina Monroe en Sudamérica. No nos equivoquemos con respecto a las implicaciones a largo plazo de este plan. Una vez hayamos dado el paso histórico de enviar ayuda financiera, expertos militares y préstamos a Grecia y Turquía, estaremos irremediablemente comprometidos con un rumbo de acción que será imposible abandonar. A esto seguirán más y mayores reclamaciones. Aparecerán mayores necesidades en todas las áreas de conflicto en el mundo.[101]

Además, Bender fue uno de los pocos defensores en el Congreso de Henry Wallace cuando este hablaba en el extranjero oponiéndose a la Doctrina Truman. En respuesta a ataques como la denuncia de «traición» del representante Kenneth Keating, seguidor de Dewey, y a los ataques de Winston Churchill a Wallace por hacer pública su oposición en el extranjero, Bender replicó que, si Churchill podía intentar iniciar la Guerra Fría hablando en Estados Unidos, Wallace indudablemente podía tratar de impedir esa guerra hablando en Europa.

Lanzando una crítica devastadora contra la política exterior de Truman en junio de 1947, Bender le acusaba:

Mr. Truman pidió al Congreso que autorizara un programa de colaboración con los pequeños y no tan pequeños dictadores de Sudamérica. Mr. Truman presentó un borrador de propuesta de ley que autorizaría a Estados Unidos a

---

[100] *Actas del Congreso*, 80º Congreso, Primera Sesión, 18 de marzo de 1947, p. 2217.

[101] *Actas del Congreso*, 80º Congreso, Primera Sesión, 28 de marzo de 1947, p. 2831-2832. Ver en particular Leonard P. Liggio, «Why the Futile Crusade?», *Left and Right* 1, nº 1 (Primavera de 1965): 43-44.

encargarse de armar Sudamérica a una escala mucho más allá del desembolso de 400.000.000$ a Grecia y Turquía.

> Mr. Truman continuó con su campaña para la formación militar universal en tiempos de paz en Estados Unidos.
>
> Pero el control militar en el interior es una parte del programa emergente de Truman. La administración Truman está usando todos sus recursos de propaganda en un intento de ablandar al pueblo estadounidense para que acepte esta idea.
>
> Sí, la administración Truman está ocupada en su intento de vender la idea del control militar al pueblo de Estados Unidos. Y de la mano de la campaña de propaganda van las reuniones secretas para la movilización industrial.
>
> Este es el tipo de cosas que están teniendo lugar de puertas a dentro en el edificio del Pentágono, y de las que el pueblo de Estados Unidos solo sabe por casualidad. Es una parte del plan emergente de Truman (…) una parte del conjunto de la doctrina Truman de extraer los recursos de Estados Unidos en apoyo de todo gobierno reaccionario en el mundo.[102]

Mientras el senador Taft divagaba y cedía en asuntos exteriores, especialmente con respecto a China y el apoyo a Chiang, el representante Bender no vacilaba. Advirtiendo al Congreso acerca de la «intensa presión» del lobby chino en mayo de 1947, Bender denunciaba

> que la embajada china ha tenido aquí la arrogancia de invadir nuestro Departamento de Estado y de tratar de decir a nuestro Departamento de Estado que la Doctrina Truman ha comprometido a nuestro gobierno y a este Congreso a un apoyo sin fisuras al actual gobierno fascista chino.[103]

Incluso el propio Taft adoptaba una postura en general aislacionista y antiintervencionista. Así, el senador se oponía al Plan Marshall, por razón de que «conceder ayuda a Europa no haría otra cosa que proporcionar a los comunistas más argumentos contra la política "imperialista" de Estados Unidos». Además, Taft declaraba que, si los países de Europa Occidental decidieran incluir comunistas en sus gobiernos, sería una prueba de que el capitalismo competitivo no se había aprobado en Europa, que por el contrario estaba plagada de cárteles y privilegios. Es especialmente encomiable la valentía de Taft a la hora de rechazar dejarse pisotear por los liberales seguidores de Truman y los republicanos intervencionistas para aprobar medidas de Guerra Fría en respuesta a la

---

[102] *Actas del Congreso*, 80º Congreso, Primera Sesión, 6 de junio de 1947, p. 6562-6563. Citado en Liggio, «Why the Futile Crusade?», pp. 45-46.

[103] Ibíd, pp. 46-47.

«apropiación» comunista de Checoslovaquia en 1948, un «golpe» que consistió esencialmente en la dimisión de los miembros derechistas del gabinete checo, dejando en el poder un gobierno de izquierdas. Taft negaba tenazmente que Rusia tuviera ningún plan para iniciar una agresión o conquistar territorios adicionales: la influencia rusa, señalaba Taft, «ha sido predominante en Checoslovaquia desde el final de la guerra. Los comunistas se limitan a consolidar su posición en Checoslovaquia, pero no ha habido ninguna agresión militar».

El senador Taft también se opuso a la creación de la OTAN en 1949, como parte de la Guerra Fría. Advirtió que

> la creación de un gran ejército rodeando a Rusia, desde Noruega hasta Turquía e Irán, podría producir un miedo a la invasión de Rusia y algunos de los países satélites considerados por Rusia como esenciales para la defensa de Moscú.

La OTAN, advertía Taft, violaba completamente el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas:

> El proyecto de la nación más poderosa del mundo de armar a la mitad del mundo contra la otra mitad va mucho más allá de cualquier «derecho de defensa colectiva si se produce un ataque armado». Viola todo el espíritu de la Carta de las Naciones Unidas. (…) El Pacto Atlántico se dirige exactamente en dirección opuesta a la de los propósitos de la carta y hace que resulten una farsa los esfuerzos adicionales para conseguir una justicia internacional a través del derecho y la justicia. Divide necesariamente al mundo en dos bandos armados. (…) Por tanto, este tratado significa inevitablemente una carrera de armamentos y las carreras de armamentos en el pasado han llevado a la guerra.[104]

En un debate con el senador John Foster Dulles, retoño de Wall Street y de los intereses de los Rockefeller, en julio de 1949, Taft afirmaba que: «No puedo votar a favor de un tratado que, en mi opinión, hará mucho más por generar una tercera guerra mundial de lo que hará nunca por mantener la paz en el mundo».

Incluso en Asia, Taft, en enero de 1950, se opuso a la política de Truman de suministrar ayuda al ejército francés para reprimir la revolución nacional indochina y también advirtió que no apoyaría ningún compromiso para respaldar a Chiang en una guerra contra China y reclamó la remoción de Chiang, sus burócratas y su ejército de ocupación en Formosa, para permitir que el pueblo de Formosa votara su autodeterminación:

---

[104] Robert A. Taft, *A Foreign Policy for Americans* (Nueva York: Doubleday & Co., 1951), pp. 89-90, 113. Citado en Liggio, "Why the Futile Crusade?" pp. 49-50.

> Tal y como yo lo entiendo, el pueblo de Formosa, si se le permitiera votar, probablemente votaría por crear una república independiente de Formosa. (…) Si en la conferencia de paz se decide que Formosa se cree como república independiente, indudablemente tenemos los medios para obligar a la rendición a los nacionalistas de Formosa.[105]

Además, a principios de 1950 muchos internacionalistas republicanos se unieron a los aislacionistas para propinar un duro golpe a nuestra creciente intervención en Asia: una derrota de una propuesta de ayuda de 60 millones de dólares de la administración Truman a Corea del Sur por un solo voto. Prácticamente todos estuvieron de acuerdo en que la ayuda al régimen de Rhee era un completo desperdicio y que Corea estaba fuera de los intereses de la defensa estadounidense. El historiador Tang Tsou señaló que «este fue el primer gran revés en el Congreso para la administración en el campo de la política exterior desde el final de la guerra».[106]

Fueron los esfuerzos del representante Walter Judd (R., Minn.), internacionalista veterano, exmisionero en China y líder del lobby chino en el Congreso, los que indujeron a la Cámara, en un lamentable cambio de opinión, a invertir su decisión.

La Guerra de Corea fue el último educto del aislacionismo antibelicista de la Vieja Derecha. Fue un momento en el que prácticamente toda la Vieja Izquierda, con la excepción del Partido Comunista y de I.F. Stone, se rindió a la mística global de la ONU y su «seguridad colectiva contra la agresión» y respaldó la agresión imperialista de Truman en esa guerra. El hecho de que la ONU fuera y haya continuado siendo una herramienta de Estados Unidos apenas se consideró. Incluso Corliss Lamont apoyó la postura estadounidense en Corea, junto con prácticamente todos los líderes del Partido Progresista. Solo los republicanos de la derecha extrema se opusieron valerosamente a la guerra.

Por ejemplo, Howard Buffett estaba convencido de que Estados Unidos era en buena parte responsable del estallido del conflicto en Corea, pues el senador Stiles Bridges (R., N.H.) le había dicho que el almirante Roscoe Hillenkoeter, jefe de la CIA, lo había atestiguado en secreto ante el Comité de Servicio Armados del Senado el iniciarse la guerra. Por su indiscreción como testigo, el almirante Hillenkoeter fue rápidamente despedido por el presidente Truman y poco más se

---

[105] Robert A. Taft, «"Hang On" To Formosa: Hold Until Peace Treaty with Japan Is Signed», *Vital Speeches* 16, nº 8 (1 de febrero de 1950): 236-237. Citado en Liggio, «Why the Futile Crusade?», p. 52.

[106] Tang Tsou, *America's Failure in China, 1941-50* (Chicago: University of Chicago Press, 1963), pp. 537-538. Citado en Liggio, «Why the Futile Crusade?», p. 53.

oyó de esto en Washington. Durante el resto de su vida, Buffett llevó a cabo una campaña para que el Congreso desclasificara el testimonio de Hillenkoeter, pero sin éxito. Buffett me recordaba con alegría en años posteriores que I.F. Stone le envió una nota muy amable, alabando su liderazgo en el Congreso a la hora de oponerse al conflicto de Corea. Mirando atrás, es una pena que Howard no siguiera la insinuación de Stone y actuara estableciendo una alianza Izquierda-Derecha contra la guerra, aunque, como he dicho, había un precioso pequeño sentimiento izquierdista en la oposición.

El senador Taft atacaba la intervención de Truman en Corea: insistía en que Corea no era vital para Estados Unidos, en que la intervención podría interpretarse como una amenaza a la seguridad del bloque soviético y en que la «acción policial» violaba la Carta de la ONU y era un aumento inconstitucional de los poderes de guerra del presidente. «Si el presidente puede intervenir en Corea sin la aprobación del Congreso», alegaba Taft, «puede ir a la guerra en Malasia o Indonesia o Irán o Sudamérica». Por el contrario, *Nation* y *New Republic*, que habían criticado previamente la Doctrina Truman y la Guerra Fría, se unían a ella con entusiasmo. Estos dos periódicos progresistas censuraban a Taft y al *Chicago Tribune* del coronel McCormick por unirse a los comunistas en su «derrotismo», al oponerse a la guerra. La campaña salvaje contra la reelección de Taft en 1950 fue la ocasión para un ataque masivo a este por el progresismo organizado, con la administración Truman atacando su aislacionismo y supuesta tibieza con la Unión Soviética. *New Republic*, en su análisis del 4 de septiembre de los votos en el Congreso, alababa a los demócratas por su historial de voto firmemente «anticomunista» en asuntos exteriores (87%). Por el contrario, el senador Taft solo tenía una puntuación de 53% para *New Republic*, mientras que aislacionistas más coherentes como el senador Kenneth Wherry (R., Neb.) tenía solo una marca «anticomunista» del 23%. Y *New Republic* señalaba agriamente la coherencia del aislacionismo de Taft y su devoción «legalista» a la no agresión y el derecho internacional:

> Ha habido históricamente una afinidad en marcha entre aislacionistas y legalistas: los primeros atacaron el acuerdo de los destructores de Roosevelt de 1941 por belicista, los segundos por ser propio de una dictadura. Hay indicaciones de que esta coalición se está volviendo a reforzar.[107]

En la inauguración del nuevo Congreso, a principios de 1951, las fuerzas aislacionistas, lideradas por los senadores Wherry y Taft, lanzaron un ataque contra la guerra emitiendo una resolución prohibiendo al presidente enviar tropas al exterior sin aprobación previa del Congreso. Atacaban el rechazo de

---

[107] «The Hoover Line Grows», *New Republic* 124 (15 de enero de 1951): p. 7. Citado en Liggio, «Why the Futile Crusade?», p. 57.

Truman de aceptar un alto el fuego o llegar a un acuerdo de paz en Corea y advertían que Estados Unidos no tenía tropas suficientes para una guerra terrestre sin salida en el continente asiático. Taft también atacaba la afirmación del presidente de su derecho a usar armas atómicas y a enviar tropas fuera del país bajo su autoridad.

Hubo un interesante ataque contra el senador Taft lanzado por el muy influyente liberal-belicista McGeorge Bundy. Bundy expresaba preocupación por que la clara victoria en su reelección indicara un apoyo popular a la limitación del poder ejecutivo para liderar a Estados Unidos en conflicto sin aprobación del Congreso. Como decía Leonard Liggio:

> La preferencia de Taft por las negociaciones en lugar del derramamiento de sangre en intervenciones militares le parecía a Bundy una renuncia a afirmar el liderazgo global de Estados Unidos contra el comunismo y una actitud defectuosa de duda, desconfianza y miedo hacia el propósito nacional de Estados Unidos en el mundo.[108]

Bundy declaraba que la búsqueda normal de paz de un estadista debe descartarse y ser reemplazada por el manejo del poder, aplicando diplomacia y poder militar en una lucha permanente contra el comunismo mundial en guerras limitadas, alternando con periodos limitados de paz. Por eso Bundy criticaba a Taft por «apaciguador» al oponerse a rodear a la Unión Soviética con alianzas militares y a la intervención en Corea y también por la voluntad de Taft de llegar a un acuerdo con la China comunista para alejarnos de la debacle coreana.

Bundy también discrepaba fuertemente con Taft sobre el inicio por parte de este último de un debate abierto sobre la Guerra de Corea. Pues Taft había denunciado la idea de un apoyo sin fisuras al presidente en sus aventuras militares:

> Alguien [que se ha] atrevido a sugerir críticas o incluso un debate completo (…) fue calificado en su momento como aislacionista y saboteador de la unidad y la política exterior bipartidista.[109]

Bundy, por el contrario, denunciaba la idea de cualquier recriminación o incluso cuestionamiento público de las decisiones de los políticos del ejecutivo,

---

[108] Liggio, «Why the Futile Crusade?», p. 57.

[109] *Actas del Congreso*, 82º Congreso, Primera Sesión, 5 de enero de 1951, p. 55.

pues el público sencillamente reaccionaba *ad hoc* a situaciones concretas sin adoptar las concepciones rígidas de los políticos del propósito nacional.[110]

El último impulso político aislacionista de la Vieja Derecha se produjo en el Gran Debate que se produjo después de nuestra aplastante derrota a manos de los chinos a finales de 1950, una derrota con la que los chinos habían expulsado de Corea del Norte a las fuerzas estadounidenses. La administración Truman rechazaba tercamente reconocer las nuevas realidades y firmar la paz con Corea sobre la base del paralelo 38, condenando así a las tropas estadounidenses a años de fuertes bajas. En respuesta, dos viejos estadistas aislacionistas famosos, Herbert Hoover y Joseph P. Kennedy, realizaron dos discursos resonantes y evidentemente coordinados uno detrás de otro en diciembre de 1950, reclamando la evacuación estadounidense en Corea y el fin de la guerra en Asia.

El 12 de diciembre, el exembajador Kennedy señalaba la continuidad durante decenios de su postura aislacionista y antibelicista y declaraba:

> Desde el principio, no tuve paciencia con una política que sin el debido respeto hacia nuestros recursos (humanos y materiales) llegaría a compromisos en el exterior que no podríamos cumplir. Como embajador en Londres en 1930, vi lo absurdo de esto cuando los británicos se comprometieron con Polonia en cosas que no podían cumplir y todavía no han cumplido: un compromiso que los llevó a la guerra.
>
> Naturalmente, me oponía al comunismo, pero pensaba que si partes de Europa o Asia iban a ser comunistas o incluso se iba a impulsar el comunismo en ellas, no podríamos detenerlo. Por el contrario, debemos estar seguros de nuestra fortaleza y asegurarnos de que no se malgasta en batallas que no pueden ganarse.
>
> ¿Pero dónde estamos ahora? Empezando con nuestra intervención en las elecciones italianas y la ayuda financiera y política a Grecia y Turquía, hemos expandido nuestros programas políticos y financieros a una escala amplia casi increíble. Miles de millones de han gastado en el Plan Marshall, más miles de millones en la ocupación de Berlín, Alemania Occidental y Japón. Se ha mandado ayuda militar a Grecia, Turquía, Irán, las naciones del pacto del Atlántico Norte, la Indochina francesa y ahora en Corea estamos luchando en la cuarta mayor guerra de nuestra historia.

---

[110] McGeorge Bundy, «The Private World of Robert Taft», *The Reporter*, 11 de diciembre de 1951; Bundy, «Appeasement, Provocation, and Policy», *The Reporter*, 9 de enero de 1951.Ver Liggio, «Why the Futile Crusade?», pp. 57-60.

¿Qué hemos obtenido a cambio de este esfuerzo? Tenemos menos amigos de los que teníamos en 1945. (…)

Enfrentarse a esos enormes ejércitos [de los países comunistas] en el continente europeo o asiático es insensato, pero esa es la dirección hacia la que ha estado tendiendo nuestra política.

Esa política es suicida. No nos ha creado ni un amigo. Ha mantenido nuestro armamento disperso por el planeta. Ha elegido un campo de batalla y amenaza con elegir otros imposiblemente eliminados de nuestras fuentes de suministro. No ha contenido el comunismo. Mediante nuestros métodos de oposición ha consolidado el comunismo donde, en caso contrario podría haberse disuelto en sus propias disensiones internas. Nuestra política hoy es política y moralmente una política en quiebra.

Kennedy concluía que la única alternativa para Estados Unidos era abandonar toda la política de intervención global y adoptar de nuevo el aislacionismo:

No puedo ver otra alternativa que tener el valor de deshacernos de esta política y empezar con las bases que expuse hace más de cinco años. (…)

El primer paso de esta política sería salir de Corea: en realidad, salir de todas partes de Asia que no planeemos mantener para nuestra propia defensa. Una política así significa que en el Pacífico elegiríamos nuestros campos de batalla si nos viéramos obligados a luchar y nos los tendríamos determinados por consideraciones políticas e ideológicas que no tienen ninguna relación con nuestra propia defensa.

El siguiente paso en esta política es aplicar el mismo principio a Europa. Hoy es ocioso hablar de ser capaces de mantener el frente del Elba o el frente del Rin. ¿Por qué debemos gastar recursos valiosos en intentarlo? (…) Trasladar armas y hombres a una aventura militar quijotesca no tiene ningún sentido. ¿Qué hemos conseguido quedándonos en Berlín? Todo el mundo sabe que podemos ser expulsados en el momento en que Rusia decida expulsarnos. (…)

Los miles de millones que hemos derrochado en estas empresas podrían haberse usado mucho más eficazmente en este hemisferio y en los mares que lo rodean. (…)

Sin embargo, la gente diría que esta política no contendría al comunismo. ¿Lo hace nuestra política actual? ¿Podemos contener a la Rusia comunista si esta decide marchar, con un prolongado frente de batalla en medio de Europa? La verdad es que nuestra única esperanza real es mantener a Rusia, si decide marchar, en el otro lado del Atlántico y hacer al comunismo demasiado costoso tratar de cruzar el mar. Puede ser que esa Europa durante una década o más se convierta en comunista. Pero, al hacerlo, puede

fraccionarse como fuerza unificada. El comunismo todavía tiene que demostrar a sus pueblos que es un gobierno que logrará para ellos un mejor modo de vida. Cuanta más gente tenga que gobernar, más necesario será para los que gobiernen justificarse ante los gobernados. Cuantos más pueblos estén bajo su yugo, mayores serán las posibilidades de revuelta. Además, parece seguro que el comunismo extendido por Europa no se contentaría con estar gobernado por un puñado de hombres en el Kremlin. Tito en Yugoslavia ya está demostrando esto. Mao en China es poco probable que acepte órdenes de Stalin.

Después de este pronóstico tan profético (que recibió muchas burlas en su momento) de la inevitable quiebra del monolito comunista internacional, Kennedy añadía valerosamente:

Por supuesto, está política será criticada como apaciguamiento. No hay palabra que se use más erróneamente. ¿Es apaciguamiento renunciar a compromisos insensatos (…) y dejar claro exactamente cómo y para qué lucharás? Si es sensato para nuestros intereses no llegar a compromisos que pongan en peligro nuestra seguridad y esto es apaciguamiento, estoy a favor del apaciguamiento. No puedo sino recordar con claridad el tiempo precioso comprado por Chamberlain en Múnich. Entonces aplaudí esa compra: hoy también la aplaudiría. Por el contrario, hoy hemos eludido un Múnich, pero nos acercamos peligrosamente a otro Dunkerque. Personalmente, yo elegiría escapar de este último.

Y Kennedy concluía, sobre el embrollo que se estaba produciendo en Asia y en los asuntos exteriores en general:

La mitad de este mundo nunca se meterá a los mandatos de la otra mitad. Las dos mitades solo pueden acordar vivir una junto a otra, porque para una absorber la otra es demasiado costoso.

Recuerdo que una actitud de realismo como esta está de acuerdo con nuestras tradiciones históricas. Nunca hemos querido una parte de los rasguños de otros pueblos. Hoy los tenemos y nadie parece saber por qué. ¿Qué ganamos apoyando la política colonial francesa en Indochina o el concepto de democracia en Corea de Mr. Syngman Rhee? ¿Enviaremos ahora a los marines a las montañas del Tíbet para mantener al Dalai Lama en su trono? Puede que sea mejor ocuparnos de nuestros asuntos e interferir solo cuando alguien amenace nuestros negocios y nuestros hogares.

La política que sugiero nos da además económicamente una posibilidad de mantenernos a flote. Durante años, he argumentado la necesidad de no cargarnos con deuda innecesaria. No hay manera más segura de destruir la base de la empresa estadounidense que destruir la iniciativa de los hombres

que la hacen posible. (…) Quienes recuerden 1932 saben demasiado bien los peligros que pueden nacer desde el interior cuando tu propio sistema económico no funciona. Si lo debilitamos siendo pródigos en el gasto, ya sea en otras naciones o en guerras extranjeras, corremos el peligro de precipitar otro 1932 y de destruir el mismo sistema que estamos tratando de salvar.

> Un Atlas, cuya espalda se curva y cuyas manos están ocupadas en sostener el mundo, no tiene brazos para levantarlos en su propia defensa. Aumentad su carga y lo aplastaréis. (…) Esa es nuestra postura actual. (…) Las sugerencias que hago (…) conservarían a los estadounidenses libres para fines estadounidenses, sin desperdiciarlos en las congeladas colinas de Corea o en llanuras heridas por las batallas de Alemania Occidental.[111]

Ocho días después, Herbert Hoover respaldaba el discurso de Kennedy con uno propio en una cadena de radio de alcance nacional. Aunque rechazaba llegar tan lejos como Kennedy y de hecho atacaba el «apaciguamiento» y el «aislacionismo» y se burlaba del miedo a los «Dunkerque», Hoover insistía:

> Debemos afrontar el hecho de que comprometer las dispersas fuerzas terrestres de las naciones no comunistas en una guerra territorial contra esta masa territorial comunista sería una guerra sin victoria, una guerra sin final feliz. Cualquier intento de guerrear contra el comunismo mediante invasiones territoriales a través de las arenas movedizas de China, India y Europa Occidental, es una completa tontería. Sería la tumba de millones de muchachos estadounidenses y acabaría con el agotamiento de este Gibraltar de la civilización occidental.[112]

Es instructivo advertir las reacciones del liberalismo organizado ante la tesis Kennedy-Hoover, una postura apoyada por el senador Taft. Junto con la administración Truman y republicanos tan influidos por Wall Street como el gobernador Dewey y John Foster Dulles, *Nation* y *New Republic* procedieron a calificar de rojos a estos distinguidos líderes de derechas. *Nation* lanzaba la acusación:

> La línea que proponen para su país debe hacer que resuenen las campanas en el Kremlin como nunca desde el triunfo en Stalingrado. En realidad, la línea asumida por el *Pravda* es la de que el antiguo presidente no llevó su aislacionismo lo suficientemente lejos.

---

[111] Joseph P. Kennedy, «Present Policy is Politically and Morally Bankrupt», *Vital Speeches* 17, nº 6 (1 de enero de 1951): pp. 170-173.

[112] Herbert Hoover, «Our National Policies in This Crisis», en ibíd., pp. 165-167.

Y *New Republic* resumía la postura aislacionista como algo que sostenía que la Guerra de Corea «era creación, no de Stalin, sino de Truman, igual que Roosevelt, no Hitler, causó la Segunda Guerra Mundial». Y en el deseo de Taft, Hoover y Kennedy de aceptar ofertas soviéticas de negociar la paz, *New Republic* veía una

> oposición que no veía nada alarmante en la conquista de Hitler de Europa (y que claramente se tragaría el cebo). Stalin, después de subir la apuesta, como hizo con Hitler, y arrasar Asia, seguiría avanzando hasta que el grupo estalinista de la torre del *Tribune* mostrara triunfalmente la primera edición comunista del *Chicago Tribune*.

New Republic se mostraba particularmente preocupada por el hecho de que los aislacionistas

> condenaron la participación de EEUU en Corea como inconstitucional y dijeron que los únicos fondos disponibles para tropas en el extranjero deberían ser los fondos necesarios para facilitar la evacuación de las fuerzas de EEUU ahora en Corea.[113]

Una de las personas a las que se refería indudablemente *New Republic* como parte del «grupo estalinista» en el valientemente aislacionista *Chicago Tribune* de McCormick era George Morgenstern, articulista del *Tribune* y autor de la primera obra revisionista importante, y todavía básica sobre Pearl Harbor, *Pearl Harbor: Story of a Secret War*.[114] Durante la Guerra de Corea, Morgenstern publicó un brillante artículo que resumía el siglo de imperialismo estadounidense en el semanario derechista de Washington *Human Events*, que entonces aceptaba material aislacionista, pero que se convertiría, tras la renuncia de Felix Morley, en un tabloide sensacionalista favorable a la belicista Nueva Derecha. Morgenstern escribía:

> Al final del siglo XIX, Estados Unidos empezó a especular con aquellas instigaciones del imperialismo y el altruismo que han generado jugarretas en tanto estados pujantes. El siniestro español ofrecía un saco de boxeo apropiado. Dos días antes de que McKinley fuera al Congreso con un discurso altamente equívoco que era una invitación abierta a la guerra, el gobierno español había aceptado las demandas de armisticio en Cuba y la mediación estadounidense. No hubo ninguna buena razón, pero hubo guerra de todos modos. Terminamos la guerra con un par de costosos protectorados, pero fue

---

[113] «Hoover's Folly», *Nation* 171, nº 27 (30 de diciembre de 1950): 688; «Korea: Will China Fight the UN?» *New Republic* 123 (20 de noviembre de 1950): 5-6; «Can We Save World Peace?» *New Republic* 124 (1 de enero de 1951): 5 y 15 de enero de 1951, p. 7. Citado en Liggio, «Why the Futile Crusade?», p. 56.

[114] (Nueva York: Devin-Adair, 1947).

bastante como para embriagar a quienes ahora se extasían ante la visión de la expresión «liderazgo mundial».

McKinley testificaría que, rezando de rodillas en solitario por la noche, había sido guiado a la comprensión de que debíamos «alentar y civilizar» a los filipinos. Afirmaba que la guerra había traído nuevos deberes y responsabilidades «que debemos atender y cumplir al convertirnos en una gran nación sobre cuyo crecimiento y desarrollo desde su inicio el Gobernante de las Naciones ha hecho recaer el alto mando y la obligación de civilización». Este tipo de tonterías exaltadas resulta familiar para cualquiera que conociera posteriormente los razonamientos evangélicos de Wilson para intervenir en la guerra europea, de Roosevelt prometiendo el milenio (…) de Eisenhower valorando la «cruzada en Europa» que por alguna razón se volvió amarga o nuestros Truman, Stevenson, Paul Douglas o el *New York Times* predicando la guerra santa en Corea. (…)

Una propaganda omnipresente ha creado un mito de inevitabilidad en la acción estadounidense: todas las guerras fueron necesarias, todas las guerras fueron buenas. La carga de la prueba corresponde a quienes sostienen que Estados Unidos está mejor, que la seguridad estadounidense ha mejorado y que las perspectivas de paz mundial han aumentado por la intervención estadounidense en cuatro guerras en medio siglo. La intervención empezó con un engaño de McKinley y acaba con engaños de Roosevelt y Truman.

Tal vez tendríamos una política exterior racional (…) si los estadounidenses pudieran darse cuenta de que la primera necesidad es la renuncia a la mentira como instrumento de política exterior.[115]

9. El renacimiento de la posguerra III: Libertarios y política exterior

Uno de los más brillantes y contundentes ataques contra la política exterior de la Guerra Fria en esta época provino de la pluma del veterano conservador y publicista de libre mercado Garet Garrett. En su panfleto «The Rise of Empire», publicado en 1952, Garrett empezaba declarando: «Hemos cruzado la frontera que separa la Republica y el Imperio». Uniendo su tesis con su panfleto de la década de 1930, «The Revolution Was», que denunciaba el advenimiento del despotismo estatista y ejecutivo nacional dentro de la forma republicana bajo el

[115] George Morgenstern, «The Past Marches On»,” *Human Events* (22 de abril de 1953).

New Deal, Garrett veía de nuevo una «revolución dentro de las formas» de la vieja republica constitucional:

> Después de que el presidente Truman, solo y sin consentimiento ni conocimiento del Congreso, declarara la guerra al agresor coreano, a 7.000 millas de distancia, el Congreso convalidó su usurpación de su poder constitucional exclusivo para declarar la guerra. Más aún: sus partidarios políticos en el Congreso argüían que en el caso moderno esa frase en la Constitución que confería al Congreso el poder único para declarar la guerra estaba obsoleta. (…)
>
> Los partidarios de Mr. Truman alegaban que en el caso de Corea su actuación era defensiva y por consiguiente formaba parte de su poder como Comandante en Jefe. En ese caso, para hacerlo constitucional, estaba legalmente obligado a pedirle posteriormente al Congreso una declaración de guerra. Nunca lo hizo. Durante una semana el Congreso solo supo por los periódicos la noticia de la entrada del país en una guerra; entonces el presidente llamó a algunos de sus líderes a la Casa Blanca y les dijo lo que había hecho. (…)
>
> Unos meses después, Mr. Truman envió tropas estadounidenses a Europa para que se unieran a un ejército internacional, y lo hizo no solo sin una ley, sino sin siquiera consultar al Congreso, desafiando al poder del Congreso para que lo impidiera.[116]

Garrett observaba que el Comité de Relaciones Exteriores del Senado pidió entonces al Departamento de Estado que expusiera la postura del poder ejecutivo con respecto al poder del presidente de enviar tropas al extranjero. El Departamento de Estado declaró que «la doctrina constitucional se ha ajustado en buena parte a las necesidades prácticas. El uso del poder constitucional para declarar la guerra, por ejemplo, ha caído en suspensión debido a que las guerras ya no se declaran con anticipación». Garrett agregaba que «César podría haberlo dicho en el Senado Romano» y que esta declaración «es como una previsión de intenciones ejecutivas, una manifestación de la mentalidad del ejecutivo, un desafío mortal al principio parlamentario».

¿Cuáles eran, entonces, las características de un imperio? El primer requisito, declaraba Garrett, era que «el poder ejecutivo del gobierno será el dominante». Pues

---

[116] Garet Garrett, *The People's Pottage* (Caldwell, Id.: Caxton Printers, 1953), pp. 122-123.

> lo que el Imperio necesita por encima de todo es un poder ejecutivo que pueda tomar decisiones inmediatas, como la decisión tomada en medio de la noche por el presidente de declarar la guerra al agresor en Corea.[117]

En años anteriores, agregaba, se suponía que la función del Congreso era hablar en nombre del pueblo estadounidense. Pero ahora

> es el presidente poniéndose al frente del Gobierno Ejecutivo, quien dice «Hablo en nombre del pueblo» o «Tengo un mandato del pueblo». (…) Ahora, mucho más que el Congreso, el presidente actúa directamente sobre las emociones y pasiones de las personas para influir en su forma de pensar. Al controlar el Ejecutivo, controla la mayor maquinaria de propaganda del mundo. El Congreso no tiene un aparato de propaganda en absoluto y continuamente se encuentra bajo la presión de las personas que se han visto manipuladas a favor o en contra de algo por las ideas y pensamientos por el material difundido por las oficinas administrativas en Washington.

Los poderes del ejecutivo son engrandecidos por delegación del Congreso, por una reinterpretación continua del texto de la Constitución, por la aparición de un gran número de oficinas administrativas dentro del ejecutivo, por usurpación y como corolario natural de la intervención cada vez mayor del país en asuntos exteriores.

Una segunda característica de la existencia de un imperio, continúa Garrett, es que «la política interior se subordina a la política exterior». Esto es lo que ocurrió en Roma y en el Imperio Británico. También nos está pasando a nosotros, pues

> al convertir la nación en un estado guarnición para construir la maquinaria de guerra más terrible que jamás haya sido imaginada en la tierra, toda la política interior está condenada a estar condicionada por nuestra política exterior. La voz del gobierno está diciendo que si nuestra política exterior fracasa estaremos arruinados. Es un todo o nada. Nuestra supervivencia como nación libre está en peligro. Eso simplifica las cosas, pues en ese caso no hay política interior que no pueda tener que sacrificarse ante las necesidades de una política exterior: incluso la libertad. (…) Si el costo de defendernos, no solamente nosotros mismos, sino todo el mundo no-ruso nos amenazara con destruir nuestra solvencia, aun así, deberíamos seguir adelante.[118]

Garrett concluía:

---

[117] Ibíd., p. 129.

[118] Ibíd., p. 139.

Ya no podemos escoger entre la paz y la guerra. Hemos adoptado una guerra perpetua. (…) Donde sea y donde quiera que nos ataque el agresor ruso, en Europa, Asia, o África, allí nos hemos de enfrentar a él. Estamos así comprometidos por la Doctrina Truman, por la exposición de nuestras intenciones, por ubicar globalmente nuestras fuerzas armadas y por compromisos formales tales como el Tratado del Atlántico Norte y el Pacto el Pacifico.

Y además:

Será una cuestión de supervivencia y de lo relativamente importantes que sean las políticas internas mencionar, por ejemplo, los derechos de propiedad privada, cuando, si es necesario, puede confiscarse toda propiedad privada, o tocando la libertad individual, cuando, si necesario, todo el trabajo puede ser reclutado. (…) La mentalidad estadounidense ya está condicionada.

Luego Garrett (él mismo, proféticamente) señalaba la visión profética y perspicaz del editorial del *New York Times* del 31 de octubre de 1951, detallando los cambios permanentes en la vida estadounidense debidos a la Guerra de Corea. El *Times* escribía:

Nos estamos embarcando en una movilización parcial para la que se han asignado ya unos cien mil millones de dólares que ya están disponibles. Nos han obligado a activar y expandir nuestras alianzas hasta un costo total de unos veinticinco mil millones de dólares, para presionar al rearme a enemigos anteriores y para dispersar nuestras propias fuerzas armadas por bases militares en todo el mundo. Finalmente nos hemos visto obligados no solo a mantener sino a expandir el reclutamiento y a presionar para un sistema de formación militar universal que afectará a la vida de toda una generación. El esfuerzo productivo y la carga impositiva que son el resultado de estas medidas, están cambiando el patrón económico del territorio.

Lo que no se comprende tan claramente, aquí ni en el extranjero, es que estas no son medidas temporales para una emergencia temporal, sino más bien el inicio de todo un nuevo estatus militar para Estados Unidos, que ciertamente parecer que permanecerá entre nosotros durante mucho tiempo.

Garrett, avalando esta percepción, agregaba sardónicamente que «probablemente nunca antes, en ninguna época histórica, podría haberse hecho un pronóstico tan terrible con este tono», un tono posible por el mito de que este nuevo estado de cosas era «no la cosecha de nuestra política exterior, sino Jehová actuando por medio de los rusos para hacernos daño, sin más responsables».[119]

---

[119] Ibíd., pp. 140-141.

Una tercera característica del imperio, continuaba Garrett, es la «ascendencia del pensamiento militar». Garrett se daba cuenta que el gran símbolo de la mentalidad militar americana era el edificio del Pentágono en Washington, construido durante la Segunda Guerra Mundial con una «previsión de una guerra perpetua». Allí, en el Pentágono, «se concibe la estrategia global; allí, no se sabe cómo, se llega a su costo estimado; y la rodea nuestro telón de acero». El Pentágono le permite al público conocer solo la información que desea que se sepa:

> El resto está marcado como «clasificado» o «restringido», en nombre de la seguridad nacional y ni el mismo Congreso lo puede conseguir. Por supuesto, es así como debe de ser: los secretos más importantes del Imperio son secretos militares.

Garrett continuaba citando la devastadora critica de nuestro estado guarnición por parte del general Douglass MacArthur:

> Hablar de una amenaza inminente a nuestra seguridad nacional a través de fuerza externa es una tontería. (…) Ciertamente, es una parte de los patrones generales de una política equivocada el que nuestro país esté ahora dirigido hacia una economía armamentística que fue concebida por una psicosis artificial inducida por la histeria belicista y alimentada por una propaganda incesante de miedo. Aunque esa economía puede producir una sensación de aparente prosperidad, descansa sobre una base ilusoria de completa falta de fiabilidad y lleva a nuestros líderes políticos a tener así más miedo a la paz que a la guerra.

Garrett interpreta luego esta cita como sigue:

> La guerra se vuelve un instrumento de política interna. (…) [El gobierno puede] aumentar o disminuir el ritmo del gasto militar, según decidan los planificadores que lo que la economía necesita es un poco más de inflación o un poco menos. (…) Y, como estaba previsto, cuando el Gobierno Ejecutivo decidió controlar la economía tenía un interés propio en el poder de inflación, así que ahora podemos percibir que también tendrá una especie de interés propietario en la institución de la guerra perpetua.[120]

Una cuarta característica del imperio, continuaba Garrett, es que es «un sistema de naciones satélites». Hablamos solamente de «satélites» rusos, y con desprecio, pero «hablamos de nuestros grandes satélites o aliados y amigos como naciones amantes de libertad». El significado de satélite es un «seguro de vida». Como señala Garrett:

---

[120] Ibíd., p. 148-149.

> Cuando la gente dice que hemos perdido China o que si perdemos Europa será un desastre, ¿qué quiere decir? ¿Cómo podemos perder China o Europa, si nunca nos han pertenecido? Lo que quieren decir es que hemos perdido o podemos perder el seguimiento de pueblos dependientes que actúan como una guardia exterior.

Armados con una amplia gama de satélites, encontramos entonces que «para que uno solo de ellos nos involucre en una guerra basta con que el Poder Ejecutivo en Washington decía que su defensa es esencial para la seguridad de Estados Unidos». El sistema tuvo su origen en la Ley de Préstamo y Arriendo de 1941. Garrett concluía que el Centro Imperial está impregnado por el miedo a estar solos en el mundo, sin satélites.

> El miedo finalmente asume la fase de obsesión patriótica. Es más fuerte que cualquier partido político. (…) La convicción básica es sencilla. No podemos estar solos. Una economía capitalista, aun cuando posea la mitad del poder industrial del mundo, no puede defender su propio hemisferio. Podría ser capaz de salvar el mundo, pero sola no puede salvarse a sí misma. Debe tener aliados. Afortunadamente, está capacitada para comprarlos, sobornarlos, armarlos, alimentarlos y vestirlos: puede costarnos más de lo que podemos permitirnos, pero aun así tenemos que tenerlos o pereceremos.[121]

La última característica del Imperio es «un complejo de jactancia y miedo». Aquí Garrett llega al núcleo de la psicología imperial. Por un lado, jactancia:

> Las gentes del Imperio (…) son poderosas. Han realizado obras prodigiosas. (…) Así es como deben haberse sentido los que vivieron la grandeza que fue *Roma*. Así se sintieron los británicos mientras gobernaban el mundo. Así es como se siente los estadounidenses ahora. Mientras asumimos responsabilidades ilimitadas en todo el mundo, mientras se votan decenas de miles de millones de dólares con la intención de una expansión global eterna, solamente hay desdén para aquel que dice: «No somos infinitos». La respuesta es: «Podemos hacer lo que queramos hacer».[122]

Pero además de la jactancia está el miedo.

> Miedo al bárbaro. Miedo a estar solos. (…) Llega un momento en que la guardia, es decir, tu sistema de satélites es una fuente de miedo. Los satélites son muchas veces voluntariosos y, cuanto más confías en ellos, más voluntariosos y demandantes se vuelven. Por tanto, hay miedo a ofenderlos. (…) ¿Cómo se comportarán cuando haya que ponerlos a prueba?: ¿cuando se

---

[121] Ibíd., pp. 150, 155.

[122] Ibíd., pp. 155- 157.

enfrenten (…) a la terrible realidad de convertirse en el campo de batalla europeo en donde se defenderá la seguridad de Estados Unidos? Si titubean o fallan, ¿en qué se convertirá el armamento que les hemos proporcionado?

Tras concluir que ya tenemos todas las características del Imperio, Garrett señala que Estados Unidos, como los imperios anteriores, se siente «prisionero de la historia». Los estadounidenses se sienten de alguna manera obligados a interpretar su supuesto papel en el escenario mundial. Pues más allá del miedo está «la seguridad colectiva» y más allá hay «una idea superior». En resumen:

Nos toca.

¿Nos toca hacer qué?

Nos toca asumir las responsabilidades de liderazgo moral en el mundo.

Nos toca mantener un equilibrio de poder contra las fuerzas del mal en todas partes (en Europa y Asia y África, en el Atlántico y el Pacífico, por aire y por mar) siendo el malo en este caso los bárbaros rusos.

Nos toca mantener la paz del mundo.

Nos toca salvar la civilización.

Nos toca servir a la humanidad.

Pero este es idioma del Imperio. El Imperio Romano nunca dudó de que era el defensor de la civilización. Sus buenas intenciones eran paz, ley y orden. El Imperio Español le agregó la Salvación. El Imperio Británico le agregó el noble mito de la responsabilidad del hombre blanco. Nosotros le hemos agregado libertad y democracia. Aun así, cuanto más se le pueda agregar, más es el mismo idioma. El idioma del poder.[123]

Garrett termina su espléndido trabajo reclamando la recuperación del «territorio perdido» de la libertad y el republicanismo de la tiranía ejecutiva y del Imperio. Pero, como señalaba, debemos encarar el hecho

de que el costo de salvar la República puede ser tan extremadamente alto como el costo de crearla en un principio, hace 175 años, cuando el amor por la libertad política era una pasión poderosa y la gente estaba dispuesta a morir por ella. (…) La desaceleración causaría una sacudida terrible. ¿Quién dirá «Ahora»? ¿Quién está dispuesto a encarar las realidades graves y peligrosas de la deflación y la depresión? (…) Sin duda la gente sabe que puede volver a tener su República si la desea lo suficiente como para luchar por ella y pagar

[123] Ibíd., pp. 158- 159.

> el precio. Lo que pasa es que todavía no ha aparecido un líder con valentía para hacerlos escoger.[124]

No menos entusiasta era la devoción por la paz y la oposición a la Guerra de Corea y al militarismo, de la reducida rama libertaria del movimiento de la Vieja Derecha. Así, Leonard Read publicó un potente panfleto, *Conscience on the Battlefield* (1951), en el cual se imaginaba a sí mismo como un joven soldado estadounidense muriendo en el campo de batalla en Corea y dialogando con su propia conciencia. La Conciencia le informa al soldado de que

> aunque en muchos aspectos eras una excelente persona, tu historial muestra que mataste a muchos hombres (tanto coreanos como chinos) y también fuiste responsable de la muerte de muchas mujeres y niños durante esta campaña militar.

El soldado le responde que la guerra fue «buena y justa», que «teníamos que parar la agresión comunista y la esclavitud de personas por dictadores». La Conciencia le pregunta: «¿Mataste a esas personas en defensa propia? ¿Estaban amenazando tu vida o la de tu familia? ¿Estaban en tus playas, a punto de esclavizarte?» El soldado le responde de nuevo que estaba sirviendo a la inteligente política exterior de EEUU que prevé las acciones de nuestros enemigos derrotándolos antes en ultramar.

Entonces la Conciencia de Read responde:

> Gobiernos y similares son simplemente expresiones, meras abstracciones detrás de las cuales las personas muchas veces buscan esconder sus acciones y responsabilidades. (…) En el Templo del Juicio al cual estás a punto de entrar, probablemente solo se fijen en los Principios. Es casi seguro que allí encontrarás que no hay distinción entre nacionalidades o entre razas. (…) Un niño es un niño, con el mismo el derecho que tú a una oportunidad para su autorrealización. Quitar una vida humana, de cualquier edad, de cualquier color, es quitar una vida humana. (…) De acuerdo con tus nociones, nadie es responsable de las muertes de esas personas. Pero, aun así, fueron destruidas. Aparentemente, esperas que instituciones colectivas como «el ejército» o «el gobierno» carguen con tu culpa.[125]

Acerca de culpabilidad, la Conciencia agrega que:

---

[124] Ibíd., pp. 173-174.

[125] Leonard F. Read, *Conscience on the Battlefield* (Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1951), pp. 8-11. Es indicativo de la decadencia del antiguo movimiento libertario y de la FEE que el panfleto de Read nunca se incluyera en los *Essays on Liberty* de la FEE y se permitiera su desaparición rápida de la circulación.

No puede haber ninguna distinción entre quienes disparan y quienes ayudan al acto, ya sea que detrás de la línea de combate fabricando municiones o sometiéndose a pagar impuestos de guerra. Además, la culpa parecería mayor por parte de quienes recurrieron al poder coercitivo del gobierno para que sacrifiques tu hogar, tu fortuna, tu oportunidad de autorrealización, tu vida, sacrificios que parece que ninguno de ellos está dispuesto a hacer.

Al presentar su panfleto, Read escribía: «La guerra es el mayor enemigo de la libertad y el enemigo mortal del progreso económico». Secundando ese punto de vista estuvo el líder libertario F. A. «Baldy» Harper, en un panfleto de la FEE, *In Search of Peace*, publicado el mismo año. Harper escribía:

Probablemente se lancen acusaciones de pacifismo a cualquiera que en tiempos conflictivos plantee cualquier pregunta acerca de la carrera de armamentos. Si pacifismo significa aceptar la causa de paz, estoy dispuesto a aceptar la acusación. Si significa oponerse a toda agresión contra otros, también estoy dispuesto a aceptar esa acusación. Ahora es urgente para el interés de la libertad que muchas personas se vuelvan «pacificadores» (…)

Así es que la nación va a la guerra y, mientras la guerra sigue, el verdadero enemigo [la idea de esclavitud] (olvidado desde hace mucho tiempo y camuflado por los procesos bélicos) va camino a la victoria en ambos campos. (…) Otra evidencia de que en la guerra el ataque no se dirige contra el verdadero enemigo es el hecho que nunca parecemos saber qué hacer con la «victoria» (…) ¿Los «pueblos liberados» serán fusilados o llevados a campos de prisioneros o qué? ¿Se moverán las fronteras? ¿Habrá más destrucción de las propiedades del derrotado? ¿O qué? (…) Tampoco las ideas de [Karl Marx] pueden destruirse por el asesinato o suicidio de su máximo exponente o de miles o millones de devotos. (…) Mucho menos pueden destruirse las ideas de Karl Marx asesinando a víctimas inocentes de la forma de esclavitud que este defendía, ya fueran reclutados en ejércitos o victimas atrapadas en el camino de la guerra.[126]

Harper agregaba más tarde que Rusia supuestamente era el enemigo, porque nuestro enemigo era el comunismo.

Pero si es necesario que adoptemos todas esas medidas socialistas-comunistas para así luchar contra una nación que las ha adoptado (porque han adoptado estas medidas) ¿para qué luchar? ¿Por qué no unirnos a ella desde

---

[126] F.A. Harper, *In Search of Peace* (Irvington-on-Hudson, N.Y.: Foundation for Economic Education, 1951), pp. 3, 23-25; reimpreso por el Institute for Humane Studies, 1971.

el principio y evitar derramamientos de sangre? (…) No hace sentido hacer crecer en nuestras mentes un odio violento contra un pueblo que es víctima del comunismo en una nación extranjera, cuando los mismos grilletes gubernamentales nos están haciendo serviles a fuerzas iliberales en nuestro país.

Dean Russell, otro miembro de la FEE, se sumaba a la descarga antimilitarista.

> Quienes defienden la «pérdida temporal» de nuestra libertad para preservarla permanentemente están defendiendo una sola cosa: la abolición de la libertad. ¡Para luchar en el extranjero contra una forma de esclavitud, defienden una forma de esclavitud en nuestro país! Por muy buenas que puedan ser sus intenciones, estas personas son enemigas de vuestra libertad y de mi libertad y les temo mucha más que a una potencial amenaza rusa a mi libertad. Estos sinceros, pero altamente emocionales patriotas son una amenaza clara y presente para la libertad, los rusos siguen estando a miles de millas de distancia.[127]

Los rusos solo nos atacarían, señalaba Russell, «por una de dos razones: miedo a nuestras intenciones o represalia ante nuestras acciones». El miedo ruso

> se evaporaría si retiráramos nuestras tropas y compromisos militares de vuelta al hemisferio occidental y nos quedáramos allí. (…) Mientras mantengamos tropas junto a las fronteras de Rusia, cabe esperar que los rusos actúen de la manera en que actuaríamos si Rusia situara tropas en Guatemala o México, ¡incluso si esos países quisieran que entraran los rusos!

Dean Russell concluía su crítica a la política exterior estadounidense:

> No veo más lógica en pelear contra Rusia sobre Corea o Mongolia Exterior que en luchar contra Inglaterra por Chipre o contra Francia por Marruecos. (…) Los hechos históricos de imperialismo y las esferas de influencia no son razones suficientes como para justificar la destrucción de la libertad dentro de Estados Unidos y convertirnos en un estado guarnición permanente y ubicar reclutas por todo el mundo. Nos estamos convirtiendo rápidamente en una caricatura de aquello que profesamos odiar.

Mi propia reacción al comienzo de la Guerra de Corea fue vehemente y amarga y escribí una filípica a un desorientado amigo liberal que creo bastante sólida a la vista de los años siguientes:

> Vine a enterrar la Liberad, no a alabarla: ¿cómo podría alabarla cuando el noble Bruto (la socialdemocracia) ha llegado a su máxima floración? (…) ¿Qué teníamos bajo el régimen de la Libertad? Mas o menos teníamos libertad para

---

[127] Dean Russell, «The Conscription Idea», *Ideas on Liberty* (Mayo de 1955): p. 42.

decir lo que nos pareciera, trabajar donde quisiéramos, ahorrar o invertir capital, viajar a donde nos diera la gana, teníamos paz. Todas estas cosas estuvieron muy bien en su momento, pero ahora tenemos socialdemocracia. (…) La socialdemocracia tiene el servicio militar, para que así todos podamos luchar por una paz y una democracia duraderas alrededor del mundo, racionamientos, control de precios, asignación (…) el reclutamiento de trabajadores, para que todos podamos servir a la sociedad con nuestras mejores capacidades, altos impuestos, finanzas inflacionarias, mercados negros (…) una saludable «expansión económica». Lo mejor de todo es que tendremos una guerra permanente. El problema, como todos sabemos, de las guerras anteriores es que terminaron demasiado rápidamente. (…) Pero ahora parece que ese error se ha rectificado. Podemos (…) proclamar como nuestro objetivo la ocupación de Rusia durante veinte años para educar de verdad a su pueblo en los gloriosos principios de nuestra propia socialdemocracia. Y, si verdaderamente queremos luchar por la Democracia, tratemos de ocupar y educar a China durante un par de generaciones. Eso nos mantendrá ocupados durante un tiempo.

En la última guerra, nos obstaculizaron unos pocos obstruccionistas, aislacionistas, antediluvianos, que se resistieron a pasos tan sanos como el reclutamiento de todo trabajo y capital y la planificación total para la movilización por políticos, economistas y sociólogos benevolentes. Pero bajo nuestra configuración bélica permanente podemos impulsar fácilmente este programa. Si alguien protesta, podemos acusarle de dar ayuda y consuelo a los comunistas. Los demócratas ya han acusado al reaccionario obstruccionista [senador] Jenner (R.-Ind.) de «seguir la línea estalinista».

Sí, los obstruccionistas están derrotados. La socialdemocracia tiene poco que temer de ellos. Sea quien sea el genio que pensó en la idea de la guerra permanente, hay que darle las gracias. Podemos prever periodos de Unidad Nacional, de quintuplicar la Renta Nacional, etc. Pero hay una pequeña mosca en la sopa que algún obstruccionista puede mencionar: los muchachos que actualmente están luchando podrían tener algunas objeciones. Pero eso lo podemos corregir con una campaña sobre la «verdad», dotada con unos 300 mil millones de dólares, encabezada por, digamos, Archibald MacLeish, para que sepan para qué pelean. Y tenemos que imponer sacrificios equivalentes en el frente interior, para que nuestros muchachos sepan que las cosas con casi igual de duras dentro del país.

Ahí están. La disposición del Mundo Feliz del socialismo democrático. La Libertad es un precio barato que pagar. Espero que os guste.[128]

10. El renacimiento de la posguerra IV: El canto del cisne de la Vieja Derecha

Además de ser una firme oponente contra la guerra y el militarismo, la Vieja Derecha del periodo de posguerra también tenía una honradez vigorosa y casi libertaria en asuntos internos. Cuando se inició una huelga del ferrocarril por toda la nación, fue el liberal Harry Truman quien propuso militarizar a los huelguistas y obligarlos a que continuaran trabajando y fue el senador Taft quien lideró la oposición a esta propuesta calificándola como esclavitud. La National Association of Manufacturers (NAM), en aquellos tiempos anteriores a que el liberalismo de las grandes corporaciones y empresas la hubiera conquistado en nombre de una «asociación de gobierno e industria», adoptó una firme postura de *laissez-faire*. Su economista de plantilla, Noel Sargent, creía en el libre mercado y el decano de la economía del *laissez-faire*, Ludwig von Mises, era uno de los consultores de la NAM. En aquellos días, la NAM estaba sobre todo orientada a las pequeñas empresas y, de hecho, varias organizaciones de pequeños empresarios formaban la base empresarial de la derecha organizada. Por cierto, fue en las altas esferas de la NAM donde Robert Welch conoció el punto de vista antiestablishment que más tarde surgiría como la John Birch Society.

Pero aun en esos tempranos tiempos se exponía con letras grandes que la NAM era una organización de *laissez-faire*. El primer gran cambio llego en la primavera de 1947, después que una mayoría conservadora republicana hubiera acaparado las dos cámaras del Congreso con un levantamiento masivo de votantes contra el *Fair Deal* y parcialmente como reacción contra el poder del sindicalismo. La NAM, desde la entrada en vigor de la Ley Wagner, había reclamado año tras año que se derogara en su totalidad, derogando por consiguiente los privilegios especiales que dicha ley concedía a los sindicatos organizados. Cuando empezó el 80º Congreso en el invierno de 1946, la NAM, que finalmente tenía la oportunidad de conseguir la derogación de la Wagner, cambió su postura en una dramática batalla donde los liberales de las grandes empresas derrotaron al viejo *laissez-faire*, encabezados por B.E. Hutchinson, de la Chrysler, quien también era fideicomisario importante de la FEE. La NAM, casi a punto de lograr una victoria importante para el *laissez-faire* en las relaciones

[128] La única respuesta de mi amigo liberal fue preguntarse por qué le había escrito una carta que sonaba como una declaración de «una organización empresarial».

laborales, dio un giro de 180º y simplemente pidieron extender los poderes del National Labor Relations Board (NLRB) para regularizar los sindicatos, así como las empresas, una idea que pronto tomó forma en la Ley Taft-Hartley. Fue la Ley Taft-Hardley la que completó el proceso de la Ley Wagner de apaciguar, así como privilegiar, al sindicalismo industrial, y llevó al nuevo movimiento sindical a una confortable asociación menor con las grandes empresas y el Gran Gobierno que tan bien conocemos hoy. De nuevo Taft, frente a los puristas y los derechistas «extremos» en el Congreso, adoptó una postura conciliadora.

Algo en lo que estaba especializada la Vieja Derecha era en los cotilleos contra el aparato político. Las columnas Hearst de Westbrook Pegler fueron uno de sus mejores ejemplos[129]. Pero fue particularmente delicioso el chisme contra Wall Street del *Chicago Tribune* dirigido por el coronel McCormick. Pues el *Tribune* comprendía claramente y ninguneaba al aparato anglófilo de Wall Street, que dirigía y todavía dirige este país y no temía continuar cotilleando sobre de esta élite dirigente. Los viejos archivos del *Chicago Tribune* son una rica fuente de información para el historiador contrario al establishment.[130]

Un ejemplo es una serie de artículos de William Fulton y otros en el *Tribune* del 15 al 31 de Julio de 1951, de lo que podríamos llamar «revisionismo de la beca Rhodes» por el que los periodistas hallaban la influencia anglófila de la beca Rhodes en quienes desarrollaban la política exterior del gobierno de EEUU. El título de las series era «El objetivo de Rhodes: Devolver EEUU al Imperio Británico». Se calificaba como becarios Rhodes a dirigentes estadounidenses «internacionalistas» como Dean Rusk, George McGhee, Stanley K. Hornbeck, W. Walton Butterworth, el profesor Bernadotte E-Schmitt, Ernest A. Gross (estudiante de Oxford, aunque no estrictamente becario de Rhodes), igual que Henry R. Luce, Clarence K. Streit, Frank Aydelotte y muchos otros, incluyendo algunos ligados al Consejo de Relaciones Exteriores, las fundaciones Carnegie y Rockefeller, y el *New York Times y el Herald Tribune.*

Una de lo más cotilleos más sofisticados de la derecha en esta época lo inició el Comité Reece de la Cámara para investigar a las fundaciones exentas de impuestos durante 1953-54. Plagado de conservadores prominentes como el abogado René Wormser (hermano de Felix E. Wormser, secretario de Interior de

---

[129] Resulta curioso que todas las deliciosas revelaciones de Pegler acerca de Franklin y Eleanor Roosevelt, que causaron tanto revuelo y horror dentro entre los liberales de su tiempo, han resultado ser correctas, por supuesto, sin que Pegler nunca recibiera el reconocimiento de los historiadores por su periodismo pionero.

[130] Para el único ejemplo que conozco de una actitud de aprecio hacia los cotilleos de la derecha por un historiador de la Nueva Izquierda, ver G. William Domhoff, *The Higher Circles; The Governing Class in America* (Nueva York: Random House, 1970), pp. 281-308.

Eisenhower) y Norman Dodd, el Comité Reece se centró en supuestas relaciones de comunistas y también liberales y socialistas con las grandes fundaciones: Rockefeller, Carnegie, Ford, etc. Pero, además, el comité atacaba a las grandes fundaciones que invariablemente patrocinaban estudios de orientación empírica y cuantitativa en las ciencias sociales, llevando así a estas disciplinas a una promoción «cientifista» de una dudosa tecnocracia «libre de valores», descuidando lo cualitativo y lo ético. Aquí, el comité Reece, siguiendo las críticas investigadoras del empirismo liberal y el cientifismo planteadas por F.A. Hayek, y por el sociólogo conservador Albert H. Hobbs, de la Universidad de Pennsylvania, se topó con un defecto extremadamente importante en la nueva ciencia social de posguerra, pero las ideas del Comité quedaron sepultadas ante una avalancha de vituperios en la prensa del establishment. El hombre fundamental en el comité, obstruyendo sus propósitos y en callada asociación con la Casa Blanca de Eisenhower, fue el representante Wayne Hays (D., Ohio) un demócrata de Truman y luego de Lyndon Johnson.[131]

Algunas de las declaraciones de científicos sociales disidentes, contrarios a lo cuantitativo ante el comité resultan una lectura fascinante a la vista del redescubrimiento por la Nueva Izquierda en años recientes de un punto de vista contrario al empirismo, pseudociencia social «libre de valores». Así, el sociólogo James H. S. Bossard, de la Universidad de Pennsylvania, escribía al Comité Reece:

---

[131] Puede encontrarse un valioso resumen del trabajo del Comité en un libro de su consejero general, René A. Wormser, *Foundations: Their Power and Influence* (Nueva York: Devin-Adair, 1958). Algunos títulos de los capítulos de Wormser son ilustrativos: «La política en las ciencias sociales», «La exclusión del disidente», «El cientifismo promovido por las fundaciones», «Los "ingenieros sociales" y la "manía de encontrar hechos"», «Investigación en masa: Integración y conformidad». Wormser señala que las fundaciones fueron capaces de obligar al comité a despedir a dos miembros del personal particularmente expertos en el tema al inicio de la investigación. Estos dos hombres eran de tendencias libertarias: mi amigo George B. DeHuszar, cercano a la gente del *Chicago Tribune*, y el economista vienés Dr. Karl Ettinger, amigo de Ludwig von Mises. Los estudios inconclusos de Ettinger habrían investigado las maneras de financiar las universidades, así como una revisión del control de las revistas académicas como un instrumento de poder y su relación con las fundaciones, y un estudio de la interrelación entre fundaciones, institutos de investigación y gobierno. Para tener un conocimiento completo del Comité Reece, ver las *Audiencias ante el Comité especial para Investigar Fundaciones y organizaciones comparables libres de impuestos*, Cámara de Representantes, 83º Congreso, 2ª sesión, Partes 1 y 2 (Washington. D.C.: U.S Government Printing Office, 1954). Para una crítica conservadora de cientifismo en esa época, ver Albert H. Hobbs, *Social Problems and Scientism* (Pittsburgh: Stockpole Co. 1953).

> Durante algunos años, he considerado con creciente aprensión el desarrollo de lo que he llamado la escuela comptométrica de investigación en ciencias sociales. Con esto me refiero a reunir información detallada de datos sociales y a su manipulación con todas las técnicas estadísticas disponibles. (…) Mi propio interés está más en el desarrollo de las ideas cualitativas. Esto está de acuerdo con mi juicio de la naturaleza del proceso de la vida, que no puede reducirse a fórmulas estadísticas, sino que es una rica y compleja diversificación de relaciones.[132]

En una carta típicamente dura, el sociólogo de Harvard, Pitirim A. Sorokin, afirmaba que las fundaciones discriminaban a favor de la investigación empírica y «discriminan grandemente en contra de investigaciones teoréticas, históricas y otras formas no empíricas», ayudadas e instigadas mediante discriminación a favor de modelos matemáticos y mecánicos «u otras variedades imitativas de las llamadas ciencias sociológicas naturales». Los resultados de esta ciencia social han sido en la mayoría de los casos «perfectamente inútiles y casi estériles» o incluso en algunos casos «bastante destructivos moral y mentalmente para esta nación».[133]

Sin embargo, había en el trabajo del Comité Reece una grave contradicción interior, una que a largo plazo sería probablemente más destructiva de su funcionamiento que toda la malicia de Wayne Hays. Era el hecho que los conservadores y cuasilibertarios en el comité estaban usando el arma coactiva del gobierno (un Comité del Congreso) para acosar a las fundaciones privadas (…) ¿y por qué razón? ¡Sobre todo porque supuestamente las fundaciones habían defendido el control público de las organizaciones privadas! Y el Comité Reece acabó defendiendo restricciones públicas para las fundaciones privadas: en resumen, ¡el Comité pedía más controles públicos sobre las instituciones privadas por el pecado de defender controles públicos para las instituciones privadas! El resultado fue simplemente iniciar la tendencia moderna hacia regulaciones cada vez más estrictas de las fundaciones, pero de ninguna manera cambiar su rumbo ideológico o metodológico.

Otra pieza fascinante de cotilleo y análisis combinado de esta época fue un gran y extenso libro del reportero Frank Hughes, del *Chicago Tribune, Prejudice and the Press.*[134] El libro de Hughes era un largo ataque a la «Comisión»

---

[132] *Audiencias,* p 1188.

[133] Ibíd., p. 1191. Ver también las observaciones del sociólogo de Harvard, Carl C. Zimmermann, en ibíd., pp. 1193-1194.

[134] (Nueva York: Devin-Adair, 1950).

corporativa-liberal sobre Libertad de Prensa, que fue financiada en su mayor parte por Henry Luce y encabezada por Robert M. Hutchins.[135] La «Comisión», que había publicado su informe en 1947, reclamaba una prensa «libre» en el sentido moderno de ser «responsable»; por el contrario, Hughes contratacaba con la afirmación resonante de la Declaración de Derechos y el «viejo» ideal estadounidense de la libertad de prensa. Hughes señalaba que la idea básica de los liberales modernos es:

> hacer que la prensa sea «responsable» ante la sociedad o a la comunidad, lo que (…) solo puede significar ante el gobierno. (…) Si la libertad significa algo en absoluto, la libertad de prensa es libertad ante el gobierno.[136]

La gran línea divisoria, el evento que más marco el fin del viejo aislacionismo de la derecha, fue la derrota del senador Taft ante Eisenhower, al optar por él en el *Wall Street Journal* en la nominación presidencial de 1952. Con los demócratas vulnerables, 1952 era por fin una oportunidad para la Vieja Derecha de obtener el dominio de la escena nacional. Pero la derrota de Taft en el escandaloso robo de la nominación por Eisenhower, juntamente con el fallecimiento del gran senador el año siguiente, acabó con la Vieja Derecha como parte significativa del Partido Republicano. En la práctica, también iba a terminar mi propia identificación con el republicanismo y con la «derecha extrema» en el espectro político.

No había estado activo en el Club de los Jóvenes Republicanos desde la decepción de la nominación de Dewey en 1948, pero todavía era miembro y Ronnie Hertz, un amigo mío libertario, ejercía cierta influencia en el club como jefe del comité de los almuerzos en el centro de la ciudad, al cual invitábamos a oradores aislacionistas y libertarios. Yo no era entusiasta de Taft en ningún sentido, debido a sus repetidas componendas y «pasteleos» en asuntos interiores y exteriores, y en la reunión final del club que votó el apoyo presidencial, en la que Taft se ganó una considerable minoría, Ronnie y yo depositamos nuestros dos votos a favor del senador Everett Dirksen (R. Ill.). En ese tiempo más inocente, Dirksen todavía no se había ganado sus insignias como el político oportunista supremo: por el contrario, bajo la tutela del *Chicago Tribune* tenía un sólido historial «extremista» de votaciones, incluyendo uno de los pocos votos en contra del servicio militar. Pero en esa misma convención trascendental yo estaba por supuesto a favor de Taft y más aún en contra de la toma (corporativa liberal)

---

[135] La «Comisión» privada incluía a intelectuales tan liberales como Zechariah Chafee, Jr., William E. Hocking, Harold Lasswell, Reinhold Niebuhr, George Schuster, Robert Redfield, Charles E. Merriam, Archibald MacLeish y el empresario Beardsley Ruml y el consejero John Dickinson.

[136] Hughes, *Prejudice and the Press,* p. 5

izquierdista del control por parte de Wall Street, que conquistó usando una campaña indignante, que sugería que Taft había «robado» las delegaciones sureñas. Cuando Taft fue eliminado de la nominación, abandoné el Partido Republicano para no regresar jamás. En las elecciones apoyé a Stevenson, sobre todo como la única manera de que el íncubo de Wall Street dejara de estar a las espaldas del Partido Republicano.

Es importante señalar que posteriormente, en la década de 1960 la derecha republicana, la derecha de Goldwater-Buckley, no tuvo ninguna conexión con la Vieja Derecha de Taft, ni siquiera organizativamente. Así, Barry Goldwater era un delegado de Arizona de Eisenhower. El senador belicista conservador y general, Pat Harley, era un hombre de Eisenhower de Nuevo México; los dos decanos del lobby chino eran contrarios a Taft: el representante Walter Judd (R. Minn.) estaba del lado de Eisenhower y el senador William Knowland (R. Calif) era partidario del gobernador Earl Warren, quien fue decisivo al darle su apoyo a Ike sobre la cuestión de los delegados del Sur. Richard Nixon fue también esencial en el acuerdo de California y tanto Nixon como Warren obtuvieron sus recompensas correspondientes. Y, además, la famosa disputa de las delegaciones del Sur apenas era lo que parecía superficialmente. Las delegaciones de Taft en el Sur, eran en buena parte negras, de ahí su sobrenombre de «Negro y Bronceado», y estaban dirigidas por el veterano negro republicano Perry Howard, de Mississippi, mientras que en las delegaciones de Eisenhower los representantes de los empresarios «progresistas» suburbanos blancos del futuro republicanismo sureño eran conocidos apropiadamente como los «Pálidos».

Mientras, fijémonos en la amarga, pero precisa descripción de la derrota de Taft escrita por el reportero Charly Manly dos años más tarde en el *Chicago Tribune*, como un ejemplo del estilo de cotilleo de la derecha:

> Bancos de Nueva York, conectados con las grandes corporaciones del país por lazos financieros y directivos entrelazados, ejercieron su poderosa influencia sobre las grandes delegaciones no comprometidas a favor de Eisenhower. Lo hicieron más discretamente, pero no menos eficazmente, que en 1940 cuando inclinaron la Convención Republicana a favor de Wilkie. Tras obtener enormes ganancias debido a las órdenes de ayuda exterior y armamento, los banqueros y jefes de corporaciones se entendían perfectamente. La influencia de Wall Street fue fructífera sobre todo en la delegación de Pennsylvania (…) y en la de Michigan. (…) Arthur Sommerfield, miembro del comité nacional de Michigan y el mayor vendedor mundial de Chevrolet, fue recompensado por su entrega de la mayoría de la delegación de Michigan nombrándolo director de campaña de Eisenhower y más tarde presidente de Correos. Charles E. Wilson, presidente de la General Motors Corporation, quien tenía una fuerte influencia sobre la delegación de Michigan, se convirtió en Secretario de Defensa. Winthrop W. Aldrich, jefe del

Chase National Bank y pariente de los hermanos Rockefeller, su testaferro en Wall Street, estaba en Chicago manejando los hilos a favor de Eisenhower, y su trabajo su pagó con su nombramiento como embajador en Gran Bretaña.[137]

Con la elección de Eisenhower, la vieja ala derecha del Partido Republicano empezó a desaparecer del mapa. Pero el senador Taft tuvo un último momento de gloria. En su último discurso sobre política exterior que pronunció antes de su fallecimiento, Taft atacaba la política exterior hegemónica que empezaba a aplicar el Secretario de Estado John Foster Dulles,[138] el epítome del belicismo global y el anticomunismo, el hombre que gritaba desde la importante firma de abogados de Wall Street Sullivan y Cromwell y fue consejero durante mucho tiempo de las inversiones de los Rockefeller. En su discurso, pronunciado el 26 de mayo 1953, Taft hizo contra las políticas de Dulles la misma critica que había hecho contra políticas similares de Harry Truman: el sistema de alianzas militares mundiales y ayuda era «la completa antítesis de la Carta de la ONU», una amenaza para la seguridad de Rusia y China, y además no tenía ningún valor para la defensa de Estados Unidos.

Taft concentraba en particular su ataque en la naciente política de Dulles en el sudeste de Asia. Estaba especialmente preocupado porque Estados Unidos estaba incrementando en 70% por ciento su apoyo a los costos de guerra del régimen títere francés en Indochina contra las fuerzas revolucionarias de Ho Chi Minh. Taft temía (¡con razón!) que la política de Dulles, debido a la inevitable derrota del imperialismo francés en Indochina, acabaría llevando a un inevitable reemplazo por el imperialismo estadounidense y (para Taft, la peor de todas las posibilidades) al envío de fuerzas estadounidenses a Vietnam para luchar contra las guerrillas.

Taft declaraba:

> Nunca he pensado que debamos enviar a soldados estadounidenses al continente asiático, lo que, por supuesto, incluye a la propia China e Indochina, sencillamente porque estamos en tal desventaja numérica para pelear en una guerra terrestre en el continente asiático produciría un agotamiento completo aun si pudiéramos ganar. (…) Así que hoy, como desde 1947 en Europa y 1950 en Asia, estamos en realidad tratando de armar al

---

[137] Chesley Manly, *The Twenty-Year Revolution: From Roosevelt to Eisenhower* (Chicago: Henry Regnery Company, 1954) pp 20-21.

[138] La mácula de la familia Dulles en la política exterior estadounidense incluía al hermano de John Foster, Allen, que encabezaba la CIA, y su hermana Eleanor, en la oficina de Asia del Departamento de Estado.

mundo contra Rusia comunista, o por lo menos dando toda la asistencia que pueda ser útil para oponerse al comunismo.

¿Va a ser esta política de unir al mundo libre contra el comunismo en tiempos de paz una práctica política a largo plazo? Siempre he sido escéptico con respecto a la practicabilidad militar de OTAN. (…) Siempre he pensado que no deberíamos intentar pelear con Rusia en tierra en el continente europeo, igual que no deberíamos intentar pelear con China en el continente asiático.[139]

En los meses inmediatamente siguientes al fallecimiento de Taft, el apoyo estadounidense a los ejércitos franceses y a su gobierno títere en Vietnam se incrementó enormemente por parte de Dulles, pero mientras Dulles y Nixon instaban al bombardeo de las fuerzas de Ho Chi Minh, el propio Eisenhower, que había recibido una gran influencia de su corta pero profunda asociación con Taft durante y después de la campaña de 1952, escuchaba a los partidarios de Taft en su gabinete, como George Humphrey, y decidía no usar fuerzas estadounidenses directamente en Vietnam sin el consentimiento previo del Congreso. Siguiendo este principio taftiano, la administración Eisenhower permitió el Gran Debate en el Senado, así como la oposición de Gran Bretaña, para bloquear una aventura inmediata en Vietnam. El exaislacionista Alexander Wiley (R. Wis.) resumía el sentir de la mayoría de los Republicanos en el Senado cuando declaraba: «Si tuviéramos guerra durante esta administración, bien podría ser el fin del Partido Republicano». Y el senador Lyndon B. Johnson (D. Tex.) resumía el parecer de los demócratas al decir que se oponía a «enviar soldados estadounidenses al lodo y suciedad de Indochina en una aventura sangrienta para perpetuar el colonialismo y la explotación del hombre blanco en Asia».[140]

Como resultado de estas presiones, y en desafío a Dulles, Nixon y el Pentágono, el presidente Eisenhower se inclinó hacia el Acuerdo de Ginebra de 1954: la intervención integral estadounidense en Vietnam fue misericordiosamente pospuesta, aunque por desgracia no se abandonó de forma permanente. Después de su muerte, la influencia del senador Robert Taft en la política exterior americana fue mayor, al menos en ese momento, de lo que había sido nunca durante su vida.

---

[139] Robert A Taft, «United States Foreign Policy: Forget United Nations in Korea and Far East», *Vital Speeches* 19 nº 17 (15 de junio de 1953): 530-531. Ver también Leonard P. Liggio «Why the Futile Crusade?» *Left and Right* 1, nº 1 (Primavera de 1965): pp. 60-62.

[140] Bernard B. Fall, *The Two Viet-Nams* (Nueva York: Frederich A Praeger, 1963), pp. 227-228. Ver también Liggio: «Why the Futile Crusade?», p. 62.

11. La decadencia de la Vieja Derecha

Después del fallecimiento de Taft y cuando la política extranjera de Eisenhower comenzaba a seguir las rígidas indicaciones dullesianas de un armamento masivo permanente y la amenaza de «una represalia nuclear masiva» en todo el planeta, empecé a notar que el sentimiento aislacionista empezaba a desvanecerse, incluso entre los viejos compatriotas libertarios y aislacionistas que deberían haber sido conscientes de ello. Los viejos amigos que solían burlarse de la «amenaza rusa» y habían declarado que el Enemigo era Washington, D.C. ahora empezaban a murmurar acerca de la «conspiración internacional comunista». Noté que los libertarios jóvenes que se incorporaban a nuestras filas estaban cada vez más infectados por la mentalidad de la Guerra Fría y que nunca habían oído hablar de la alternativa aislacionista. Los jóvenes libertarios se preguntaban cómo era que yo sostenía una «política exterior comunista».

En esta atmosfera emergente, el novelista Louis Bromfield, en su obra de no ficción de 1954, *A New Pattern for a Tired World*,[141] un tratado contundente a favor del mercado libre capitalista y una política exterior pacífica, empezaba a parecer anacrónico y casi no tuvo impacto en la derecha de esos días.

Bromfield decía:

> Aparte del trágico desgaste de nuestra juventud, ya sea por ser reclutados durante dos de los mejores años de su vida o mutilados o matados o encarcelados, la grandiosa política de «contención» significa un inmenso y constante desgaste en términos de dinero.

Y además:

> Uno de los grandes fracasos de nuestra política exterior en todo el mundo surge del hecho de que hemos permitido que nos identificaran en todas partes con el viejo, condenado y podrido imperialismo de las pequeñas naciones europeas que en su momento impusieron en buena medida al mundo sus patrones de explotación y dominio económico y político. Este hecho se encuentra en la base de nuestro fracaso a la hora de ganarnos el apoyo y la confianza de las naciones y pueblos que habían sido explotados y que ahora están en rebelión y revolución en todas partes del mundo, pero especialmente en Asia. No les hemos dado a estas personas una alternativa real entre las prácticas del imperialismo comunista ruso o el comunismo en sí y ese mundo verdaderamente democrático donde el individualismo, el capitalismo estadounidense y la libre empresa son los verdaderos pilares de una independencia, una economía sólida, libertad y un buen nivel de vida. Nos

[141] (Nueva York: Harper and Bros., 1954).

hemos mostrado a estos mismos pueblos (…) con el rol de imperialistas coloniales (…) y partidarios en casi todos los casos de los podridos y viejos imperios europeos. (…)

Ninguno de estos pueblos rebeldes que están despertando, en su interior ni aun superficialmente, confiarán en nosotros ni cooperarán de ninguna manera mientras permanezcamos identificados con el sistema económico colonial de Europa, que representa, aun con su patrón capitalista, los últimos resabios de feudalismo (…) No podemos mostrarnos ante estos pueblos asiáticos con el papel de amigos y benefactores, mientras estemos al mismo tiempo financiando y tratando de restaurar en el poder, e incluso proveyendo armas a la mismas fuerzas de los imperios coloniales moribundos, contra los que están en rebelión.

Esto es exactamente lo que estamos haciendo en Indochina y en Hong Kong y en otras partes del mundo, bajo una política confusa basada en el pasado condenado en vez de en el inevitable patrón dinámico del futuro. Les dejamos a estos pueblos que están despertando sin otra alternativa que recurrir a la comodidad rusa y comunista y a las promesas de utopías. Hemos hecho posible en todas partes (…) que los comunistas (…) crearan la impresión de qie lo que de hecho es meramente una intensa afirmación de nacionalismo, es verdaderamente una liberación comunista, planeada y llevada a cabo por la influencia comunista. (…)

Estamos jugando a una política de un mundo desaparecido, tratando ciega y estúpidamente de rodear y contener lo que no puede contenerse, bloqueando el libre intercambio de bienes y manteniendo al mundo en un constante alboroto al hacer alianzas y colocar instalaciones militares en todas partes. Es un patrón antiguo de política de poder.[142]

De nuevo, acerca de Asia:

En la batalla en Indochina participan (…) incontables indochinos (…) que odian la dominación francesa. (…) Sin embargo, hay incluso, principalmente en las fuerzas armadas de Estados Unidos, quienes, si se atrevieran, defenderían el servicio militar de muchachos estadounidenses de Ohio, Iowa, Kansas y otros lugares, para enviarlos a esta lucha en donde ellos o la propia nación no tienen un lugar apropiado y en donde nuestra intervención solo puede servir para hacer un daño trágico a largo plazo. (…)

[Corea] puede resultar no ser la nación heroica y martirizada que los sentimentalistas han querido hacer de ella, sino meramente el albatros

---

[142] Louis Bromfield, *A New Pattern for a Tired World* (Nueva York: Harper and Bros., 1954), pp. 49-55.

> alrededor de nuestro cuello que puede llevarnos cada vez más profundamente a complicaciones trágicas y guerras futuras. Como no tenemos una verdadera razón para estar en Corea, a menos que, como todos los asiáticos sospechan, sean razones de poder y explotación, decir que una nación tan remota e insignificante como esta es nuestra primera línea de defensa es decir que cualquier nación en cualquier parte del mundo, también es nuestra «primera línea de defensa», una idea que es obviamente fantástica y grotesca al borde de megalomanía. (…)
>
> Nuestra ocupación permanente de Corea para mantener artificialmente su independencia económica y política es un acto en contra de toda la tendencia de revolución mundial y de las fuerzas irresistibles de nuestros tiempos. (…) Debemos quedarnos en Corea definitivamente y acabar retirándonos y aceptar la derrota o involucrar al mundo y a nosotros mismos en una guerra que bien puede ser para nosotros y será ciertamente para toda Europa el fin del camino. (…) La situación de Corea (…) no se resolverá hasta que nos retiremos totalmente de un área en donde no tenemos derecho a estar y dejemos a los pueblos de esa área que resuelvan sus propios problemas.[143]

Broomfield concluía que la totalidad de nuestra política exterior no «valía la tortura o la vida de un recluta involuntario, aun si no fuera la política más peligrosa y destructiva para la paz y el bienestar del mundo».[144]

En este periodo de disminución de la devoción por la paz, en una derecha para la que el libro de Broomfield supuso poco impacto, decidí tratar de reafirmar la antigua tradición sobre política exterior en el movimiento conservador-libertario. En abril de 1954, William Johnson reunió en un número de *Faith and Freedom* todo el aislacionismo y el problema de la paz, en uno de los últimos intentos intelectuales de la derecha aislacionista y libertaria. El número incluía un artículo de Garet Garrett, «The Suicidal Impulse», en el que continuaba su análisis de «The Rise of Empire». Garrett declaraba que el Imperio Americano había acumulado «la máquina de matar más terrible que haya conocido la humanidad», que estábamos blandiendo nuestro «inmenso arsenal de bombas atómicas», que había tropas y bases aéreas estadounidenses en todo el planeta y que había «de vez en cuando una declaración de algún militar ilustre estadounidense diciendo que las Fuerzas Aéreas Americanas están listas para lanzar bombas en Rusia con gran facilidad, sobre objetivos ya seleccionados». Garrett concluía que «el

---

[143] Ibíd., pp. 60-63.

[144] Ibíd., p. 75.

atractivo del liderazgo mundial es un hechizo fatal. La idea de imponer una paz mundial por la fuerza es una fantasía bárbara».[145]

Faith and Freedom incluía también a Ernest T. Weir, el industrial derechista y antisindicalista de la década de 1930, aislacionista en la Segunda Guerra Mundial y jefe de la National Steel Corporation de Pittsburgh. Weir, el Cyrus Eaton de la década de 1950, había estado recorriendo el país y publicando folletos llamando a una paz negociada con la Unión Soviética y la China comunista y a dar fin a la Guerra Fría. En su artículo, «Leaving Emotions Out of Our Foreign Policy», Weir declaraba que

> tenemos que aceptar el hecho de que no es misión de Estados Unidos encargarse de liberar al mundo de malas naciones y malos sistemas de gobierno. Debemos reconciliarnos con el hecho de que siempre habrá malas naciones y malos sistemas y de que nuestra tarea es la de idear alguna otra forma que no sea la guerra con la cual podamos vivir en el mundo.[146]

Mi contribución a esta publicación fue «The Real Aggressor», bajo el pseudónimo de «Aubrey Herbert», donde trataba de establecer una base libertaria para una política exterior aislacionista y pacífica, y llamaba a la coexistencia pacífica, el desarme conjunto, la retirada de la OTAN y de la ONU y el reconocimiento de la China comunista, así como al libre comercio con todas las naciones.

Tristemente, tanto el Sr. Weir como yo fuimos hostigados en el socialdemócrata *New Leader* por William Henry Chamberlin. El hecho de la creciente influencia de Chamberlin sobre la derecha intelectual era sintomático de su decadencia acelerada. Excompañero de viaje de los comunistas en la década de 1930, Chamberlin parecía poder cambiar sus principios a su antojo, escribiendo asiduamente tanto para el *Wall Street Journal* como para el *New Leader*, apoyando la economía de libre mercado en la primera publicación y el estatismo en la otra. También era capaz de escribir un libro[147] alabando el aislacionismo y el pacto de Múnich de la Segunda Guerra Mundial al mismo tiempo que denunciaba a los aislacionistas y oponentes de la Guerra Fría contemporáneos, calificándolos de «apaciguadores» y defensores de «otro Múnich». Pero Chamberlin era coherente en un sentido, al ser parte de esa creciente legión de excomunistas y periodistas excompañeros de viaje que fueron

---

[145] Garet Garrett, «The Suicidal Impulse», *Faith and Freedom* 5, nº 8 (Abril de 1954): p. 6.

[146] Ernest T. Weir, «Leaving Emotions Out of Our Foreign Policy», ibíd., p. 8.

[147] William Henry Chamberlin, *America's Second Crusade* (Chicago: Henry Regnery, 1950).

la punta de lanza en el frente ideológico para la Guerra Fría y la campaña mundial anticomunista. En su artículo «Appeasement on the Right», Chamberlin acusaba a Weir de que su artículo «podía haber aparecido en *Nation*, e incluso en *Masses and Mainstream*» y con respecto a mi artículo, había dejado «un cianotipo a la medida de una política estadounidense siguiendo las especificaciones del Kremlin».

Fue la primera vez, aunque no la última, en que me acusaron de rojo y, para un miembro profeso de la «derecha extrema», esa acusación fue como una sacudida. Cuando contesté en el *New Leader* e hice saber que el mismo Chamberlin poco antes había alabado el apaciguamiento y Múnich, Chamberllin respondió con su estilo característico: Ernest Weir había sido recientemente alabado en el *Trybuna Ludu* de Varsovia y tal vez pronto yo «recibiría [mi] reconocimiento apropiado del mismo o una fuente similar».[148]

Inmediatamente después fui contratado para reemplazar a Chodorov como columnista mensual en Washington de *Faith & Freedom*, en mes alternos, hasta finales de 1956, donde insistía constantemente en el estatismo de la administración Eisenhower. Preocupado por el crecimiento hacia la adhesión al militarismo y la Guerra Fría en la derecha, expresaba particularmente mi descontento hacia estas tendencias. Mientras pedía el abandono de la ONU, recomendaba que se reconociera la realidad y se admitiera a China como miembro; reclamando neutralidad y aislacionismo, expresaba el deseo de neutralidad en el exterior y una Alemania unificada, neutral y pacifica; atacando la expansión permanente de los Estados Unidos más allá de nuestras costas, pedía que se garantizara la independencia a Hawái, Alaska y Puerto Rico en vez de incorporarlas como estados permanentes. A principios de 1956, atacaba a la administración Eisenhower por torpedear la segunda conferencia en Ginebra y sus esperanzas de distensión y desarme: primero, al presentar una demanda para la reunificación alemana bajo la OTAN como nuestra demanda principal en la conferencia y segundo, retirando nuestra demanda tanto tiempo mantenida de desarme *e* inspección en cuanto los rusos aceptaron nuestra postura y después sustituirla por la propuesta demagógica de Ike de «cielos abiertos». Unos meses después criticaba duramente a la derecha por apresurarse a defender al

---

[148] Ibíd., p. 21; carta de Aubrey Herbert y respuesta de Chamberlin, ibíd., 21 de junio de 1954, p. 29. Hasta donde yo sé, ese reconocimiento polaco nunca se produjo. Con respecto a la izquierda nacional desmoralizada y moderada, uno de los pocos reconocimientos de la derecha antiimperialista apareció en el *New York Compass* del 2 de enero de 1952, secundado por el *National Guardian* del 9 de enero de 1953, ambos alabando un excelente artículo de Garet Garrett en el *Wall Street Journal*. Garrett había atacado la política exterior bipartidista imperialista y denunciado a todos los candidatos presidenciales, incluyendo a Taft, por apoyarla.

instructor de la Marina que mandó brutalmente a seis hombres a húmedas tumbas en Paris Island en una marcha mortal sin sentido. ¿Como es que, me preguntaba, solo los liberales de izquierda se han alzado como defensores de la libertad contra la brutalidad y el militarismo?

Mi enfrentamiento más duro con la derecha belicista llegó en una serie de debates a principios de 1955 sobre si luchar o no por Formosa, una pregunta que persistió todo ese año.

En mi columna de marzo pedía para la retirada de Formosa, atacaba la lógica maniaca que demandaba una serie de bases sin justificación «para proteger nuestras bases anteriores» y preguntaba cómo nos sentiríamos nosotros si los chinos estuvieran ocupando y fortificando una isla a tres millas de *nuestras* costas. Además, alababa la llamada a la paz recientemente lanzada por el héroe de guerra de la derecha, Douglas McArthur, y también al representante Eugene R. Silver (R Ky.) por reasumir el mando del antiguo aislacionismo y votar en contra del cheque en blanco de la resolución del Congreso del 29 de enero sobre Formosa, porque había prometido a sus votantes que nunca ayudaría a que «sus muchachos participaran en guerras en tierras foráneas»

Este articulo propició un debate con un columnista compañero de *Faith and Freedom*, William Schlamm, otro líder de las nuevas tendencias de la derecha y antiguo editor de reseñas de libros de la entonces gran revista derechista intelectual, *The Freeman*. Schlamm era un elemento típico de la Nueva Derecha: antiguo destacado comunista alemán y editor del *Die Rote Fabne*, Schlamm dedicaba entonces su carrera a generar entusiasmo por aplastar a sus viejos camaradas, en el interior y el exterior. En su empeño por la campaña mundial anticomunista, nunca pude (y sigo sin poder) detectar un mínimo de devoción hacia la libertad en la cosmovisión de Schlamm. ¿Qué hacía en *Faith ad Freedom*? Cuando se fundó *National Review* a finales de 1955, Schlamm se convirtió en su editor de reseñas de libros y, durante cierto tiempo, en su principal teórico; más tarde regresó a Alemania y tuvo muchos seguidores por su línea de extrema dureza en la política exterior contra el Este.

Schlamm y yo tuvimos dos debates en serie («¿Pelear por Formosa… o No?» en los números de mayo y junio de *Faith and Freedom*). Yo lo acusaba de defender la guerra preventiva y recordaba a nuestros lectores que no habíamos sido atacados ni por Rusia ni por China y que una guerra mundial significaría la destrucción total de la civilización. ¿Y por qué, preguntaba, como anteriormente había hecho en esas columnas, los conservadores belicistas, supuestamente convencidos de la superioridad del capitalismo sobre el comunismo, por estar sedientos de un desenlace inmediato, reconocen implícitamente que el tiempo está del lado del sistema comunista? Luego reafirmaba que seguramente cualquier libertario debería pensar que «el enemigo» no es el comunismo ruso,

sino una invasión de nuestra libertad por el Estado: renunciar a nuestra libertad para «preservarla» no es más que sucumbir a la dialéctica orwelliana de que «la libertad es esclavitud». En cuanto a la postura de Schlamm de que ya estábamos siendo «atacados» por el comunismo, yo hacía ver la crucial diferencia entre ataque *militar* e «ideológico», una diferencia que los libertarios, con toda su filosofía basada en la diferencia entre agresión violenta y persuasión no violenta, deberían entender debidamente. Mi confusión debería haberse resuelto al darme cuenta de que el Sr. Schlamm era lo más lejano posible a un «libertario». Yo también pedía negociaciones realistas con el mundo comunista, para conseguir un mutuo desarme atómico y bacteriológico.

Más importante que el tratar de detener a los intentos de la muchedumbre belicista para tomar el control de la derecha, fue el formidable Frank Chodorov. Fue una tragedia para la causa libertaría que Frank cerrara su magnífico *analysis* a principios de la década de 1950 y lo fusionara con *Human Events*, donde trabajó como editor asociado. Frank también fue mi predecesor como columnista de Washington en *Faith and Freedom*. En el verano de 1954, Frank asumió el puesto de editor de *Freeman*, el principal órgano de la derecha intelectual, hasta entonces semanal y desde ese momento reducido a una publicación mensual de la FEE. En su editorial del *Freeman* de septiembre («The Return of 1940?»), Chodorov proclamaba que se había vuelto a producir la vieja división aislacionista-intervencionista entre conservadores y libertarios. «Los libertarios ya están debatiendo entre ellos la necesidad del aplazamiento de la lucha por la libertad hasta que la amenaza del comunismo al estilo de Moscú haya sido erradicada, aunque sea mediante la guerra». Frank señalaba las consecuencias de nuestra entrada en la Segunda Guerra Mundial: una deuda enrome, una estructura gigantesca de impuestos, el mal permanente del servicio militar, una enorme burocracia federal, la pérdida de nuestro sentido de la libertad personal e independencia. «Todo esto», concluía Frank, lo previeron los "aislacionistas" de 1940. No porque estuvieran dotados del don de la previsión, sino porque sabían historia y no iban a negar sus lecciones: durante la guerra el Estado adquiere poder a expensas de la libertad y, debido a su insaciable deseo de poder, el Estado es incapaz de renunciar a él. El Estado nunca abdica». [149]

Y además la guerra sería infinitamente peor, y en el proceso tal vez destruyera el mundo.

El editorial de Chodorov tuvo una contestación del infatigable Willi Schlamm, y ambos debatieron en las páginas del *Freeman* de noviembre de 1954 sobre las cuestiones de la guerra. La contestación de Chodorov, «A War to Communize

[149] Frank Chodorov, «The Return of 1940?», *Freeman* (Septiembre de 1954): p. 81.

America», fue su última gran reafirmación de la postura aislacionista de la Vieja Derecha. Chodorov empezaba:

> Nos están diciendo de nuevo que tenemos que tener miedo. Es igual que antes de las dos guerras mundiales: los políticos hablan en términos alarmantes, los periodistas inventan noticias que dan miedo e incluso los vecinos gritan: el enemigo está a las puertas de nuestras ciudades, debemos prepararnos para la batalla. En el caso de que no lo sepáis, el enemigo esta vez es la URSS.[150]

Chodorov se centraba en la cuestión del servicio militar, ya que «guerrear con Rusia en terreno ajeno», concedían los intervencionistas, requería esta forma de esclavitud. «No creo que se hubiera reclutado una sola división con voluntarios para la aventura coreana». Y si el pueblo estadounidense no quiere pelear en esas guerras, ¿con qué derecho se les «obligará a pelear»? Y «Nos dicen que debemos temer a los rusos. Yo tengo más miedo de aquellos que, como sus antepasados, nos obligarían a pelear contra los rusos y contra nuestra voluntad».[151] Chodorov reiteraba luego que cualquier nueva guerra acabará con cualquier libertad que tengamos, que la esclavitud con un amo estadounidense no sería mejor que la esclavitud con un amo extranjero. «¿Por qué ir a la guerra por [el] privilegio» de escoger uno u otro? Sobre el caso de ser invadidos, es imposible que ocurra tal cosa. A lo único que debemos temer en la situación actual sería a la «histeria del miedo» en sí. La única forma de quitar este miedo en ambos bandos, concluía Chodorov, era que nosotros «abandonemos nuestros compromisos militares globales» y regresemos a casa.

En cuanto a la supuesta amenaza rusa contra Europa Occidental si nos retiráramos, «sería duro para los europeos caer en manos soviéticas, pero no peor que si precipitamos una guerra en la cual sus hogares se convirtieran en campo de batalla».[152] Y si estos países en realidad quieren comunismo entonces «nuestra presencia en Europa es una interferencia impertinente en los asuntos internos de estos países, así que dejémosles que sean comunistas, si así lo desean».[153]

Desafortunadamente, poco después Chodorov fue despedido como editor: hombre de terca independencia e integridad, Chodorov no se sometería a ninguna forma de castración mental. En ausencia de Chodorov, Leonard Read

---

[150] Frank Chodorov, «A War to Communize America», *Freeman* (Noviembre de 1954), p. 171.

[151] Ibíd., p. 172.

[152] Ibíd., p. 174.

[153] Ibíd., p. 173.

podía regresar a su constante política de no tomar nunca parte en controversias políticas o ideológicas directas y *Freeman* procedió a hundirse en el fango del pensamiento inocuo, en el que se mantiene hasta hoy. Chodorov ahora estaba privado de una vía de expresión libertaria, su gran voz fue silenciada y esta pérdida se convirtió en definitiva debido a la trágica enfermedad que sufrió en 1961 y que le aquejó en los últimos años de su vida. La tragedia se agravaba con la traición ideológica de sus amigos cercanos como el joven William F. Buckley, a quien Frank había descubierto como escritor mientras editaba *Human Events* (y quien en un debate reciente en «Firing Line» con Karl Hess se atrevió a atribuirse el nombre del difunto Chodorov como autoridad libertaria que aprobaba a la postura belicista) Aun más significativa es la historia de la Intercollegiate Society of Individualists, que Frank había fundado en 1952 como un «proyecto a cincuenta años» para arrebatarle las universidades al estatismo y dirigirlas hacia el individualismo. En 1956, la ISI abandonó las oficinas de la FEE para establecerse en Philadelphia. La persona elegida por Frank para sucederle como jefe de la ISI, E. Victor Milione, ha llevado desde entonces a esta directamente al campo tradicionalista-conservador, hasta el punto (más o menos en el momento del fallecimiento de Frank a finales de 1966) de cambiar de nombre del retoño de Frank al de «Intercollegiate Studies Institute». Parece como si la palabra «Individualist» molestara a los empresarios, en quienes recordaba visiones de los rebeldes de la Nueva Izquierda. ¡Oh Libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre![154]

Otro grave golpe al aislacionismo y la Vieja Derecha fue la pérdida de *Human Events*. Desde el principio, los tres dueños de *Human Events* habían sido Felix Morley, el teórico, Frank Hanighen, el periodista, y Henry Regnery, el apoyo financiero. Antes y durante la Segunda Guerra Mundial, todos habían sido aislacionistas, pero después de la guerra Hanighen, seguido por Regnery, empezaron a pasarse al bando del movimiento anticomunista e intervencionista, a pesar de la resistencia de Morley. Morley, que en su autobiografía dio mucha importancia a la influencia de Nock, se burlaba del énfasis de sus colegas en el caso Hiss. Una vez que Franklin Roosevelt, asesorado por Harry Hopkins, hubo provocado una «victoria comunista», Morley declaró que «parece tonto molestarse por las maquinaciones absurdas de algunos compañeros acusados de

---

[154] La idea del cambio de nombre se originó en el otoño de 1960 con Bill Buckley, pero Chodorov nunca aceptó el cambio. Hizo falta que Chodorov estuviera al borde de la muerte para que Milione estuviera dispuesto a la ruptura y simbolizar así otra apropiación de la Nueva Derecha de Buckley. George H. Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945* (Nueva York: Basic Books, 1976), p. 390.

ser comunistas arrepentidos». Además de la ideología, Hanighen estaba motivado particularmente por el parné: Hanighen

> creía que el caso Hiss sería sensacional, como en realidad lo fue, y que podría aumentar enormemente nuestra circulación al ser explotado, así como las acusaciones categóricas del senador McCarthy. Probablemente tenía razón, ya que desde que me fui la pequeña publicación creció rápidamente al unirse al bando anticomunista.[155]

Finalmente, la separación se produjo en febrero de 1950, debido a la insistencia de Hanighen de que *Human Events* diera todo su apoyo a la intervención estadounidense a favor del régimen de Chiang Kai-Shek que ahora estaba acorralado en Taiwán. Regnery estuvo de acuerdo con Hanighen y así sus socios le compraron su parte a Morley. Echando la vista atrás sobre esta separación forzosa, Morley concluía:

> Mirando atrás, veo este episodio como sintomático de lo que ha venido a dividir el movimiento conservador en Estados Unidos. Frank y Henry, cada uno a su manera, se asociaron con la derecha extrema en el Partido Republicano. Mi postura siguió siendo esencialmente «libertaria», aunque con gran renuencia a ceder la vieja palabra «liberal» a los socialistas. Me oponía fuertemente, y me sigo oponiendo, a la centralización del poder político, pues pienso que este proceso acabará destruyendo nuestra república federal, si es que no la ha destruido ya. Haberle dado poder al HEW (Departamento de Salud, Educación y Bienestar) es demostrablemente malo, pero su concentración en el Pentágono y la CIA es peor, porque la autoridad muchas veces se esconde y ejerce en secreto. No controlar uno u otro extremos significa un continuo déficit financiero y, por consiguiente, inflación, que con el tiempo puede ser fatal para el sistema de libre empresa.[156]

Morley, amigo de Bob Taft, habría sido propuesto para un puesto importante en el Departamento de Estado si Taft se hubiera convertido en presidente en 1953, pero no fue así.

---

[155] Felix Morley, *For the Record* (South Bend, Ind.: Regnery Gateway, 1979), p. 430. En un relato más áspero y menos amable de la ruptura escrito para la celebración del 30 aniversario de *Human Events*, Morley escribía que Hanighen estaba empezando a considerarle como «blando con el comunismo». Felix Morley, «The Early Days of *Human Events*», *Human Events* (27 de abril de 1974): pp. 26, 28, 31. Citado en Nash, *Conservative Intellectual Movement*, pp. 124-125.

[156] Morley, *For the Record*, p. 437. Morley reconoce que, a pesar de estas críticas, estuvo contento de publicar su libro.

Pero a mediados de la década de 1950 la batalla de los aislacionistas de la Vieja Derecha no se había perdido del todo. Así que, a finales de 1955, For America, un grupo importante de derecha encabezado por Clarence Manion, decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Notre Dame, publicó su programa político. Dos de sus posturas sobre política exterior eran «Abolir el servicio militar» y «No participar en guerras exteriores, a menos que la seguridad de los Estados Unidos estuviera directamente amenazada». Ni una sola palabra acerca de liberar países comunistas o parar el comunismo en todo el mundo. En cuanto a nuestro pequeño grupo libertario, los anarquistas de derecha Robert LeFebre y Thaddeus Ashby pudieron ganar control durante un corto pero glorioso momento del derechista Congress of Freedom, encabezado por el washingtoniano Arnold Kruckman. El 24 de abril 1954, LeFebre y Ashby se las arreglaron para que se aprobara en el Congreso un programa libertario, que reclamaba específicamente la abolición del servicio militar, «cortar nuestra enrevesada alianza con naciones extranjeras» y el cese de toda ayuda exterior. El programa declaraba: «Lamentamos la guerra que hemos perdido en Corea y nos opondremos a la intervención estadounidense en la guerra en Indochina». Sin embargo, derechistas más ortodoxos lograron recuperar el control del Congreso al año siguiente.

El último gran intento político de la derecha aislacionista se dio en la pelea por la Enmienda Bricker, el gran plan de política exterior de los republicanos conservadores durante el primer mandato de Eisenhower. El senador John W. Bricker (R. Ohio) había sido el candidato de la derecha a la presidencia derrotado en 1948 y era el sucesor natural de Taft después del fallecimiento de su compañero de Ohio. La Enmienda Bricker a la Constitución se pensó para eliminar la amenaza de que los tratados internacionales y acuerdos ejecutivos se convirtieran en la ley suprema del territorio y se impusieran a las leyes previas internas o las disposiciones de la Constitución. Disponía que ningún tratado o acuerdo gubernativo en conflicto o que no cumpliera la Constitución tendría ninguna validez y que dicho tratado o acuerdo ejecutivo no tendría validez como ley interna salvo por legislación que hubiera sido válida en la ausencia de acuerdo. A favor de la enmienda había diversos grupos derechistas: veteranos y organizaciones patrióticas, el American Farm Bureau, la Cámara de Comercio, Pro-America, la National Small Business Association, la Conference of Small Business Organizations, el National Economic Council de Merwin K. Hart, el Committee for Constitutional Gobernment, los Freedom Clubs, Inc. del Rev. Fifield y gran parte a la American Bar Association. El mayor oponente de la Enmienda fue la administración Eisenhower, en particular el secretario de Estado Dulles y el fiscal general Herbert Brownell, hábilmente secundado por las fuerzas del liberalismo organizado: Americans for Democratic Action, la AFL, B'nai B'rith, el American Jewish Congress, la American Association for the United Nations, y los United World Federalists.

El voto culminante de la Enmienda Bricker llegó al Senado de EEUU en febrero de 1954, sufriendo la Enmienda una derrota severa. Aunque la abrumadora mayoría de los republicanos derechistas votaron a favor la Enmienda, hubo algunos desertores importantes, incluyendo a William Knowland y Alexander Wiley (R., Wis.), un antiguo aislacionista que jugaba al inicuo «papel Vandenberg» como presidente del Comité de Relaciones Exteriores en el que pudo haber sido el último Senado bajo control republicano.[157]

Es indicativo de la posterior decadencia de la Vieja Derecha que la Enmienda Bricker se esfumara y desapareciera totalmente en los conciliábulos de la derecha y nunca más se supiera de ella. En particular, la Nueva Derecha, que empezó a emerger con fuerza después de 1955, fue capaz de enterrar la Enmienda Bricker, así como el sentimiento aislacionista que personificaba, en alguna forma orwelliana de «agujero de la memoria».

Si la enmienda Bricker fue la última campaña de presión aislacionista de la Vieja Derecha, la opción del tercer partido de 1956 fue su última participación política directa. Yo deseaba un tercer partido de la Vieja Derecha desde la vergonzosa convención republicana de 1952 y algunos taftistas trataron de lanzar un Partido Constitucional, nominando ese mismo otoño a Douglas MacArthur, lamentando solo que no hubiera tiempo suficiente y diciendo que ese 1956 sería el Año. Las conversaciones y movimientos por un tercer partido por parte de descontentos de la Vieja Derecha empezaron a finales de 1955 y en varios estados surgieron numerosos partidos conservadores, constitucionales y «nuevos». Pero hubo pocas organizaciones importantes, dinero o sabiduría política en estos intentos y ningún líder importante de derecha apoyó sus esfuerzos.

Personalmente, estuve involucrado en dos intentos de terceros partidos en Nueva York, un minúsculo Partido de la Constitución y otro más grande, el Partido Independiente, encabezado por un hombre mayor llamado Dan Sawyer. Recuerdo claramente una campaña de buen tamaño realizada por el Partido Independiente a principios de 1956. Un portavoz importante fue Kent Courtney, de Nueva Orleáns, quien, con su esposa Phoebe, fue el principal fundador de ese nuevo partido. Un dato interesante fue el de un anciano atractivo, que su nombre no recuerdo, que parecía el estereotipo del coronel Kentucky, que subió al estrado cojeando. El coronel, pues eso creí que era, aun siendo de Texas,

---

[157] Sobre la pelea por la Enmienda Bricker, ver Frank E. Holman, *Story of the "Bricker" Amendment (The First Phase)* (Nueva York: Committee for Constitutional Government, 1954). Holman, expresidente de la American Bar Association, era un líder de las fuerzas a favor de la enmienda. En el libro aparecen como apéndices declaraciones sobre la Enmienda Bricker por parte de individualistas y aislacionistas veteranos, como Samuel Pettingill, Clarence Manion, Garet Garrett y Frank Chodorov.

proclamó que era el fundador no reconocido de las encuestas de opinión pública y que había sido el asesor de encuestas de opinión del presidente Coolidge. (¡Ojalá Hoover lo hubiera escuchado!). De todas maneras, el coronel nos aseguraba, desde las profundidades de su conocimiento de la opinión pública, que sin duda *cualquier* demócrata derrotaría a Eisenhower en las elecciones de 1956. Esa era la perspicacia del liderazgo del tercer partido. Como cabía esperar, el Partido Independiente de Nueva York ya no realizó más mítines.

El Partido de la Constitución de Nueva York tuvo una vida todavía más corta. De nuevo, solamente acudí a una reunión «masiva», presidido por un joven abogado llamado Ed Scharfesberger, que tuvo lugar en un diminuto restaurante en Manhattan. Scharfesberger me dio a entender que yo podría ayudar a escribir el programa del partido, pero algo me dijo que el partido no iba a durar mundo en este mundo. Lo interesante del grupo del Partido de la Constitución estaba su conexión con una minirred de partidos de la Constitución encabezada por el partido de Texas, que sí consiguió entrar en liza y presentó varios candidatos.

Mi candidato personal para presidente en 1956 era el gobernador Bracken Lee de Utah, que era sin duda lo más cercano a un libertario en la vida política. Por cierto, había otros pocos gobernadores que defendían la derogación del impuesto a la renta y la venta de universidades estatales a la empresa privada, rechazaban la ayuda económica federal para carreteras, denunciaban el seguro social, pedían la retirada de la ONU o proclamaban que la ayuda al extranjero era inconstitucional.

Por cierto, un tercer partido sí salió adelante, pero de nuevo empezó muy tarde, a mediados de septiembre del año de las elecciones, y por consiguiente solo pudo participar en algunos Estados. El Nuevo Partido, en una convención de los derechos de los estados, nominó a T. Coleman Andrews, de Virginia, para la presidencia y al exrepresentante Thomas H. Werdal (R., Calif) para la vicepresidencia. Andrews había sido un héroe antiimpuestos, trabajando durante varios años como comisionado de Hacienda en la época de Eisenhower, dimitiendo después para recorrer el país para rechazar la Decimosexta Enmienda (Impuesto sobre la Renta). Apoyé firmemente el ticket Andrew-Werdel, no siendo el menor de sus atractivos la ausencia de cualquier llamado de una cruzada mundial anticomunista. La Enmienda Bricker, la oposición a la ayuda exterior y la retirada de la ONU estaban dentro de su programa de asuntos exteriores, y por cierto lo mismo podría decirse acerca de los partidos de la Constitución. Andrew Werkel llegó a su apogeo en Virginia y Louisiana donde cosecharon más o menos el 7% del voto, ganando un condado (Prince Edward, en Virginia), mientras que J. Bracken Lee obtuvo más de 100.000 votos en Utah, su estado natal, en una candidatura independiente a la presidencia.

Mientras apoyaba a Andrew Werdel, yo dejaba claro a mis lectores de *Faith and Freedom* que entre los grandes candidatos prefería a Adlai Stevenson. La razón principal no era, como en 1952, castigar a los republicanos izquierdistas por haberse apoderado del partido. Presagiando mi futura carrera política, mi razón principal era la postura decididamente pacifista que estaba adoptando Stevenson, específicamente en su propuesta de abolición de pruebas de las bombas H, así como su sugerencia de derogar el reclutamiento militar. Esto bastaba para llevarme en la dirección stevensoniana.

Poco después de la elección, Bill Johnson, que siempre había alabado mis columnas, voló hacia el Este para informarme de que estaba despedido como columnista de Washington. ¿Por qué? Porque sus lectores ministros protestantes habían llegado a la conclusión de que yo era «comunista». ¡De nuevo acusado de rojo, y esta vez por los «libertarios»! Protesté diciendo que, un mes sí y otro también, había atacado constantemente al gobierno y defendido al individuo: ¿cómo podía ser esto «comunista»? Los acontecimientos se precipitaron. *Faith and Freedom* desaparecía poco después (y *no*, debo agregar, por mi despido). Bill Johnson se unió poco después a Dick Cornuelle en la operación del Fondo Volker.

La desaparición de *Faith and Freedom* y de su organización controladora, Spiritual Mobilization (SM), eran síntomas del grave descenso del ala libertaria de la Vieja Derecha en la segunda mitad de la década de 1950. En medio de la crisis más grave del libertarismo (y la Vieja Derecha) desde la Segunda Guerra Mundial, Spiritual Mobilization, en vez de proporcionar liderazgo en estos tiempos tormentosos, recurrió lo que solamente puede llamarse charlatanería mística neobudista. A mediados de la década de 1950, el reverendo Fifield había confiado la gestión cotidiana de SM a Jim Ingebretsen, un libertario y viejo amigo de Leonard Read, que había sido funcionario de la Cámara de Comercio. Sin embargo, tan pronto como tomó las riendas de SM, él (y el resto del influyente grupo SM) cayeron bajo la influencia carismática del místico neobudista gnómico inglés Gerald Heard. Heard, a quien le gustaba considerar sus confusas elucubraciones como requerimientos de «ciencia», ya había convertido a Aldous Huxley y a Christopher Isherwood al misticismo heardiano (fue Heard quien proporcionó el modelo para el gurú que convertía al complejo protagonista de Huxley al misticismo en *Ciego en Gaza*). Heard abrió un negocio en un local proporcionado por un empresario patrocinador en una propiedad llamada Idyllwild en el área de Los Ángeles y allí organizaba retiros para todos los en su momento activos empresarios libertarios de la Vieja Derecha. En particular Heard, haciendo alarde acerca del «Growing Edge» y de lo paranormal, organizaba sesiones místicas que incluían experimentos con alucinógenos, «hongos de la locura» e incluso LSD. Resulta fascinante que Heard y su grupo fueran una especie de precursores de Timothy Leary, una forma gentil pero altamente debilitante, de salto incongruente hacia una «contracultura» de

derechas. Por supuesto, algo que logró el sumergirse en esta tontería fue el convencer a los participantes de que libertad, estatismo, economía política e incluso ética no eran realmente importantes: que lo único que realmente importaba eran los avances en la «conciencia» espiritual personal.

Aun cuando presumiblemente no fue pensado con ese propósito, fue una bonita manera de destruir un movimiento ideológico activo. Todos los participantes quedaron marcados de una u otra forma. Thaddeus Ashby, que se había convertido en editor asistente de *Faith and Freedom*, influyó en Johnson, y Gerald Heard obtuvo una columna mensual, en la que escribía incomprensibles pronunciamientos de estilo confuciano. (Una columna típica empezaba: «La gente me pregunta; Mr. Heard, ¿habrá guerra? Y yo respondo: «¿Ha leído usted *La Vida de la Abeja*, de Maeterlinck?» —Sin duda una respuesta muy útil para la candente cuestión de la política exterior). Ashley acabo abandonando totalmente la ideología libertaria y buscando hongos alucinantes en México y siguiendo el extraño camino del yoga tántrico. El entusiasmo de Bill Mullendore por la libertad se debilitó. E Ingebretsen se vio tan influido como para quedarse virtualmente en un retiro permanente. Las contribuciones de los empresarios bajaron drásticamente, a pesar de un esfuerzo desesperado en el último momento de transformar *Faith and Freedom* en un órgano exclusivamente antisindical y el rev. Fifield, que había dirigido SM desde la década de 1930, dimitió en 1959, anunciando así el fin de la que en su momento fue una organización activa e importante.[158]

Incluso Leonard Read se vio afectado, y los flirteos de Read en torno al grupo Growing Edge únicamente podían acelerar el deterioro constante de la FEE. Leonard siempre tuvo una vena mística, así que daba a todos los recién llegados a la FEE a un monologo de una hora sobre el sentido de que «los científicos me dicen que, si se pudiera hacer explotar un átomo del tamaño de este cuarto, y después entrar en él, se oiría una música maravillosa». (Yo me limité a preguntarle si sería de Bach o de Beethoven). Aparentemente, esta tontería funcionó bien con muchos de los devotos de la FEE. Por supuesto, esto no le habría parecido tan bien a Frank Chodorov, una persona con los pies en la tierra a quien le gustaba discutir ideas y problemas reales. No es de extrañar que Chodorov durara muy poco tiempo en este ambiente intelectualmente embrutecedor.

---

[158] Para una explicación esclarecedora del misticismo que acabó con Spiritual Mobilization a finales de la década de 1950, ver Eckard Vance Toy, Jr., «Ideology and Conflict in American Ultraconservatism, 1945–1960» (Tesis doctoral, Universidad de Oregón, 1965), pp. 156-190.

Entretanto, *la vida social libertaria* en Nueva York había tenido poca entidad. No había jóvenes libertarios en Nueva York después que Dick Cornuelle se mudara al Oeste, y los pocos que había (que no incluían a anarquistas) se agrupaban en torno al seminario de Mises en la Universidad de Nueva York. Una salida de la jungla se produjo en 1953, cuando conocí en el seminario Mises a un brillante grupo de libertarios jóvenes y pujantes: la mayoría eran del ultimo grado de secundaria y uno, Leonard Liggio, era estudiante de segundo año en Georgetown. Algunos de este grupo habían creado el Club Cobden en el Bronx High School of Science y el grupo en general se había reunido como activistas de la campaña Youth for Taft en 1952. La conversión de este grupo al anarquismo era una simple cuestión de lógica libertaria y todos nos volvimos muy amigos, formamos un grupo muy informal llamado el Círculo Bastiat, en honor al economista francés del *Laissez Fair*. Teníamos discusiones interminables sobre teoría política liberaría y acontecimientos actuales, cantábamos y componíamos canciones, bromeábamos sobe cómo seriamos considerados por los «historiadores futuros», brindábamos por el día de la victoria futura y jugábamos juegos de mesa hasta altas horas de la madrugada. Fueron tiempos verdaderamente felices.

Cuando les conocí, después de la derrota de Taft, el círculo conformaba el ala libertaria de una coalición conservadora-libertaria que había fundado el Students for America: de hecho, en el Círculo los jóvenes controlaban totalmente el grupo oriental del SFA, mientras que su presidente, Bob Munger, un conservador con relaciones políticas derechistas controlaba el grupo occidental. Sin embargo, desafortunadamente, solamente Munger tenía acceso a financiación y, cuando al poco tiempo tuvo de hacer el servicio militar, la SFA se disolvió. Así continuamos durante la década de 1950, como un grupo aislado pero alegre en Nueva York.

A mediados de la década de 1950, la Vieja Derecha se había desmoralizado políticamente debido al fallecimiento de Taft, la derrota de la Enmienda Bricker y el triunfante republicanismo de Eisenhower, mientras que intelectualmente la lenta desaparición de la Vieja Derecha dejaba un vacío: *Freeman* estaba acabado a todos los efectos, la FEE estaba en decadencia, Chodorov incapacitado, Garrett muerto y Felix Morley, por su persistente aislacionismo, fue despedido de *Human Events* que había ayudado a fundar. *Faith and Freedom* y Spiritual Mobilization estaban igualmente muertos.

Finalmente, el fallecimiento del coronel McCormick en abril 1955, privó al aislacionismo y su base del Medio-Oeste de su portavoz más importante y comprometido, como director que daba forma al *Chicago Tribune*. Literalmente, ya no había lugares libertarios o aislacionistas donde publicar. Todo estaba listo para que se llenara ese vacío, para la incautación de este continente y ejercito perdidos y para su movilización por un hombre y un grupo que pudiera brindar inteligencia, erudición, atrevimiento, dinero, y conocimiento político para tomar

el ala derecha de una forma diferente y para un percusionista muy distinto. Había llegado el momento de Bill Buckley y *National Review*.

12. *National Review* y el triunfo de la Nueva Derecha

Garet Garrett lo había dicho: al referirse al triunfo del New Deal y luego al Imperio Americano, resumía la estrategia: «revolución dentro de las formas». La Nueva Derecha no se molestó, no planteó una posible resistencia, lanzando un asalto frontal contra los viejos ídolos: contra el fallecido senador Taft, contra la Enmienda Bricker ni contra los viejos ideales de individualismo y libertad. Por el contrario, ignoraron algunos, abandonaron otros y afirmaron que habían llegado a colmar los ideales generales del individualismo en una «fusión» nueva y superior de libertad y tradición ordenada.

¿Cómo se había alcanzado concretamente ese logro? Para empezar, atacándonos en nuestro punto más vulnerable: la frustración del anticomunismo. Ya que la acusación de rojos nos llegaba fácilmente a todos, incluso al más libertario. En primer lugar, había terribles recuerdos de la Segunda Guerra Mundial, la manera en que el Partido Comunista había adoptado con júbilo la apariencia de ser patriotas de guerra, del «americanismo del siglo XX» y había calumniado desvergonzadamente a todos los opositores a la guerra como agentes de Hitler. Conservadores y antiguos liberales aislacionistas difícilmente podían olvidar y perdonar y, por consiguiente, cuando empezó la Guerra Fría, cuando se rompió la «gran coalición patriótica» de EEUU y Rusia, fue difícil para la Vieja Derecha resistir la tentación de vengarse, de devolver el desdén de los agentes-de-un-poder-foráneo a sus antiguos atormentadores. Además, cegados por el odio hacia Rusia como potencia intervencionista, creímos equivocadamente que repudiar los frutos de la alianza rusa, incluyendo Teherán y Yalta, era en sí un repudio a la Segunda Guerra Mundial. Desafortunadamente no nos dimos cuenta (como señalarían historiadores posteriores de la Nueva Izquierda) de que la Guerra Fría y la intervención en la Segunda Guerra Mundial eran parte integrante de lo mismo: de que una era la inevitable consecuencia de la otra y de que las dos eran parte integral del imperialismo rampante de Estados Unidos.

Pero el problema era más profundo. Nuestro problema principal era nuestra apreciación simplista del espectro ideológico–político. Todos asumíamos que había dos polos: un polo «izquierdo» de comunismo, socialismo y gobierno totalitario y un polo «derecho» de libertarismo y anarquismo individualista. A la izquierda del centro estaban los liberales y socialdemócratas; a la derecha del centro estaban los conservadores. Desde un espectro simplista concluíamos,

primero, que los conservadores, sin que importara la divergencia, eran nuestros aliados «naturales» y, segundo, que verdaderamente había poca diferencia entre liberales y comunistas. ¿Por qué no entonces enmarañar la verdad un poquito y usar el garrote anticomunista para golpear a los liberales, especialmente debido a que los liberales se habían atrincherado en el poder y estaban dirigiendo el país? Era una tentación que pocos podíamos resistir.

De lo que no nos dimos cuenta completamente en ese momento era de que los comunistas y socialistas no habían inventado el estatismo ni el gobierno Leviatán, sino que estos habían existido durante siglos y que el desarrollo del momento del consenso liberal-conservador y particularmente el triunfo del progresismo era un regreso del viejo y despótico *ancien régime*. Este *ancien régime* era el Viejo Orden contra el que habían surgido como oposición revolucionaria los movimientos libertarios y de laissez-faire de los siglos XVIII y XIX, una oposición a favor de la libertad económica, y la libertad individual. Jefferson, Cobden y Thoreau como nuestros predecesores fueron antepasados en más de una manera, pues tanto nosotros como ellos estábamos peleando contra el mercantilismo estatista que establecía un despotismo burocrático y monopolios corporativos en el interior y libraba guerras imperiales en el exterior. Pero si el socialismo y el progresismo eran reversiones hacia el Viejo Conservadurismo Europeo, entonces queda claro que es el conservadurismo estatista (ahora unido al progresismo y la socialdemocracia) el que sigue siendo el gran enemigo de la libertad, y no solo en 1800. Y si liberales y comunistas suenan igual, no quería decir que, como pensábamos entonces, los liberales en modo alguno se hubieran vuelto criptocomunistas: ¡por el contrario, era una señal de que los comunistas se habían vuelto liberales!

Pero para nosotros este análisis (que desarrollaría Leonard Liggio) todavía quedaba en un futuro lejano. Durante los 1940 y 50 estábamos alegremente acusando a los rojos. Mi postura era característicamente libertaria: distinguía entre acusación «obligatoria», usando el poder del Estado para reprimir a comunistas e izquierdistas, algo que deploraba, y acusación «voluntaria» por parte de organizaciones privadas y grupos, algo que apoyaba. Lo anterior incluía las persecuciones de la Ley Smith, la Ley McCarran y las inquisiciones del HUAC. Otra cosa que no vi fue que no me di cuenta de la imposibilidad virtual de mantener estrictamente separados la acusación nacional y exterior; era psicológica y políticamente imposible perseguir o acosar a comunistas o izquierdistas en el interior y al mismo tiempo proseguir con una política de paz, neutralidad y amistad con los países comunistas de ultramar. Y los seguidores del anticomunismo global sabían muy bien esta verdad.

Desde muy temprano en el periodo de la posguerra, los mayores portadores del contagio anticomunista fueron los intelectuales excomunistas y exizquierdistas. En un clima de creciente desilusión con la fatua propaganda de la

Segunda Guerra Mundial, los excomunistas impactaron en los mundos intelectuales y políticos como una bomba, formando cada vez más la punta de lanza de la cruzada anticomunista, tanto nacional como exterior. Sofisticados, mundanos, polemistas veteranos, ya habían pasado por allí: para los ingenuos y asustados estadounidenses, los exizquierdistas eran como viajeros de una tierra desconocida y por consiguiente llena de cosas horribles que regresaban con auténticas historias de terror y advertencia. Como ellos sabían, con su conocimiento especial, y como ellos lanzaban las terribles advertencias, ¿quién iba a negar esa verdad? El hecho de que a través de la historia intentaran denigrar y exterminar su amor anterior tratando frenéticamente de expiar su culpa y su miedo de haber gastado sus vidas, ese hecho se nos pasó por alto, así como a la mayoría de Estados Unidos.

Desde el mismo final de la guerra, estaban en todas las partes de la derecha, creando miedo, apuntando con el dedo, ansiosos por perseguir o exterminar a cualquier comunista que encontraran, en el interior y en el exterior. Algunos «exalgo» de la vieja generación de la época de preguerra eran prominentes. Uno fue George E. Sokolsky, columnista del *New York Sun*, que a principios de la década de 1920 había sido comunista. Particularmente prominente en la derecha fue el Dr. J. B. Matthews, importante compañero de viaje al principio de la década de 1930, quien al final de la década era investigador jefe del Comité Dies; Mathews hizo una fortuna con sus famosos «ficheros de tarjetas», una enorme colección de nombres del «frente comunista» que usaría para vender sus servicios como señalador en industrias y organizaciones; placentero y erudito, Matthews se había convertido del socialismo en parte leyendo *Socialismo* de Mises. Pero el primer matrimonio entre libertarios y acusadores de rojos se produjo poco después del término de la guerra debido al veterano acusador Isaac Don Levine, que fundó una poco conocida publicación mensual llamada *Plain Talk*, en donde se leía una curiosa mezcla de filosofía política libertaria y feroces revelaciones de presuntos «rojos» en Estados Unidos. Fue particularmente curioso porque Don Levine, nunca había mostrado, antes o después de su empresa de poca duración, ningún interés por la libertad o el libertarismo. Cuando *Plain Talk* se terminó, Don Levine se mudó a Alemania Occidental a participar en la política *revanchista* de los grupos *emigré* del este europeo.

Después de varios años, *Plain Talk* desaparecería para convertirse en el semanal *Freeman* en 1950, un proyecto más ambicioso y mejor financiado, que, sin embargo, nunca logro acercarse a la influencia o número de lectores del posterior *National Review*. De nuevo fue una empresa de coalición libertaria, conservadora y acusadores de rojos. Los coeditores eran dos veteranos escritores y periodistas: Henry Hazlitt, un economista de laissez-faire, pero nunca un aislacionista, y John Chamberlain, un hombre de instintos libertarios y antiguo aislacionista, pero izquierdista profundamente asustado por una célula

comunista que le había tratado groseramente en la revista *Time*.[159] Así que la causa aislacionista nunca estuvo muy representada en *Freeman* y, además, Will Schlamm entró como editor de libros y Chamberlain trajo al profundamente antilibertario Forrest Davis para ser un tercer coeditor. Davis, junto con Ernest K. Lindley, habían escrito la apología oficial de Pearl Harbor durante la administración Roosevelt, y después había sido pasado a ser el escritor fantasma de Joe McCarthy.[160]

De hecho, McCarthy y el «McCartismo» proveyeron el catalizador principal para transformar la masa base de la derecha del aislacionismo y cuasilibertarismo al simple anticomunismo. Antes de que McCarthy lanzara su famosa campaña en febrero de 1950, no había estado especialmente asociado con el ala derecha del Partido Republicano; por el contrario, su historial se acercaba más a ser liberal y centrista, más estatista que libertario. Debemos recordar que la cacería de brujas del anticomunismo y las acusaciones de rojos la lanzaron los liberales y, aun después de que apareciera McCarthy, los liberales fueron los más eficaces en el juego. Después de todo, fue la administración liberal de Roosevelt la que aprobó la Ley Smith, que se utilizó contra trotskistas y aislacionistas durante la Segunda Guerra Mundial y en contra de los comunistas después de la guerra; fue durante la administración liberal de Truman cuando enjuiciaron a Alger Hiss y a los Rosenberg y la que inició la Guerra Fria: fue el eminente liberal Hubert Humphrey el que consiguió que se aprobara la cláusula en la Ley McCarran de 1950 que amenazaba con campos de concentración a los «subversivos».

Por cierto, los historiadores de la Nueva Izquierda, Steinke y Weinstein, han demostrado que el mismo McCarthy aprendió a amenazar a los rojos nada menos que del santificado personaje socialdemócrata Norman Thomas. Durante la campaña de 1946, McCarthy primero se presentó al Senado en contra del gran líder aislacionista Robert LaFollette, Jr. Aunque en las primarias McCarthy atacó poco como rojo al todavía coherente aislacionista La Follette, McCarthy era entonces un internacionalista típico, un Vanderberg republicano, con cierto apoyo disidente a la idea de negociar la paz con la Unión Soviética. Después, el 26 de agosto de 1946, Norman Thomas, hablando en el día de campo anual del

---

[159] Don Levine había sido elegido para ser coeditor, pero fue excluido antes de que empezara la empresa, porque había enfadado a los respaldos financieros de *Freeman* atacando a Merwin K. Hart en *Plain Talk* calificándole de «antisemita» (léase: antisionista).

[160] Su obra más conocida como escritor fantasma fue el famoso ataque de McCarthy contra el historial del general George Marshall, un ataque que, significativamente, empezaba durante la Segunda Guerra Mundial, ignorando así deliberadamente el historial impoluto de Marshall en Pearl Harbor.

Partido Socialista de Wisconsin, acusó de rojo al candidato demócrata al Senado, Howard J. McMurray. Thomas acusaba en particular a McMurray de estar apoyado por el *Daily Worker*, una acusación que McCarthy usó a su gusto unas semanas después. McCarthy había aprendido cómo hacerlo de un veterano de las luchas destructivas en la izquierda.[161]

La campaña de McCarthy transformó en la práctica la base de la derecha llevando al movimiento un gran número de católicos urbanos de la Costa Este. Antes de McCarthy, la base de la derecha eran los pequeños pueblos del aislacionista Medio Oeste, los lectores típicos del viejo *Chicago Tribune*. A diferencia de la vieja base, el interés de los nuevos electores católicos por la libertad individual era, si acaso, negativa: se podría decir que su principal interés era eliminar la blasfemia y la pornografía y matar comunistas en el interior y el exterior. En cierto modo, la posterior aparición de Bill Buckley y su muy aparentemente católica *National Review* reflejaba esta gran influencia y transformación. Sin duda no fue casualidad que la primera aparición en la escena política de Buckley fue por ser coautor (con su cuñado, L. Brent Bozell, un converso al catolicismo) de la destacada obra a favor de McCarthy, *McCarthy and his Enemies* (1954). A la bandera mccartista también se unieron la cada vez más poderosa bandada de excomunistas y exizquierdistas: en particular, George Sokolsky, un destacado consejero de McCarthy, y J.B.Matthews, que fue jefe de investigaciones de McCarthy hasta que se excedió al denunciar la supuestamente masiva «infiltración» entre el clero protestante por parte del Partido Comunista.

Sin darme cuenta, en aquel entonces, en ese proceso de transformación, yo era un entusiasta de McCarthy. Había dos razones básicas. Una era que mientras McCarthy estaba empleando el arma del comité gubernamental, la mayor parte de sus víctimas no eran ciudadanos privados, sino cargos públicos: burócratas y oficiales del Ejército. La mayoría de las acusaciones de McCarthy eran, por consiguiente, «voluntarias», no «obligatorias», ya que las personas que estaban siendo atacadas eran funcionarios, algo justo desde el punto de vista libertario. Además, cada día, órganos del establishment como el *New York Times* continuaban diciéndonos que McCarthy estaba «destruyendo la moral del poder ejecutivo»: ¿qué más podía desear un libertario? ¡Y «destruyendo la moral del ejército»! ¡Que bálsamo para un antimilitarista!

Recientemente, tuve la ocasión de volver a ver, después de muchos años, una película de Emile D’Antonio de la censura, *Point of Order*. La vi con un viejo

---

[161] Sobre este instructivo episodio, ver John Steinke y James Weinstein, «McCarthy and the Liberals», en *For a New America: Essays in History and Politics from Studies on the Left, 1959-1967*, James Weinstein y David Eakins, eds. (Nueva York: Random House, 1970), pp. 180-193.

miembro del Círculo que hacía tiempo también había abandonado la derecha y teníamos curiosidad sobre cómo reaccionaríamos, ya que ninguno de ambos había reflexionado seriamente sobre el episodio de McCarthy olvidado hace mucho. A los pocos minutos, nos encontramos nuevamente entusiasmados, pero de una manera distinta, por ese símbolo determinante de la caza de brujas. La película empezaba con McCarthy señalando como su premisa básica, un mapa loco de los Estados Unidos con la «conspiración internacional comunista» moviéndose en una serie coordinada de flechas en contra de los Estados Unidos. (Era para todo el mundo como una publicación de los 50 del *Lampoon* de Harvard, satirizando una «amenaza» militar absurda). Pero lo crucial es que el ejército de McCarthy y sus adversarios en el ejército y el Senado nunca impugnaron este axioma absurdo y, una vez dado al axioma, la lógica de McCarthy era impecable. Como señalaron Steinke y Weinstein, McCarthy no inventó la cacería de brujas ni la acusación de rojos. «Tampoco, como muchos liberales se quejan, abusó ni hizo mal uso de una herramienta útil por otro lado: simplemente la llevo a su conclusión lógica». De hecho, tomó la creación de los propios liberales y la volteó en su contra, y también en contra de los engreídos oficiales del ejército Leviatán; y ver que tenían parte de un castigo justo, y ver que a los liberales y centristas les estallaba su propio petardo, era algo verdaderamente dulce. En palabras de Steinke y Weinstein, McCarthy

> montó al monstruo con demasiado entusiasmo, volviéndolo en contra de sus creadores y estos, al darse cuenta por fin de que su creación estaba fuera de control, intentaron devolvérsela en una flácida defensa.[162]

Como una pequeña corroboración personal, recuerdo muy bien la reacción de un conocido cercano, un viejo ruso, miembro de la Federación Socialdemócrata Rusa y veterano anticomunista, cuando empezó el movimiento mccartista. Estaba positivamente jubiloso y apoyaba fervientemente la campaña de McCarthy y solo poco más tarde, cuando se «extralimitó», el viejo menchevique se dio cuenta que había que deshacerse de McCarthy.

Pero todavía había otra razón para mi propia fascinación con el fenómeno: su populismo. La década de 1950 fue una era en la que el liberalismo (ahora llamado correctamente «liberalismo corporativo») había triunfado, y parecía que se mantendría permanentemente al mando. Tras haber ganado los puestos de poder, los liberales habían abandonado su fachada radical de la década de 1930 y ahora disfrutaban cómodamente de su poder y sus gratificaciones. Era una confortable alianza de Wall Street, grandes negocios, Gran Gobierno, grandes sindicatos e intelectuales liberales de la Ivy League: me parecía que, aunque a largo plazo esta poco santa alianza solo podía deshacerse educando a una nueva

[162] Ibíd., p. 180.

generación de intelectuales, a corto plazo la única esperanza de desalojar a esta nueva élite gobernante era un cortocircuito populista. Es suma, que había una necesidad vital de apelar directamente a las masas, emocionalmente, incluso demagógicamente, *por encima de las cabezas* del establishment: la Ivy League, los medios de comunicación, los intelectuales liberales, la estructura del partido republicano-demócrata. Esta apelación solamente se podía hacer (especialmente en ese periodo de que no había oposición organizada) por medio de un líder carismático, un líder que pudiera hacer una apelación directa a las masas y así debilitar a la elite gobernante y formadora de opinión; en definitiva, por un cortocircuito populista. Me parecía que esto era lo que McCarthy estaba tratando de hacer y ese era en buena medida su atractivo, la sensación de que no había ningún atrevimiento del que McCarthy no fuera capaz, de que asustaba a los liberales, quienes, desde el otro lado de la valla, también veían que el único peligro para su gobierno estaba precisamente en estimular las emociones populistas.[163]

Mi propia ocurrencia en ese entonces, que resumía en general esta postura, contrariamente a los liberales, que aprobaban los «fines» de McCarthy (la salida de los comunistas de oficinas y trabajos), pero desaprobaban sus medios radicales y demagógicos, era que aprobaba sus medios (ataque radical al poder estructurado de la nación) pero no necesariamente sus medios.

Seguramente no es casualidad que, con su poder consolidado y siendo la apelación populista su único temor, los liberales intelectuales se empeñaran en impulsar su proclamación del «fin de las ideologías». Por consiguiente, su afirmación de que la ideología y sus duras doctrinas ya no eran valiosas o viables y su ferviente celebración del recién descubierto consenso estadounidense. Con tales enemigos y por estas razones, me resultaba difícil no ser "mccartista".

La expresión principal de esta alabanza del consenso combinada con el recién descubierto miedo a la ideología y populismo fue la colección de Daniel Bell, *The New American Right* (1955). Esta colección fue también importante al juntar a exradicales (Bell, Seymour Martin Lipset, Richard Hofstadter, Nathan Glazer) con un liberal antipopulista «conservador» (Peter Vieneck) en este consenso proelitista y antipopulista. También es destacable la dedicatoria del libro a S.M.

---

163 Es precisamente este tipo de análisis el que ha hecho a muchos miembros astutos de la Nueva Izquierda en cierto modo simpatizar con el movimiento de George Wallace de años recientes. Pues, aunque el *programa* de Wallace puede ser cuestionable, su *análisis* de establishment y su apelación a los sentimientos de la clase media contra la élite dirigente que la oprime genera en la Nueva Izquierda una cantidad considerable de simpatía.

Leitas, editor ejecutivo del socialdemócrata *New Leader*, la publicación que agrupaba a acusadores «responsables» de rojos y liberales en el consenso de la Guerra Fría de la posguerra.[164]

El culmen de mis actividades populistas y mccartistas llegó durante la máxima confusión de McCarthy, con el furor acerca de las actividades de Roy Cohn y S. David Schine. Fue poco después de la fundación del Círculo Bastiat y los jóvenes del Círculo, como líderes del Students for America, que todavía funcionaba, fueron invitados a hablar en una masiva cena testimonial a favor de Ray Cohn, debido a su salida forzada del Comité McCarthy, en el Hotel Astor de Nueva York el 26 de Julio de 1954. Los principales oradores eran lideres mccartistas, como Godfrey P. Schmidt, Alfred Kohlberg, Bill Buckley y el rabino Benjamin Schultz. Pero el que cosechó más aplausos y obtuvo considerable notoriedad fue el breve discurso dado por un miembro de nuestro Círculo (George Reisman), que había escrito yo. El discurso se preguntaba por qué la intensidad y odio de los intelectuales liberales en contra de Cohn y McCarthy y contestaba que la amenaza contra un gobierno comunista, también se sentía su amenaza en contra los «socialistas y newdealers, que han estado dirigiendo nuestra vida política durante los últimos veinte y un años ¡y todavía la están dirigiendo!» El discurso concluía con un llamamiento populista a que

> Como decía correctamente el *Chicago Tribune*, el caso de Roy Cohn es el caso Dreyfus estadounidense. Así como Dreyfus fue redimido, también lo será Roy Cohn cuando el pueblo estadounidense haya rescatado su gobierno de la alianza criminal de comunistas, socialistas, newdealers y republicanos de Eisenhower y Dewey.

El rabino Schultz, que presidía la cena, se refirió cautelosamente al tumultuoso aplauso al discurso de Reisman como un «gran jurado fuera de control» y el aplauso y el discurso fueron mencionados en las páginas del *New York Journal-American*, el *New York Herald Tribune*, la columna de Jack Lait en el *New York Mirror*, el *New York World-Telegram and Sun*, la columna de Murray Kempton en el *New York Post* y en la revista *Time*. El veterano liberal y «acusador extremista de rojos» y presentador de radio George Hamilton Combs se sintió particularmente molesto. Combs advirtió que «el parecido de esta multitud y sus socios opositores de la extrema izquierda es asombrosamente cercano. Esta es la

---

164 Daniel Bell, ed., *The New American Right* (Nueva York: Criterion Books, 1955). El libro se actualizó ocho años después, con nuevos capítulos añadidos desde la perspectiva de principios de la década de 1960. Daniel Bell, ed., *The New American Right: Expanded and Updated* (Garden City, N.Y.: Doubleday Anchor, 1963). Desde una perspectiva posterior, está claro que era un libro protoneoconservador, con Bell, Glazer y Lipset convirtiéndose en eminentes neocones en las décadas de 1970 y 1980.

versión derechista de la convención multitudinaria de Henry Wallace, la convención de 1948 del Partido Progresista».

Es especialmente interesante el hecho que las ahora conocidas frases que cerraban el discurso se consagraran en la contribución que hacía Peter Viereck en el libro de Daniel Bell, «The Revolt Against the Elite». Viereck veía la fraseología de Reisman como un peligroso «estallido de democracia directa», que «proviene directamente de la retórica izquierdista de los viejos populistas y progresistas, una retórica que siempre reclama que el Pueblo recupere "su" gobierno frente a supuestos poderes conspirativos». En concreto, Viereck también explicaba lo que quería decir con «democracia directa»: «nuestra tradición de la multitud de Tom Paine, el jacobinismo, y los partidos populistas del Medio Oeste», del «gobierno por referéndum y petición de masas, tal como el comité mccartista de los diez millones». Siendo «inmediata y exaltada», la democracia directa «facilita la revolución, la demagogia y el control mental robespierrano» frente, supongo, al «control mental» más callado, pero más penetrante, de las élites del liberalismo corporativo.[165]

Como no podía entender la interacción de las acusaciones de rojos internas y externas que estaban ocurriendo en el movimiento mccartista, quedé desconcertado cuando McCarthy, después de la terrible censura por el Senado a finales de 1954, pasó a alegrarse por una guerra a favor de Chiang Kai-Chek en Asia. ¿Por qué este cambio? Estaba claro que las fuerzas de la Nueva Derecha detrás de McCarthy estaban ahora convencidas de que las acusaciones en el interior, que habían encolerizado al establishment del centro-derecha, se habían vuelto contraproducentes y a partir de entonces el todo el empeño debía ponerse en presionar a favor de una guerra contra el comunismo en el extranjero. Mirando atrás, queda claro que una fuerza importante para este giro fue la siniestra figura del millonario importador del Lejano Oriente, Alfred Kolberg, un gran respaldo de McCarthy, que le suministraba mucho material y hacia alarde de su posición como jefe del poderoso «lobby chino» a favor de Chiang Kai-Chek. Aunque fue un fracaso a corto plazo, el movimiento mccartista hizo su trabajo de cambiar toda la atención de la derecha de libertaria, antiestatista y aislacionista a enfocarse y concentrarse en la supuesta «amenaza» comunista. Una desviación de los asuntos internos a los externos no solo consolidaría a la derecha: tampoco traería una verdadera oposición de los republicanos liberales e internacionalistas, quienes, después de todo, habían empezado la Guerra Fría.

El colapso casi inmediato del movimiento de McCarthy también se debió claramente a la falta de algún tipo de *organización*. Había líderes, había respaldo

---

[165] Peter Viereck, «Revolt Against the Elite», en *New American Right*, Bell, ed., pp. 97-98, 116.

de la prensa, había una gran base, pero no había canales de organización ni había enlaces intermediarios entre los líderes y la base, ni en publicaciones de opinión, ni en las organizaciones populares más cercanas. A finales de 1955, William F. Buckley y su recientemente fundado semanal *National Review* se lanzaron a remediar ese vacío.

En 1951, cuando Bill Buckley apareció en escena con su *God and Man at Yale*, le gustaba referirse a sí mismo como «libertario» y aun a veces como «anarquista», ya que en esos primeros días el mentor ideológico de Buckley era Frank Chodorov y no quien en seguida se convertiría en tal: el famoso Whittaker Chambers. Pero incluso en esos primeros tiempos «libertarios» había un detalle que hacía de su libertarismo una mera retórica falsa: la cruzada anticomunista. Así, tomemos uno de sus primeros trabajos: «A Young Republican´s View», publicado en *Commonwealth* el 25 de enero de 1952. Buckley empezaba el artículo de una forma libertaria excepcional, afirmando que el enemigo es el Estado y apoyando el punto de vista de Herbert Spencer de que el Estado está «engendrado desde la agresión y por la agresión». Buckley también aportaba excelentes citas de líderes individualistas del pasado como H.L. Mencken y Albert Jay Nock y criticaba al Partido Republicano por no ofrecer ninguna alternativa real al floreciente estatismo. Pero luego en el resto del articulo lo olvidaba, ya que surgía la llamada amenaza soviética y entretanto todos los principios libertarios tenían que abandonarse. Así que Buckley declaraba que ya que «esa gran agresividad invencible de la Unión Soviética» era una amenaza inminente para la seguridad estadounidense y, por consiguiente, «entretanto, tenemos que aceptar el Gran Gobierno, ya que no puede llevarse a cabo una ofensiva ni defensiva (…) excepto a través del instrumento de una burocracia totalitaria dentro de nuestras fronteras». Así que tenía que aceptarse una burocracia totalitaria mientras existiera la Unión Soviética (¿supuestamente por su amenaza de imponernos una burocracia totalitaria?). Consecuentemente, Buckley declaraba que todos debíamos apoyar «las extensivas y productivas leyes fiscales que sean necesarias para apoyar una vigorosa política exterior anticomunista», así como «grandes fuerzas armadas y fuerzas aéreas, energía atómica, inteligencia centralizada, consejos de producción bélica y la correspondiente centralización del poder en Washington, incluso con Truman al mando de todo».[166] Por consiguiente, incluso cuando era más libertario, incluso antes de que Buckley llegara a aceptar el Gran Gobierno y las leyes sobre moralidad como fines en sí mismos, la supuesta «fusión» de *National Review* de libertad y orden, de individualismo y anticomunismo, era estrictamente retórica, para guardarla para teorizar en abstracto y en conversaciones después de cenas. La esencia del Nuevo

[166] William F. Buckley, Jr., «A Young Republican's View», *Commonweal* 55, nº 16 (25 de enero de 1952): 391-393.

Conservadurismo era la movilización del Gran Gobierno para la campaña mundial contra el comunismo.

Y así, cuando se fundó *National Review* con mucha experiencia y financiación, a finales de 1955, la revista era una agrupación para dirigir a la derecha recientemente transformada hacia dos grupos: todos los periodistas e intelectuales excomunistas veteranos y el nuevo grupo de católicos más jóvenes cuyo objetivo principal era el anticomunismo. Por consiguiente, el tema central y guía para los dos grupos en esta coalición impía era la extirpación del comunismo, en el interior y particularmente en el exterior. En la nueva revista eran prominentes importantes exizquierdistas: James Burnham, antiguo trotskista; Frank S. Meyer, anteriormente en el comité nacional del Partido Comunista y cabecilla de la escuela de formación de este en Chicago; el exlíder comunista alemán William Schlamm; el Dr. J.B. Matthews; el exizquierdista Max Eastman; el excomunista Ralph DeToledano; el antiguo teórico comunista alemán, profesor Karl Wittfogel; John Chamberlain, destacado intelectual izquierdista de la década de 1930; el ex-compañero de viaje Eugene Lyons; el excomunista Will Herberg; el exespía comunista Whittaker Chambers y un montón más.

El ala católica constaba de dos partes. Una era un grupo encantador pero ineficaz de una generación de antiguos monárquico y autoritarios europeos o de orientación europea: por ejemplo, el erudito austriaco Erik von Kuehnelt-Leddihn; el poeta Roy Campbell; el carlista proespañol Frederick Wilhelmsen y el inglés Sir Arthur Lynn. Recuerdo que una noche hubo una acalorada discusión durante una reunión conservadora acerca de los respectivos méritos de los Habsburgo, los Estuardo, los Borbón, los carlistas, la Corona de San Esteban y la Corona de San Wenceslao y qué monarquía debería restaurarse primero. Fueran cuales fueran los méritos de la postura monárquica, no era un argumento relevante para la tradición estadounidense, y menos en la escena cultural y política del momento. Mirando atrás, ¿mantenía Buckley a este grupo como un adorno exótico, como una contraparte intelectual a su grupo de alta sociedad?

La otra rama de católicos más jóvenes era decididamente más importante para los propósitos de su nueva revista. Estos eran los estadounidenses jóvenes anticomunistas, sobre todo los diversos miembros de la familia Buckley (quienes, por su cercanía y estilo de vida, han parecido una versión de derecha de los Kennedy), que incluía al principio al cuñado de Buckley y compañero de cuarto en la universidad, L. Brent Bozell y su entonces discípulo favorito Garry Wills, que más tarde se volvió izquierdista. Redondeando el aura católica en *National Review*, se dio el hecho de que dos de sus principales editores se convirtieron al catolicismo: Frank Meyer y el científico político Willmoore Kendall. Fue la esencia del *National Review* como órgano anticomunista lo que importó para convertirse en una coalición de exestalinistas y trotskistas y católicos más jóvenes y llevó a los observadores a hacer señalar la curiosa ausencia de protestantes

estadounidenses (quienes, por supuesto, habían sido el meollo de la Vieja Derecha) en el núcleo de la Nueva Derecha seguidora de Buckley.[167]

En esta formidable pero profundamente estatista agrupación, el interés por la libertad individual era mínimo o negativo, quedando en buena parte confinado a algunas de las reseñas de libros de John Chamberlain y al tiempo del que Frank Meyer pudiera disponer cuando no dedicaba su atención a la guerra total contra el bloque soviético. El interés por la economía de libre mercado era mínimo y muy retórico, confinada a artículos ocasionales de Henry Hazlitt, quien por su parte nunca había sido un aislacionista y apoyaba la línea dura de la revista en política exterior.

Visto lo anterior, ahora deberíamos preguntarnos si un objetivo principal de *National Review* desde su concepción fue o no transformar a la derecha de un aislacionismo a un movimiento belicista global anticomunista y, particularmente, si todo ese esfuerzo fue o no esencialmente una operación de la CIA. Ahora sabemos que Bill Buckley, durante los dos años anteriores a la creación de *National Review*, fue realmente un agente de la CIA en la Ciudad de México y que el siniestro E. Howard Hunt, era su control. Su hermana Priscilla, quien se convirtió en directora general de *National Review*, también estuvo en la CIA y otros editores, como James Burnham y Willmoore Kendall, se vieron al menos beneficiados por la generosidad de la CIA en el Congreso Anticomunista para la Libertad Cultural. Además, Burnham ha sido identificado por dos fuentes confiables como consultor de la CIA durante los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial.[168] Además, Garry Wills relata en sus memorias del movimiento conservador que Frank Meyer, con quien tenía amistad en aquel entonces, estaba convencido que la revista era una operación de la CIA. Con su formación leninista para olfatear intrigas, Meyer debe considerarse un testimonio importante.

Además, era una práctica usual en la CIA, por lo menos durante esos primeros años, que nadie abandonaba nunca la CIA. Un amigo mío que se unió a la Agencia a principios de la década de 1950 me dijo que si antes a la edad de jubilación mencionaba que se había abandonado de la CIA para dedicarse a otro trabajo, no le creyera, ya que solo lo diría para encubrir que continuaba trabajando para la Agencia. Con ese testimonio, la idea de que la *NR* era una operación de la CIA se hace todavía más fuerte. También es insinuante el hecho de que un personaje aún más siniestro que Howard E. Hunt, William J. Casey, aparezca en momentos claves de la creación de la Nueva Derecha sobre la Vieja. Fue Casey quien, como

---

[167] Así, ver George H. Nash, *The Conservative Intellectual Movement in America Since 1945* (Nueva York: Basic Books, 1976), p. 127 y Samuel Francis, «Beautiful Losers: the Failure of American Conservatism», *Chronicles* (Mayo de 1991): 16.

[168] Ver Nash, *Conservative Intellectual Movement*, p. 372.

abogado, presidió la constitución de *National Review* y arregló los detalles de la expulsión de Felix Morley de *Human Events*.

De todas maneras, mirando atrás, está claro que los libertarios y los miembros de la Vieja Derecha, incluido yo, habíamos cometido un gran error al apoyar las acusaciones de socialismo, unas acusaciones que demostraron ser el mejor punto de apoyo para una completa transformación de la derecha original. Deberíamos haber escuchado con más atención a Frank Chodorov y a su espléndida postura libertaria sobre las acusaciones de socialismo. «¿Cómo despojarnos de los comunistas en el gobierno? Fácil. Eliminemos los empleos».[169] Lo importante eran los empleos y su funcionamiento, no la calidad de las personas que los ocupaban. Mas detalladamente, Chodorov escribía:

> Y ahora llegamos a la caza de espías, que es, en realidad, un juicio por herejía. ¿Qué es lo que perturba a los inquisidores? Estos no preguntan a los sospechosos: ¿Usted cree en el Poder? ¿Acepta la idea de que el individuo existe para gloria del Estado? (…) ¿Está en contra de los impuestos, o los subiría hasta que absorbieran toda la producción del país? (…) ¿Se opone al principio del servicio militar? ¿Está a favor de más «beneficios sociales» bajo la tutela de una burocracia mayor? ¿O defiende desmantelar este comedero público del que se alimentan estos burócratas? En resumen, ¿niega usted el Poder?
>
> Tales preguntas podrían ser vergonzosas para el investigador. Las respuestas podrían hacer relucir una similitud entre sus ideas y sus propósitos y los de los sospechosos. Ellos también rinden culto al Poder. Bajo esas circunstancias, se limitan a una pregunta: ¿Eres miembro del Partido Comunista? Y esto resulta significar: ¿te has alineado con la rama de la iglesia de Moscú?
>
> La alabanza de poder esta ahora sectarizada siguiendo las líneas nacionalistas. (…) Cada nación cuida su ortodoxia. (…) En donde se puede obtener Poder, es inevitable la contienda entre sectores rivales. (…) La guerra es la apoteosis de Poder, la expresión última de la fe y la solidarización de sus logros.[170]

Y Frank también escribía:

---

[169] Frank Chodorov, «Trailing the Trend», *analysis* 6, nº 6 (Abril de 1950): 3. Citado en Hamilton, «Prólogo», p. 25.

[170] Frank Chodorov, «The Spy-Hunt», *analysis* 4, nº 11 (Septiembre de 1948): 1-2. Reimpreso en Chodorov, *Out of Step* (Nueva York: Devin-Adair, 1962), pp. 181-183.

El alegato en contra de los comunistas involucra un principio de importancia trascendental. Es el derecho a equivocarse. La heterodoxia es una condición esencial de una sociedad libre. (…) El derecho a tomar una decisión (…) me es muy importante, ya que la libertad de elegir es necesaria para mi sentido de la personalidad, y es importante para la sociedad, porque solamente por la yuxtaposición de ideas podemos esperar acercarnos al ideal de la verdad.

Cada vez que escojo una idea o la califico como «correcta», doy a entender la prerrogativa de alguien más para que la rechace y la califique como «equivocada». Invalidar su derecho es invalidar el mío. Es decir, debo soportar el error si quiero mantener mi libertad de pensamiento. (…) Si los hombres son castigados por adoptar comunismo, ¿pararemos allí? Una vez deneguemos el derecho a estar equivocados, le ponemos una abrazadera a la mente humana y fomentamos la tentación poner la palanca de la abrazadera en manos de la crueldad.[171]

Mientras que el anticomunismo fue la raíz central de la decadencia de la Vieja Derecha y su reemplazo por su oposición estatista en *National Review*, había otra fuerza importante transformando la derecha estadounidense, especialmente viciando su libertarismo «doméstico» e incluso su devoción retórica por la libertad. Fue la súbita aparición de Russell Kirk como líder del Nuevo Conservadurismo, con la publicación de su libro *The Conservative Mind* en 1953. Kirk, que se convirtió en columnista habitual de *National Review* desde su fundación, creó sensación con su libro y fue pronto adoptado como el adorado conservador del «centro vital». De hecho, antes de que Buckley se hiciera prominente como el portavoz conservador más importante en los medios de comunicación, Russell Kirk era el conservador más prominente. Después de la publicación de su libro, Kirk empezó a dar discursos en todo el país, muchas veces en un amigable tándem de «centro vital» con Arthur Schlesinger, Jr.

Pues Kirk era más aceptable para el liberalismo corporativo del «centro vital» que la Vieja Derecha. Despreciando cualquier rasgo de individualismo o de una economía de riguroso libre mercado, Kirk estaba en cambio bastante cerca del conservadurismo de Peter Viereck: para Kirk, el gobierno grande y el estatismo interior eran perfectamente aceptables, mientras se basaran en alguna clase de tradición burkeana y disfrutaran de una estructura cristiana. De hecho, estaba claro que la sociedad ideal de Kirk era una ordenada aristocracia rural inglesa, gobernada por la iglesia anglicana y terratenientes *tories* en una unión feliz.[172] Allí

---

[171] Frank Chodorov, «How to Curb the Commies», *analysis* 5, nº 7 (Mayo de 1949): 2.

[172] Kirk también iba a seguir en el catolicismo a otros líderes de *National Review* unas décadas después.

no había un individualismo ferviente, ni trazas de populismo o radicalismo que alteraran a las clases gobernantes o la comunidad intelectual liberal. *Aquí* al fin había un derechista con quien los liberales, aunque no totalmente de acuerdo, podían tener un dialogo amigable.

De hecho, fue Kirk quien hizo de general aceptación para la derecha las palabras «conservadurismo» y «Nuevo Conservadurismo». Antes de eso, los libertarios eruditos habían odiado la palabra, y con toda la razón: ¿no eran los conservadores el antiguo enemigo, los tories y reaccionarios de los siglos XVIII y XIX supresores de la libertad individual, los antiguos defensores de Antiguo Orden del Trono y el Altar contra quienes los liberales de los siglos XVIII y XIX habían combatido tan valientemente? Por eso los liberales clásicos e individualistas más viejos se resistieron al término con disgusto: Ludwig von Mises, un liberal clásico, desdeñaba el término; F.A. Hayek insistía en llamarse un «Viejo Whig» y cuando a Frank Chodorov lo llamaron «conservador» en las páginas de *National Review*, escribió una carta indignado declarando: «En cuanto a mí, le daré un puñetazo en la nariz a quien me llame conservador. Yo soy un radical».[173] Antes de Russell Kirk, la palabra «conservador», al estar relacionada con la reacción y el Viejo Orden, era una palabra ofensiva de la izquierda contra la derecha: solo después de Kirk la derecha, incluyendo la nueva *National Review*, se apresuró a usar este anteriormente odiado término.

La influencia de Kirk fue pronto evidente en las reuniones de la juventud de derechas. Recuerdo una reunión en la que, para mi consternación, un tal Gridley Wright, un líder aristocrático del conservadurismo de la Universidad de Yale, declaró que la verdadera lucha de nuestros días entre derecha e izquierda no tenía nada que ver con la economía de libre mercado o con la libertad individual frente al estatismo. Que la verdadera lucha, declaraba, era del cristianismo contra el ateísmo y de los buenos modales contra la bochornosa codicia materialista: por ejemplo, la codicia materialista de la gente hambrienta de la India que trataba de obtener ingresos, un poco de subsistencia. Por supuesto, a un hombre rico de Yale cuyo su padre era dueño de una gran porción de Montana le era fácil despreciar la «codicia materialista» de los pobres: ¿era en *esto* en lo que se estaba convirtiendo la derecha?

Russell Kirk también consiguió modificar nuestro panteón histórico de héroes. Mencken, Nock, Thoreau, Jefferson, Paine y Garrison fueron condenados por

---

[173] Carta a *National Review* 2, nº 20 (6 de octubre de 1956): 23. Citada en Hamilton, «Prólogo», p. 29.

racionalistas, ateos o anarquistas y fueron suplantados por reaccionarios y antilibertarios como Burke, Metternich, De Maistre o Alexander Hamilton.[174]

Con su formidable formación de anticomunistas y católicos tradicionalistas, *National Review* rápidamente asumió el liderazgo y la dirección de la Nueva Derecha, que rápidamente remodeló a su propia imagen. La línea «oficial» de *National Review* fue lo que iba a ser llamado «fusionista» y sus principales practicantes eran Meyer y Buckley: el «fusionismo» enfatizaba la preponderancia del anticomunismo y el orden cristiano, por supuesto, pero conservaba alguna retórica libertaria en un rango subordinado. La importancia del libertarismo y la retórica de la Vieja Derecha era sobre todo política, pues hubiera sido difícil que *National Review* reviviera la política conservadora en este país bajo el atuendo de la monarquía y la inquisición. Sin el fusionismo, la transformación de la derecha no podría haber sucedido de la misma manera y podría haber perdido mucha masa base en la derecha. Muchos de los demás intelectuales de *National Review*, por el contrario, veían con impaciencia cualquier concesión a la libertad. Estos incluían a los tradicionalistas tories de Kirk, las diversas alas monárquicas y la reclamación abierta de Willmoore Kendall de la supresión de la libertad de expresión. El gran punto de apoyo de Kendall, editor de *National Review* durante muchos años, era su opinión de que era derecho y obligación de la «mayoría» de la comunidad (encarnada, digamos, en el Congreso) silenciar a cualquier individuo que perturbara a esa comunidad con doctrinas radicales. Sócrates, opinaba Kendall, no solamente *debía* ser asesinado por la comunidad griega, sino que matarlo habría sido su *deber* moral.

Kendall, incidentalmente, fue sintomático en el cambio de actitud hacia el Tribunal Supremo de la Vieja Derecha a la Nueva. Una de las principales doctrinas de la Vieja Derecha era la defensa del papel del Tribunal Supremo para impedir las incursiones del Congreso y el ejecutivo en contra de la libertad individual, pero *ahora* la Nueva Derecha, ejemplificada por Kendall, atacaba duramente todos los días al Tribunal Supremo. ¿Y por qué? Precisamente por presuponer la defensa de la libertad del individuo en contra las incursiones del Congreso y el ejecutivo. Así, la Vieja Derecha siempre había atacado duramente las doctrinas judiciales de Felix Frankfurter, quien era considerado un monstruo de izquierdas por socavar el papel activo del Tribunal Supremo en declarar inconstitucionales varias extensiones del gobierno; pero ahora Kendall y *National Review* estaban llevando

[174] El propio Kirk nunca igualó el éxito de *The Conservative Mind*. Sus posteriores artículos en *National Review* se limitaron en buena medida a ataques contra los absurdos de la educación progresista. Para ser justos, la obra de Nash revela que Kirk fue en realidad un aislacionista de la Vieja Derecha durante la Segunda Guerra Mundial: su conversión al Nuevo Conservadurismo a principios de la década de 1950 sigue teniendo cierto misterio. Nash, *Conservative Intellectual Movement*, pp. 70-76.

a la derecha a alabar a Frankfurter precisamente por esta tolerancia a la hora de dar la aprobación judicial en casi todas las actuaciones del gobierno federal. Manteniendo su misma postura, Felix Frankfurter había pasado de ser el malo a ser el bueno para la Nueva Derecha transformada, mientras que ahora activistas libertarios como los jueces Black y Douglas eran los que recibían los ataques de la derecha. Estaba empezando a ser un mundo cada vez más extraño aquel en el que yo estaba viviendo. Fue de hecho el venerable Alexander Bickel, un discípulo de Frankfurter en la Escuela de Leyes de Yale, quien convirtió al joven profesor Robert Bork de jurista libertario a mayoritario.

En el polo opuesto de los ultracatólicos, pero al mismo tiempo con ellos en su oposición a la libertad y el individualismo, estaba James Burnham, quien, desde el inicio de *National Review*, ha sido su estratega político frío, decidido, amoral, y maquiavélico. Burnham, cuya columna en *National Review* se titulaba «La Tercera Guerra Mundial», era el poder más importante de la revista y un estratega mundial anticomunista. En toda una vida de escritos políticos, James Burnham solo ha demostrado un efímero interés positivo por la libertad individual y fue en ¡una reclamación en *National Review* de la legalización de los petardos!

En el frente más directamente político, *National Review* obviamente necesitaba un «fusionista» como táctico político, para una guía directa del conservadurismo como movimiento político. Encontró ese táctico en su publicista, el antiguo joven republicano seguidor de Dewey, Bill Rusher. Organizador político brillante, Rusher fue capaz, a finales de la década de 1950, de tomar el control de los Jóvenes Republicanos Universitarios y después de la Federación Nacional de Jóvenes Republicanos.

Encabezando un grupo llamado «Sindicato», Rusher ha conseguido controlar a los Jóvenes Republicanos desde entonces. En 1959, *National Review* organizó la fundación de los Jóvenes Americanos por la Libertad en la residencia de Bill Buckley en Sharon, Connecticut. Los Jóvenes Americanos por la Libertad pronto crecieron y llegaron a ser una fuerza de muchos miles de jóvenes y en la práctica se volvieron el brazo de los jóvenes activistas universitarios del complejo político de *National Review*. Por desgracia, el grueso de los jóvenes libertarios de ese momento se mantuvo firmemente en el movimiento conservador. Sin considerar la traición a la política exterior de la Vieja Derecha, estos jóvenes libertarios y semilibertarios, sirvieron a los propósitos de *National Review* dándole la pátina de retórica libertaria a instituciones como Jóvenes Americanos por la Libertad. Así que la Declaración de Sharon de los Jóvenes Americanos por la Libertad fue su único y aun así remoto acercamiento al libertarismo: sus actividades reales siempre se han limitado al anticomunismo, incluyendo el intento de interdicción de comercio con los países comunistas (y últimamente se han expandido para buscar la prohibición legal de las rebeliones de los estudiantes izquierdistas). Pero el barniz libertario no solo lo suministraban el título y partes de la Declaración de

Sharon, sino también por el hecho de que el primer presidente de Jóvenes Americanos por la Libertad, Robert M. Schuchman, era un libertario anticomunista que había estado cerca del Círculo Bastiat. Mas representativo del grueso de la base de juventud conservadora era un contingente considerable en Sharon que protestó contra el nombre de la nueva organización, porque, decían, «La libertad es una palabra de la izquierda». Habría sido más sincero, pero menos astuto políticamente, que la noble palabra *libertad* hubiera quedado fuera del nombre de los Jóvenes Americanos por la Libertad.

A finales de la década de 1950 se decidió que Barry Goldwater fuera el líder político de la Nueva Derecha y fueron Rusher y la camarilla de *National Review* quienes inspiraron el movimiento Elijamos a Goldwater y La Juventud por Goldwater en 1960. El manifiesto ideológico de Goldwater de 1960, *La conciencia de un conservador*, fue escrito anónimamente por Brent Bozell, quien escribía vehementes artículos en *National Review* atacando la libertad incluso como principio abstracto y apoyando la función del Estado de imponer y aplicar credos morales y religiosos. Su capítulo sobre política extranjera, «La amenaza soviética», era una petición apenas encubierta de una guerra ofensiva contra la Unión Soviética y otras naciones comunistas. El movimiento Goldwater de 1960 fue un calentamiento para el futuro y cuando Nixon fue derrotado en las elecciones de 1960, Rusher y *National Review* lanzaron una campaña bien coordinada para apoderarse del Partido Republicano para Goldwater en 1964.

Era este cambio drástico hacia un órdago omnipresente de belicismo lo que me resultaba lo que me resultaba más difícil de digerir. Durante años, me había considerado políticamente un «extremista de derecha», pero esta identificación emocional con la derecha se estaba haciendo cada vez más difícil. Ser un aliado político del senador Taft era una cosa; ser aliado de estatistas que ansiaban una guerra total contra Rusia era algo muy distinto. Durante los cinco primeros años de su existencia, me moví en los círculos de *National Review*. Había conocido a Frank Meyer como colega analista para el Fondo William Volker y a través de Meyer conocí a Buckley y el resto del personal editorial. Acudí a meriendas, mítines y cócteles de *National Review* y escribí unos cuantos artículos y reseñas de libros para la revista. Pero cuanto más me mezclaba con esa gente, mayor era mi horror, porque me daba cuenta con una creciente certidumbre de que lo que querían sobre todo era una guerra total contra la Unión Soviética: su belicismo fanático no se conformaría con menos.

Por supuesto, los nuevos derechistas de *National Review* nunca se atreverían a admitir en público este absurdo objetivo, pero, siempre astutos, este estaba implícito. En los mítines de la derecha nadie aplaudía ni lo más mínimo al mercado libre si esta idea menor llegaba mencionarse: lo que verdaderamente excitaba a los animales eran las apelaciones demagógicas de los líderes de *National Review* a una victoria total, a una destrucción total del mundo comunista. Era eso lo que

llevaba a las masas derechistas a salirse de sus casillas. Era un editor de *National Review*, Brent Bozell, quien vociferaba en un mitin de derechas: «Yo estaría a favor, no solo de la destrucción total del mundo, sino todo el universo hasta la estrella más lejana, antes que sufrir el comunismo toda la vida». Fue otro editor de *National Review*, Frank Meyer, el que me dijo una vez: «Tengo una visión, una gran visión del futuro: una Unión Soviética totalmente devastada». Yo sabía que esta era la visión que verdaderamente animaba el nuevo conservadurismo. Frank K. Meyer, por ejemplo, tuvo la siguiente discusión con su esposa, Elsie, acerca de la estrategia de política exterior: ¿Deberíamos dejar caer una bomba H sobre Moscú y destruir la Unión Soviética inmediatamente y sin previo aviso (Frank) o deberíamos darle al régimen soviético 24 horas para que cumplan con un ultimátum (Elsie)?

Mientras, los sentimientos aislacionistas o antibelicistas desaparecieron totalmente de las publicaciones y organizaciones de la derecha, a medida que los derechistas se apresuraban a seguir el liderazgo de *National Review* y su floreciente organización política y activista. El fallecimiento del coronel McCormick del *Chicago Tribune* y el despido de Felix Morley *de Human Events* significaron que estas importantes publicaciones se inclinaran hacia la nueva línea belicista. A Harry Elmer Barnes, líder y promotor del revisionismo de la Segunda Guerra Mundial, le fue posible publicar de alguna forma un excelente artículo sobre Hiroshima en *National Review*, pero aparte de eso descubrió que el interés conservador por el revisionismo, prominente después de la Segunda Guerra Mundial, se había olvidado, ya no se le prestaba atención y se había vuelto hostil.[175] Pues, como William Henry Chamberlain había descubierto, la analogía de Múnich era muy poderosa para usarla contra opositores al nuevo impulso belicista; además, cualquier duda sobre la intervención estadounidense en la cruzada de la guerra anterior inevitablemente llevaba a dudar sobre su papel actual y no digamos sobre las manifestaciones de la Nueva Derecha sobre una guerra aún más dura. Editores de la derecha como Henry Regnery y Devin Adair perdieron su interés por los trabajos aislacionistas o revisionistas. De vez en cuando, algunos libertarios que no se habían quedado callados acerca del impulso belicista o incluso se habían unido a él expresaban su oposición y preocupación,

[175] Harry Elmer Barnes, «Hiroshima: Assault on a Beaten Foe», *National Review* 5, nº 19 (10 de mayo de 1958): 441-443. Ver Murray N. Rothbard, «Harry Elmer Barnes as Revisionist of the Cold War», en *Harry Elmer Barnes: Learned Crusader*, A. Goddard, ed. (Colorado Springs, Colo.: Ralph Myles, 1968), pp. 314-338.

pero solamente lo podían hacer en correspondencia privada. No había otra vía posible.[176]

Particularmente lamentable fue el rechazo de *National Review* a darle un espacio al gran John T. Flynn debido a su oposición a la Guerra Fría. El valiente veterano Flynn, quien, curiosamente, había defendido a McCarthy, se oponía enconadamente al énfasis de la Nueva Derecha de 1956 en una cruzada militar global. En el otoño de 1956, Flynn presentó un artículo al *National Review* atacando la campaña de la Guerra Fría y acusando, como había hecho en la década de 1940, al militarismo de ser un «desperdicio creador de empleos», cuyo propósito no era defender sino impulsar «el sistema económico con empleos para soldados y empleos y ganancias en las fábricas de municiones». Presentando las cifras del hinchado gasto militar desde el comienzo de la escalada bélica de Roosevelt en 1939 y 1954, Flynn argumentaba que la economía ya no consistía en un «sector socialista» y un «sector capitalista». Por el contrario, advertía Flynn, solo estaba la «estafa» del gasto militar, «con el soldado-político de por medio, inconsciente del desastre de guerra, impuestos y deuda». Flynn acusaba a la administración Eisenhower de no ser mejor que la de sus predecesores demócratas, la administración está gastando 66.000 millones de dólares anuales, yendo buena parte a la «supuesta "seguridad nacional", y solo una "pequeña parte" se gasta en "funciones legitimas de gobierno"».

A esto siguió un fascinante intercambio entre Buckley y Flynn. Refutando el artículo de Flynn en una carta fechada el 22 octubre de 1956, Buckley tenía el descaro de decirle a este veterano anticomunista que no entendía la naturaleza de la amenaza militar soviética y le sugería condescendientemente que leyera a William Henry Chamberlain, cuyo artículo argumentativo más reciente en *National Review* describía que «la diferencia de la naturaleza de la amenaza representada por los comunistoides y los nazis». Tratando de dorarle la píldora, Buckley mandó a Flynn 100 dólares junto con una nota de rechazo. Al día siguiente, Flynn devolvió a Buckley los 100 dólares, agregando sarcásticamente que le estaba «grandemente agradecido» por «la pequeña conferencia».

De esta manera, Buckley usaba el mismo argumento para privar a Flynn de un lugar en donde publicar que el que habían empleado Bruce Bliven y los liberales belicistas cuando expulsaron a Flynn de *New Republic* en la década de 1940. En ambos casos, Flynn era acusado de pasar por alto la presunta amenaza contra Estados Unidos y en ambos casos el propósito de la contestación de Flynn era destacar que la verdadera amenaza para las libertades estadounidenses eran el

---

[176] Así, ver las cartas de finales de la década de 1950 de Roland W. («Rollie») Holmes y del Dr. Paul Poirot de la plantilla de la FEE, en Toy, «Ideology and Conflict», pp. 206-207.

militarismo, el socialismo y el fascismo en el interior, impuestos con la justificación de combatir una supuesta amenaza extranjera. Flynn negaba la existencia de una amenaza militar soviética y alertaba proféticamente que la rama ejecutiva del estado estaba a punto de involucrarnos en una guerra inútil en Indochina.[177]

Prácticamente, el único eco publicado por la Vieja Derecha fue un libro del imponente Felix Morley, quien, mientras denostaba la destrucción moderna del federalismo del New Deal y su tiempo posterior, atacaba rotundamente el Imperio Americano y su militarismo en desarrollo y ya existente.[178]

Mientras, mi imagen en el *National Review* era la de un simpático, aunque purista, libertario utópico a quien, sin embargo, debía mantenérsele confinado a proponer economía de laissez-faire, a la cual *National Review* tenía un cierto apego retórico residual. Incluso se habló en algún momento de llegar a ser columnista económico para el *National Review*. Pero sobre todo supuestamente yo debía estar fuera de los asuntos políticos y dejar a las ideologías belicistas de *National Review* la tarea borrascosa del mundo real de defenderme de las depredaciones del comunismo mundial, permitiéndome el lujo de hilar utopías acerca de servicios privados de bomberos. Yo estaba cada vez menos dispuesto a interpretar esa clase de papel de castrado.

13. El principio de la década de 1960: De la derecha a la izquierda

Mi separación total de *National Review* y la derecha, mi divorcio emocional final de pensar en mí como alguien de derechas o un aliado de la derecha, llegó más o menos en torno a 1960. La ruptura se precipitó por la visita de Jrushchov a Estados Unidos a finales de 1959. Durante los abotargados años de Eisenhower a finales de la década de 1950, cuando las relaciones exteriores estaban totalmente congeladas y la izquierda estadounidense casi había desaparecido, era fácil *no* colocar la cuestión de la paz en el primer plano de nuestro conocimiento. Pero la visita de Jrushchov fue, para mí, una señal emotiva y bienvenida de una posible

---

[177] Sobre el rechazo de Buckley del artículo de Flynn, ver Ronald Radosh, *Prophets on the Right: Profiles of Conservative Critics of American Globalism* (Nueva York: Simon and Schuster, 1975), pp. 272-273 y Radosh, «Prólogo», en John T. Flynn, *As We Go Marching* (Nueva York: Free Life Editions, 1973), pp. xiv-xv.

[178] Felix Morley, *Freedom and Federalism* (Chicago: Henry Regnery, 1959), especialmente los capítulos «Democracy and Empire», «Nationalization through Foreign Policy» y «The Need for an Enemy».

entente, de una ruptura en el dique de la Guerra Fría, de un importante movimiento hacia la finalización de la Guerra Fría y de lograr una coexistencia pacífica. Por consiguiente, estaba entusiasmadamente de acuerdo con la visita; pero al mismo tiempo el *National Review* se puso histérico ante esta misma posibilidad y, juntamente con la aún secreta Sociedad John Birch, trataron desesperadamente de avivar el sentimiento público para así impedir dicha visita.

El clamor de la Nueva Derecha continuó en oposición a la cumbre de principios de 1960, la cual yo esperaba se basara en la buena voluntad de la visita anterior de Jrushchov. Yo estaba particularmente muy indignado por el argumento demagógico usado por *National Review* de que no deberíamos Darle la Mano al Carnicero Sangriento de Ucrania (Jrushchov): en un intercambio epistolar con Buckley, yo señalaba que *National Review* siempre había reverenciado a Winston Churchill y estaba orgulloso de Darle la Mano, aun cuando Churchill fue responsable de más matanzas (en las dos guerras mundiales) de lo que jamás había sido Jrushchov. No era una discusión calculada para hacerme querer en *National Review*: ¡el libertarismo amenazaba con expandirse de la discusión sobre bomberos a la guerra y la paz!

En este momento el movimiento libertario de Nueva York virtualmente se había reducido a dos: Leonard Liggio y yo; y yo estaba todavía más aislado que cuando empezó la década, pues ahora toda la derecha había sido capturada desde dentro por su antiguo enemigo: la guerra y la intervención global. El antiguo Círculo Bastiat había desaparecido por desgaste y algunos de sus miembros se habían ido a escuelas de postgrado y otros se habían rendido a las lisonjas de la Nueva Derecha. Y los libertarios que quedaban estaban en bolsas aisladas por todo el país y eran muy pocos como para ofrecer alguna resistencia a la corriente de la Nueva Derecha.

Era tiempo de actuar y, políticamente, mi ruptura total con la derecha llegó con el movimiento Stevenson de 1960. En 1956, yo había preferido a Stevenson por encima de Eisenhower, pero solo parcialmente porque su postura pacifista era superior; otra razón era el tratar de deponer a la «izquierda» republicana para así permitir que la Vieja Derecha recuperara el partido. Emocionalmente, todavía yo era un derechista que anhelaba un tercer partido derechista. Pero ahora el atractivo de un tercer partido estaba muerto: la derecha era masivamente seguidora de Goldwater. Y, además, la postura valiente de Stevenson sobre el incidente del U-2 (su disgusto por que Eisenhower hubiera arruinado la conferencia cumbre, rehusando hacer no solo lo usual, sino al menos pedir las pertinentes disculpas por la incursión de espionaje del U-2 en Rusia) me hizo convertirme en seguidor de Stevenson. Políticamente, yo ya había dejado de ser de la derecha extrema. Había decidido que el punto crucial era paz o guerra y sobre esa duda el único movimiento político viable era el ala «izquierdista» del Partido Demócrata. Al seguir coherentemente siguiendo una estrella antibelicista

y aislacionista, cambié (o más bien *me cambiaron*) de republicano del ala derecha a demócrata del ala izquierda.

Fue por supuesto, un sentimiento emocional muy fuerte como para llevarlo a cabo «libertarios de la derecha», pues hasta donde yo sé, solo tres saltamos el muro hacia la izquierda emotiva demócrata: Leonard Liggio, un antiguo socio del Círculo que se había ido a la escuela de postgrado de la Universidad de Chicago, Ronald Hamowy, y yo.

Yo no estaba políticamente activo en la campaña por la nominación de Stevenson, pero una extraña concatenación de eventos me empujó hacia un papel importante entre los seguidores de Stevenson en Nueva York. Después de que Kennedy lograra atemperar la campaña de Stevenson para la nominación en la convención demócrata, vi un pequeño anuncio en el *New York Post* para formar un grupo a favor de un movimiento de lealtad a Stevenson: un intento de seguidores de Stevenson particularmente amargados para tratar de obligar a Kennedy a comprometerse a nombrar a Adlai Secretario de Estado. Al acudir a la reunión, que incluía al posteriormente famoso dirigente de campaña Dave Garth, de pronto me encontré siendo líder de una nueva organización política: la League of Stevensonian Democratas (LSD), encabezada por el carismático John R. Kuesell, quien pronto se volvería prominente en el movimiento Reform Democratic en Nueva York.[179] Nos mantuvimos firmes en la lealtad a Stevenson mientras pudimos y luego, cuando no pudimos mantenerla, adoptamos una postura firme a favor de Kennedy contra Richard Nixon, una figura política a quien siempre había denostado como (a) un republicano «izquierdista», (b) un oportunista y (c) un belicista, aunque un belicista no tan coherente y comprometido como la Nueva Derecha.[180]

Un divertido incidente simbolizó mi cambio político de la derecha a la izquierda, mientras continuaba propugnando el libertarismo. Usando mi sombrero de derecha extrema, publiqué una carta en el *Wall Street Journal* instando a los conservadores genuinos a no votar por Richard Nixon, para que estos volvieran a tomar control del Partido Republicano. Cuando Russell vio la carta, concluyó lógicamente que yo era alguna clase de espía de la derecha en LSD y estaba dispuesto a echarme de la organización. Al ir a verle, estaba

[179] Casualmente, uno de los líderes de la League, el economista Art Carol, se ha vuelto en años recientes un libertario de laissez faire y ahora dirige el movimiento libertario en la Universidad de Hawái.

[180] Acerca de Nixon, había división de opiniones en *National Review*: los tipos más pragmáticos y oportunistas, como Buckley, Rusher, y Burnham, estuvieron fervientemente a favor de Nixon una vez consiguió la nominación, pero las personas con más principios, como Meyer y Bozell, se mostraron siempre reacios a este.

preparado para darle una lección de una hora sobre libertarismo, sobre mi hégira de derecha a izquierda y todo eso. Pero sucedió que solo pude pronunciar algunas palabras como «Mira», empecé, «soy un… “libertario”». Kuesell, siempre rápido para contestar, interrumpió. «No digas más», dijo, «yo también soy un libertario». Inmediatamente me mostró un folleto que había escrito en la escuela secundaria: *Quo Warranto?*, en el que retaba al gobierno acerca de su derecho a interferir en las vidas y la propiedad de las personas. Como las palabra y conceptos de libertarismo eran poco usados, especialmente en esa época, me quedé atónito. A partir de entonces, Kuesell y yo trabajamos juntos en el LSD hasta que se evaporó después de empezar la administración Kennedy. Esta experiencia confirmaba mi punto de vista que la izquierda demócrata y no la derecha republicana era ahora el bando natural para los aliados libertarios.

Como uno de los teóricos de la LDS, me convertí en jefe de su Comité de Asuntos Nacionales e Internacionales, y como tal pude escribir e impulsar una plataforma para la Liga que era totalmente libertaria, ya que me concentraba en las libertades civiles y la oposición a la guerra y el servicio militar.

Entretanto, el libertarismo en sí estaba esencialmente aislado y «bajo tierra». Harry Elmer Barnes pudo publicar su reclamación de revisionismo de todas las guerras mundiales, incluyendo la Guerra Fría, solo en las páginas de la oscura revista izquierdista-pacifista *Liberation* en los años 1958 y 1959; a partir de esto inicié correspondencia y amistad con Barnes, que duraron hasta el final de su vida. En Chicago, los antiguos miembros del Círculo Bastiat, Ron Hamowy y Ralph Raico, ayudaron a fundar a principios de 1961 una nueva publicación trimestral, *New Individual Review*, que pronto se convirtió en la excepcional revista teórica del movimiento estudiantil conservador; sin embargo, todo su *modus operandi* era un compromiso con la entonces pasada de moda alianza conservadora-libertaria. Por consiguiente, no podía servir como un órgano libertario, especialmente en el campo crucial de la política exterior.

Ron Hamowy, sin embargo, logró publicar en *NIR* una crítica mordaz de la Nueva Derecha, de *National Review*, su conservadorismo y su belicismo, en un debate con Bill Buckley. Hamowy, por primera vez impreso, señalaba la traición a la Vieja Derecha a manos de Buckley y *National Review*. Hamowy resumía su crítica de las doctrinas de *National Review*:

> Se puede resumir como: (1) una política beligerante que podría resultar en una guerra; (2) una supresión de las libertades civiles en el interior; (3) una devoción al imperialismo y una forma educada de supremacía blanca; (4) una tendencia hacia la unión de la Iglesia y el Estado; (5) la convicción que la comunidad es superior al individuo y de que la tradición histórica es una guía mucho mejor que la razón y (6) un débil apoyo a la economía libre. Quieren, en esencia, sustituir un grupo de amos por otro (ellos mismos). No desean

tanto limitar el Estado como controlarlo. Uno tendería a describir esta devoción por un estatismo jerárquico belicista y esta oposición fundamental a la razón humana y libertad individual como una especie de corporativismo insinuante al estilo de Mussolini o Franco, pero contentémonos con llamarlo «conservadurismo de tiempos antiguos», no el conservadurismo de la heroica banda de libertarios que fundaron la derecha contra el New Deal, sino el conservadurismo tradicional que siempre ha sido el enemigo del verdadero liberalismo, el conservadurismo del Egipto faraónico, de la Europa Medieval, de Metternich y el Zar, de Jacobo II y la Inquisición y Luis XVI, del potro, de los instrumentos de tortura, del látigo y del pelotón de fusilamiento. A mí no me importa mucho esa filosofía que durante siglos se ha dedicado a pisotear los derechos del individuo y a glorificar que el Estado debería recuperar su viejo nombre.[181]

Buckley, con su estilo característico, contestaba enfatizando la supuesta primacía de la amenaza soviética y se burlaba de los «guardianes» libertarios: «En cualquier sociedad hay sitio», escribía Buckley,

> para aquellos cuya única preocupación es ser guardianes, pero dejemos que se den cuenta de que es solo por la disposición de los conservadores a sacrificarse para contener al enemigo por lo que pueden gozar de su monasticismo y realizar sus pequeños seminarios sobre si desmunicipalizar o no la recogida de basura.[182]

De forma igualmente característica, Buckley concluía acusando a Hamowy (incorrectamente, si es que eso importa) de ser miembro del Comité por una Política Nuclear Sana (SANE, por sus siglas en inglés). (Un bromista seguidor de Buckley escribió en aquel entonces: «He oído que Ron Hamowy está in-SANE»).[183][184] En su chispeante respuesta, Hamowy declaraba:

---

[181] Ronald Hamowy, «*National Review*: Criticism and Reply», *New Individualist Review* 1, nº 3 (Noviembre de 1961): 6-7.

[182] William F. Buckley, Jr., «Three Drafts of an Answer to Mr. Hamowy», ibíd., p. 9.

[183] Juego de palabras intraducible: «insane» quiere decir «loco» (N. del t.)

[184] Por cierto, yo asistí a una reunión de SANE más o menos por aquel entonces, en mi búsqueda de un movimiento de paz de izquierdas y rehusé afiliarme, rechazándolo por su moderación, su enfoque sobre problemas tan importantes pero superficiales como las pruebas nucleares y su escandaloso acoso a los socialistas. Me resultaba claro que SANE no se oponía verdaderamente a la Guerra Fría y ciertamente no al imperialismo estadounidense. En aquel entonces, por supuesto, yo ya había abandonado incluso voluntariamente el acoso, pues si los comunistas se oponen al armamento nuclear y la guerra atómica, ¿por qué no unirnos con ellos y con cualquier otro para oponernos a esas

Parecerá desagradecido de mi parte, pero debo declinar dar las gracias a Mr. Buckley por salvarme la vida. Es, además, mi creencia es que, si prevalece su punto de vista y si persiste en su ayuda no solicitada el resultado ciertamente será mi muerte (y la de decenas de millones más) en una guerra nuclear o mi inminente encarcelamiento por «antiestadounidense».[185]

Sin embargo, debido a la división sobre política libertaria-conservadora exterior en *New Individual Review*, los editores acordaron entre ellos, como consecuencia del furor que rodeaba el debate Hamowy-Buckley, que nunca más se publicaría en la revista ninguna declaración sobre política exterior. Por consiguiente, seguía sin haber un canal de publicación para una postura aislacionista-libertaria.

A principios de 1962 terminaron mis últimas relaciones con cualquier cosa que pudiera ser interpretada como una derecha organizada. El Fondo William Walker, con el que había estado asociado durante más de una década y que había actuado callada pero eficazmente como principal alentador y promotor de la becas conservadoras y libertarias fracasó y colapsó literalmente de repente y empezó su virtual disolución. Uno de los anteriores socios libertarios del personal del Fondo Volker (el Dr. Ivan R. Bierly) se había vuelto un fundamentalista calvinista convencido de la necesidad de una dictadura de una élite calvinista que dirigiría el país, eliminaría la pornografía y prepararía a Estados Unidos para el (literal) Armagedón, que supuestamente iba a llegar en una generación. Bierly logró convencer a Harold Luhnow, jefe del fondo, de que estaba rodeado de personal partícipe en una conspiración atea-anarquista-pacifista. Como consecuencia, un día el presidente disolvió el Fondo en un ataque de furia.[186]

La desaparición del Fondo William Volker tuvo consecuencias aún más fatídicas y graves de las que se apreciaban superficialmente. De acuerdo con los términos de sus estatutos, el Fondo supuestamente podía acabar autoliquidándose y así en el invierno de 1961-62, el Fondo Volker decidió tomar sus activos de 17 millones de dólares y liquidarlos mediante su trasferencia a una nueva organización, el Institute for Humane Studies (IHS), un think-tank de libertarios eruditos que estaría dirigido por Baldy Harper. Así que, por primera

---

maldades? Ya que la Nueva Derecha estaba a favor de estas medidas, ¿no era un enemigo mayor que los comunistas?

[185] Hamowy, «*National Review*: Criticism and Reply».

[186] Hubo un intento esporádico de revivir el Fondo Volker con la nueva base ideológica, pero aparentemente el presidente empezó a sentirse repelido o asustado por la nueva tendencia y el Fondo cesó en todas sus actividades. Debido a compromisos editoriales, la espléndida serie de libros del Fondo Volker en Van Nostrand continuó publicándose hasta 1964.

vez, una organización libertaria de investigación estaría dotada de fondos y no tendría que gastar energías buscándolos. Cuando Mr. Luhnow repentinamente cambió su decisión antes de que fuera definitiva y cerró el fondo, el IHS, con Harper a la cabeza, súbitamente se encontró en la cuneta como un pura y encantadora organización de investigación libertaria, pero sin fondos. El resto de su vida, Baldy Harper siguió luchando como jefe del IHS

Aislados como estábamos en Nueva York y habiendo roto con la derecha, Leonard Liggio y yo tuvimos mucho tiempo para reexaminar nuestras premisas básicas, especialmente en relación con dónde estábamos verdaderamente en el espectro ideológico. La dirección la asumió Liggio, un joven brillante con un conocimiento enciclopédico de historia europea y americana. Realmente, Leonard siempre había sido más astuto que yo con respecto a *National Review*. Cuando salió el primer número de *NR*, con un artículo del notorio «senador de Formosa», William F. Knowland, Liggio decidido no tener nada que ver con la revista.[187]

En primer lugar, empezamos a repensar los orígenes de la Guerra Fría a la cual nos habíamos opuesto durante tanto tiempo: leímos el monumental trabajo de D.E. Fleming, *The Cold War and its Origins*, y los libros seminales del fundador de la historiografía de la Nueva Izquierda, William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy* (1959) y *The Contours of American History* (1961). Y concluimos que nuestro viejo aislacionismo había sufrido una fatal debilidad: la aceptación implícita de la premisa de aceptación de la Guerra Fría de que había una «amenaza» rusa, que Stalin había sido en parte responsable de la Guerra Fría al participar en una expansión agresiva en Europa y Asia y que Roosevelt había sido participe en una «venta» malhadada en Yalta. Concluimos que todo esto era parte de un mito y que, por el contrario, Rusia no se había expandido agresivamente, habiendo sido su única «expansión» el inevitable y deseable resultado de hacer retroceder la invasión alemana. Que, en realidad, Estados Unidos (con la ayuda de Gran Bretaña) fue el único responsable de la Guerra Fría, con un continuo acoso y agresión contra la Unión Soviética, cuya política exterior había sido casi patética en su anhelo por una paz con Occidente virtualmente a cualquier precio. Empezamos a darnos cuenta de que ni siquiera en Europa Oriental Stalin había impuesto regímenes comunistas hasta que Estados Unidos le había presionado allí y había lanzado la Guerra Fría durante varios años. También empezamos a ver que Roosevelt, lejos de «venderse» a Stalin en Yalta y

---

[187] La asociación con Knowland presuntamente reflejaba la influencia omnipresente de Alfred Kohlberg, cabildero de China y amigo cercano a la revista.

la otras conferencias de la época de guerra,[188] y que la «venta» era justamente lo contrario: que Stalin, en su vana esperanza de búsqueda de paz con un implacable, agresivo e imperialista Estados Unidos, vendió repetidamente el movimiento comunista mundial: favoreciendo la defección de los comunistas en Grecia en un acuerdo de venta con Churchill, impidiendo a los partisanos de Italia y Francia que tomaran el poder al final de la guerra y tratando con todas sus fuerzas de desbaratar el movimiento comunista de Yugoslavia y China. En estos últimos casos, Stalin trató de forzar a Tito y a Mao a regímenes de coalición con sus enemigos y solo el hecho que hubieran llegado al poder por sus propias fuerzas y no con la ayuda del ejército soviético les permitió tomar el poder y decirle a Stalin que se fuera al infierno.

En resumen, llegamos a la conclusión que el análisis más perspicaz de los acontecimientos de la Segunda Guerra Mundial y el movimiento comunista era el de los trotskistas: lejos de expandirse vigorosamente en Europa y Asia, Stalin, se dedicó solamente a la seguridad nacional de la Unión Soviética, hizo todo lo que pudo por reprimir los movimientos comunistas en el mundo en un vano intento de apaciguar al agresor *estadounidense*. El que Stalin solamente hubiera buscado seguridad nacional y ausencia de regímenes antisoviéticos en sus fronteras se demostraba en la evolución comparada de las situaciones en Polonia y Finlandia: en Polonia, el agresivo antisovietismo había obligado a Stalin el tomar control total; en Finlandia, por el contrario, había aparecido el gran estadista Paasikivi, que impulsó en su país una política agraria conservadora y de paz y amistad con la Unión Soviética en asuntos exteriores: en ese caso Stalin quedó perfectamente satisfecho, dejando a Finlandia en paz y retirando el ejército soviético.

A diferencia de las políticas uniformemente pacifistas y victimizadas de la Unión Soviética, veíamos a Estados Unidos utilizando la Segunda Guerra Mundial para reemplazar e ir más allá de Gran Bretaña como el gran poder imperial: estacionando sus tropas en todas partes, presumiendo de controlar y dominar las naciones y gobiernos en todo el mundo. Durante años, EEUU trató de reducir el poder soviético en Europa del Este y su política exterior estaba enfocada particularmente sobre todos los países del mundo subdesarrollado. Veíamos también que la Unión Soviética siempre había impulsado el desarme y que era EEUU el que se oponía a este, particularmente con las amenazadoras armas de destrucción masiva de la era nuclear. *No* había una «amenaza» rusa: la amenaza para la paz mundial, en Europa, en Asia y en todo el mundo era el Leviatán de

---

[188] La situación en Yalta involucraba territorio de Europa del Este que no teníamos que controlar: por supuesto, no justificábamos el monstruoso acuerdo de enviar contra su voluntad a prisioneros de guerra anticomunistas que estaban detenidos por los alemanes de vuelta al bloque soviético o avalar una expulsión masiva de alemanes de Polonia o Checoslovaquia.

Estados Unidos. Durante años, conservadores y libertarios habían discutido acerca de las amenazas «externa» (Rusia) e «interna» (Washington) para la libertad individual, con los libertarios y los aislacionistas centrándose en esta última y los conservadores en la primera. Pero ahora (Leonard y yo) estábamos verdaderamente liberados: las escamas se nos habían caído de los ojos y veíamos que la «amenaza externa» también emanaba de Washington D.C.

Leonard y yo éramos ahora sin duda «demócratas de izquierda» en política exterior. Más aún: lo ansiábamos. ¿Por qué SANE era tan cuidadoso en *no* discutir el imperialismo? ¿Por qué estaba tan claramente a favor de EEUU por encima de la Unión Soviética? Ahora no estábamos solo buscando un movimiento aislacionista: estábamos buscando un movimiento antiimperialista, un movimiento que se centrara en el Imperio Americano como la gran amenaza para la paz y, por consiguiente, para la libertad del mundo. Ese movimiento todavía no existía.

Además de nuestra reevaluación de los orígenes y la naturaleza de la Guerra Fría, nos dedicamos a la revisión de todo el espectro ideológico de la «izquierda-derecha» desde una perspectiva histórica. Pues teníamos claro que el conservadurismo europeo de trono y altar que había capturado la derecha con estatismo era una fórmula virulenta y despótica y aun así solo un imbécil podría llamar a estas personas «izquierdistas». Pero esto significaba que nuestro viejo y sencillo paradigma del continuo «izquierdista, gobierno totalitario-comunista … derecha, no gobierno», con liberales en el centro izquierda y conservadores en el centro derecha, había sido totalmente incorrecto. Habíamos estado, por consiguiente, mal guiados en nuestra apreciación del espectro y en toda nuestra concepción como «derechistas extremos». Debía haber habido un error fatídico en nuestro análisis. Volviendo atrás en la historia, nos concentramos en la realidad de que en los siglos XVIII y XIX, liberales de laissez-faire, radicales y revolucionarios constituían la «extrema izquierda», mientras que nuestros antiguos enemigos, los conservadores, los devotos del trono y el alta, eran el enemigo en la derecha.

Leonard Liggio entonces realizó el siguiente profundo análisis del proceso histórico, que yo adopté.

Primero, y dominante en la historia, tuvimos el Viejo Orden, el *ancien régime*, el régimen de castas y posiciones fijas, de explotación por clases dirigentes belicistas feudales o despóticas, usando la iglesia y el sacerdocio para engañar a las masas para que aceptaran su gobierno. Esto era estatismo puro y esto era la «derecha». Luego, en la Europa Occidental de los siglos XVII-XVIII, surgió un movimiento de oposición liberal y radical, nuestros antiguos héroes, que defendía un movimiento revolucionario popular a favor del racionalismo, la libertad individual, el gobierno mínimo, los mercados libres y el librecambismo, la paz

internacional y la separación de Iglesia y Estado y en oposición al trono y al altar, la monarquía, la clase dirigente, la teocracia y la guerra. Estos («nuestra gente») eran la izquierda, y cuanto más pura era su visión libertaria, más «extrema» era su izquierda.

Hasta aquí, todo bien, y nuestro análisis no era todavía muy diferente del anterior, pues ¿qué hay del socialismo, ese movimiento que nació en el siglo XIX que siempre se había visto como la «extrema izquierda»? ¿Dónde encajaría? Liggio analizó el socialismo como un movimiento confundido de tercera vía, influido históricamente por *ambos*, tanto por los libertarios y la izquierda individualista como por la derecha conservadora-estatista. De la izquierda individualista los socialistas tomaron los *objetivos* de la libertad: la desaparición del Estado, el reemplazo del gobierno de los hombres por la administración de las cosas (un concepto acuñado por los libertarios franceses de laissez-faire de principios del siglo XIX Charles Comte y Charles Dunoyer), la oposición a la clase gobernante y la búsqueda de su derrocamiento, el deseo de establecer una paz internacional, una economía industrial avanzada y un nivel alto de vida para la mayoría de las personas. De la derecha conservadora los socialistas adoptaron los *medios* para tratar de lograr esos objetivos: colectivismo, planificación estatal, control comunitario del individuo. Pero esto colocaba al socialismo en *medio* del espectro ideológico. También significaba que el socialismo era inestable, una doctrina autocontradictoria que podría desbaratarse rápidamente por su contradicción interna entre medios y sus fines. Y esta creencia se reforzaba por la antigua demostración de mi mentor Ludwig von Mises de que la planificación del socialismo centralizado simplemente no podía funcionar en una economía industrial avanzada.

El movimiento socialista, históricamente, también había sufrido ideológica y organizativamente contradicciones internas similares: con los socialdemócratas, desde Engels a Kautsky y a Sidney Hook, moviéndose inexorablemente hacia la *derecha* aceptando y fortaleciendo el aparato estatal y volviéndose apologistas «de izquierdas» del estado corporativo, mientras otros socialistas, como Bakunin y Kropotkin, se movieron a la izquierda hacia el polo individualista y libertario. También estaba claro que el Partido Comunista en Estados Unidos había seguido, en asuntos nacionales, la misma vía «derechista» (de ahí la similitud que los cazadores de socialistas «extremistas» habían apreciado entre comunistas y liberales). De hecho, el movimiento de muchos excomunistas de la izquierda hacia el conservadurismo de derecha ahora parecía no ser un gran cambio de por sí, pues en la década de 1930 habían sido partidarios del gran gobierno y patriotas «estadounidenses del siglo XX» en la década de 1940 y *seguían* siendo patriotas y estatistas.

Desde nuestro nuevo análisis del espectro llegamos a varios e importantes corolarios. Uno era el hecho de que las alianzas entre libertarios y conservadores

no parecerían, como mínimo, más «naturales» que las otras alianzas durante las décadas de 1900 y 1920 entre libertarios y socialistas. Las alianzas ahora parecían depender del contexto histórico concreto.[189] Segundo, el viejo e intenso miedo al socialismo marxista parecía exagerado, pues los conservadores habían ignorado la demostración de Mises de la quiebra inevitable de la planificación socialista y habían actuado como si, una vez un país hubiera entrado en el socialismo, ese fuera su fin, el país estuviera condenado y el proceso fuera irreversible. Pero si nuestro análisis (y el de Mises) era correcto, el socialismo se desmoronaría antes de que pasaran muchos años y mucho más rápido que el Viejo Orden, que había tenido la capacidad de mantenerse sin alteración durante siglos. Y, por supuesto, a principios de la década de 1960 ya habíamos visto el inspirador desarrollo de Yugoslavia, que después de su ruptura con Stalin había evolucionado rápidamente del socialismo y la planificación centralizada en dirección hacia el mercado libre, un camino que el resto de Europa Oriental e incluso la Rusia Soviética ya estaban empezando a emular. Y aun así, por el contrario, veíamos con desagrado que incluso la gente con más mentalidad económica de la Nueva Derecha estaba tan atrapada en su histérico anticomunismo que rechazaba alegrarse o incluso reconocer la quiebra del socialismo en Europa Oriental. Esta miopía de los conservadores estaba evidentemente relacionada con su negativa de muchos años a aceptar la quiebra corolaria del monolítico estalinismo dentro del movimiento comunista, ya que ambas percepciones habrían debilitado enormemente la característica histeria de campaña de la derecha en contra de un mundo comunista supuestamente invencible y siempre en expansión, una expansión que, desde su punto de vista, solo podría controlarse mediante una guerra nuclear.

Nuestro análisis se veía enormemente reforzado, además, al familiarizarnos con el trabajo revisionista nacional de un grupo de interesantes historiadores que habían estudiado con William Appleman Williams en la Universidad de Wisconsin. El propio Williams, en *The Contours of American History*, los estudiantes de Williams que fundaron *Studies on the Left* en 1959 y particularmente el trabajo del alumno de Williams, Gabriel Kolko, en su monumental *Triumph of Conservatism* (1963), cambiaron nuestra visión del pasado estadounidense del siglo XX y por tanto del génesis y la naturaleza del actual sistema estadounidense. De ellos aprendimos que todos nosotros, los creyentes en el libre mercado nos habíamos equivocado al creer, que, de alguna manera, en el fondo los Grandes

---

[189] El espectro relevante, por supuesto, diferirá de acuerdo con las cuestiones críticas que puedan estar en juego en diferentes situaciones históricas. Por consiguiente, aunque cercano en el espectro ideológico sobre las cuestiones de estatismo y gobierno centralizado, el individualista está en polos opuestos de la izquierda anarquista de Bakunin-Kropotkin en cuestiones como el igualitarismo y la propiedad privada.

Hombres de Negocios estaban a favor del laissez-faire y que sus desviaciones de este, obviamente claras y notorias en años recientes, eran, o «venta» de principios por conveniencia, o el resultado de lavado de cerebro y de infundir culpa a estos empresarios por parte de los intelectuales liberales.

Esta es la opinión general en la derecha; en memorable frase de Ayn Rand, la Gran Empresa es «la minoría más perseguida de Estados Unidos». ¡Menuda minoría perseguida! Es verdad que había muchas acusaciones contra las grandes empresas y su íntima conexión con el Gran Gobierno en el viejo *Chicago Tribune* de McCormick y especialmente en los escritos de Albert Jay Nock, pero hizo falta el análisis de Williams-Kolko, particularmente las investigaciones detalladas de Kolko, para describir la verdadera anatomía y psicología de la escena estadounidense. Como indicaba Kolko, todas las diversas medidas de regulación federal y estatismo social que se iniciaron el periodo progresista, tanto por la izquierda como por la derecha, que siempre se ha creído que eran un movimiento de las masas contra los grandes negocios, no solo son respaldadas hasta el colmo por los grandes negocios ahora, sino que las originaron los grandes negocios con el verdadero propósito de pasar de un mercado libre a una economía cartelizada. Bajo la apariencia de regulaciones «contra los monopolios» y «para el bienestar de la gente», los grandes negocios han conseguido obtener para sí cárteles y privilegios mediante del uso del gobierno.

En cuanto a los intelectuales liberales, su papel ha sido servir como «liberales corporativos», como tejedores de apologías sofisticadas para informar a las masas de que los gobernantes del estado corporativos estadounidense gobiernan favoreciendo el «bien común» y el «bienestar general». El papel del intelectual liberal corporativo de justificar ante la gente la vía del Estado moderno es exactamente equivalente a la función del sacerdote en los despotismos orientales que convencían a las masas de que su emperador era completamente sabio y divino.

Liggio y yo nos centramos de nuevo en el problema crucial de los países subdesarrollados. Nos dimos cuenta de que las revoluciones del Tercer Mundo no eran solo a favor de la independencia contra el imperialismo sino también, y conjuntamente, contra los monopolios feudales de las tierras a favor de la justa propiedad de las tierras del largo tiempo oprimido campesinado. Creyentes genuinos en la justicia y en la propiedad privada, concluimos que se debía favorecer la expropiación por los campesinos de las tierras robadas y conquistadas de Asia y Latinoamérica, quienes, en cualquier teoría libertaria, eran y siguen siendo sus justos y apropiados dueños. Y aun así, por desgracia, solo los comunistas han apoyado los movimientos campesinos; los «empresarios libres» estadounidenses o nativos, cuando no ignoraban completamente el problema crucial de las tierras, invariable y trágicamente se ponían del lado de los terratenientes opresores en nombre de la «propiedad privada». Pero la

propiedad «privada» de estos terratenientes es «privada» únicamente en virtud de la conquista del Estado, el robo, la concesión de tierras y cualquier genuino creyente en los derechos de propiedad privada debe entonces estar del lado de la lucha de los campesinos por recuperar su tierra. Los campesinos de mundo no son socialistas o comunistas; instintivamente, son individualistas y libertarios, consumidos por una pasión perfectamente comprensible por reclamar el derecho a ser dueños de sus propias tierras. La Revolución de Zapata en México y el movimiento Reies Tejerina en el Sudeste, son solo los ejemplos más claros de la lucha profundamente libertaria de los campesinos por defender o reclamar sus justos títulos de propiedad ante el robo y la conquista a manos del gobierno central.[190]

Sin embargo, aislados y solos, Leonard Liggio y yo nos lanzamos a lo que parecía ser una triple tarea sobrehumana: promover el minúsculo y disperso movimiento libertario anarcocapitalista, convertir a estos libertarios al menos a una postura aislacionista firme y, finalmente, también tratar de convertirlos a nuestro recién descubierto antiimperialismo y perspectiva de «izquierda» o «izquierda-derecha». En el frente libertario, había un rayo brillante de esperanza: el anarquista pacifista-individualista Robert LeFevre (que se calificaba a sí mismo como «autarquista») había establecido una Escuela de la Libertad en las Rocosas de Colorado en 1956 para dar dos cursos intensivos de verano de dos semanas sobre filosofía de libertad. LeFevre había trabajado anteriormente en Nueva York para el National Economic Council de Merwin K. Hart, llegando a la vicepresidencia y después, en 1954, se trasladó a Colorado Springs para ser el director de la página editorial para el diario anarcocapitalista de R.C. Hoiles, el *Gazette-Telegraph* de Colorado Springs. A lo largo de los años, desde 1956, LeFevre había logrado un historial notable de convertir a un gran número de personas, especialmente gente joven, al credo libertario. Y así, lentamente, en todo el país estaba apareciendo una creciente camarilla libertaria de graduados de la Escuela de la Libertad. Como pacifista declarado, LeFevre por supuesto se oponía al impulso belicista de la Nueva Derecha y así lo decía en un folleto de 1964, *Those Who Protest*.

Con la ayuda de una base de graduados de la Escuela de la Libertad pudimos reconstruir un pequeño círculo en Nueva York, esta vez dedicado al análisis «izquierda-derecha». Estaban Edward C. Facey, Robert J Smith, que habían recibido la influencia del Fondo Volker y la Escuela de la Libertad, y Alan Milchman, a quien habíamos logrado convertir desde su puesto como jefe del Brooklyn College YAF. Y luego estaba la «primera generación» del movimiento de

---

[190] Para una historia definitiva de la revolución de Zapata, incidentalmente dejando claras sus metas libertarias, ver John Womack, Jr., *Zapata and the Mexican Revolution* (Nueva York: Knopf, 1969).

jóvenes libertarios en la Universidad de Kansas, encabezada por Bob Gaskins y David Jackman. Gaskins y Jackman habían sido anarquistas, pero políticamente habían sido de «derechas» y partidarios del laissez-faire y editaban una revista llamada *The Standard*. Cuando Gaskins y Jackman se mudaron a Nueva York a finales de 1962 pudimos convertirlos a nuestro punto de vista y el resultado fue un número completamente pacifista de *The Standard* en abril de 1963, que incluía reimpresiones antibelicistas de Chodorov, Mises y otros y un artículo mío «War, Peace, and the State» que expandía grandemente y reafirmaba firmemente mi anterior deducción en *Faith and Freedom* del aislacionismo y antiimperialismo a partir de la teoría libertaria.

Durante el invierno de 1963-64, organicé un «frontisterio» de invierno-primavera en Colorado, para allanar el camino para la transformación de la Escuela de la Libertad en el Rampart College. Al frontisterio acudieron algunos jóvenes lideres libertarios, incluyendo a Smith, Gaskins, Jackman, Peter Blake y Mike Helm, muchos de los cuales formaron, por primera vez en público, un aguerrido bloque «rothbardiano» que asombró a los visitantes conservadores y dignatarios de laissez-faire que habían sido invitados a enseñar allí. Por primera vez en público, algunos del grupo también desplegaron la «bandera negro y oro», los colores que habíamos decidido que representaban mejor el anarcocapitalismo: negro como el clásico color del anarquismo y dorado como el color del capitalismo y la moneda fuerte.

Mientras, en la gran escena política, las cosas se volvían más lúgubres ya que el plan de acción de *National Review* acabó teniendo éxito y Barry Goldwater ganó la nominación republicana. Personalmente, me puse frenético, ya que, por fin, los dedos de mis viejos asociados de *National Review* se estaban acercando al botón nuclear y yo *lo sabía*, sabía en mi interior que ansiaban presionarlo. Sentía que debía hacer *algo* para alertar al público acerca de la amenaza de guerra nuclear que representaba Goldwater; me sentía como un Paul Revere que llegaba a advertirles a todos acerca de la amenaza de una guerra global, que estas personas estaban a punto de desatar en el mundo.

Segundo, traté de quitarle algunos votos conservadores y libertarios a Goldwater recordándoles su hace mucho olvidada herencia libertaria. A diferencia a muchos liberales con «mentalidad deportiva», no me horrorizaba en absoluto el famoso anuncio demócrata de televisión mostrando a una pequeña niña recogiendo flores, mientras se alzaba una explosión nuclear goldwateriana amenazando con aniquilarla. Por el contrario, me regocijé con lo que yo creí iba a ser, por fin, centrarse en la verdadera dimensión de la amenaza de Goldwarter.

Sin embargo, solo podía interpretar un papel muy pequeño tratando de parar la campaña de Goldwater. *The Standard* había fallecido y, por consiguiente, lo más que podía hacer era escribir en el boletín anarco-randiano del sur de

California, *The Innovator*, advirtiendo a los lectores sobre el belicismo y el fascismo de Goldwater (que puede definirse, después de todo, como guerra global, cruzada anticomunista, supresión de libertades civiles y corporativismo estatal, disfrazados con retórica de libre mercado, lo que delineaba la Nueva Derecha). Sin embargo, solo conseguí enajenarme a los sorprendidos lectores.[191] También me dirigía a un grupo de veteranos discípulos de Frank Chodorov (el grupo «Fragmentos») poco antes de las elecciones, denunciando a los seguidores de Goldwater e inexplicablemente me encontré metido en una larga defensa de las políticas exteriores de la China comunista como pacíficas y no agresivas: ¿no había por lo menos una «amenaza China»? El único resultado de mis esfuerzos fue tener a la mitad de la audiencia blandiendo sus bastones en mi dirección y gritando: «No hemos votado en treinta años, pero por Dios, vamos a salir el próximo martes y vamos a votar por Barry Goldwater». Mi único éxito fue debilitar mucho el entusiasmo por Goldwater del movimiento libertario del Queens College, encabezado por Larry Moss y Dave Glauberman. Mirando también a mi alrededor en busca de algún periódico, cualquier periódico, en donde publicar una crítica de la transformación de la derecha estadounidense de Vieja a Nueva, del aislacionismo a la guerra global, solamente pude encontrar el oscuro trimestral católico *Continuum*.[192] Pues la izquierda seguía muerta en Estados Unidos.

14. El final de la década de 1960: La Nueva Izquierda

Leonard Liggio y yo habíamos estado buscando durante años una «izquierda» con la que nos pudiésemos aliar para un movimiento antibelicista. Entonces, de repente, como por arte de magia, la Nueva Izquierda apareció en la vida estadounidense, particularmente en dos grandes eventos: el Movimiento de Libre Expresión de Berkeley (FSM, por sus siglas en inglés) de finales de 1964, que inauguró el movimiento de la universidad de la década de 1960, y la Marcha sobre Washington del 17 de abril de 1965, organizada por los Estudiantes por una Sociedad Democrática (SDS, por sus siglas en inglés) para protestar por la dramática escalada de nuestra guerra en Vietnam en febrero. La marcha de los

[191] Entre los derechistas, otra vez estuvo mi valiente Felix Morley, quien, prácticamente solo y sin ninguna indicación, denunció el movimiento de Goldwater en términos no muy inciertos como equivalente a los primeros tiempos del movimiento nazi, tal y como él había observado en Alemania.

[192] Murray N. Rothbard, «The Transformation of the American Right», *Continuum* 2 (Verano de 1964): 220-231.

SDS inauguraba el gran movimiento con la Guerra de Vietnam, que sin lugar a dudas constituyó la oposición más intensa y extendida en medio de una guerra desde el conflicto con México en la década de 1840. La oposición durante la Primera Guerra Mundial fue fuerte, pero aislada y brutalmente reprimida por el gobierno; el movimiento aislacionista de la Segunda Guerra Mundial desapareció completamente tan pronto entramos a la guerra y la Guerra de Corea nunca generó una oposición tan masiva. ¡Pero aquí por fin había una emotiva oposición masiva al proceder de la guerra durante la propia guerra! Otra cosa que nos alegró a Leonard y a mí fue que por fin no había un grupo «pacifista» insípido como SANE, que siempre equilibraba muy cuidadosamente su crítica a EEUU y a Rusia, y que también se preocupaba de excluir a los «indeseables» de la actividad antibelicista: había un verdadero movimiento antibelicista que se centraba en los males de las guerras estadounidenses y había un movimiento que no excluía a nadie, que no azuzaba a rojos ni a derechistas, que daba la bienvenida a todos los estadounidenses deseosos de unirse a la lucha contra la inmoral y agresiva guerra que estábamos llevando a cabo en Vietnam. ¡Al fin había una Izquierda antibelicista que nos alegraba!

Es cierto que SDS, el líder incuestionable de este nuevo movimiento antibelicista, había surgido en circunstancias desafortunadas, pues originalmente fue y todavía era oficialmente la rama estudiantil de la socialdemócrata League for Industrial Democracy, una organización antigua y atractiva de izquierdistas que representaba lo peor del liberalismo de la Vieja Izquierda. Pero SDS estaba claramente en proceso de romper con su parentela. No solo era militante acerca de la guerra, sino que ya no era socialista doctrinaria (realmente, un cambio agradable en la Vieja Izquierda). Por el contrario, su ideología era lo suficientemente vaga como para abarcar incluso a los «libertarios de derechas». De hecho, había bastante sentimiento libertario instintivo en el inicio de SDS, que se intensificaría en los siguientes años. Había hambre de libertad individual, de autodesarrollo y una nueva preocupación por la burocracia y el estatismo tecnocrático que auguraba coas buenas para el futuro del SDS.

Así que SDS se estaba moldeando instintivamente como cuasilibertario, incluso en asuntos «domésticos». Este libertarismo se veía reforzado por el movimiento de la universidad generado por el Movimiento de Libre Expresión de Berkeley. ¿Pues no se habían mostrado conservadores y libertarios durante décadas amargamente críticos con nuestro sistema educativo manejado por el estado: sus escuelas públicas, sus leyes de asistencia obligatoria y unas fábricas burocráticas, gigantescas e impersonales de formación que reemplazaban la verdadera educación? ¿Y acaso no habíamos sido críticos con la influencia de John Dewey, el énfasis en la formación profesional, las importantes relaciones de la educación con el gobierno y el complejo militar-industrial? Y aquí estaba la Nueva Izquierda, que, aunque hay que admitir que rudimentaria y falta de una teoría

constructiva, por lo menos aparecía para centrarse en muchos de los males educativos que habíamos estado denunciando durante más de una generación sin ser escuchados. Si, por ejemplo, tomamos a un héroe de la Nueva Izquierda como Paul Goodman y lo comparamos con Albert Jay Nock en educación, veremos que desde una perspectiva cultural y filosófica muy diferente los dos hacía criticas similares al sistema de formación en masa en los colegios públicos con asistencia obligatoria. Sin señalar sus diferencias filosóficas (particularmente fundamentos individualistas frente a igualitarios), tanto Goodman como Nock atacaban claramente el problema desde una perspectiva libertaria.

No era por consiguiente casualidad que un nuevo grupo «libertario de derechas» que se estaba desarrollando en Berkeley, encabezado por el joven estudiante graduado en matemáticas Danny Rosenthal, ayudara a dirigir el Movimiento de Libre Expresión y otros afines. Rosenthal y su grupo, que fundaron la Alianza de Activistas Libertarios en el área de Berkeley-San Francisco y que también eran fervientes seguidores de Goldwater, lucharon al lado de la Nueva Izquierda a favor de libertad de expresión y de asociación y en oposición a la censura y la hinchada comunidad burocrática en Berkeley. Rosenthal también ejercía una considerable influencia sobre las opiniones de Mario Savio, el famoso líder del FSM, aunque Savio estaba por supuesto también sometido a presiones e influencias socialistas.

El surgimiento de la Nueva Izquierda nos convenció a Leonard y a mí de que había llegado el momento para pasar a la acción y alejarnos de nuestro aislamiento ideológico y político. Por consiguiente, fundamos en la primavera de 1965 la revista trimestral *Left and Right*. El propósito de la fundación de *L&R* era doble: influir en los libertarios de todo el país para que rompieran con la derecha y se aliaran con la emergente Nueva Izquierda y trataran de llevar a esa izquierda más en dirección libertaria y, segundo, «encontrar» nosotros mismos la Nueva Izquierda como grupo para aliarnos y posiblemente influir en ella. El primer ejemplar de *Left and Right* tenía tres largos artículos que lograron influir en todas las bases importantes de nuestra nueva «línea» libertaria: un artículo mío: «Left and Right: The Prospects for Liberty», que exponía el análisis de Liggio del espectro histórico izquierda/derecha; «Why the Futile Crusade?», del propio Liggio, que recuperaba y describía las opiniones aislacionistas y antiimperialistas del senador Taft y sus seguidores en el Partido Republicano, y una reseña de Alan Milchman de *Origins of the Cold War*, de Fleming, que, por primera vez, mostraba a una audiencia libertaria el revisionismo de la Guerra Fría.

En el segundo número, en el otoño de 1965, escribí un artículo alabando los elementos libertarios sustanciales de la Nueva Izquierda («Liberty and the New Left»). Alababa a la Nueva Izquierda por asumir causas importantes libertarias y de la Vieja derecha: la oposición a la burocracia y el gobierno centralizado; el entusiasmo por Thoreau y la idea de la desobediencia civil de leyes injustas; un

cambio de la integración racial obligatoria de la Vieja Izquierda a la oposición hacia la brutalidad policial en comunidades negras y lo que pronto se denominaría «black power»; la oposición a la burocracia educativa moderna del tipo Clark Kerr y, por supuesto, la total oposición a la guerra de Estados Unidos en Vietnam. Además de comparar los puntos de vista sobre educación de Goodman y Nock, también hacía ver la señal esperanzadora de Goodman (en su *People or Personnel*)[193] donde trataba favorablemente la economía de libre mercado.

El impacto de *Left and Right* fue notable, considerando nuestra escasez de suscriptores y la total ausencia de fondos. Para empezar, tuvimos inmediatamente un impacto considerable en la juventud conservadora y libertaria. Danny Rosenthal se convirtió a una postura aislacionista gracias al artículo del primer número; Wilson A. Clark, Jr., jefe del Club Conservador de la Universidad de Carolina del Norte, dejó el conservadurismo para adoptar nuestro punto de vista y toda unidad de YAF de la Universidad de Kansas (la «segunda generación» de libertarios allí), encabezada por Becky Glaser, dejaron el YAF para formar un capítulo del SDS en ese campus. Y Ronald Hamowy, siendo ya entonces profesor de historia en Standford, expuso nuestra nueva posición «Izquierda-Derecha» en *New Republic*, recordando la postura de libre mercado, libertarismo civil, aislacionismo y antiimperialismo de los miembros de la Vieja Derecha, como Spencer, Bastiat, Sumner y Nock, comparándolos con la Nueva Derecha y la asociación del gobierno y las grandes empresas y alabando a Paul Goodman y otros aspectos del libertarismo en la Nueva Izquierda.[194]

También nos interesaban los nuevos experimentos que estaban llevando a cabo algunas personas de la Nueva Izquierda en educación en diferentes «instituciones paralelas», particularmente en el movimiento «Free University» que por un corto tiempo ofreció una esperanza de establecer «comunidades de estudiosos» libres de las trampas burocráticas del establishment del sistema educativo estadounidense. Por medio de *Left ad Right* y de las enseñanzas de Leonard Liggio en la Universidad de Nueva York sobre imperialismo, tuvimos la oportunidad de conocer a los brillantes jóvenes alumnos de William Appleman Williams en el área de Nueva York, en particular a Jim Weinstein, Ronald Radosh y Mary Sklar. Esto también llevo a Liggio a ser durante unos años un importante activista e investigador de la Nueva Izquierda, ya que su conocimiento de la historia de la política exterior y de Vietnam le llevo a desempeñar un papel

---

[193] Ver Paul Goodman, *People or Personnel* (Nueva York: Random House, 1965).

[194] Ronald Hamowy, «Left and Right Meet», *The New Republic* 154, nº 11 (12 de marzo de 1966), reimpreso en *Thoughts of the Young Radicals* (Nueva York: New Republic, 1966), pp. 81-88.

importante en el movimiento Vietnam Teach-In, como editor de *Leviathan*, y *Viet-Report*, como jefe de redacción del *Guardian* (de donde fue purgado por «adoptar la vía capitalista» al tratar de recortar gastos) y acabar convirtiéndose en jefe de la rama estadounidense de la Fundación por la Paz de Bertrand Russell y ayudando en su gran trabajo en el Tribunal de Delitos de Guerra. Asimismo en esos tiempos SDS, aunque totalmente opuesto moralmente a la Guerra de Vietnam, todavía no era antiimperialista y Leonard desempeñó un papel importante en asesorar al Movimiento del 2 de Mayo, que promovió en la Nueva Izquierda avanzar hacia una perspectiva contraria al Imperio Americano, que SDS pronto adoptó. También lideró una oposición a lo que resulto ser la dominación del M2M por el Movimiento Laborista Progresista Maoísta, una dominación que pronto llevó a la disolución de la organización.

Mientras, *Left and Right* continuaba presentando nuestra perspectiva «izquierda-derecha», concentrándose en la política extranjera y el militarismo, pero también cubriendo otras áreas libertarias, y presentando un espectro de autores de izquierda-derecha: libertarios (los editores, el profesor de filosofía «Eric Dalton», Larry Moss, reimpresiones de Lysander Spooner y Herbert Spencer), gente de la Vieja Derecha y aislacionistas (Harry Elmer Barnes, Garet Garrett, Willliam L. Neumann), izquierdistas (Marvin Gettleman, Ronald Radosh, Janet McCloud, Russell Stetler y Conrad Lynn) y conservadores de libre mercado (Yale Brozen, Gordon Tullock). En concreto, yo alababa el giro decisivo durante 1966 de SDS hacia una postura antiimperialista y militantemente contraria al servicio militar y el repudio final de su Vieja Guardia Demócrata. Durante 1966 y 1967, los libertarios del SDS crecieron en influencia: hubo un crecimiento de los «anarquistas de Texas» en la organización y una proliferación de pines que decían «Odio el Estado».[195]

El punto álgido del interés de SDS y de la Nueva Izquierda por la postura libertaria de «izquierda-derecha» se produjo con el trabajo del anterior presidente de SDS, Carl Oglesby. En 1967, Oglesby publicaba *Containment and Change*, una crítica de la Guerra de Vietnam y del Imperio Americano. En sus páginas finales sobre estrategia, Oglesby hacia un llamado a una alianza con la Vieja Derecha. Pedía al ala libertaria de laissez-faire de la derecha que abandonara el movimiento conservador, que tenía cautivos a los libertarios tratando de convencerlos de la existencia de una «amenaza extranjera». Oglesby citaba mi artículo en *Continuum* y el punto de vista de la Vieja derecha sobre la guerra y la paz del general MacArthur, Buffett, Garrett, Chodorov y Dean Russell. En particular, Oglesby citaba largamente a Garrett, diciendo que su «análisis del

[195] Ver «“SDS”: The New Turn», *Left and Right* (Invierno de 1967).

impulso totalitario del imperialismo» se había verificado repetidamente en los años de la intervención.

Oglesby llegaba a la conclusión que el pensamiento libertario de derechas, junto con el movimiento *black power* y el movimiento estudiantil antiimperialista, eran todos «profundamente estadounidenses» y eran

> producto del individualismo humanístico estadounidense y la acción asociativa voluntarista y solamente a través de ellos se activa y mantiene viva la tradición libertaria. En un sentido muy importante, la Vieja Derecha y la Nueva Izquierda están moral y políticamente coordinadas.[196]

Pero Oglesby advertía proféticamente que tanto la derecha libertaria como la Nueva Izquierda podrían evitar esta alianza y conjunción, pues la primera podría mantenerse esclava del militarismo y el imperialismo de la derecha, mientras que la segunda podría revertir hacia alguna forma de estalinismo.

La cumbre de mi actividad política en la Nueva Izquierda llegó durante la campaña de 1968. En la primavera de 1968 se reavivó mi viejo entusiasmo por la política de los terceros partidos, aunque en una dirección diferente. El Partido de la Paz y la Libertad (PFP, por sus siglas en inglés), que se había creado en California (y todavía se encuentra allí), decidió hacerse nacional y abrieron oficinas en Nueva York. Descubrí que el programa preliminar y el único requisito para ser miembro incluían solo dos puntos: el primero era la retirada inmediata de EEUU de Vietnam y el segundo era un requisito tan vago acerca de ser amables con todos que casi cualquiera, de izquierda, derecha o centro estaría de acuerdo con ello. Excelente: ¡había aquí una coalición de partidos dedicada únicamente a la retirada inmediata de Vietnam y no requería ningún compromiso con el estatismo! El resultado fue que todo nuestro grupo libertario de Nueva York se unió alegremente al nuevo partido.

El PFP se estructuraba en torno a clubes, muchos de ellos regionales, como el poderoso West Side Club (de Manhattan), el hippy Greenwich Village Club, etc. Uno era profesional: Club de Facultad. Como había muy pocos miembros reales de facultades en este grupo muy joven, el PFP amplió generosamente la definición de «profesores» para que incluyera a estudiantes de posgrado. ¡Caramba! Con esa base de aproximadamente 24 socios en el Club de Facultad, casi exactamente la mitad era nuestra gente: libertarios, yo incluido, Leonard Liggio, Joe Peden, Walter Block y su esposa Sherryl y Larry Moss. El brazo legislativo del PFP sería la Asamblea de Delegados, que constaba de delegados de los diversos clubes. Al Club de Facultad le concedieron dos delegados, así es que,

---

[196] Carl Oglesby y Richard Shaull, *Containment and Change* (Nueva York: Macmillan, 1967) pp. 166-167.

naturalmente, nos los repartimos: uno fue para los socialistas y otro para nosotros, que resulté ser yo.

Así que allí estaba yo, que llevaba en el Partido como una semana, en la primera reunión de la Asamblea de Delegados, ascendiendo de repente a la cumbre de la élite del poder. Luego, al principio de la reunión, algunas personas se levantaron y abogaron por abolir la Asamblea de Delegados por ser algo «no democrático». ¡Vaya! ¡Estaba a punto de catar un poco del sabor del jugoso poder político, cuando unos hijos de mala madre estaban tratando de quitármelo! Al seguir escuchando, me di cuenta de que estaba sucediendo algo aún más siniestro e importante. Aparentemente, el partido de Nueva York estaba siendo dirigido por un comité ejecutivo oligárquico que se autoperpetuaba y que, en el nombre de la «democracia», estaba tratando de eliminar todas las instituciones sociales intermedias y de funcionar sobre la mayoría del partido sin impedimentos, todo en nombre de la «democracia». A mí me olía a un podrido jacobinismo, me levanté y pronuncié en ese sentido un discurso apasionado. Cuando terminó la sesión, algunas personas se me acercaron y dijeron que alguna gente que pensaba igual y que constituía el West Side Club iban a tener una reunión para discutir estos asuntos. Así empezó nuestra vil alianza con la facción laborista progresista dentro de Paz y Libertad.

Mas tarde resultó que el PFP y su comité ejecutivo estaban siendo dirigidos, tanto en California como en Nueva York, por leninistas-trotskistas, socialistas internacionalistas encabezados por el bibliotecario de Berkeley, Hal Draper. Los draperistas eran los seguidores originales de Schachtman, trotskistas que se rebelaron contra Trotsky como oponentes de una tercera vía tanto contra EEUU como contra la Unión Soviética. El partido de Nueva York estaba siendo dirigido por los draperistas, teniendo como sus aliados a una variada muestra de diversos socialistas, pacifistas, drogadictos contraculturales y libertarios Izquierdistas.

La oposición dentro el PFP estaba en realidad dirigida por el Partido Laborista Progresista Maoísta (PL), del que los draperistas temían que estuviera planeando tomar el control total. En realidad, pronto se vio que el PL no tenía esas intenciones, sino que solo estaban manteniéndose informados y usaban el West Side Club para reclutar miembros-candidatos para el PL. Tanto el PL como los draperistas mantenían una estructura laxa, esperando una inundación de seguidores de Gene McCarthy después de la esperada nominación victoriosa de Humphrey, una inundación que, por supuesto, nunca se produjo. De ahí la laxitud de requisitos ideológicos y el hecho de que el programa estuviera disponible. La alianza entre el PL y nosotros los libertarios fue muy útil para los dos, además de cooperar para eludir una dictadura de los draperistas en nombre de la democracia. Lo que sacó el PL de esto fue un encubrimiento de su reclutamiento, ya que, por supuesto, nadie nos podía llamar *a* nosotros, antisocialistas vehementes, herramientas del laborismo progresista. Lo que sacamos nosotros

de esto fue el apoyo firme del PL para una plataforma ideológica (adoptada por nuestro comité conjunto) que era probablemente la más libertaria de cualquier partido desde lo días de la democracia de Cleveland. La gente del PL era agradablemente «recta» y no drogadictos, aunque bastante robóticos, pareciendo randianos izquierdistas.

La gran excepción era el encantador Jake Rosen, jefe absoluto de la facción del PL en PFP. Rosen, brillante, alegre, ocurrente y decididamente no robótico, conocía el paño. Uno de los recuerdos más agradables de mi vida en PFP fue el de Jake Rosen tratando de justificar nuestra plataforma de laissez-faire frente a los burros maoístas. «Oye, Jake, ¿qué quiere decir esto: absoluta libertad de comercio, y oposición a toda restricción gubernamental?» «Em, eso es la "coalición antimopolista"», «Ah, pues sí». Jake, con más sinceridad, se nos unió a oponerse a planes de renta anual garantizada: los consideraba burgueses y «reaccionarios». La única cosa a la que Jake era reacio era a nuestra propuesta que nuestra junta política reclamara la abolición inmediata del control de rentas. «Oigan, amigos, me encantaría hacerlo, pero tenemos compromisos con grupos de arrendatarios». Amablemente, le dejamos en paz.

Con su personalidad, no creí que Jake fuera a durar mucho en el PL. Además, él ya se había rebelado implícitamente contra la disciplina del partido. Al ser un joven brillante, Jake había aceptado las órdenes del PL de ser de «clase trabajadora» y se convirtió en obrero de la construcción, pero tercamente desobedecía las órdenes de mudarse del cosmopolita West Side de Manhattan a Queens. («Jake, ningún trabajador de la construcción vive en el West Side»). En efecto, más o menos un año después de la ruptura del PFP, Jake se fue o fue despedido del PL e inmediatamente empezó a prosperar, mudándose a Chicago y convirtiéndose en un exitoso intermediario de materias primas.

Como la gente de McCarthy no entraba, los conflictos dentro del partido se volvieron más grandes y el PFP de Nueva York empezó a tener convenciones casi semanalmente. Además del conflicto draperista del PL, el Partido Comunista estableció su frente competidor en Nueva York, el «Partido de la Libertad y la Paz» (FPP, por sus siglas en inglés), cuya existencia empezó a confundir a todos, incluyendo a la izquierda. Tratando de acabar con los cismas, los draperistas de California enviaron a Nueva York para que se hiciera cargo del partido al legendario organizador Camarada Carlos, un chicano al que una rama de los draperistas creía que era carismático, pero a quien el resto de nosotros le tomó una fuerte aversión.[197]

---

[197] Un momento memorable en una de las convenciones del PFP, fue cuando el generalmente flemático Leonard Liggio se subió a una silla y empezó a gritar provocativamente: «¡Fuera Carlos! ¡Fuera Carlos!»

Aunque estaba claro que el PFP se estaba desvaneciendo, finalmente llegó el momento de las nominaciones al final del verano. Los draperistas habían propuesto al exviolador Eldridge Cleaver para presidente, entonces jefe del Partido de las Panteras Negras. Cleaver mostró su desprecio al PFP al no aparecer y enviar a su compañero pantera negra Bobby Seale a burlarse abiertamente de sus admiradores blancos, que masoquistamente daban la bienvenida a cualquier burla de los Panteras. Ninguno se opuso a Cleaver para la nominación y como el bloque del PL se abstuvo y mis colegas no llegaron por lo temprano de la hora, resultó que mi voto fue el único en contra de Eldreidge Cleaver como presidente (no es un mal legado de mi tiempo en la Nueva Izquierda). Para la nominación al Senado de EEUU, el candidato draperista era el veterano socialista-pacifista David McReynolds y me convencieron para que me presentara en su contra para representar la oposición PL-libertaria. Estuve de acuerdo en presentarme solo porque sabía muy bien que no había ninguna posibilidad de derrotar a McReynolds.

No envidié en ningún momento la atención a McReynolds. El Partido de la Libertad y la Paz estaba proponiendo a un candidato negro para el Senado y los Panteras Negras no querían oponer un compañero afroamericano contra el blanco McReynolds. Los Panteras Negras aparentemente apuntaron con una pistola a McReynolds, ordenándole que retirara su candidatura. Lo que ocurrió después es confuso: no creo que McReynolds se retirara, pero, por otro lado, no creo que ninguna de estas personas lograra algo en la votación y las elecciones de 1968 resultaron ser el fin del PFP (menos en California) y el FPP. Y, ah sí, escuche después que aquel camarada Carlos resultó ser un agente de la policía.

Una coda: años después, casualmente encontré a McReynolds, en un mitin tratando infructuosamente de atraer a algunas personas al libertarismo. Siguió diciéndome con tristeza: «Usted nos dio muchos problemas en el 68. Muchos problemas». Yo estaba tratando de ser educado en esta pequeña reunión, así es que no le dije lo contento que estaba con su reconocimiento.

A finales de la década de 1960, la Nueva Izquierda por desgracia había hecho real la advertencia de Carl Oglesby y había abandonado su gran promesa libertaria de mediados de dicha década. Inestable y falta de una ideología coherente, SDS, como reacción al leninismo y al estalinismo de la facción laborista progresista, volvió a las creencias de la Vieja Izquierda, aunque en una forma todavía más radical y enfervorizada. Cada vez más atraída por la «contracultura» y en general por el antiintelectualismo, la Nueva Izquierda ignoraba cada vez más la erudición frente a la «acción» inconsciente, las universidades libres se desvanecieron en centros dispersos de euritmia *avant-garde* y formación en

reparación de radios.[198] Y la reforma educativa cada vez se convertía más en un intento de destruir todos los estándares intelectuales y educativos y de reemplazar el contenido de los cursos por medio de sesiones triviales acerca de los «sentimientos» de los estudiantes. Finalmente, despojados de investigación, intelectualidad y perspectiva estratégica, los restos de la Nueva Izquierda se inmolarían a sí mismos y desaparecerían después de la quiebra de SDS en 1969 en una orgia de violencia indiscriminada sin sentido. Perdiendo la esperanza al considerar como desesperadamente burguesa toda la población estadounidense, los residuos de SDS concluyeron desastrosamente que todo Estados Unidos (clase trabajadora, clase media o lo que fuera) era el enemigo y tenía que ser destruido. Para 1970 la Nueva Izquierda estaba en la práctica muerta y sus penas acabaron con el golpe de gracia de Mr. Nixon de abolir ese año el servicio militar. Liberados de la preocupación de ser llamados a filas, los estudiantes idealistas acabaron con sus protestas (aunque la guerra en Vietnam continuaría durante varios años).

Mirando atrás al experimento de alianza con la Nueva Izquierda, queda también claro que el resultado en muchos casos había sido desastroso para los libertarios, pues, aislados y dispersos como estaban estos jóvenes libertarios, los Clark y los Milchman y algunos del grupo Glaser-Kansas prontamente se *convirtieron* en izquierdistas y especialmente abandonaron la misma devoción por el individualismo, los derechos de propiedad y la economía de libre mercado que les había llevado en primer lugar al libertarismo y después a la alianza de la Nueva Izquierda. Nos dimos cuenta de que, como habían descubierto en el pasado los grupos marxistas, un grupo sin organización y sin un programa continuo de «formación interna» y reforzamiento, está condenado a las deserciones y a desaparecer cuando trabaja con aliados más fuertes. Las agrupaciones libertarias tenían que reconstruirse como un movimiento autoconsciente y su mayor énfasis tendría que darse en alimentar, mantener y extender la camarilla libertaria en sí. Solo operando *desde* esa camarilla podíamos

---

[198] Otro completo fracaso fue el ideal de la Nueva Izquierda de «democracia participativa». *Sonaba* bien: en una comparación atractiva con el sistema «coercitivo» de la regla de la mayoría, la democracia participativa podía estar de acuerdo en las decisiones solo por medios de persuasión y consenso unánime. Se creía que votar era violar los derechos de la minoría. Todavía recuerdo vivamente las «reuniones del consejo» de la Universidad Libre de Nueva York, en donde emitían votos por igual el personal, el profesorado sin sueldo y también los estudiantes. Como cada decisión, por muy trivial que fuera, debía tener consentimiento unánime, el resultado era que las reuniones del consejo se extendían, sin decisiones e interminablemente, hasta *volverse* eternas. Quienes dejábamos la reunión al final de la tarde para llegar a casa éramos acusados de «traicionar la reunión». No es sorprendente que la Universidad Libre desapareciera en pocos años.

llevar a cabo alianzas fuertes y fructíferas sin peligro para el propio movimiento libertario.

Entretanto, la derecha del Buckley iba abandonando progresivamente su devoción retórica por los ideales libertarios. Pues *National Review* y sus socios habían aprendido lo que creían que había sido la lección de la derrota de Goldwater: de allí en adelante, el movimiento conservador se sacudiría todos y cada uno de sus elementos «extremistas», ya fuera en asuntos nacionales o en relaciones exteriores y actuaría de una manera «responsable» y «respetable» en busca de los puestos de poder que había deseado durante tantos años. Como el Papa, así como el insultador-cómico del movimiento, Bill Buckley presidió la excomunión y purga del conservadurismo de todos y cada uno de los elementos que pudieran ser vergonzosos en su búsqueda de respetabilidad y poder: libertarios, miembros de la sociedad Birch, ateos, ultracatólicos, randianos, cualquiera que pudiera molestar al conservadurismo en su acogedor compartición del poder político. Así que, en 1968, con la excepción de Frank Meyer, que todavía seguía a Ronald Reagan, se habían extirpado en la práctica todas las dudas conservadoras acerca de la grandeza y sabiduría de Richard Milhous Nixon y Bill Buckley fue recompensado adecuadamente por la administración Nixon con un puesto como socio de la Comisión Asesora de la U.S. Information Agency (USIA), nuestro Ministerio de Propaganda en el extranjero. Buckley indujo a Frank Shakespeare, el jefe conservador de USIA, a que contratara al editor de *National Review*, James Burnham, para que compilara una lista de libros que merecieran estar en las bibliotecas de la USIA en países extranjeros. En la lista de Burnham (¡sorpresa, sorpresa!) destacaban los trabajos tanto de Burnham como de Buckley, que, escribía Burnham, es «uno de los escritores más conocidos de su generación».

En una perspicaz reseña de uno de los libros posteriores de Buckley, la liberal de izquierdas Margot Hentoff señalaba y lamentaba la deriva del Conservadurismo al unirse al establishment, el mismo establishment al que incluso *National Review* en sus primeros años solía atacar. Como decía la Sra. Hentoff:

> Lo que le pasó al Sr. Buckley, juntamente con todos nosotros, fue la quiebra de los tradicionales compartimentos ideológicos, la difuminación de alianzas y enemistades tradicionales. No solo perdieron credibilidad en la izquierda las políticas del viejo New Deal y la Nueva Frontera, sino que entonces la izquierda se pasó a las filas de la no intervención, la libertad frente a la coerción gubernamental, el individualismo fuerte, la descentralización y, en algunos casos, el separatismo racial. (…)

Pareciera como si el Sr. Buckley estuviera empezando a soportar el peso de la responsabilidad de la mediana edad, sonando más a menudo como un príncipe resistente de la Iglesia que como un espíritu purificado.

La señora Hentoff concluía que Buckley había estado derivando «hacia una clase bastante terrible de moderación. (…) Ahora es más consciente de las consecuencias, al alejarse de la ausencia de poder, esa condición que era su atractivo encanto».[199]

Por consiguiente, aparte de su permanente ansia de guerra, la derecha existente (en 1971) es apenas distinguible del liberalismo conservador al viejo estilo. (E incluso, con respecto a la guerra, la diferencia es realmente solo de grado). Aparte del estilo, es poco lo que distingue, digamos, a Bill Buckley de Sydney Hook, o al Senador Tower del antiguo senador Dodd, a pesar del historial de votación de este último, más favorable al New Deal. En la agresiva política exterior, en el engrandecimiento militar y el complejo militar-industrial, en aplastar las libertades civiles y conceder poderes sin restricciones a la policía, en engrandecer el poder y los privilegios del Ejecutivo, en resumen, en los mayores problemas de nuestro tiempo, conservadores y liberales están en total acuerdo. E incluso su aparente desacuerdo sobre mercado libre frente a economía progresista ha desaparecido virtualmente con la aceptación implícita tanto por los conservadores como por los liberales del Consenso Neomercantilista del estado del New Deal y la Gran Sociedad. Con su adopción de la propuesta de renta garantizada de Milton Friedman-Robert Theobald, con su lucha por rescatar el programa SST (de transporte supersónico) y Lockheed, con su nacionalización del sector del transporte de pasajeros con los aleluyas de los conservadores, los liberales y el propio sector, Richard Nixon ha completado el proceso de integrar a la derecha en el consenso posterior al New Deal. Como ha dicho perspicazmente el historiador marxista Eugene D. Genovese: «El liberalismo de la derecha del presidente Nixon es el equivalente al liberalismo de la izquierda del Partido Comunista, es decir, cada uno sugiere soluciones dentro del consenso establecido de política social liberal».[200]

Así es que ahora nos enfrentamos a unos Estados Unidos gobernados alternativamente por ramas conservadoras y liberales escasamente diferenciadas dentro del mismo sistema de estado corporativo. En las filas del liberalismo hay un número creciente de personas en desacuerdo que cada vez se enfrentan más al hecho de que su propio credo, el liberalismo, ha estado en el poder durante

---

[199] Margot Hentoff, «Unbuckled», *New York Review of Books*, 3 de diciembre de 1970, p. 19.

[200] Eugene D. Genovese, «The Fortunes of the Left», *National Review* 22, nº 47 (1 de diciembre de 1970): 1269.

cuarenta años, y ¿qué ha logrado? Dictados del ejecutivo, guerra interminable en Vietnam, imperialismo en el exterior y militarismo y servicio militar en el interior, una asociación íntima entre grandes empresas y gobierno leviatán. Un número creciente de liberales está afrontando este fracaso crítico y se está dando cuenta de que hay que culpar al propio liberalismo. Están empezando a ver que Lyndon Johnson tenía toda la razón al referirse habitualmente a Franklin Roosevelt como su «Gran Papá». La paternidad está clara y todo el grupo sigue en pie o se cae de golpe.

¿A dónde pueden ir entonces los liberales insatisfechos? No a la derecha actual, que solo les ofrece más de lo mismo, sazonado con algo más de sabor chauvinista y teocrático. No a la Nueva Izquierda, que se destruyó a sí misma por desesperación y violencia gratuita. El libertarismo, para muchos liberales, se ofrece como el lugar a donde ir.

Y por eso el libertarismo crece rápidamente, alimentado por las escisiones del conservadurismo y el liberalismo. Igual que los conservadores y los liberales se han mezclado en la práctica en un consenso para sostener el establishment, lo que necesita (y puede tener) Estados Unidos es una contracoalición en oposición al Estado de Bienestar y Guerra. Una coalición que favorecería a corto plazo las metas de la oposición militante a la Guerra de Vietnam y en general a la Guerra Fría y al servicio militar obligatorio, el complejo militar-industrial y los altos impuestos y la inflación desbocada que ha necesitado el estado para financiar estas medidas estatistas. Sería una coalición para avanzar en la causa tanto de la libertad civil como de la libertad económica frente al dictado gubernamental. Sería, en muchos sentidos, un renacimiento de una coalición entre lo mejor de la Vieja Derecha y la vieja Nueva Izquierda, un regreso a los gloriosos días en que elementos *Left and Right* estaban hombro con hombro para oponerse a la conquista de las Filipinas y la entrada de Estados Unidos en la primera y segunda guerras mundiales. Esta sería una coalición que podría apelar a todos los grupos de todo Estados Unidos, a la clase media, trabajadores, estudiantes, liberales y conservadores por igual. Pero los Estados Unidos de a pie, en aras de obtener libertad frente a los altos impuestos, la inflación y el monopolio, tendrían que aceptar la idea de libertad personal y la pérdida de prestigio en el extranjero. Y los liberales y los izquierdistas, para lograr el desmantelamiento de la máquina de guerra y del Imperio Americano, tendrían que renunciar a su querido sueño de la Vieja Izquierda y los liberales de altos impuestos y de gastos federales para todos los antojos sobre la tierra. Las dificultades son muchas, pero hay señales excelentes de que esa coalición antiestatista contra el establishment podría llegar a existir. El gran gobierno y el liberalismo corporativo se están mostrando cada vez más incapaces de hacer frente a los problemas que ellos mismos han ocasionado. Así que la realidad objetiva esta de nuestro lado.

Pero es más que eso: la pasión por la justicia y los principios morales que están influyendo cada vez en más personas solo pueden llevarlas en la misma dirección: moralidad y utilidad práctica se están fusionando cada vez más claramente en un número mayor de personas en una gran reclamación: la libertad de personas, de individuos y de grupos voluntarios para buscar su propio destino y tomar el control de sus propias vidas. Tenemos el poder de reclamar el Sueño Americano.

Índice